

CAMBIO DE ROSTROS

ORLANDO CORDERO



EDITORES



EDITORES

CAMBIO DE ROSTROS

Orlando Cordero

Orlando Cordero
Sultana del Lago Editores

Maracaibo, 2025.
PRIMERA EDICIÓN

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

ISBN: 978-980-18-6294-9
Depósito Legal: ZU2025000189

Diseño de la portada:
Luis Perozo Cervantes

Diagramación y maquetación:
Sultana del Lago Editores

www.sultanadellago.com
+584246723597

Salvo lo dispuesto en los artículos 43 y 44 de la Ley sobre el Derecho de Autor, queda prohibida la reproducción o comunicación, total o parcial de este libro, siendo que cualquier individuo u organización que incurriere en la conducta impropia señalada, podrá ser perseguido penalmente conforme a lo establecido por los artículos del 119 al 124 eiusdem, constitutivos éstos del Título VII de la aludida ley y sin perjuicio de las responsabilidades civiles a las que pudiera haber lugar.

I

ACERO AMERICANO

Interestatal 75. Alrededor de las 4:00 a.m. El asfalto recibía una dosis de engomado caliente. Marcando su huella, un poderoso vehículo, circulaba a alta velocidad por aquella solitaria vía, las llantas respondían, chirriando, las exigencias del pie hundido en el acelerador. No era tanto un alto cilindrado lo que alimentaba las revoluciones por minuto, como los latidos de un corazón novato. Contracciones iban y venían, mientras la mirada enfocaba varios puntos, el camino, el rostro congestionado de la acompañante, el vientre hinchado, que no solo parecía tener vida propia, sino que contenía una vida que reclamaba libertad. Todo estaba acelerado o al menos simulaba estarlo, el tiempo era el único que, impertérrito, asistía a la escena, ejerciendo de freno invisible, distorsionando las percepciones de distancia.

¡Demonios! ¡Qué tan lejos podía estar Athens de Callhoun! Otra mirada... el contador marcaba 85 millas por hora, 15 por encima del límite. Debería ser asunto importante, sin embargo, no importaba. Interesaban las dos vidas a su cargo, la que estaba por dar a luz y la que estaba por nacer. El acero americano respondía bien, rugía con cada cambio de marcha, no en vano su nombre fue tomado del poder salvaje de la naturaleza. Qué mejor compañero para la tarea adjudicada que un Mustang. Qué mejor cumplido para el significado de caballos de fuerza. Qué mejor cuerpo, la más pura expresión de potencia y belleza. Cada línea, cada curvatura de la carrocería, la robus-

tez del chasis, la batalla incesante entre las bujías y cilindros, la llamarada que lo impulsa, la multitudinaria exposición al desgaste, la fidelidad de su respuesta. No solo era un automóvil en ese momento, era un hogar, un refugio, la barcaza de rescate; el arca de la futura familia Thompson. No hacía falta introducir una pareja de cada animalito presente en el mundo, de hecho, el gato se había quedado, mudo, en su cesta, indiferente y somnoliento. No hacía falta recoger semillas ni cosechas, solo la pañalera, el agua mineral, un cojín para el asiento, la cámara de video; no más. —James, deberías ir con más cuidado —le recomendó con voz quebrada la dama a su lado.

—Voy con cuidado. La velocidad es algo que puedo manejar, eso deberías saberlo, Kara. Tú deja todo en mis manos.

Piloto de combate, veterano de la Guerra del Golfo, la velocidad no era algo que le preocupase. El Mustang no era un F-15 Eagle. Pero no, no cambiaría su caballo rojo por el caza de superioridad aérea antes mencionado. El Mustang era de su propiedad, una extensión de él mismo, un símbolo patriota, el músculo motorizado, la elegancia hecha fuerza, la comodidad unida al utilitarismo, a su propia historia familiar. En cambio, un F-15 es propiedad del gobierno, de la fuerza aérea. Un artificio militar que pilotó con gusto y satisfacción, pero que estaba circunscrito a órdenes militares, a misiones, la dirección última correspondía a un organismo ajeno al cual él había pertenecido, no le daba esa sensación de ente salvaje, de vida rebelde, el indomable espíritu americano. Una cosa era celebrar el 4 de julio, con los petardos de rigor y otra era poseer un Mustang. Es un patriotis-

mo distinto, una lealtad complementaria. No se dice que era una religión, pero tampoco un pasatiempo de poca monta.

Era muy temprano y el sol apenas daba alguna muestra de poder en el lejano horizonte. Las luces del auto se abrían paso entre las intermitentes líneas blancas del camino. Una regularidad monocromática de necesaria presencia.

Por fin visualizó la salida de la autopista, cruzó raudo a la derecha y de manera progresiva comenzó a bajar la velocidad. Llovía un poco, el ambiente se hallaba frío. La humedad salpicaba a la pintoresca ruta, la alfombra verde le escoltaba lado a lado, los árboles recibían el baño, gustosos, casi se podía sentir su felicidad. El agua es vida, aun la tenue llovizna que se presentaba esa mañana. Un pequeño letrero indicaba el límite de velocidad: 30 millas por hora. Y ya sea por la cercanía del destino, por la prudencia que le abordaba o el pertinaz rocío, avanzó con lentitud por Decatur Pike, respetando dichos límites. No había mucho tráfico, los semáforos se portaron comprensivos con su situación y los encontró siempre en verde, tenía vía libre, podía estar más tranquilo.

—¿Cómo vas amor? —inquirió con cariño.

—Creo que bien. Las contracciones están por el orden de los tres minutos. Estamos haciendo buen tiempo y me tranquiliza que vas manejando más despacio —respondió.

—Ok, excelente, lleva la cuenta, mientras estés en esos parámetros hay tiempo —exclamó.

Rio para sus adentros. ¿Desde cuándo era un experto en labores de parto? Ambos eran primerizos y solo tenían los conocimientos de los largos cursos que

realizaron durante el embarazo. Ahora tendrían esta experiencia de primera mano y podría considerarse que eso los prepararía para una segunda oportunidad. Estaban pasando de la teoría a la práctica, en una sola mañana y todavía quedaría mucho por desarrollar, en esa aventura de ser padres. Pensó, “es normal”. El mutuo apoyo era más necesario que nunca en la situación en que se encontraban. “Para muchas mujeres, la presencia de su pareja u otra persona de apoyo durante el trabajo de parto es útil y debe alentarse. El apoyo moral, el estímulo constante y las expresiones de afecto pueden reducir la ansiedad y hacer que el trabajo de parto sea menos atemorizante. Compartir el estrés del trabajo de parto, ver y oír a su niño ayuda a crear fuertes lazos entre los padres y su hijo.” Estaba recordando frase por frase un párrafo, que terminó por aprenderse de memoria, a fuerza de leerlo. Le había impresionado y se hallaba preparado y motivado para proporcionar ese apoyo.

“Bienvenidos a Athens, la ciudad amigable”, rezaba una inscripción en la entrada de la localidad. No podía ser menos cierto. Era Athens una ciudad muy agradable, lo suficientemente grande para ser el conglomerado urbano más poblado de la región entre Chattanooga y Fort Knox, pero no tanto como para perder el encanto de un pueblo promedio; tan agradable de conocer como para vivir allí. Sus anchas calles y avenidas, su colección de construcciones rectangulares. Como si hubiese sido obra de un maquetista nostálgico y soñador. El edificio del ayuntamiento sobresalía entre los demás, no tanto por su altura como por sus dimensiones, con su característico color rojo y su arquitectura tan peculiar del sur.

No era una ciudad de edificios altos ni rascacielos, se hallaba llena de paisajes amplios, espaciosos. Una naturalidad urbana llamativa y tranquilizante. No dejaba de sorprender la cantidad de canchas y estadios deportivos, parques, lugares de recreo y esparcimiento. Había un cementerio de veteranos, era menester hacer tiempo luego en la agenda para visitarlo con calma. Pasaron a un lado y continuaron el camino.

Entraron a Green Street, de allí tendrían que doblar hacia la avenida West Madison que era el último tramo de aquella pequeña odisea; casi al final de la amplia curva, se podía distinguir los variados edificios que componían al Starr Regional Medical Center. La misión se hallaba casi cumplida.

Una vez allí, se prepararon para el típico alumbramiento de película, entrando cámara en mano y pasar de una vez a la sala de parto. No fue así, a Kara le dejaron en observación y luego de algunos exámenes y palpaciones les comentaron que, en el tiempo aproximado de una hora, comenzaría la etapa final del trabajo de parto.

—Paciencia, Señora Thompson, el cuello no ha dilatado aún de forma completa. Sé que siente la necesidad de pujar, pero debe evitarlo —, le recomendó el doctor —de lo contrario corre el riesgo de desgarrar el cérvix y gastará energía inútilmente.

—Está bien, doctor, así lo haré —respondió ella.

Y dicho de esta manera, esperaron una hora y ya por fin tuvieron la oportunidad de tener a su bebé, todo lo típico que se pudo, cámara en mano, las lágrimas y las risas de rigor. No hubo complicaciones ni sorpresas, un parto normal, resultado feliz. Luego de unos minutos la pequeña damita estaba en brazos de su

madre recibiendo su primera leche.

Se dejó entonces descansar a la madre y al bebé. Ocasión que aprovechó el padre para tomar un refrigerio y relajarse un poco. Estaba disfrutando de su cappuccino, cuando reparó en la gorra de un hombre que estaba cercano a él. Era un hombre de mediana edad, robusto y gallardo, alto como una barda, con gafas de corrección, chaqueta de verde oscuro, líneas del rostro fuertes, algo agresivas, sin embargo, su mirada exultaba de emoción y alegría. Los ojos se le antojaban algo pequeños para lo expresivo de su mirada. Distinguir entre arrugas y pecas era todo un reto, pero era el rostro afable de un hombre en que se podía confiar; inspiraba confianza. No había derribes ni fisuras en su expresión, un carácter curtido entre guerras de diversos niveles.

—¿Base Eglin? —le preguntó James de forma directa, señalando los distintivos de la gorra.

—Sí, señor, ya retirado como lo dicen mis canas —respondió este señalando los referidos cabellos grises.

—James Thompson, Capitán, piloto, también retirado, aunque no tenga canas.

—Mike Smith, Sargento, mecánico, técnico de armas.

—¿Qué le trae por acá Sargento?

—Una nieta. Mi hija acaba de dar a luz. Aquel manojito de nervios que está por allá es mi yerno. Un buen muchacho, pero de estómago débil. Ya no hacen a los hombres como antes —expresó risueño.

James no pudo reprimir una risa, mientras observaba al susodicho yerno del amigo Mike, sentado en una banca, jugando con un cigarrillo sin encender. Él también era un manojito de nervios, solo que simula-

ba serenidad. Sin saber si eran los años de entrenamiento militar o una actitud defensiva.

—No lo culpo, yo no estoy mejor que él —agregó.

—¿Su primer hijo?

Asintió con la cabeza.

—Niña, realmente — corrigió.

—Las niñas son hermosas, son como pequeños gorrones. ¿Ha escuchado la expresión: la niña de mis ojos?

James nuevamente asintió con la cabeza.

—Pues se está embarcado en la aventura de su vida. Averiguará el significado de esa frase en su más puro concepto. ¿Qué nombre tendrá la beba?

—Eglin Theresa.

—Muy patriótico, algo extraño pero sublime a la vez.

—¿Y la nieta? ¿Cómo se llamará?

—Se llamará Esmeralda.

—“Emerald” muy bonito nombre.

—Así es... — aceptó —por cierto, ¿participó usted en la Guerra del Golfo?

—Sí, aunque no derribé ninguna nave enemiga.

Mike asintió con la cabeza de manera comprensiva.

—¿Es irónico? ¿No? Entrenar tanto tiempo, esforzarte para estar entre los mejores y a pesar de eso no poder poner en práctica lo aprendido. Aun así, luchar por tu país es de las mejores cosas que puede haber para un patriota.

—En parte eso fue lo que me motivó a retirarme del servicio activo. Fue un poco decepcionante, hubo muchas misiones, pero la fuerza aérea iraquí no presentó suficiente combate, aunque el ala se anotó 5 derribos de MIGs-29 —añadió James con cierta nostalgia en la voz —. Aparte el deber de la familia

me llamó y me decidí por una vida más sencilla, con menos adrenalina, pero con más sabor a hogar.

—Si le sirve de consuelo le entiendo a la perfección. El hombre adora la paz, pero no puede ignorar la guerra. En ese sentido somos seres contradictorios. Los nacionalismos campeon donde la razón se retira. Porque la guerra es el uso de la fuerza, ciertamente aplicada con alguna inteligencia, pero no con la razón. El raciocinio se calla con patriotismo, la moralidad se barre debajo de la alfombra y el valor de la vida solo se aplica a los que luchan a tu lado, hablen tu lengua o no. La muerte es impersonal cuando la llevas a las filas enemigas y se vuelve personal cuando tu compañero de armas cae. Qué raza tan extraña somos —. Observó el sargento —De todas maneras, le corrijo, amigo mío, criar una niña le va a proporcionar muchas emociones extraordinarias, ya lo verá, cuando entre en la adolescencia va a usted a saber lo que es buena adrenalina

James no respondió. Lo de la adolescencia ya tendría tiempo para cavilarlo, enfrentarlo y disfrutarlo, si ello era posible. No era cosa para estar pensándola ahora mismo. Primero lo primero, habría etapas y desafíos, eso no lo dudaba, habría que afrontarlas una a una y llevarlas al mejor término.

—No hablemos más de guerras y muertes. Se hace necesario hoy celebrar la vida —dijo el señor Smith, mientras levantaba su taza de café, simulando hacer un brindis.

James sonrió. ¿Qué otra cosa podía hacer? Brindar con café. No parecía tan malo después de todo.

Ambos se quedaron conversando un rato, el otoño asomaba sus colores poco a poco. Ya lo había obser-

vado en los bosques, el verde cedía terreno con timidez, en movimientos cromáticos casi imperceptibles. Era su turno en la rueda, el verano terminaba, la brisa soplaba suave y silenciosa, era posible percibir que un cambio de temporada se acercaba. Y así era, así culminó la mañana del 1 de septiembre de 1991, en Athens, Tennessee.

II

CAMBIO DE ROSTROS

Observarla se había vuelto una pequeña obsesión, algo pasajero, cosa de un rato; un rato que ya parecía una hora. Al principio, se había sentado en un lado alejado de la entrada principal en la escuela secundaria en Callhoun. No quería llamar mucho la atención, luego cambió de opinión al verla llegar. Supuso que el señor de lentes oscuros y apariencia de soldado que manejaba un Mustang viejo y rojo era su padre. La chica vestía una blusa amarilla, chaqueta marrón, falda corta, color café oscuro, apenas por encima de la rodilla, medias muy reducidas, botas marrones, corte bajo. Cualquiera diría que personificaba la típica belleza americana, solo que una pulgada más alta de lo normal; rubia, cabello largo y ondulado, un cuerpo voluptuoso, que lucía como si hubiera sido esculpido a mano, por un artista cuya inspiración se había salido de control. El tamaño de su busto se alejaba de lo normal, no parecía fruto de alguna operación. Imposible que ese señor, con cara de coronel amargado, consintiera que su niña se hiciera una operación estética.

No es que creara mucho escándalo o se comportara de tal o cual manera, solo estaba allí, con un grupo de chicos y chicas, conversando de cosas amenas y de lo que hicieron el verano pasado, quizá era ese par de buenas razones lo que atraía a todos, quizá porque todos eran conocidos entre sí y ella misma, al ser la nueva, no podía entender la relación entre ellos; se podía pensar en muchas razones, seguro era alguna

que no había considerado. Eso no importaba. No tuvo que preguntar su nombre, muchos reclamaban su atención, no solo chicos, las chicas también. Eglin Thompson. Así fue como lo supo. Era el nombre que más se oía en medio del barullo, una cacofónica nomenclatura que interrumpía el hilo de las diferentes conversaciones, creaba silencios y cambiaba los ritmos y direcciones. Era ella la directora, ellos la orquesta, respondían en sinfónica coordinación a sus ademanes y movimientos. Seguro era la chica más popular de la escuela. Ya era la reina de la graduación sin haberse graduado, apenas comenzaban las clases, pero eso era evidente. Poseía magnetismo, desbordaba alegría, la comunicaba y la hacía sentir a su alrededor; desenfado, despreocupación, eso transmitía. No se esforzaba, era natural en ella, ser buena, ser bonita; no era una máscara, solo era ella misma. No supo si esa característica de la chica le agradaba o le molestaba; llamaba su atención, de eso no cabía duda.

Respondiendo al impulso general terminó acercándose a ella. Con timidez se fue aproximando a esa chica alta, de crin dorada, ojos azules, cuerpo delgado, pero de líneas sinuosas, de rostro afable y carácter amigable, que se encontraba cerca del estacionamiento.

—¡Hola! ¡Soy Eglin Thompson! ¿Cuál es tu nombre? —Se presentó ella, antes de que pudiera abrir la boca, sin siquiera darle chance de reaccionar.

—Esmeralda Cabrera —respondió por puro reflejo. Eglin se le quedó viendo divertida. Estaba pensando en ir a saludarla y resulta que la chica caminó hasta ella. Quizá fue muy rudo cortarla así, pero fue algo que hizo por instinto. A leguas se le notaba que era

nueva en la escuela, pero le agradaba, como le agradaba todo el mundo. La vida era muy corta para no ser agradecida con todo. Dios le había dado muchos dones, al menos eso pensaba, y no era para malgastarlos, ser mala con las personas menos afortunadas. Creía en la justicia, eso le enseñó su padre. Sin embargo, Esmeralda, la chica que se presentaba ante ella no era débil, no era una desamparada, ni tampoco una tonta. Era más alta que ella misma y bajo esos lentes redondos y pasados de moda, del cabello recogido y esa desentendida combinación de ropa, se hallaba una belleza agazapada, el exotismo de la mujer latina, el fuego de esos ojos, matizado con aquella parca timidez. Que ni tan timorata era, había tomado la iniciativa de aproximarse al grupo donde se encontraba. Al grupo de “los populares”. Rio para sus adentros, de nuevo. Le parecía un poco tonto ese asunto de la competitividad social en la escolaridad norteamericana. ¿Quién determinó que debíamos ser populares en la escuela? ¿Quién dijo que a los cerebritos había que llamarlos “nerds” y abusar de ellos? ¿Quién dijo que todas las rubias bonitas eran estúpidas y tetonas? ¿Quién decretó que los deportistas son malos estudiantes? Había una etiqueta social, un papel que te tocaba desempeñar y romper esos estereotipos era algo difícil en la época actual, pero no imposible. Había muchos jóvenes tratando de romper esas barreras. Eglín sentía que era una de ellos. Una persona que rompía paradigmas, que vivía sin códigos ni etiquetas. Se puede ser exitoso sin tener que pisotear a los otros y avanzar por méritos propios. Y no es que se angustiara mucho con eso, todo lo contrario, vivir así, actuar de esa manera le

daba tranquilidad, la paz interna de saber qué hacía lo correcto.

—¿Juegas voleibol, Esmeralda? —preguntó de forma directa.

No era una pregunta que Esmeralda esperara. ¿Tan evidente era? Por qué no preguntar si era la nueva. Chica interesante. Odiaba admitir ser presa aún de algunos estereotipos y prejuicios. Parte de ella le veía como la rubia atractiva y vacía que hacía sufrir a todos en la escuela. Se tomó unos segundos para cavar su respuesta. Cabía la posibilidad que toda aquella amabilidad fuera una fachada y en realidad, le estaba tendiendo una trampa para realizarle alguna broma, algún ritual de iniciación usado para dar una bienvenida adecuada a los nuevos y transferidos. Optó por contestar a media verdad.

—Un poco.

—¡Excelente! Apenas te vi, vi una jugadora de voleibol, mi intuición no me ha fallado —manifestó emocionada.

—Todavía no te emociones tanto, no soy tan buena —corrigió, al notar su entusiasmo.

—No seas modesta, necesitamos buenas jugadoras en el equipo escolar —le contestó riendo—. Te presento a los chicos. Mitch Flemming, Casey Gilmore, Carol Ann Richmond, Peter Garland, Linda Severini, Sarah Gordillo y nuestro querido duendecillo de la suerte: Gules Mac Adams.

Todos asintieron, hicieron algún ademán o mueca al escuchar su nombre. Excepto el último, el ya nombrado duende de pelo rojo, que solo se limitó a mirarla a través de sus lentes oscuros.

—Les presento a Esmeralda Cabrera, nuestra próxi-

ma estrella, en el equipo de voleibol —anunció, mientras la abrazaba con el brazo izquierdo y le sacudía el cabello con la mano derecha—. Hay que despeinarla un poco pero ya que se suelte ese abundante cabello podrá demostrar su lado salvaje.

Esmeralda no supo cómo responder a eso. Se dejó hacer. Y no era tanto que se había cepillado el pelo con mucho cuidado y esmero en la mañana, sino que no esperaba una bienvenida como esa. Se sentía súper extraña y le estaban tratando como si fuese la gran amiga del curso anterior, aquella que todos esperaban ver de nuevo. Y por más agradable que parecía ser la situación, la verdad se sentía incómoda. No hallaba una razón socialmente aceptable para separarse del grupo, no debería sentirse así, no quería sentirse así ¿cómo podía controlarlo? Por ahora se sentía insegura en un medio ajeno al habitual. Las mudanzas son difíciles, está bien, creyó oírlo alguna vez, pensó entenderlo. Ahora sabía que una cosa es la teoría y otra la práctica. Cambiar de residencia; migración, una palabra que tenía un sentido muy profundo en su familia. Su corazón se hallaba dividido entre la patria que la vio nacer y la patria de sus padres y de los padres de sus padres. Nunca había puesto un pie en México, lo conocía solo de fotos, de películas, de canciones en blanco y negro, pero a pesar de eso se hallaba tatuado en su piel, en su sangre, en sus pensamientos y hasta en sus movimientos. Y sentía que todos podían ver a través de aquel velo, que era un secreto a voces; como si portara una franela con la leyenda “Soy latina”.

Alguien comentó: “se acerca la hora de entrada”. no supo quién fue, en realidad no se grabó los nombres de los chicos, solo el de ella, Eglin. Igual le bendecía

por dicho comentario. Iniciaron entonces la entrada al referido instituto educativo y fue salvada por la campana. Ocupó su puesto, aquel que le había designado la vida y con el cual esperaba sentirse cómoda. Los otros chicos y Eglin ocuparon otros tantos puestos y la jornada estudiantil, comenzó la normalidad requerida y ansiada. Clases, benditas clases.

Eglin le observó aislarse y le dejó hacer. No era un pájaro haciendo su nido, era un señor feudal levantando una fortaleza alrededor de su persona. Paciente, silenciosa, constante, colocaba ladrillo por ladrillo, piedra por piedra y cada uno era una nueva altura en la empalizada, así que cada vez era más fuerte. Sin embargo, hasta los castillos más grandes tienen su límite, su debilidad, entradas, almenas, ventanas por donde dejar ingresar la luz. Solo había que ser luz para entrar o ser merecedora de bienvenida y cruzar por la puerta principal, utilizar la fuerza no tendría ningún sentido y tampoco gloria.

Al salir de clases la interceptó en el pasillo.

—Esmeralda, ¿tienes un minuto?

Ella asintió con la cabeza.

—Sí, claro.

—¿Tienes algún plan para esta noche?

De nuevo la pregunta inesperada. Creyendo que podía, sin querer, comprometerse en alguna salida, decidió responder con la verdad, aunque esta resultara muy personal.

—No lo llamaría plan, pero sí, mi familia ha estado actuando un poco extraña y distanciada. Quizá planearon una actividad distractora para mantenerme ocupada en la tarde, supongo que me aguarda una fiesta sorpresa en casa.

—¿Fiesta sorpresa?

—Sí, por mi cumpleaños.

Eglin se echó a reír a carcajadas. Esmeralda se sonrojó. Ya había ocurrido, la reina del baile al fin mostraba su perversidad. No debió contarle eso. Se molestó con ella misma por ser tan sincera e inocente.

—¡No pongas esa cara! No me estoy burlando — aclaró al ver el enrojecimiento en la cara de Esmeralda —, mira.

Acto seguido le mostró su carnet de conducir.

—Mira la fecha de nacimiento.

Esmeralda ajustó sus lentes. La vista no la engañaba. Ahora entendía su risa, la fecha de nacimiento coincidía con la suya; primero de septiembre, de paso, el mismo año, ambas cumplían diecisiete. Aquello no hizo otra cosa que provocarle más vergüenza.

—Mira, cumplimos años el mismo día.

—Y el mismo año —agregó Esmeralda.

Aquello parecía el colmo de las casualidades. ¿Cómo era posible? Un matemático le podría dar la respuesta concisa que ella no lograba ver en aquel instante. La única respuesta válida fue una sonrisa nerviosa.

Eglin le preguntó en donde había nacido.

—En Athens —contestó Esmeralda.

—Somos como hermanas entonces porque yo nací allí también y debiste nacer en el Starr Medical Center. No hay otra opción lógica.

—Si, en el Starr Medical Center, cerca de las 5:30 am.

—Yo nací a las 5:15, soy mayor que tú —expuso sonriendo—. Te abordé porque quería invitarte a mi fiesta de cumpleaños y tú también tienes una. Deja que te felicite, ¡feliz cumpleaños! —expresó con emoción y alegría.

Eglin le abrazó con fuerza. Se sintió querida y, sin darse cuenta, respondió al abrazo. Se quedaron un rato en el pasillo de esa forma, como las mejores amigas, como personas unidas por un vínculo personal, por el destino, por lo intangible, por las incomprendidas emociones.

Salieron de la escuela, Eglin se fue con su padre. A Esmeralda ya no le pareció un señor tan malhumorado, ni tan sargento. Le ofreció llevarla hasta su casa, ella declinó la propuesta. “Vivo cerca”, le dijo “puedo ir caminando”. En realidad, era lejos, le dio vergüenza aceptar el aventón. Además, había recibido un mensaje de texto de su madre, anunciando que la buscaría para ir al centro, de compras.

Tal y como lo sospechó, le esperaban en casa con una fiesta sorpresa. La salida de compras había sido la medida distractora. No había muchas personas, su padre, su hermanito, unos amigos de su padre y nadie más. Pudiera parecer poco a los ojos de otra persona, la concurrencia era baja. Sin embargo, ella valoraba el esfuerzo. No había habido tiempo aún de hacer nuevos amigos, el cambio de ciudad no sólo era un cambio de dirección, sino de rostros, costumbres y aires. Mientras la familia se mantuviera unida no debería haber cambio que los afectara. O al menos eso pensaba.

—¿Qué tal el primer día de escuela? —preguntó a Esmeralda su madre al terminar la fiesta de cumpleaños, mientras limpiaban la cocina.

—Bastante bien, la escuela es bonita y la gente amigable —respondió ella.

—Qué bueno, me preocupaba un poco, las mudanzas siempre traen complicaciones, la adaptación al entor-

no, las costumbres, la nueva ciudad, la nueva escuela, los nuevos amigos... ¿Hiciste nuevos amigos?

—Sí, creo que sí. Quizá es muy temprano para decirlo: tuve una conexión interesante con una chica en especial, pero todos fueron muy buenos conmigo.

—Cuéntame los detalles.

—Es una chica de mi edad, de hecho, cumple años hoy, tal como yo; es de lo más curioso, nacimos el mismo día, mismo año y en la misma ciudad.

—Tu naciste en Athens... ¿Ella nació allá también?

—Sí, así me dijo, no me dio todos los detalles.

—Qué cosa tan curiosa.

—Nos enteramos al ella invitarme a su fiesta de cumpleaños. Invitación que rechacé porque sospeché que ustedes me preparaban alguna sorpresa.

—¿O sea que no fue sorpresa?

—¿Sorpresa? Fue asombroso. No se me ocurrió que eso pudiera pasar, hacer amistad con una chica que nació el mismo día que yo, de paso no cualquier chica; es hermosa, inteligente, buena persona, deportista, juega voleibol, igual que yo; se nota a leguas que es una persona fuera de serie, solo le faltó que fuese zurda y que se llamara Esmeralda también —respondió emocionada —y que fuese morena, es de cabello rubio.

—Me refería a la fiesta de cumpleaños, niña tonta —corrigió la madre, algo desilusionada.

Esmeralda tomó nota del error, ya no tenía forma de enmendarlo.

—¡Ups! La fiesta... —se sonrojó —no, no fue sorpresa. No te aflijas mami, de verdad estoy muy agradecida por el detalle y la torta estaba deliciosa, todos estuvieron muy atentos...

—Está bien, no pasa nada. De todas maneras, lla-

marla “fiesta” es un tanto pomposo. Una reunión familiar con gaseosas y pastel, eso fue. Somos nuevos en la ciudad y no estuvieron las amistades habituales que dejamos atrás.

Esmeralda abrazó con fuerza a su madre. Fue la única cosa que se le ocurrió para disculpar su propio despiste y agradecer los esfuerzos de ambos, papá y mamá, hacían por mantener la familia próspera y unida.

—Por cierto, cuando hablaste de esa chica parecías un chico enamorado. Te brillaron los ojos y la emoción se brotaba por los poros. Me causó mucha gracia —le comentó su madre.

—¿En serio? ¡Ay, qué vergüenza!

—Solo ten cuidado; los adolescentes a veces pueden ser muy crueles. No entregues tu cariño tan fácil. No quiero imaginar cuando te enamores de algún chico; eres inteligente y prudente, pero también emocional y apasionada. Mucho cuidadito. ¿Sí?

Esmeralda asintió con la cabeza. La vergüenza no le permitía emitir palabra alguna en aquellos momentos.

Eglin, por su parte, tuvo su fiesta de cumpleaños algo más concurrida. Colmada de atenciones y obsequios, aunque era una fiesta poco típica, nada de alcohol. El Coronel, así llamaban los chicos a James, el padre de Eglin, no toleraba el alcohol. A todos les intimidaba aquel rostro severo que sonreía todo el tiempo. Era austero, pero justo; gruñón, pero alegre; serio, pero divertido; infundía respeto y confianza, creando confusión a quien se aferrase a alguna descripción clásica del padre huraño y riguroso. Así hubo pastel y gaseosas, música a alto volumen, sin cerveza y hasta una hora decente. Al día siguiente

había día de escuela y los vecinos tienen derecho de descansar y él tenía el deber de colocar los límites.

—¿Qué tal te pareció Esmeralda? —le preguntó Eglin a Gules, cuando finalizó la fiesta, estando a solas.

—¿Quién?

—La chica nueva, no te hagas el desentendido. Tú sabes de quién hablo, además te vi observándola mucho, no me digas que no.

Gules sonrió. Atrapado.

—Sí, es muy linda, alta, algo tímida.

—¿Eso es todo? ¿No hay más que agregar?

—Qué te puedo decir... —expresó, meditando su respuesta —Tú eres mi Dama Galadriel, ella Arwen Tinuviel y yo un Enano pelirrojo, Gimli, hijo de Gloin, si te place obsequiarme una hebra de tu cabello.

—¡Ja! ¡ja! ¡ja! Entendí la referencia. Y no, no te voy a dar de mis cabellos ni un pelo. Tú, duende travieso, que enano ni que nada, eres un Don Juan con muchas damas. ¿Desde cuándo soy tu Dama Galadriel?

—Desde siempre...

—Si claro... ve a casa o a tus minas —le despidió toda divertida, Eglin, la fiesta había culminado ya hace rato —. Gracias por venir, eso sí te lo concedo, eres el primero en llegar y el último en irte.

—Siempre, mi querida Dama —le respondió Gules con una excesiva y cómica reverencia, besándole las manos.

—Ya, ya... luego te doy una hebra de cabello de las pelucas viejas de mi tía, pequeño fanfarrón.

El chico se colocó sus lentes oscuros y sonriendo tomó rumbo a casa.

—Mi Dama. ¡Algún día deberás admitir que te amo!

—exclamó para sí mismo con la solemnidad que ameritaba el caso.

III

A PRUEBA DE BALONES

—¿Ella es la chica que me comentaste? —preguntó el profesor King.

—Sí, tengo un buen presentimiento con ella —le contestó Eglin.

Esmeralda, ajena a la conversación, ajustaba los cordones de sus zapatos. Se recogió el cabello y ajustó sus lentes. No fue su propósito llamar la atención, ya esa cuestión había sido resuelta, no conforme a sus deseos, era menester adaptarse a ello. Si bien era algo tímida, también era cierto que era muy competitiva y tenía una verdadera pasión por el deporte. Observó a Eglin conversar con el Profesor. Era impresionante, Eglin y ella misma eran altas pero el entrenador era una mole. Le calculó unos seis pies y medio al menos. Y su cuerpo era una escultura de Miguel Ángel reforzada de músculos, de hermosa piel azabache y cabello rapado, con un poblado bigote y labios gruesos. Era guapo, un ejemplar sobresaliente, mira qué capricho de Dios hacer un hombre con esas características. “No, no, no. ¿Cómo puedes estar pensando así, chiquilla?” Se increpó a sí misma. Trató de disipar esos pensamientos. No había ido al gimnasio a enamorarse del profesor sino a jugar voleibol.

—Nada más al observarla como se prepara para jugar, esos lentes especiales, sus movimientos, todo; uno llega a la inevitable conclusión: es una gran jugadora —expuso Eglin, muy convencida de sus palabras —. ¿Cómo sugiere que hagamos la prueba?

—Tú eres la capitana del equipo.

—Y usted es el entrenador, soy toda oídos.

—Separa a las jugadoras en dos equipos y quédate con ella de compañera, a ver qué tal se compenetra contigo — sugirió el profesor.

—Correcto.

Y Esmeralda no decepcionó, destacaba en volea, recepción, distribución, despeje y bloqueo. Mostró un endiablado remate diagonal y un excelso saque en alto, el hecho de que fuese zurda le daba un plus a su presencia y complementaba a la poderosa derecha de Eglin. Parecían unas inusuales gemelas, se coordinaban de maravilla; cualquiera diría que habían jugado juntas de siempre o que se comunicaban por telepatía. El profesor no podía estar más complacido, ganaba una jugadora excelente con miras a ser excepcional y se abrían las posibilidades de un buen desempeño en el campeonato colegial. Martín lo comentó con su buen amigo Abraham, el consejero, sentado a su lado, quién no siempre podía asistir a las prácticas, ese día había asistido con la intención de observar a la chica nueva. Deseaba ver el desenvolvimiento social de la misma. Pronto comprendió que se había acondicionado a la escuela muy bien. Y aprovechó la ocasión para hacer el asunto que tenía pendiente, pedir un favor a su amigo Martín.

—Martín, hay un pequeño favor que quería pedirte. Está programado un viaje escolar al Museo de Armamento de la Fuerza Aérea para noviembre, no voy a poder ir, como siempre acostumbro. ¿Podrías tú ir en mi lugar?

—¿Noviembre? Sí, claro. No veo el problema.

—Gracias. Te lo agradezco. Tengo una cita médica.

—¿Alguna cosa sería? —Preguntó Martín, intrigado.

—No, no. Un chequeo de rutina. Nada de qué preocuparse —le contestó en tono tranquilizador.

Sin embargo, pensó: “un chequeo de rutina, eso espero”.

—Tranquilo, yo te respaldo, ¿Para qué son los amigos?

El partido de fogueo llegó a su fin y la conversación se vio interrumpida. Abraham pensó que no había razón para preocuparse, confiaba en Martín, el viaje sería un éxito. Tenía que recordar agradecer al señor Thompson, la visita al museo había sido una sugerencia suya y contribuyó de una manera enorme a que ocurriera.

—Eres todo lo buena que esperaba y más —le comentó Eglin a Esmeralda una vez culminado el entrenamiento.

—Gracias, pero no exageres, tú eres mejor que yo. ¿Hay algo que no sepas hacer bien?

—Las clases de historia no se me dan.

—¿En serio? Historia es mi clase favorita.

—Las matemáticas son lo mío.

—Yo en matemáticas soy un desastre, para sumar dos más dos tengo que utilizar una calculadora —agregó Esmeralda sonriendo.

—Cada quien tiene lo suyo, pero eso es bueno, tú me ayudas en historia y yo te ayudo en matemáticas. Yo seré tu mano derecha y tu mi lado siniestro ¡Ja! ¡ja!

—El que sea zurda no me hace siniestra —replicó con el ceño fruncido.

—Técnicamente sí —afirmó Eglin —Diestra, Siniestra —remarcó, haciendo un ademán con la mano derecha primero y luego con la izquierda.

Esmeralda no dijo nada, le miró con asombro y con

una mueca demostró su desapruebo.

—Es una broma, no es en serio; con tu zurda y mi derecha llevaremos la derrota a nuestros enemigos

— le comentó Eglin.

—Yo no tengo enemigos —aclaró Esmeralda.

—Me refiero a nuestros contrincantes deportivos. Veremos si son a prueba de balones.

Esmeralda sonrió, el juego de palabras le pareció gracioso, la expresión agresiva con aires malignos de su amiga era aún más divertida.

Y dicho esto fue muy acertado. Sin llegar a ser invencibles, el equipo se hizo de verdad competitivo y la pareja de jugadoras ganó respeto entre sus pares y rivales. Se hicieron inseparables, la amistad entre ellas era algo natural, se integraban en muchos sentidos, en el deporte, en la escolaridad y en la vida diaria. Gules, por otra parte, se sintió desplazado. Eglin pasaba ahora mucho tiempo con Esmeralda, casi no le veía y si lograba compartir tiempo con ella, Eglin no paraba de hablar de Esmeralda. Y en el desespero de no lograr captar su atención terminaba alejándose sin querer, se le hacía difícil tener gestos de cariño con ella, si la entrometida latina estaba presente en la conversación. No es que lo evitara a propósito, un velo de respeto y distancia se había abierto entre ellos, llevándose su confianza y seguridad, quizá era miedo, intimidación. Siempre sus anhelos callaban ante las preguntas que ella hacía acerca de sus vaivenes amorosos. Los comentarios se volvían acusaciones y luego prohibiciones. ¿Cómo ser concluyente mientras actuaba disperso y desordenado? ¿Cómo convencerla de su amor si no podía verla a los ojos siquiera? Los lentes oscuros eran el escudo que lo

protegía de la vergüenza, el silencio era cómplice y acusador, el silencio lo ataba. El silencio de hablar mucho y no decir lo que de verdad se quiere decir. El silencio de no lograr expresarse con claridad y cuando lo hacía, ella desestimaba sus palabras y estas caían en un descrédito divertido para ella y un tormento deshonesto para él. ¿Acaso no entendía que su aparente actuar frívolo y desordenado, era un acto desesperado por no poder alcanzar su amor? Mientras más ella lo rechazaba, sin querer ni estar consciente de ello, más libertino se comportaba él. La situación lo controlaba. Era un doloroso círculo vicioso.

Una vez entrado a ese laberinto, no había podido hallar ni la salida, ni la luz, ni siquiera al minotauro para al menos tener con quién lidiar. Su padre no era Dédalo y él tampoco era un Ícaro alado. Lo único de cera que poseía era la marmórea expresión de su rostro; cualquiera le acusaría, no sin cierta razón, de ocultarse detrás de un museo, detrás de máscaras únicas. Muñecos, quimeras y estatuas de la indiferencia, del extraño comportamiento humano. Y quien rondaba por los pasillos de ese museo de cera se admiraba de la colección de rostros y cuerpos, no con el dueño oculto, y él mismo no sabía decir si era mejor así o peor.

IV BRISAS DE NOVIEMBRE

—Iré en mi Mustang, no con ustedes —comentó James a su hija —. Aunque será algo aburrido tener que conducir todo el trayecto a la velocidad del transporte escolar. Supongo que de vez en cuando me adelantaré, los dejaré atrás y los esperaré en algún punto avanzado.

—Por un momento pensé que irías con la clase, en el autobús, pero mejor así, sería incómodo, los chicos te tienen algo de miedo —respondió Eglin.

—¿Miedo por qué? Soy un viejo simpático y amigable.

—Eres un gruñón, pero el mejor gruñón del mundo, Coronel de mi vida.

—Soy Capitán, no Coronel... pero gracias por el ascenso.

—Ya, discúpalos. Los chicos no saben de rangos militares más de lo que ven en las películas. Ahora yo sí te llamo así para enojarte un poco. ¡Je! ¡je! A mí no me disculpes, pero tampoco me borres de la herencia —expresó, toda divertida y guiñando un ojo.

—Claro que no. Te dejaré un montón de deudas como herencia. ¡Ja! ¡Ja!

—¿En serio? ¿Tan mal estamos? —replicó, ya no tan divertida.

—No estamos mal, pero tampoco estamos bien. Esto de la recesión económica ha afectado las ventas. Está lento el ramo ferretero en estos momentos. Eglin no contestó nada. Sus conceptos sobre la economía y los negocios no estaban desarrollados lo su-

ficiente, como para dar una respuesta. O al menos eso sentía ella. ¿Debería preocuparse? Era difícil decirlo, mejor se enfocaba en la excursión y en hacer la mochila. Iba a un viaje escolar para visitar el museo en la base aérea que le dio su nombre. Mira qué ocurrencia de su papá al bautizarla así. Le preocupaba un poco que, hasta ahora, su nombre fuera especial, diferente. Luego del viaje todos sabrían el origen del nombre, se sentía algo desnuda e indefensa. No es que dejar de ser una chica popular le inquietase mucho. El *bullying* sí, nunca había sido víctima de eso y no sabría si estaba preparada para afrontar una hipotética situación de abuso.

—Tranquila. ¡Alzaremos vuelo! Son cosas transitorias —exclamó James, tratando de tranquilizar a su hija, al notar el cambio de su expresión de alegre a sombría.

Y era cierto. No había porque inquietarse. Al menos no en la materia económica.

El viaje no tuvo mayores contratiempos y la compañía de Esmeralda y sus demás amigos hizo que olvidara el asunto. Siempre la imagen fresca de su amiga le animaba. Ésta desbordaba de entusiasmo. No paraba de hablar, de corregirle, no se trataba del museo Eglin, el nombre era distinto. *Air Force Armament Museum*. La confusión era dada porque la ubicación del mismo estaba adyacente a la Base Aérea Eglin. Le recomendó que se despreocupara del *bullying*. “Eres Eglin Thompson ¿quién osará a hacerte *bullying*?” declamó. Como si eso fuese una infalible realidad papal. Y luego de esa afirmación comenzó a recitar una larga letanía de nombres, códigos, designaciones, apodos y siglas para designar a una inter-

minable lista de aviones y armamento. Y es que no solo era un museo de aviones, había otras atracciones, cañones, bombas, rifles de la guerra civil, hasta armas del viejo oeste.

Su papá, en el Mustang, les escoltaba en la carretera, por momentos atrás, luego de lado, los pasaba y desaparecía en el horizonte. Le alcanzaban luego y compartían en las paradas. No cabía duda de que disfrutaba del viaje.

Gules, mientras tanto, no la pasaba tan bien. Aislado en la parte trasera del bus, se sentía una vez más desplazado por Esmeralda. Hubiera querido ir sentado al lado de Eglin. Sin embargo, ella misma sentó a Esmeralda en el asiento contiguo y él, en su decepción, se ubicó al final del autobús. Con amargura en el corazón se preguntaba si odiaba a la chica latina o si le simpatizaba de alguna forma. Porque, siendo sincero consigo mismo, ella no tenía la culpa de sus angustias, de su amor no correspondido, de haber encantado a su Dama. En todo el trayecto intentó entender por qué Eglin le prefería a ella. Obvio no era una atracción sexual, era afectiva; quizá era eso, porque era una relación en la cual no arriesga el corazón. No lo sabía. De tanto devanear llegó a la conclusión que, siendo Eglin hija única, de forma inconsciente o no, siempre deseó una hermana y ahora Esmeralda llenaba ese vacío. No era la idea más original o mejor pensada del mundo, solo la única explicación que hallaba en su desespero.

Llegados al museo, comenzaron el recorrido, por supuesto, y sin que le pareciera una sorpresa, Eglin y ella caminaban. Esta vez fue Esmeralda quien la tomó de la mano y le contaba maravillosas anécdotas

sobre los aparatos y artilugios del museo. La GBU-43 MOAB, la madre de todas las bombas, escuchó indicarle al ver una larga bomba, que más que eso parecía un misil; un largo cigarro verde de punta amarilla. A quién diablos le interesaba eso, que era la bomba convencional más grande del mundo o que sus siglas significaban *"Massive Ordinance Air Bomb"*. Esmeralda, era una verdadera apasionada del tema. Sí, sentía que la odiaba. Y una vez más se retrasó poco a poco, hasta estar al final del grupo. Con lentes como escudo y el silencio como resguardo.

El profesor Martín estaba, como es de suponer, alerta con los alumnos a su cuidado. Luego de un rato se relajó. Dentro de las instalaciones, que antes había sido un gimnasio, se respiraba un ambiente de seguridad y no cabía duda, era interesante el recorrido. El interior era amplio, con una multitud de pequeñas exhibiciones, sillas para conferencias, señales, luces, letreros y leyendas por doquier. Le traía recuerdos de su época de servicio en la rama del ejército terrestre. El entorno militar y la exposición de todo tipo de armas le causaban un sentimiento familiar. Poco faltó para que tomara la carrera militar, su sueño había sido ser miembro de las fuerzas especiales. No recordaba bien porque había declinado de seguir. Ahora no importaba, tenía buena vida; no cambiaría a su bella esposa ni a sus hijos por la ruda y solitaria aventura castrense. No obstante, de esos pensamientos, percibió la intranquilidad de Gules Mac Adams. Él siempre fue un joven apático, sin embargo, se estaba comportando más indiferente de lo normal. No participaba del recorrido, no hablaba con nadie, ni siquiera prestaba atención a las distintas máquinas expuestas en el museo. El resto del grupo se

comportaba de manera normal, se veían interesados y felices; así que, con disimulo, se atrasó poco a poco para estar más cerca del chico y así observarle mejor. Este ni reparó en el voluminoso cuerpo del profesor, que comenzó a caminar a su lado. El Capitán James caminaba al frente de la comitiva, escoltado por Eglin y Esmeralda. Eso le dejaba más libertad de movimiento para estar cerca del chico. Por más que intentó abordarlo, este siempre le respondió con monosílabos y ademanes. Se lamentó no tener los recursos de su amigo Abraham, de seguro él hubiera podido ayudar mejor al joven en sus tribulaciones. Se limitaría por los momentos a observarle de vez en cuando, no podía diluir toda su atención en un solo estudiante, tenía la responsabilidad de cuidar de toda la clase.

En el interior del museo había pocos aeroplanos, la verdadera atención se centraba en las bombas y otros diferentes armamentos ligeros, la exhibición de medallas, uniformes. Vieron un cuadro dedicado a los “*Doolittle Raiders*” y hasta una bandera Nazi. Que cualquiera pensaría no encontrar un símbolo de ese tipo enmarcado y exhibido en un museo norteamericano, pero la historia, en su deber riguroso, no distingue entre lo políticamente correcto y lo que no lo es; más si se trata de algo tan importante y cruel como la segunda guerra mundial.

En el exterior se hallaban la mayoría de naves, así que el grupo se dirigió allí. Lo primero que percató el profesor Martin, al salir de las instalaciones del antiguo gimnasio, fue que el Señor Thompson no estaba en el frente de la comitiva, tampoco se veía a Eglin ni a Esmeralda.

Gules había notado lo mismo, “el coronel” no estaba con las chicas, estas se habían separado del grupo,

quedándose al lado de un avión de considerables dimensiones, pasando el estacionamiento, en una actitud de espera, relajadas y sonrientes. Hacia allá se dirigió, tenía mucha necesidad de hablar con Eglin, no importaba si Esmeralda estuviera presente, quizá era mejor así. Que le escucharan ambas.

Martín observó los alrededores, el capitán Thompson podía cuidarse solo, pero las chicas estaban a su cargo. Por fin dio con ellas, cerca del B-17, Gules también estaba allí, caminando en su dirección. ¡Rayos! ¡En qué momento se descuidó! ¡Esos niños se habían escapado de su control! Frunció el ceño: tendría que recoger el rebaño. Estudió la situación, el resto del grupo se comportaba bien, estaban compactos y muy bien acompañados por los guías; lamentó tener que descuidar la mayoría de la clase por tres chiquillos. Se encaminó hacia la referida fortaleza voladora. Cruzando el estacionamiento a pasos largos.

—Eglin —le saludó Gules, una vez arribado adonde se encontraban.

—¡Hola pequeño duende! —Saludó ella, muy contenta y risueña —¿Qué sucede? ¿Por qué esa cara de enano amargado?

La referencia a los enanos del señor de los anillos no le causó gracia esta vez, no era el momento, ni él se sentía a gusto para juegos de rol. Llamarle enano era recordar su baja estatura con respecto a ella. No es que fuese un chico con problemas de crecimiento, solo era apenas más pequeño que la media normal y ella más alta de lo que él quisiera admitir.

—Es porque me has ignorado todo el viaje.

—¿Yo? ¿En qué momento te he ignorado? —respondió, intrigada.

¡Increíble! Era muy descarada o de verdad no se percataba de su comportamiento. Si no la conociera bien pensaría que era cinismo o un acto de crueldad estudiado. En todo el día no se había molestado de cruzar media palabra con él, ni siquiera una mirada. Su respuesta fue sincera, cosa que le hizo sentir peor. Se quitó los lentes, menester era verla directo a los ojos.

—¿De verdad no lo has notado?

—No. No sé de qué me hablas. Ha sido un recorrido maravilloso, no entiendo tu molestia.

Esmeralda se encontraba incómoda con la situación. No sabía si irse a otro lado o quedarse. La expresión de angustia en el rostro de Gules le impresionaba. Era la primera vez que lo veía sin las gafas oscuras. Sintió pena por el chico, estaba muy enamorado de Eglin. ¿Por qué no se había percatado de ello antes? Ahora era evidente. Hasta unos pocos segundos antes, ella veía a Gules como el hermano pequeño de Eglin. No acertó nunca a considerar una relación entre ellos que sobrepasase ese nivel.

—Eglin escúchalo, no ves que está muy angustiado.

—osó en intervenir.

Gules le cruzó con la mirada. Eglin, por otra parte, perdió su actitud relajada y ya no se veía alegre.

—¡Tú cállate! ¡No te metas en lo que no te importa!

—le espetó el muchacho.

Esmeralda iba a replicar, entonces estalló Eglin. En una furia jamás vista entabló una agria discusión con Gules. Reproches, acusaciones y ademanes. ¿Cuánto duró aquello? No sabría decirlo. Estupefacta, Esmeralda, observó cómo Eglin abrió la compuerta del avión e ingresó por allí. ¿Cómo era posible que no estuviese sellada? Sin pensarlo, entró tras ella, preo-

cupada. Gules quiso hacer lo mismo y, justo, cuando colocaba un pie en la susodicha escotilla, unas manazas que parecían de hierro lo arrastraron hacia afuera. Era el profesor Martín. Este lo apartó como quien aparta un niño del peligro, se sintió indefenso ante aquella masa pura, de músculos y estatura. No opuso resistencia. Humillado se quedó parado, allí mismo, donde lo colocó el profesor. Éste entró por la abertura en busca de las chicas.

Martín notó al subir, que el bombardero no estaba diseñado para ser confortable. Se golpeó la cabeza contra el techo, no pensaron en personas altas ni corpulentas cuando lo fabricaron. Avanzó con mucho trabajo por el interior del fuselaje hacia donde estaban las chicas. Esmeralda consolaba a Eglin, quien lloraba en sus brazos. Les llamó por sus nombres y entonces ocurrió algo inusual. Apenas hubo tocado el hombro de Esmeralda sintió una vibración en todo el fuselaje, fue algo repentino. Por instinto las abrazó a ambas y eso fue todo. No supo más de él.

Gules, quien luego de todo lo ocurrido, se cargaba de reproches, permaneció como una estatua sin saber bien qué hacer. Había perdido el control y ahora estaba avergonzado de sus actos, de haberla hecho llorar, de reclamar de forma grosera su falta de atención. El avión hizo un ruido extraño, eso lo sacó de su ensimismamiento; por unos segundos. Una súbita vibración había sacudido al referido aeroplano. Entonces se asomó por la compuerta y de la vergüenza pasó al sobresalto. Eglin, Esmeralda y el Profesor se hallaban tendidos en el piso de la nave, cuan largos y voluminosos eran. Las chicas habían caído encima del cuerpo del profesor y parecían intactas. El profe-

sor Martin, en cambio, mostraba un sangrado en la cabeza. Al caer se había golpeado contra el fuselaje. Gules comenzó a pedir auxilio a gritos. Varias personas en el lugar reaccionaron y se acercaron al bombardero, entre ellas, el padre de Eglin y la clase. Así terminaba una aventura y empezaba otra, entre las tenues brisas de noviembre.

V BERLÍN DE NOCHE

El profesor Martín se halló de pronto acostado en un sofá, en el salón de un edificio. A todas luces parecía un Hotel. Unos personajes bastante pintorescos estaban con él, parecían sacados de una película de Al Capone. Le dolía la cabeza y por más que quiso, no recordaba nada, ni que día era, ni como había llegado hasta allí, mucho menos que sitio era. Le hablaban, no entendía lo que decían esas personas. No era inglés, de eso estaba seguro. ¿Alemán? Sí, parecía alemán.

Los chicos, pues eso eran ambos, unos chicos, se mostraban muy preocupados. De lo poco o mucho que decían, la palabra “profesor” era la única inteligible. Trató de incorporarse en el sofá. Buscando apoyo, colocó una de sus manos en el hombro del chico más cercano, el de los ojos azules. Entonces se percató de un hecho sumamente anormal: ¡su mano! ¡Su mano era blanca! Esquelética, pequeña y de piel arrugada, algo decrepita. Olvidó todo lo demás por unos instantes y se dedicó a examinar sus extremidades. Alarmado comprobó que la piel de ambas manos lucía igual. Se arremangó la camisa hasta el codo de su brazo izquierdo. ¡Qué era aquello! ¿Dónde estaba su hermosa piel de ébano, sus músculos? El brazo era pálido y delgado, lleno de lunares y de vello canoso.

La gente se arremolinaba a su alrededor, comenzó a gritar, mientras se quitaba la ropa para poder inspeccionar el resto de su cuerpo. Los chicos intentaron calmarlo e impedir que se desnudara en público. For-

cejeó con todas sus fuerzas, pensando en poder zafarse fácil de esos molestos chiquillos, sin embargo, no lo logró. Su potencia física había desaparecido, se sentía débil y afiebrado. Pataleó con desespero, logrando casi por casualidad golpear la ingle de uno de los jóvenes. Éste, con la mueca de dolor aún dibujada en su rostro, le propinó un puñetazo en el rostro. Adolorido cayó de nuevo en el sofá, quedó aturdido por el golpe. El chico también cayó, en el suelo, llevando las manos a su entrepierna. El segundo muchacho por un momento dudó, ¿a quién auxiliar? ¿Al histérico profesor o al amigo lastimado? Martín dándose cuenta de la situación, aprovechó para levantarse y correr. Aunque llamar carrera a su intento de huida era algo pretencioso.

Más lento de lo que él hubiera querido, se abrió paso a trompicones entre los curiosos y sin querer empujó a una señora muy ataviada, echándola al suelo. Unos hombres uniformados aparecieron entre las personas, interceptando su marcha. ¿De dónde habían salido? Si no hubiera sido por lo extraño y alarmante de la situación le hubiese parecido risible. No sabía decir si eran policías, bomberos, actores de circo, bufones de un teatro ambulante. Solo faltaba que la vestimenta estuviera en blanco y negro, todo se veía antiguo; nuevo y reluciente, pero antiguo. Usaban una especie de gorro cónico que parecía un dedal, un abrigo de diez botones, guantes para invierno. Tenían una pequeña mochila a su izquierda y una pistola en el cinto. Sí, sí, eran policías. Una insignia en el gorrito decía *Polizei* o algo parecido, no hacía falta saber alemán para intuir que significaba. Intentó embestir a uno de ellos, sintió chocar con-

tra una muralla. Lo movió un poco, pero nada más. El uniformado al principio se vio sorprendido por el ataque del singular hombrecillo, pronto reaccionó ante la agresión. Y entonces más allá de conceptos, paradigmas y estereotipos de los años treinta que pudiera albergar en su mente, Martín corroboraría que eran agentes de la ley a fuerza de cachiporrazos.

Inconsciencia de nuevo, uno de los golpes le había desmayado. Todo se volvió negro por un tiempo indeterminado. Recobró la conciencia. Una fuente de luz, una cama, un techo desconocido. A su lado, se encontraba uno de los chicos del incidente en el hotel. Se hallaba dormido, en una silla, con los brazos cruzados y sosteniendo un abrigo. No vio a nadie más. No le vigilaban, no estaba esposado. Era, quizás, su oportunidad para escapar de estos desconocidos y de la extraña circunstancia. Estaba un poco magullado y le dolía la cabeza, aun así, debía intentarlo. Tratando de conservar la calma, examinó su cuerpo, se desabotonó la camisa y con amargura redescubrió ese cuerpo delgado, pálido y fofo. ¿Estaría soñando? ¿Era una pesadilla? No podía ser cierto, aquello era imposible. Sin querer su corazón se aceleraba, su respiración también. Debía tranquilizarse, podía hiperventilar y desmayarse. No obstante: ¿cómo alcanzar la calma ante la insólita circunstancia?

Con sigilo, y no sin algo de trabajo, se incorporó en la cama. ¡Diablos! Estaba mareado. Tenía la cabeza cubierta con un vendaje, le habían propinado un fuerte golpe. No se atrevió a examinarla, mejor dejar la venda así. La cubrió con un sombrero, el cual lo consiguió en un mueble cercano a la cama, deseaba no llamar la atención cuando saliera de esa ha-

bitación. No sabía lo que encontraría más allá de la puerta. Caviló, los uniformados utilizaban abrigo, el chico tenía uno, existía la posibilidad de que afuera hiciera frío. El único abrigo en la habitación lo tenía abrazado el joven. Tocaría prescindir de ese detalle. Estaba descalzo, buscó, debajo de la cómoda estaban unos zapatos que parecían calzarle. Los tomó; sí, le calzaban. Se arregló lo mejor que pudo la camisa y se aprestó a salir. De improviso la puerta se abrió. Un hombre vestido como doctor y una mujer con un extraño uniforme marrón se disponían entrar. Sin embargo, por unos instantes, nadie se movió. El doctor lo miró, luego a la cama desarreglada, al chico dormido y por último a la enfermera. Con cierta delicadeza le quitó el sombrero y colocándolo de nuevo en el mueble, lo guio hasta la cama y pareció indicarle que se recostara. La puerta estaba abierta, la enfermera de uniforme marrón aún no entraba. Martin, sintiendo que la oportunidad de escapar se desvanecía, decidió actuar. Con toda la fuerza y voluntad que pudo reunir empujó al doctor y se dirigió hacia la puerta. La mujer, asombrada, se hizo a un lado. ¡Excelente! No tendría obstáculos. La maniobra parecía un éxito, cruzó el umbral y por puro instinto cruzó hacia la derecha. Si, había acertado, al final del pasillo se encontraban unas escaleras. Era probable que condujeran hacia alguna salida.

No hubo dado más de un paso cuando fue retenido por una mano desconocida. No volteó, intentó zafarse del agarre, debía continuar sin mirar atrás, su concentración se enfocaba en llegar hasta la escalera. No consiguió soltarse, otras manos le asieron. Perdió la calma y de nuevo comenzó a forcejear con esos

entes desconocidos que frustraban su escape. Fue inútil, lo arrastraron de nuevo a la habitación. Allí descubrió que no eran tan desconocidos, se trataba de los policías que lo habían interceptado en el hotel, ya sin abrigo y sin el dichoso gorrito. Y a pesar de la inutilidad, siguió luchando. Ya no era cuestión de voluntad, era pánico. El doctor le indicó algo a la enfermera, esta lo inyectó con mucho trabajo en el hombro, debido a su oposición. Sintió desvanecerse a pesar de su lucha. Inconsciencia de nuevo. “Que macabro círculo vicioso” pensó, antes de sumergirse en la oscuridad.

Por tercera vez regresó a la conciencia, era la misma habitación, las circunstancias repetían, igual que la cama, con algunos detalles extra. Estaba atado con fuerza. El chico del abrigo no estaba, en su lugar: un lozano oficial, vestido de negro, leía un periódico mientras jugueteaba con un cigarro apagado en la boca. Aquello no le pareció una broma, ese uniforme no era ridículo ni extraño. Era inconfundible hasta para el más neófito conocedor de la historia. Esas elegantes líneas, las sigrunen en la solapa del cuello, la cruz de hierro, las calaveras del Totenkopf, la cinta con la esvástica en el brazo izquierdo. Ese símbolo que fue utilizado por los Nazis y que perdió su emblemática nobleza y adquirió una significación macabra; sinónimo de genocidio, locura y matanza, cuando antes lo fue de amistad, bondad y bienaventuranza.

Y si antes el pánico había hecho que luchara con desespero para huir, el terror que le confería esa inverosímil situación le paralizaba. La fecha del periódico le terminó por desmoronar: 23 de noviembre de 1938. ¿Qué era aquello? Cada vez que despertaba las cosas

se tornaban más confusas. El joven oficial, cuando se percató que estaba consciente, soltó el periódico, se colocó la gorra y muy alborozado se dirigió a él. Comenzó a hablar, Martín no entendió nada de lo que le decía, al menos era cortés. Quién lo diría, un miembro de las SS lo trataba mejor que unos estudiantes y la policía local.

El pensamiento, lejos de ser tranquilizador, le perturbaba: ¿estaba aceptando que ese joven en realidad fuese un oficial de las SS? ¿Cómo era eso posible? No, no, esto debería ser una confusión, un mal sueño, una alucinación o una broma de mal gusto. Aquello no era real, su mente luchaba entre lo que parecía evidente y ante la imposibilidad de la situación. Sentía haber perdido la cordura. Necesitaba explicaciones, salidas, algo que le permitiera una vaga idea de lo que ocurría, sus pensamientos eran muchos y a la vez no eran nada, ya que no tenían sentido.

Como el joven oficial no obtuvo respuesta suya, frunció el ceño, extrañado con la actuación del profesor y salió, sin mostrar premura, de la habitación. Regresó unos minutos después, acompañado de un oficial de rango mayor, quien también intentó comunicarse con él. Este no desplegaba la jovialidad del joven, era austero, serio y de rostro muy preocupado. El profesor, ya al borde de otro colapso, comenzó a recitar una y otra vez que era ciudadano norteamericano, su nombre, dirección de residencia, el nombre de su esposa, de sus hijos, el instituto en el cual daba clases y el número de su carnet de circulación. Pidió que contactaran con la embajada americana, hablar con alguien que entendiera el inglés, que lo desataran; agua, estaba sediento. Dijo todo lo que se le ocu-

rrió en su consternación. Aquello debía ser una broma, de no ser una pesadilla, de no ser un secuestro, de no ser una alucinación por una súbita pérdida de cordura. No podía ser cierto. Su mente se rebelaba ante una realidad incomprensible, ante una imposibilidad revelada entre lúgubres actos e interludios de oscuridad e inconsciencia.

Los oficiales callaron al oírlo hablar en inglés, no comprendían dicho idioma, eso sí, sabían reconocerlo. Intercambiaron miradas, hicieron algunas anotaciones y salieron de nuevo, dejando al lloroso paciente solo, con sus letanías. Al rato entraron de nuevo el doctor y otra enfermera de marrón. Le prepararon el brazo. ¡No! ¡No otra vez! ¡No más inyecciones! Sin embargo, eso recibió, una dosis de quién sabe qué líquido. Poco a poco fue dejando de recitar su retahíla y se entregó a la inducida lasitud sin manera de oponer resistencia. Otro espacio en blanco en esa insólita y chocante realidad.

En el pasillo, los oficiales cavilaban sobre la situación. Pobre profesor, parecía haber perdido la cordura. Inquirieron al doctor. Preguntaron si el golpe recibido en la cabeza era tan grave como para provocar el estado enajenado del paciente. El doctor opinó que no debería ser ese el motivo, sin embargo, era muy pronto para conclusiones. Menester era mantener una observación constante y solicitaría el apoyo de algunos colegas para estudiar el caso de mejor manera. Y así, todos de acuerdo se dispusieron a otras tareas. El doctor a sus pacientes, los oficiales a iniciar algunas pesquisas. Buscarían un traductor para poder comunicarse con ese alter ego que ahora se manifestaba en la personalidad del profesor, en

idioma inglés. También había que poner a resguardo los estudios del catedrático. Aunque su principal mentor no estuviera en sus cabales podrían ser útiles a la patria. Era una lástima, un prometedor científico parecía haber perdido la cabeza, justo cuando le abrían las puertas a su investigación. Sufrió el colapso cuando iba a presentar sus ideas, que, según algunas consideraciones de los superiores, eran de suma importancia para el partido, para la ciencia, para el Reich. El secretismo les intrigaba pero la férrea obediencia imponía discreción.

Bajaron las escaleras, salieron del recinto. ¡Qué hermosa visión era Berlín de noche! ¡Una ciudad de luces, cosmopolita e imponente!

VI

CAMBIO DE ROSTROS II

MÓDULO ESPACIO-TEMPORAL

¡Gules! ¡Gules! ¡Gules! ¿Por qué la torturaba de esa forma? Una cosa es confesar amor y otra imponerlo de esa manera tan frontal, tan brutal, tan directa. Con tan poco tacto y con excesivo desespero. ¿De verdad ella lo había ignorado? Y es que, pensándolo bien, no fue una confesión de amor. ¡No, no, no! Él siempre le decía que la amaba y ella lo desestimaba, se burlaba. Ella lo sabía, era un secreto manifiesto. ¿Había sido muy cruel con él, o era él quién era cruel con ella? Le tenía aprecio, sí, lo amaba, quizás no de esa forma pasional que él demandaba si no de una forma más equilibrada, más fraternal. Él y su amistad eterna, su incondicionalidad, su presencia aun cuando estuviera ausente, sus juegos, su risa, su desfachatez. ¿Había querido besarle? Se lo preguntó ahora, antes no lo había considerado o lo había escondido muy dentro de su corazón y sus pensamientos. Para su sorpresa la respuesta era un sí rotundo, un dolor inimaginable en el pecho. ¡Dios! ¿Qué era aquello? ¿A quién engañaba? ¿Por qué huyó de sus brazos cuando lo que en realidad deseaba era la calidez de ese duende travieso? Tarde llegaba su sinceridad, tarde descubría aquello que ocultaba en su interior. ¿O no? Quizá no era tarde. Gules estaba allí, allí donde siempre había estado. Lo sabía, quizá por eso ella no lo buscaba, atada a algunas ideas conservadoras, esperaba las condiciones perfectas y él nunca las halló o no las puso en práctica en el momento correcto.

Todo eso le causaba rabia, molestia con ella misma, molestia con él. ¿Por qué las cosas entre ellos se daban de esa forma?

Se incorporó de la cama. Era de noche. Estaba en una habitación de hospital o alguna clase de enfermería, no la detalló mucho. Su mente daba vueltas alrededor de lo que había ocurrido con Gules. Pero... ¿Qué había ocurrido?

Cierto, recordó, mientras ella y Esmeralda esperaban a papá, Gules había aparecido de la nada y comenzó a reclamarle lo antes ya expuesto. Molesta y triste, subió al avión cercano a donde se encontraban. No se detuvo a pensar si estaba abierta, cerrada, sellada o bloqueada. Solo haló la manilla y subió sin saber a ciencia cierta qué era lo que iba a hacer una vez estuviera dentro. Supuso que quiso huir de la situación. Valiente chica había resultado. En vez de enfrentar el dilema, huyó por la derecha, Esmeralda corrió tras ella, la abrazó. Sí, era el abrazo cálido y silencioso que necesitaba en aquel momento, aunque su duende travieso no atinó a actuar de esa manera. Ese abrazo debió provenir de él, una vez más le fallaba y ella le fallaba a él. Luego escuchó que alguien subía, al estar de espaldas a la escotilla no pudo ver quién era; no hubiera sabido de quién se trataba si Esmeralda no lo hubiese expresado. “¡Profesor Martín!” Exclamó su amiga en esa oportunidad. Y como por arte de magia o el accionar de causas desconocidas el avión vibró de improviso y ella no supo más. Eso era lo que recordaba.

Los pasos eran pesados, lentos, somnolientos. Fue al baño. Se dirigió al lavamanos con la intención de mojar su rostro, a ver si espabilaba. Lo que le avivó

no fue el agua. Un rostro desconocido le veía a través del espejo. Una chica rubia, de cabello recogido y líneas del rostro muy rectas, firmes, como delineadas con escuadra, mostraba una expresión de sorpresa; ese rostro, esa chica, le miraba. Se palpó la piel, los ojos, la nariz. No cabía duda, aquella imagen ajena era suya. ¿Qué era aquello? ¿Estaría aún dormida? ¿Era un sueño? Se pellizcó la mejilla. ¡Auch! Había dolido. No despertó porque no estaba dormida, aquello era la realidad. Siguió viendo a la misma joven en el espejo. Una sencilla bata le cubría el cuerpo, debajo: nada. Sintió un escalofrío. Hacía baja temperatura, pero no se había percatado de ello. Antes somnolienta, ahora despierta a más no poder; el frío era el menor de los detalles. Su pecho lucía plano, se levantó la bata, sus abundantes y generosos senos habían desaparecido. Unas gráciles colinas de carne, piel y vello, pequeñas, casi perfectas, se erguían con timidez en su torso. Eran hermosas mamas, había que aceptarlo. Inocentes, intactos y virginales. Suaves al tacto. Un ligero cosquilleo. Aquello no era un sueño, pero ¿Dónde estaban sus poderosas 34D? Parafraseando a Shakespeare: ¿desmayarse o no desmayarse? He allí el problema. Sin saber cómo, conservó la calma, observó el resto de aquel cuerpo que ahora parecía ser el suyo. El vientre estaba plano. ¡Gracias a Dios! Las caderas no eran muy amplias, tenía un bonito trasero. Firme y macizo, duro como una roca. Lo mejor eran las piernas, sus muslos eran atléticos, fornidos, dignos de una corredora de 100 metros. Las pantorrillas eran dos mazas, no menos poderosas que los muslos. Ella misma siempre fue atlética y sus piernas estaban bien formadas. ¡Los brazos! No había pensa-

do en ello. Sus brazos, si bien no eran fofos, no presentaban la fortaleza con la cual su mano derecha se había ganado el apodo: "*LightningBolt*". Además, se sintió pequeña, aunque no tenía marco referencial, juraría que ahora medía unas pulgadas menos.

Regresó a la habitación. Una segunda chica rubia estaba acostada en una cama contigua a la suya. Se acercó, la observó bien, había cierto parecido entre ella y el rostro que había visto en el espejo. De líneas duras, mentón recto, ojos saltones y labios algo gruesos. Sí, una boca provocativa. Su nariz era grande, bulbosa. Cejas poco pobladas. Le acarició el cabello, se veía muy tierna dormida, y entonces dentro de todo lo extraño de la situación se le ocurrió una idea fabulosa. Analizada desde puntos de vista normales ese pensamiento era una locura, pero qué más locura que la situación vivida; encontrarse en un cuerpo ajeno y en una ubicación desconocida. Despertaría a la chica, necesitaba corroborar si se trataba de Esmeralda, hallada e imbuida de alguna manera, en aquella fantasiosa realidad o si no lo era. Un sexto sentido le decía que la chica era Esmeralda y que algo extraordinario les había ocurrido y la clave estaba en esa extraña vibración ocurrida, cuando se encontraban dentro del avión. Un tenue rayo de luz penetraba por una ventana, aunque más que una ventana era una rendija, ubicada en lo alto de una de las paredes. No halló interruptores para encender la luz, una elegante y grácil lámpara hecha de vidrio, porcelana y un material semejante al plástico, que no supo reconocer, era la única fuente de luz artificial disponible. Una vez encendida, su sutil iluminación era muy agradable a los sentidos. Tocó a la chica, menester era animarla.

—Hola —le dijo al ver sus ojos abiertos.

—Hola ¿Quién eres? ¿Qué pasó? —Le contestó la muchacha, somnolienta, entre bostezos —¿Dónde estoy?

No reconocía la voz, sin embargo, el acento latino era inconfundible. El corazón se le aceleró. Tenía razón, podía tener razón. No era la voz de Esmeralda, pero sí su forma de hablar. Decidió arriesgarse.

—¿Esmeralda?

—Sí.

—¿Esmeralda Cabrera?

—Sí, sí, sí. ¿Por qué? ¿Quién eres tú? ¿Dónde me encuentro?

Sus respuestas y preguntas no daban lugar a dudas. Tuvo sentimientos encontrados. Por un lado, se alegraba de tener razón, era su amiga, su compañera, su gemela adoptiva. Estaba allí, con ella, en la misma situación y podían apoyarse o afrontar juntas lo que hubiera que enfrentar. Pues presentía que había más. Sin embargo, por otro lado, se entristecía. A su adorada amiga le tocaba asimilar todo aquello desconocido que ella misma no lograba confrontar todavía.

—Te voy a decir quién soy. Necesito que confíes en mí por más desconocido que te parezca mi rostro. Siente mi voz. Sigue tus instintos —le dijo con solemnidad —: soy Eglin.

La chica no dio respuesta, sus ojos se abrieron de par en par.

—Ven conmigo al baño —le invitó, mientras con la mano la guiaba al referido cubículo.

Le colocó frente al espejo. Esmeralda se dejó llevar, entornó los ojos, su expresión de extrañeza se volvió cada vez más fuerte. Eglin, con su nueva imagen

le abrazó con ternura desde la espalda. Esperando reconfortarla. Esmeralda era ahora más baja de estatura que ella misma. Antes era al revés, Esmeralda era la más alta y Eglin, con todo y sus 5,7" era la pequeña.

La nueva Esmeralda se examinó tal cual como lo había hecho Eglin antes. Tomó nota de la diferencia de altura. Volteó a ver a su amiga y le preguntó:

—¿De verdad está soy yo y tú eres Eglin?

—Sí, es así. Yo misma...

La frase quedó inconclusa. Esmeralda se desmayó y por muy pequeñita que parecía, su peso muerto le tomó por sorpresa. Aunque luchó con el cuerpo terminó por caer sentada con ella encima.

—¡Ay!

Sus posaderas habían sufrido. Trató de reanimarla, la chica no respondió. La colocó con suavidad en el piso y regresó al cuarto para buscar una almohada y alcohol. Supuso que, siendo la habitación de un hospital o enfermería, hallaría el mencionado líquido. No fue así. No encontró lo que buscaba. Lo mucho o poco que había en la habitación estaba etiquetados en otro idioma, no lo reconocía y tampoco le dio excesiva importancia. Tomó una de las almohadas la puso debajo de su cabeza y esperó, con paciencia, a que volviera en sí. La espera se prolongó por unos minutos. Al fin despertó de nuevo.

—No te vuelvas a desmayar por favor —le indicó Eglin.

—¿En serio eres Eglin?

—Sí, sí lo soy... Sé que no parece congruente, ya observaste que no luces como tú. O sea, tenemos un rostro y cuerpo distintos, seguimos siendo nosotras

por dentro. Es algo de locos.

—Qué cosa más surrealista —se quejó con tristeza—. Diría que esto no es posible, a menos que sea una pesadilla, no sé qué otra cosa agregar.

—Yo tampoco. Ya me pellizqué y no es un sueño.

—¿Qué sucedió? ¿Dónde estamos?

—No sé qué sucedió ni dónde estamos.

—Cierto, fue una pregunta tonta, disculpa —enunció Esmeralda.

—No importa, está bien. ¿Qué recuerdas?

—Pues que estábamos al lado del B-17, en el museo, esperando a tu padre. Nos habíamos separado del grupo, cuando Gules nos alcanzó y ustedes discutieron en fuertes términos, tú te ofuscaste, en un arranque de rabia entraste al avión y yo fui tras de ti. El profesor Martin apareció no sé de dónde, subió al avión y cuando llegó hasta nosotras, ocurrió una extraña vibración y eso es todo. No recuerdo más.

—Sí, recuerdo lo mismo.

—Sentémonos a analizar la situación, antes que me desmaye otra vez —indicó Esmeralda, mientras tomaba camino de nuevo hacia la habitación.

Eglin recogió la almohada y fue tras ella. Se sentaron en una de las camas. Esmeralda echó un vistazo a la habitación, tratando de detectar los detalles. Lo primero que observó era que no veía muy bien, en su recorrido vio unos lentes, se los colocó y enseguida su visión mejoró. Aquello debió sorprenderle, pero no lo hizo. Fue algo que supuso de inmediato.

—¿Qué ves con tus nuevos ojos? —le preguntó Eglin.

—No estoy segura. Advierto varios detalles, aunque no comprendo su significado o si tienen alguna relevancia.

—¿Por ejemplo?

—Lo primero: la vista. No veía bien, me coloqué los lentes y todo cambió. Es evidente que estos lentes son míos o al menos de este alter ego. Es curioso, yo misma utilizo lentes correctivos, demasiada casualidad, ¿no crees?

—Algo de eso me fijé. No sé qué responder. ¿Casualidad? ¿Una broma macabra del destino? Es un misterio, como todo lo que vivimos. ¿Qué otra cosa advertiste?

—Todo está en alemán.

Era cierto. No se había percatado de ello. ¿Cómo no lo vio antes? Y cualquiera pensaría en un estereotipo manipulado, pero los caracteres estaban escritos con unas letras góticas, inconfundibles, que acentuaban el hecho.

—Hay mucho frío. Se supone que estamos en Florida. Y esta habitación carece de aire acondicionado, todo lo contrario, tiene un sistema de calefacción rudimentario, cerca de la ventana, por lo tanto, debería hacer calor o al menos estar el ambiente más caliente —le dijo Esmeralda, señalando el referido aparato.

Rudimentario no era una adecuada forma de describirlo, mejor era decir: obsoleto. No era nada que hubiera visto sino en películas, en anticuarios, en casas rurales o muy viejas. Sin embargo, no la corrigió ni agregó nada más al comentario.

—No están nuestros celulares.

—No, no están y tampoco hay toma corriente —agregó Esmeralda.

—¿Hay alguna colonia alemana en Florida? —preguntó Eglin —Que sea rural, aislada o de alguna naturaleza endógena. Algo así como los barrios chinos, italianos y latinos que hay en algunas ciudades.

—No que yo sepa.

—¡Rayos! Eso hubiera explicado algunas cosas.

—Quizá, pero no explicaría nuestros cambios físicos —recalcó—. Ambas hemos cambiado de rostros, somos más pequeñas, ahora también soy rubia...

—Y de ojos azules —agregó Eglin.

—¿En serio? No me fijé de ello en el espejo.

—Claro que no, te desmayaste.

—Sí. Perdón por eso.

—Esa báscula que está por allá servirá para pesarnos y medirnos. Es de esas manuales que hay en las enfermerías.

—Presiento que debe estar en metros y kilos —observó Esmeralda—, necesitaremos de tus habilidades matemáticas.

Eglin asintió y ambas caminaron hacia la referida báscula médica mecánica; la cual, como pronosticó Esmeralda, presentaba sus medidas en centímetros y gramos. Se subió a ella mientras Esmeralda trataba de descifrar cómo se manejaba la máquina.

—Esto de la balanza no lo entiendo muy bien, haremos el intento.

—Tranquila que no tengo apuro y ya se me quitó el sueño desde hace rato. Estoy demasiado inquieta como para dormir.

—50 kilos —le comunicó mientras movía los pequeños indicadores y pesos, tratando de ubicarlos en equilibrio—1,52 centímetros. ¿Cuánto es eso?

Eglin no respondió de inmediato, hizo unos cálculos rápidos en su mente.

—Sí no me equivoco, 50 kilos son unas 110 libras y 1,58 centímetros son 5,2 pies. Es un aproximado. Con razón se sentía tan pequeña. Al menos el peso

estaba en cifras aceptables.

—Baja, me toca a mí.

Esmeralda de nuevo manipuló la máquina. Su rostro mostraba inconformidad con los resultados.

—¿Y bien? Dime las cantidades para convertirlas.

—Esto es una locura.

—Sí. Es una locura. Pero ve que yo no me quejé y acepté mis medidas. Se valiente.

—45 kilos, 1,52 centímetros —dijo compungida.

—Serían 100 libras y unos 5 pies —determinó Eglin.

—¡Rayos! ¡Soy una enana!

—¡Ya, no seas tan dura contigo misma! No sabemos qué está pasando, si esto es permanente o temporal. Inclusive si es real. Además, yo también soy más pequeña que antes.

—¡Oh, Vamos Eglin! ¿Cuántos pellizcos necesitas para despertar? —se quejó mientras comenzaba a sollozar.

Eglin la abrazó, tuvo un pensamiento tierno, ahora sí que era “su pequeña”, le causó gracia, no rio, no era momento para risas.

—¡Está bien! ¡Está bien! Disculpa, estoy nerviosa y me aferro a una esperanza o por lo menos quise hacerlo. La realidad es tan bizarra y dura.

—¿Qué hacemos, Eglin?

—No lo sé, por lo pronto, calmarnos. Necesitamos cabeza fría para esto, de ti necesito a la chica inteligente y analítica. ¿Estás conmigo?

Esmeralda asintió con su cabeza, mientras secaba las lágrimas entre largos suspiros.

—Necesitamos saber el cómo, el por qué, el dónde y en qué tiempo estamos.

—Me parece bien. Estoy de acuerdo.

—Empecemos por el dónde —enunció Esmeralda.
 —Obviamente en un hospital.
 —No, tonta. Me refiero a la ubicación geográfica.
 —¡Hey! Cuando estás nerviosa te pones regañona.
 —Y llorona... pero eso no importa —agregó —. Allí hay una ventana, veamos a través de ella.
 —Llamarla ventana es algo presuntuoso, es más una muesca que otra cosa. Acercaré la silla que está en el rincón, ahora que somos pequeñas la necesitaremos para poder asomarnos.
 Eglin llevó la referida silla hasta la ventana, aun así, no lograba obtener la altura suficiente para ver bien.
 —¿Qué ves Eglin? ¿Te parece conocida la ciudad?
 —No veo muy bien, pero lo poco que veo es desconocido. También hay que tomar en cuenta que es de noche.
 —Quisiera echar un vistazo.
 —Yo apenas llego, la silla no servirá de mucho. Tendrás que montarte en mis hombros.
 —¿Podrás conmigo?
 —Con estas poderosas piernas no debo tener problemas. Vamos, móntate —le indicó Eglin mientras se agachaba para facilitar el ascenso —. Además ahora eres mini-Esmeralda.
 —¡Hey! ¡No es gracioso!
 —Sí lo es, pero me disculpo, sé que esta fuera de contexto. No me aguanté hacerte esa broma.
 —Está bien, mini-Eglin, estas perdonada.
 Sonrió, necesitaban reír un poco. No había nada de malo en ello.
 —¿Y bien? —preguntó Eglin, una vez que Esmeralda alcanzó la altura necesaria para ver a través de la ventana.

—No es una ciudad de Florida, creo que ni siquiera de América, parece una ciudad europea y además refuerza esa sensación que hemos tenido desde el principio. Todo se ve antiguo. No hay edificios altos, solo construcciones de no más de 4 pisos. Parece todo sacado de una película vieja. A lo lejos sobresale una estructura, parece una iglesia, el resto de los edificios no son excesivamente altos.

—¿Entonces?

—Entonces tenemos el dónde... Estamos en una ciudad alemana, posiblemente en otra época. Toca averiguar el cuándo. Bájame. No hace falta ver más. Le bajó y ambas se dirigieron silenciosas hacia la puerta, la cual Esmeralda abrió con cuidado y se asomó.

—¡Dios santo! —exclamó a media voz. Tapándose la boca con las manos.

Le hizo una seña a Eglin. Indicándole una de las paredes. Estaban colgados unos afiches, no hacía falta saber el contenido, para conseguir la insólita respuesta que buscaban. El primero mostraba a una chica sonriente, de camisa blanca, una corbata negra y un peinado muy bien cuidado y recogido. Su aspecto alpino era inconfundible. Tras ella, una bandera de franjas rojas y blancas, muy semejante a la bandera austriaca, con una esvástica de gran tamaño en el centro, inclinada 45 grados con respecto al fondo, ondeaba oblicuamente. La dentadura de la chica era perfecta, sus hoyuelos, las mejillas, su expresión de alegría. No cabía duda, los nazis eran unos maestros en eso de la propaganda. La leyenda, al pie del afiche no la entendieron; más que la barrera idiomática, los caracteres góticos estaban tan estilizados que no

distinguían mucho de ellos. Solo podían deducir la primera palabra: “*Alle*” el resto era algo como: “*Jo-jöbrigaižuns*” todo un jeroglífico. Un segundo afiche mostraba una familia. La mujer estaba sentada, con un bebé en brazos, una niña rubia de unos 6 años jugaba con el bebé, otro niño se encontraba detrás de la silla, a la izquierda, con una expresión triste; mientras que a la derecha un adolescente, se encontraba vestido con el característico uniforme de las juventudes hitlerianas. El padre estaba parado, abrazando de manera protectora a la familia. El símbolo del Águila nazi se encontraba pequeño, casi una marca de agua, en la parte superior izquierda. Rezaba de encabezado: “*Winterhilfswerk*” y en una cinta ubicada en la parte inferior decía “*Ein Volk Hilfrich breib*” o algo muy parecido. La verdad era que esos caracteres góticos dificultaban la lectura. Estaban otros afiches más, sin embargo, ya no hacía falta ahondar más sobre el asunto. Un calendario de considerable tamaño estaba colgado cerca. Y la fecha que se hallaba remarcada: 23 de noviembre de 1938, lo decía todo y a la vez no decía nada.

VII

CAMBIO DE ROSTROS III

GRETCHEN Y MARIE LOUISE

Gretchen despertó, aparte de un ligero zumbido en su oído no percibió ningún síntoma anormal. La primera observación: se encontraba en un centro hospitalario. Era muy distinto a cuanto conocía y en nada se parecía a la enfermería de la instalación subterránea, donde prestaba sus servicios. Sin duda alguna era un hospital; poseía el estilo característico, el ambiente, las líneas estructurales, el olor, el color de las paredes. A su derecha, en la cama contigua, se hallaba una chica de largo cabello negro. Una ventana, cubierta de cortinas, transparentaba la entrada de un rayo de Sol, con lo cual pudo ver con claridad sus facciones. Por razones desconocidas sintió afinidad con ella de inmediato, lo cual atribuyó a la curiosidad. Esas deberían ser consideraciones para un ulterior caso, ahora tenía que reflexionar sobre lo sucedido. Trató de poner sus ideas en orden, recordar, clasificar y ponderar una situación que desconocía.

¿Cuál era su último recuerdo? Hizo un pequeño esfuerzo. Estaban ella y Marie Louise, atendiendo a uno de los científicos. De apellido Meyer, Kubbelmeyer o algo así, no le permitían saber quiénes eran, ni que experimentos estaban llevando a cabo; tenían prohibido algunos sectores y sus acciones se suscribían de forma exclusiva a la enfermería, el comedor y la cocina; de lo demás, poco o nada sabían. El estado secreto de la instalación era muy alto. El malestar del científico mencionado no era nada grave, solo

había sentido mareos y náuseas durante uno de los experimentos. De manera súbita la puerta comenzó a vibrar, así como otros objetos en la habitación. Se escuchó un horrible zumbido, que fue subiendo de intensidad hasta que convergió en una fuerte explosión; el profesor, amargado, se quejó de sus colegas y las abrazó en actitud protectora o quizá por miedo. Y eso era todo, no recordaba más.

¿Qué habría sido de Marie Louise y el científico? Ninguno de los dos se encontraba en la habitación, sólo estaba esa muchacha morena. El profesor, en realidad le tenía sin cuidado, era un desconocido, en cambio Marie Louise era su prima, su familia. Le preocupaba que su estado fuese más grave y por eso no estaba en la misma ubicación.

De improviso, interrumpiendo sus pensamientos, entró al cuarto una enfermera, se alarmó de inmediato. Su uniforme: blanco, la piel: oscura. Se notaba a leguas que era una enfermera militar, un gafete en su bolsillo izquierdo rezaba: *Nurse, Wilkinson*. Sus sospechas eran ciertas, aquello no era un instituto alemán, era británico o americano. De seguro, la explosión que recordaba había sido producida por un ataque. Ella y la chica morena habían sido tomadas como prisioneras. Decidió guardar silencio y esperar, la enfermera le habló en inglés, muy atenta, le hizo preguntas sencillas; como se sentía y cosas así. A todo, Gretchen asentía o negaba con la cabeza, se irguió a pedido de ella, le tomó la tensión y entonces, recibió otra sorpresa. Desde su nueva perspectiva comenzó a ver otros detalles, que pasaron desapercibidos en su primera impresión al despertar.

Había ciertos aparatos en la habitación que ella no

podía reconocer, empezando por el tensiómetro, que hasta cierto punto era normal, el brazalete y los auriculares. Todo aquello estaba conectado a una cajita que parecía ser eléctrica, con una especie de pantalla, además no tenía bombilla insufladora, se infló directo, desde la cajita, tampoco tenía manómetro. Luego le colocó un adminículo de lo más curioso en su oído, este emitió un sonido chillón, la enfermera observó la pantalla del referido aparato e hizo anotaciones. En la habitación estaba una báscula, sin contrapesos, de nuevo: una pantalla. En todos lados había pantallas. En la pared, en el reloj de la enfermera, en ciertos aparatos esparcidos por toda la habitación. Observó a través de la ventana, una bandera norteamericana erguida en un asta, era una instalación aliada como sospechaba. Suspiró, quizás no resultara tan mala idea, podría significar el fin de la guerra para ella y Marie Louise. ¡Marie Louise! Debía saber que había sido de ella. Ahora era una prisionera y tendría que aguardar, una condición para la cual no la habían entrenado. No sabía cómo comportarse o actuar, así que optó por guardar silencio hasta conocer más de donde se encontraba y en manos de quien.

La enfermera llamó a alguien en el pasillo. Luego de unos segundos, entró un oficial de la fuerza aérea americana, quien mostraba una expresión de angustia en su rostro y portaba unas flores en su mano derecha. El capitán, pues eso era, ella sabía reconocer muy bien los rangos de mando aliados, sobretodo de sus fuerzas aéreas, le abrazó con brío mientras la colmaba de besos. Aquello le pilló por sorpresa. ¿Qué significaba? Esperaba un interrogatorio, no esas muestras de afecto. Le llamaba con insistencia:

¡hija! ¡Hija! Era norteamericano, no solo porque su uniforme lo delataba, si no por su forma atropellada para hablar. No le agradaban los pilotos norteamericanos, era más fácil comunicarse con los ingleses. Muchos pilotos derribados y heridos habían atendido durante la guerra y siempre le pareció mejores pacientes los británicos. Los americanos eran muy alegres y juguetones, por llamarlo de alguna manera. En vez de concientizar su condición de prisioneros, siempre querían ligar, conquistar a la enfermera de turno, llamar la atención.

Los besos de aquel hombre no conllevaban ninguna intención sexual, era muy parecido a un amor paterno, el cual se sentía genuino. Se dejó llevar por la situación. ¿qué otra cosa podía hacer? Él le tomó las manos con ternura mientras inquiría a la enfermera por susalud. Esta explicó a grandes rasgos, que solo había sido un desmayo, quizá en respuesta por una situación tensa con su novio. “¿Novio?” Preguntó el hombre. “Mi hija no tiene novio”, agregó. La enfermera sonrió y le dijo que no se preocupara, que su hija no tenía nada grave y pronto sería dada de alta. Otra vez le llamaban “hija”, era algo extraño, se preguntó si era una estratagema para crear una situación donde ella estuviera vulnerable y así poder, durante el interrogatorio, que en algún momento debería producirse, doblegar su voluntad y ellos acceder a toda la información que quisieran. Decidió quedarse en silencio y seguir observando.

La enfermera hizo que el capitán se retirase. Lo cual agradeció. Está bien, le encantaban las muestras de cariño, cuando provenían de un ser querido, no así las dispensadas por desconocidos. La situación ya era in-

cómoda, nada más por el hecho de ser prisionera, para que un oficial con quien sabe que órdenes o en última instancia confundido, estuviese tan prodigo de afecto con ella. Antes de irse le volvió a colmar de besos en el rostro y le dejó un extraño artefacto con pantalla. Lo dicho, todos los adminículos y utensilios parecían tener pantalla. Este era muy particular, pequeño, delgado, con una multiplicidad de botones, un diminuto teclado tipo qwerty y una bolita en el centro. Le dijo que era suyo. Cosa impensable, ni siquiera reconocía que tipo de aparato era, menos recordaba haberlo poseído alguna vez. ¿Otro ardid? No podía asegurarlo ni negarlo. Era extraño todo, el comportamiento de sus captores, el ambiente, las cosas.

Como le causara curiosidad y no teniendo otra cosa que hacer, una vez salidos de la habitación, tanto el capitán como la enfermera, examinó el aparato. Era liviano, de color negro, un símbolo que semejaban dos “B” precedían a lo que era el nombre del dicho aparato en inglés: baya negra. Carecía de sentido. Tocó los botones, no sin algo de miedo, pensó que pudiera ser una bomba. Había visto las ingeniosas bombas fabricadas por los británicos, cualquier cosa podía convertirse en una granada, desde un perchero hasta una botella de vino. Lápices, Termos y una variopinta de utensilios fueron transformados en bombas. Había manuales para identificarlos.

Este aparato no se parecía a nada que hubiera visto, oído o sabido de terceras fuentes. Sin embargo, no estalló, sin saber que botón había presionado para que ello ocurriera, la pantalla se encendió. Mostraba la foto de una chica muy hermosa, además de cierta cantidad de información. Primero rio, no sabía por-

que se le había ocurrido que era un explosivo. ¿qué importancia tendría una simple enfermera como para usar tales métodos? Si le quisieran matar ya lo hubieran hecho y con un método menos engorroso. Una vez pasado el momento de la sorpresa, observó en la pantalla algo que parecía ser la fecha y la hora del día. No tenía sentido, como otras tantas cosas que había visto desde que despertó. Decía 23 de noviembre de 2008. ¿Cuál era la última fecha que recordaba? Si bien estar dentro de las instalaciones subterráneas hacía que la percepción del paso del tiempo se viese distorsionada, la agenda de trabajo científico requería llevar cuenta de los días. Ella, por supuesto, no se encargaba de eso. 23 de noviembre de 1944; sí, esa era la fecha correcta. De nuevo pensó que pudiera ser parte del ardid para confundirla, sin embargo, había tantos artefactos y máquinas de tecnología avanzada, o al menos desconocida, que le hacía dudar.

¿Qué clase de experimentos llevaron a cabo esa manada de investigadores en las instalaciones subterráneas? Siempre hubo secretismo en cuanto a ello. Alguna vez escuchó palabras y frases fuera de su comprensión y que, a pesar de las órdenes de no inmiscuirse en los asuntos, experimentos y metas de los científicos, quedaron grabadas en la memoria. Superconductividad, súper combustibles, súper aleaciones; casi todo tenía el adjetivo de “súper”. Recordó entonces las últimas expresiones del científico que atendían en la enfermería cuando se escuchó el zumbido y la posterior explosión. “Esos estúpidos ¡No saben lo que hacen! ¡Les dije que aún no activaran la máquina! ¡Los cálculos no están completos!

¡Van a abrir un hoyo temporal!” gritaba cuando la explosión sucedió. No recordó cosas más detalladas de lo ocurrido. Eso era todo, no había más.

Reflexionó un poco, que significaría eso de “hoyo temporal” ¿un hoyo en dónde? ¿Temporal? ¿Era un hoyo que tenía corta duración?

La chica de la cama contigua estaba despertando, eso le sacó de sus pensamientos. Se levantó. Caminó hacia ella. Sentía mareos. No pudo continuar, tuvo que buscar rápido algo donde vomitar. Un cubo de basura fue el receptor de sus arcadas. La chica se levantó y le ayudó un poco a reincorporarse. Le habló en alemán, eso corroboraba que ella también era una prisionera. Le observó bien, su rostro no le recordaba a nadie. Había pocas mujeres en las instalaciones subterráneas y pensaba conocerlas a todas. A esta chica no, era un rostro desconocido, pero era alemana y eso era un alivio, tendría con quien hablar y obtener apoyo moral en el dilema en que estaba metida. Una vez se recuperó lo suficiente inició una conversación en alemán, en voz baja.

—Gracias. ¿Quién eres? ¿Dónde te tomaron prisionera?

—¿Prisionera? ¿Somos prisioneras?

—Sí, eso parece. Mi nombre es Gretchen Fahrmbacher. ¿Cuál es el tuyo?

—No puede ser. Gretchen Fahrmbacher es mi prima y tú no eres ella.

—¿Qué? No digas disparates. Yo soy Gretchen Fahrmbacher y tú no eres Marie Louise —expresó molesta, sin levantar la voz.

¿Qué era aquello? ¿Otro ardid? ¿Quién era esta chica que afirmaba ser su prima? Todo era demasiado

rebuscado para su gusto. No alcanzaba a entender por qué armar un entramado tan desagradable para intentar confundirla, quebrantar su voluntad o cualquiera que fuesen sus objetivos.

—Yo soy Marie Louise. Marie Louise Yorck de Angelis.

Esa afirmación le hizo hervir la sangre. ¿Formaría parte de la manipulación esta chica desconocida? A punto estuvo de abalanzarse sobre la mujer. Estaba llena de rabia, se contuvo, quizá eso era lo que querían, que perdiera el control. Guardó silencio, no le respondió y, mientras se reincorporaba, de manera involuntaria tropezó con el aparato baya negra. Este cayó en el suelo, desde la cama, y cuando le recogió se encendió la pantalla. La falsa Marie Louise fijó la vista en él. Y entonces, muy intrigada, preguntó: “¿Qué es eso? ¿Es una foto tuya en la pantalla?”

Gretchen, como un autómatas, observó la pantalla. Sí, era una foto, pero de otra chica desconocida.

—No sé qué cosa es esto y esa foto no es mía, esa no soy yo, no tengo idea de quién es... tú dime.

—¿Y cómo voy a saberlo? Esa mujer es tan desconocida para mí como lo eres tú, además eres tú, no preguntas estupideces —le respondió la morena, algo irritada, señalando la pantalla.

Gretchen le echó un vistazo a la pantalla. Luego vio a la persona que afirmaba ser su prima. Su anterior ira se fue transformando en comprensión, la comprensión era inequívoca pero confusa. Ella era la chica de la foto y Marie Louise era esa muchacha morena, pero no lo eran. Eran sin ser. Una extraña y posible realidad que se debía corroborar.

—Necesitamos un espejo.

—No hay ninguno en la habitación. Además: ¿Para qué necesitamos un espejo?

—Para vernos a nosotras mismas, obvio.

—Eso parece ser un baño, debería haber un espejo allí. ¿Qué idea se te ocurre?

—No sabría explicarlo, pero estoy empezando a aceptar que eres mi prima Marie Louise.

—Claro que soy Marie Louise, pero no soy tu prima, no te conozco, primera vez en mi vida que te veo.

—Está bien, vamos al baño, allí encontraremos respuesta, eso creo. Aunque, quizá quedemos más confundidas.

—Dices cosas sin sentido.

—En eso estamos de acuerdo.

Entraron al pequeño habitáculo que era el baño. La irritación de Marie Louise era más que evidente y su desconfianza. En cambio, Gretchen se encontraba preocupada, abrumada con todo. Sospechaba que pasaba algo, no sabía entenderlo ni explicarlo, era algo fuera de su nivel. Sin embargo, algo percibía, ya sea por instinto o intuición.

—¡Ya, allí está un espejo! ¿Qué es lo que supuestamente deberíamos...? —se quejó Marie Louise, su reclamo y su pregunta se quedaron en suspenso.

El reflejo mostraba dos personas, la supuesta Gretchen y otra muchacha morena, desconocida. Se llevó las manos al cabello, era negro. ¿Cómo no se había percatado de ello antes? Hizo ademanes y movimientos, no cabía duda ese reflejo era el suyo propio. Tenía los ojos negros, rasgos en su rostro que no eran arios; nariz larga, labios delgados, cejas pobladas y piel canela. Era alta, miró a la rubia a su lado. Esta lloraba y sonreía emocionada.

Gretchen había intuido el resultado, igual se sorprendió. ¿Cómo era posible aquello? ¿Por qué tuvo que tener razón? ¿Por qué no se equivocó? Tener certeza no era lo mismo que obtener comprensión. Lo que había cerciorado le dejaba en un estado peor: de ignorancia y confusión. Pero pensándolo bien: ¿qué era lo que había comprobado? Nada o muy poco. Solo que ella era Gretchen y la muchacha morena su prima Marie Louise.

VIII INTERLUDIO EN BERLÍN

El Reichsforschungsrat preguntó al joven oficial de las SS:

—¿Qué sabemos del profesor Kubbelmeyer?

—Fue internado en un instituto para enfermedades mentales. Perdió la cordura. Es una lástima —respondió, afligido Frederick.

Le había tomado aprecio al profesor.

—Sí, es una lástima. Pero sus investigaciones y documentos están a resguardo. Le agradezco haberlos rescatado y traído. Hubiera sido una pérdida total, si en la confusión del incidente en el hotel se hubieran perdido esos papeles.

—La policía se excedió en el uso de la fuerza. Aún están los médicos estudiando por establecer, si los fuertes golpes recibidos en la cabeza, afectaron al cerebro del profesor o si esté ya había perdido control sobre sí mismo. Todo está allí, en el reporte.

—Sí, lo leí. ¿Se siente usted culpable?

—Un poco. Si hubiera estado al lado del profesor en el momento del incidente, pudiera haber manejado mejor la situación.

—Ya. No se enfoque mucho en eso. Lamentarse no va a cambiar nada. Usted cumplió con su deber. La Asociación Alemana para el Apoyo y el Avance de la Investigación Científica dará buen uso a estos documentos y estudiaremos qué tan viables son las investigaciones del profesor y su utilidad para beneficio del Tercer Reich; la ciencia misma y para la humanidad. Además, el profesor no era su responsabilidad.

Usted estaba allí como observador. Nada más.
Frederick consideraba al profesor su amigo, pero no dijo nada.

—No hay mucho más que ahondar en este asunto. Gracias de nuevo por su pronta y diligente actuación. El destino del profesor no nos atañe, ya es una cuestión médica. No soy un experto, pero en mi opinión personal cuando alguien pierde la locura no la recupera; en algunos casos pareciera que sí, es sólo una ilusión. Me saluda al teniente Gauthier.

—Es Geitner —corrigió el Haupscharführer.

—¿Cómo?

—Es el teniente Geitner, no Gauthier.

El director sonrió. No importaba.

—Salúdelo de mi parte.

Estrecharon sus manos. Frederick salió de la oficina y del edificio. Necesario era pasar la página y enfocar. Tenía un permiso postergado y pensaba utilizarlo para visitar a su prometida en Hannover. Ya llevaba varios meses sin verla. Ella estaba estudiando enfermería y él había recién ascendido a sub oficial dentro de las Waffen SS, eso los había separado un poco, su carrera militar y los estudios de ella. Quería verla, no es que fuese algo fácil de admitir: tenía miedo. No miedo de combatir y morir por la patria, era miedo a no poder verla de nuevo, de no poder formar una familia y ser felices. A pesar del pacto de Múnich y el anuncio: “La Paz será en nuestros tiempos”, de Neville Chamberlain, había rumores y una incesante preparación del ejército para la guerra.

Necesario era concretar el matrimonio con Gretchen, antes de que eso ocurriese. Nada era garantizado y aunque se tratase de rumores y presentimien-

tos, amaba mucho a Gretchen y ansiaba convertirla en su esposa, no quería que un incidente tan crucial como la guerra cancelara o pospusiera ese evento de manera indefinida. Se sentía extraño tener ansiedad por una causa como esa. Una parte de él anhelaba la guerra y otra parte la vedaba. Una significaba la oportunidad para resarcir ciertas ofensas, luchar por las cosas justas, para el futuro de la raza aria. La otra opción significaba la felicidad, el hogar, familia, hijos. Insólito asunto era la guerra, sus consecuencias y su vivencia. Vivencia que no tenía de primera mano, solo sus consecuencias: la vida dura, la pobreza. El Führer había cambiado eso, les había otorgado fuerza, valor y esperanza. Era algo por lo que valía la pena luchar.

Y en mucha medida era eso: rechazaba y deseaba la guerra con la misma intensidad. Para Gretchen solo había amor en sus venas. Sin odio no puede haber amor y sin amor no puede haber odio. Se quiere y se odia con la misma intensidad. Así que había que amar a la patria para odiar a los enemigos del país, había que amar a la vida para odiar a la muerte. Todo se resumía a eso, a la capacidad de amor del hombre. ¿Y si el amor era para Gretchen para quien sería el odio?

IX

DETERMINISMO Y DETERMINACIÓN

Eglin y Esmeralda reflexionaban sobre su realidad en la habitación que ocupaban. Habían pasado algunos días desde el incidente. ¿Que sabían? ¿Qué decisiones tomar? ¿Cómo comportarse ante la disparidad de los acontecimientos?

—Sabemos que estamos en Hannover. Que es el año 1938. Los alter ego o las chicas cuyos cuerpos ocupamos son estudiantes de enfermería —enunció Eglin.

—Eso de: “los cuerpos que ocupamos”, suena a película de ficción de los ochentas —observó Esmeralda.

—Puede ser. ¿De qué otra manera lo podríamos llamar?

—No lo sé, disculpa la interrupción. Fue una observación tonta.

—No hay problema. En estos momentos no podemos descartar ninguna idea por absurda que parezca. ¿Qué más absurdo que la situación que vivimos?

Esmeralda asintió en silencio. Eglin continuó.

—Estamos en una escuela de enfermería, no hablamos ni comprendemos el alemán. Es primordial aprender el idioma, no podemos jugar a ser las mudas todo el tiempo. Estamos en un instituto, somos estudiantes, estudiemos con vehemencia.

—Se han portado muy bien con nosotras. Han sido muy condescendientes. No creo que sospechen nada extraordinario, pero es cierto no podemos estar mudas por siempre.

—¿Alguna idea de que pasó? ¿Cómo llegamos aquí?

—Las ideas que se me ocurren son muy alocadas. No tienen basamento científico.

—Cuéntame. Soy toda oídos.

—Tendríamos que hablar de viajes en el tiempo. Algo que en teoría es imposible o al menos así parecía. Nuestra situación actual lo comprueba, no lo explica. Hubo un fenómeno, los elementos: un avión de la segunda guerra mundial, que se halla en un museo, dos estudiantes femeninas y un maestro. Se escucha un zumbido. El avión vibra, nos desmayamos y despertamos setenta años atrás en el tiempo y en otro país, otros cuerpos. ¿Cómo conectamos los hechos?

—Buena pregunta. Dejas fuera a Gules, él estaba presente. ¿Crees que él se vio involucrado en el fenómeno? ¿Y el entrenador Martín? ¿Qué fue de él?

—Ambos son una incógnita. Si el fenómeno se circunscribió al interior del avión, Gules no se vería involucrado. Al menos eso creo. Él permaneció fuera del avión. Lo recuerdo bien. El entrenador le impidió subir.

—Pero no tenemos pruebas de que el fenómeno afectó solo al espacio dentro del avión.

—No, no la tenemos. Es solo una corazonada.

—Está bien. Me parece razonable.

—La conclusión a la que llego, es que sea cual sea la naturaleza del fenómeno ocurrido, nos trasladó en el tiempo; no a nuestros cuerpos, si no a nuestras mentes. Algo así como una transferencia espacio-temporal. Nuestras mentes fueron trasladadas a otro espacio y a otro tiempo.

—Diría que es una locura, pero aquí estamos.

—Sí, aquí estamos.

—¿Será reversible?

—Ni idea. No sabemos qué ocurrió. En este momento nuestra situación desesperada. Estamos en vísperas de la segunda guerra mundial, en la Alemania Nazi, dentro poco, si la línea del tiempo continúa su desarrollo normal, Hitler invadirá Polonia, desatando el conflicto.

—¿Cuál es la fecha de la invasión?

—El día de nuestro cumpleaños, el 1 de septiembre 1939.

—Que macabra coincidencia —se quejó con tristeza, Eglin.

—Debemos prepararnos, el tiempo corre.

—¿Y qué hacemos?

—Por lo pronto, como tú dices, aprender alemán. Estudiar enfermería. Hacer lo que esperan de nosotras o en este caso, lo que esperan de Gretchen y Marie Louise.

—Entiendo lo de aprender el idioma, sin embargo. ¿Por qué seguir una vida y un destino que no es el nuestro? ¿No podríamos forjar un nuevo destino, basado en las circunstancias y apoyado por el conocimiento de los acontecimientos futuros?

—Ese es uno de los problemas que visualizo.

—¿Cuál problema?

—Que sean cuales sean nuestras acciones siempre van a ser distintas a lo hecho por estas dos chicas. Por más que tratemos de apegarnos a los nuevos roles y retos que se nos presentarán —manifestó Esmeralda.

—Sigo sin entender.

—Hay dos cosas a considerar, una es el determinismo y otra el efecto mariposa.

—Continúa.

—Existen, existieron o existirán diversas circunstancias, acciones, decisiones en las que se vieron involucradas estas chicas y en las cuales, nos veremos o no involucradas nosotras. Los cuales nos llevarían desde un punto A al punto B. Es decir, desde el punto que nos hallamos ahora hasta el momento en que ocurrió el fenómeno que nos condujo a esta situación.

—Hablas como si el fenómeno está por producirse, aunque lo obvio es que ya se produjo —observó Eglin.

—Exacto, no hay garantías de lo uno o de lo otro. Volvemos a los datos que tenemos. “Saltamos” 70 años atrás en el tiempo. Para ello hubo de ocurrir un fenómeno, ya sea artificial o natural, en alguno de los dos planos del tiempo o en los dos inclusive. Eso lo veo poco probable. Un estado del tiempo afectó al otro. ¿Por qué a nosotras y a estas chicas? Es una incógnita sin respuestas.

—O sea. ¿Quieres decir que el fenómeno, experimento o lo que sea que nos trajo a hasta aquí, aún no se produce en esta línea del tiempo? No tiene sentido. Deberíamos averiguar las circunstancias en las cuales se vieron involucradas estas chicas. Porque se me ocurre que Gretchen y Marie Louise se desmayaron de improviso como nosotras y al despertar ya no eran ellas, éramos nosotras.

El rostro de Esmeralda se iluminó de improviso. Le estampó un beso en la frente seguida de la frase: “eres un genio”

—Ok... ¿por qué soy un genio?

—No se me había ocurrido.

—¿Qué? —preguntó muy intrigada Eglin.

—El fenómeno no fue un traslado, fue un intercambio. Es decir, nuestras mentes fueron transferidas a los cuerpos de estas chicas y sus mentes a su vez trasladadas a nuestros cuerpos en el futuro. Así como nosotras somos ellas aquí, ellas son nosotras allá. Eglin no dijo nada, la sorpresa se denotaba en su rostro.

—Porque a algún lado se tuvieron que ir las mentes de Gretchen y Marie Louise y si nosotras vinimos aquí es lógico pensar que ellas se fueron hacia allá.

—Esto, lejos de alegrarme hace que me duela la cabeza. Es demasiada información y muy compleja. No sé porque te causa tanta satisfacción saber eso —se quejó con amargura, Eglin.

—No es complacencia en el hecho, es la alegría de obtener más información. Necesitamos toda la que sea posible.

—Te imaginas, nosotras aquí, ellas por allá. Con nuestros cuerpos originales. La muchacha que ocupa el mío, resulta ser muy ligera de moral y le da por acostarse con todos. Vivir la vida loca. Trate mal a nuestros amigos y familiares... no, no, no... eso me angustia —exclamó mortificada Eglin.

— ¡Ay dios! ¡Qué pensamientos se te ocurren! A mí no se ocurrió eso. Ahora yo también me angustiaré por esa razón. Sin embargo, más allá de semejantes suposiciones debemos tomar decisiones. Porque lo que pase o hagan ellas en el futuro no nos afecta a nosotras, ahora lo que hagamos o dejemos de hacer si pudieran hacer efectos en ellas y obviamente en nosotras.

—Este es un tema que, por hablarlo, no se logra llegar a conclusiones prácticas o lógicas.

—Sí, no tenemos nada real, puras conjeturas alocadas. Siento que estoy rasguñándole el sentido a la irrealdad —se quejó Esmeralda.

—Creo entenderte.

—Y entre tantas ideas descabelladas debemos trazar alguna especie de plan. Con esa premisa en mente te cuento lo que parecieran ser nuestras opciones.

Eglin asintió en silencio.

—Opción “A”: Aceptar que no podemos solucionar lo ocurrido y nos quedaremos atrapadas en este tiempo. Opción “B”: Creer en el determinismo y hacer lo que se espera de nosotras, o sea de Gretchen y Marie Louise y esperar que nuestras acciones no modifiquen demasiado la línea del tiempo y nos conduzca hasta el momento que ocurra el fenómeno o experimento que nos intercambió en el tiempo. Y opción “C” ceñirnos al plan B, a sabiendas de que puede fallar y utilizar los conocimientos históricos para sobrevivir los seis años de guerra y sus posteriores consecuencias, eso incluye que pudiéramos regresar a América luego que termine la guerra.

—Que enrevesadas son todas esas ideas —comentó con tristeza Eglin—. Pareciera que tienes una idea de dónde y cómo ocurre el fenómeno que nos trajo hasta esta realidad.

—Bueno, es una idea tan descabellada como todo lo que nos ha pasado. ¿Conoces el proyecto campana?

—No, ¿qué es eso?

—Se supone que fue una máquina que fabricaron científicos nazis y cuya funcionalidad final se desconoce. Inclusive pudo no haber existido y fuese el invento de un escritor polaco.

—Sí, ahora recuerdo que vi algo en un documental en la televisión.

—Exacto, entre tantas conjeturas y teorías conspirativas se pensó que los nazis experimentaban, para obtener un súper combustible, otros que era parte del programa nuclear, un arma secreta, intento de adquirir levitación y locomoción electromagnética-anti gravitatoria y algunas teorías más locas aseguran que abrieron un hoyo temporal de manera accidental y se transportaron en el tiempo y en el espacio. Apareciendo en Kentucky en los años ochenta.

—¿Qué tan verídico es eso?

—No te voy a engañar. Entra en la categoría de leyendas conspirativas sobre la tecnología nazi y supuestos contactos alienígenas que le proporcionaron avances.

—O sea que basaremos nuestras acciones y objetivos en pseudociencia y programas de televisión, ideados para entretener a gente crédula, propensa a creer cualquier estupidez.

—En líneas básicas, sí.

—Increíble...

Esmeralda bajó la cabeza.

—No se me ocurre más nada.

—Pareciese que no tenemos más opción que la opción C. Trabajar en función de ese objetivo, preparándonos para sobrevivir la guerra —opinó Eglin—. ¿Tenemos fecha y sitio probable de dicho experimento?

—No hay fechas exactas. Se estima que a finales de 1944.

—Déjame adivinar... Posiblemente en septiembre —agregó con un tono sarcástico.

—Sí, eso es lo que dicen los investigadores.

—¿Y el sitio?

—Alguna instalación subterránea cerca de las minas de Wenceslao. En la República Checa.

—En Checoslovaquia...

—Sí, allí... Las minas están cercanas a una ciudad llamada Kutná Hora.

—Por lo pronto concentrémonos en aprender alemán y estudiar enfermería. Creo que eso sería lo básico.

Esmeralda asintió. Sólo podían ir paso a paso. Todo era tan incierto, tan absurdo y tan poco seguro. Pero no había más. Ya era muy tarde en la noche y debían dormir.

Esmeralda y Eglin se fueron a la cama, la inquietud poco les dejó dormir. Cada cual reflexionaba sobre cosas distintas aplicadas a su situación. Esmeralda pensaba en lo poco que sabía sobre el determinismo y lo que había leído alguna vez sobre esos temas. Las ecuaciones del movimiento; sí, así le llamaban. Deseando saber más sobre ello y ser mejor en matemáticas. ¿Cómo comprender conceptos tan complicados sin el apoyo teórico? Flecha del tiempo, bifurcaciones, el caos, el efecto mariposa. Todo ello les podría servir para la toma de decisiones, el conocimiento del futuro histórico. Sin embargo, no les ayudaba a predecir su futuro inmediato a nivel individual. La realidad mundial resultaba ser determinista, la realidad personal no, era indeterminada.

Eglin, por su parte pensaba en Gules y el profesor. ¿Qué habría sido de ellos? ¿Habrían sufrido el intercambio mental, como lo llamaba Esmeralda, y estarían en algún lugar de Alemania en 1938? Extrañaba

su casa, su familia, su cama. Se preguntaba, si alguna vez les volvería a ver, porque a pesar del optimismo de su amiga, ella no veía ninguna solución ni salida. ¿Por qué les había sucedido a ellas y no a otros? Sentía que debía intentar algo, pero no tanto por fe, si no para conservar la cordura y tener motivos y metas para vivir, sobrevivir o aceptar lo que hubiese que ocurrir.

X RETORNO Y OPORTUNIDAD

Ya habían dado de alta a las chicas. James regresaba con ellas y con Gules a Callhoun, conduciendo su Mustang. El resto de la clase ya había regresado el día anterior en el autobús. El profesor Martín se quedó internado en una clínica de Valparaíso. En el incidente se había fracturado el cráneo. Para él no significaba un incidente, sino un accidente y con cierta gravedad; presentaba un Hematoma Epidural y había sido intervenido. Su familia estaba con él, habían viajado rápido, apenas recibieron la noticia.

A James le daba un poco de pena dejarlos con esa situación, pero su prioridad era Eglin, ya lo había hablado por teléfono con Kara; ella quería a Eglin tener a su lado lo más pronto posible. Y, no sabía cómo, había quedado responsable de la clase. Tuvo que organizarlos y despacharlos a casa, mientras su hija estaba aún en cama e inconsciente. Fue duro debatirse entre la responsabilidad adquirida de manera incidental y el amor de padre. ¿Cómo rayos se complicaron las cosas así? Nadie tenía una explicación de lo ocurrido y las consecuencias habían sido minimizadas. Dos estudiantes y un profesor se habían desmayado dentro de un avión de la exhibición, que recibía mantenimiento, el cual por razones desconocidas se hallaba abierto. Las dos chicas resultaron ilesas y el profesor sufrió una fractura craneal al golpearse contra la estructura del avión. Ese era el parte oficial.

Pero allí estaba la situación del profesor Martín, aunque estaba estable y su vida no corría peligro, el

pronóstico era reservado. Las consecuencias del golpe en el cerebro eran inciertas. Las chicas, aunque “indemnes” estaban silenciosas, se comportaban de manera extraña. La mayoría de su vocabulario era monosílabo. “sí”, “no”, “bien”, “ok”. Los doctores le dijeron que no se preocupara, que poco a poco volverían a ser las mismas. Cuando él insinuó que esa pérdida de memoria podía significar algo más grave, ellos lo desestimaron y sí así fuese el caso, la cotidianidad y el ambiente familiar era la mejor cura. Esmeralda parecía poco menos que un zombi y Eglin, aunque se veía más animada, se sentía algo forzada esa actitud. Había una extraña chispa en sus ojos, inquietud, ansiedad. Se había sentado en el asiento trasero y abrazaba a Esmeralda con cariño maternal mientras que con él, su padre, se mostraba algo fría. De copiloto estaba Gules. Sí las niñas estaban dispersas, él se encontraba peor, se le notaba a pesar de sus lentes oscuros. No pudo despacharlo a casa en el bus, se negó a irse sin Eglin. Pobre chico, estaba enamorado.

Amigo de siempre, vecino; el hijo varón que nunca tuvo, el hermanito menor de su hija. Ahora manifestaba una querencia más allá de la amistad, insospechada, secreta, nadie se percató de su apego, ni él, ni Kara y, estaba seguro, Eglin tampoco.

Gretchen, por su parte, ya había tomado control de la situación. No tenía indicio de las causas, así que ponderaba las consecuencias. Estaban en otra época, otro país. Una realidad increíble y distinta a la suya; paz, prosperidad y vida en familia. Eran 6 años más jóvenes que cuando estaban en la Alemania de 1944. No había rigidez y un augurio de abundancia

se abría ante ellas. Un contraste con la austeridad de la guerra y las limitaciones inherentes a su servicio militar. El choque tecnológico era abismal. Menester era aprender a usar esos aparatitos, los teléfonos portátiles. Eran una maravilla, el sueño de cualquier espía, servían para comunicación, tomaban fotos, eran compactos y livianos. Lo dicho: una maravilla. El panorama para ambas no se veía tan mal. Deberían adecuarse a sus familias adoptivas, lo cual no parecía ser un problema, dar amor, recibir amor. La amnesia les duraría lo que a ellas le tomara adaptarse a la cultura americana, a conocer amigos y familiares de las chicas cuya identidad ahora usurpaban. Eran estudiantes, bien. Eso les permitiría tener una base para definir metas. Podrían volver a estudiar enfermería o quizá llevar sus conocimientos y experiencias a otro nivel, por ejemplo: medicina. En fin, un mundo de posibilidades. Norteamérica era hermosa, todo se veía tan nuevo, a la vez tan tradicional. Los paisajes, los autos, los pueblos. La música que se escuchaba por la radio era un poco ruidosa y confusa, pero tenía buen ritmo, hacía que quisiera bailar y mover la cabeza. Había tantos detalles por absorber, con la suerte de que ahora tendrían tiempo y libertad de movimiento. No en ese estado de hostilidad, encierro y constricción en cual se encontraban antes. Sólo una cosa le tenía pensativa: el científico... él estuvo allí, con ellas, en el incidente y en esta época en el incidente también estaba presente un profesor, esta vez de educación física. Era muy posible que ese tal Kubbelmeyer estuviera ocupando la mente del profesor siniestrado. Le inquietaba, aunque no podía corroborar por los momentos. El Profesor Martín,

había sufrido un traumatismo craneal, estaba inconsciente al momento de ellos regresar y no pudo hablar con él. Su recuperación era de pronóstico reservado, según los doctores. Pero ella creía con firmeza, que se recobraría, según su experiencia los pacientes con lesiones similares siempre terminaban recuperándose contra todo pronóstico. Si alguien podía explicar lo sucedido era el profesor Kubbelmeyer. Era uno de los causantes del experimento, sea lo que fuera que hicieron.

James observó por el retrovisor, Eglin se veía, en esos momentos, más animada. Pensó que quizás estaba exagerando al preocuparse tanto por ella.

—¿Todo bien, cariño? —le preguntó.

—Sí, Padre —Le contestó Gretchen, jovial, sin decir esa palabra tan cercana como lo es “papi”.

James suspiró. Ese acento tan raro no le gustaba mucho, pero al menos respondía con cierta naturalidad.

—Llegaremos en unas dos horas a Callhoun. Estamos cerca de una parada. ¿Tienes hambre? ¿Te apetece comer?

—Sí, por favor.

—¿Y tú Esmeralda? ¿Tienes hambre?

—Sí, por favor —respondió Marie Louise.

Sonaba a acento británico, también alemán. James no sabía cómo procesar aquello. Siguió intentando conversar con las chicas, aunque con poco éxito. Solo decían eso, frases cortas, afirmativos y negativos. No había una conversación fluida, solo preguntas y respuestas.

Una vez en la parada, comieron unos emparedados, acompañadas de las clásicas gaseosas. James pidió café en vez de refrescos. Gules también bajó con ellos, no quiso ingerir alimentos, solo una gaseosa.

Mientras estaban comiendo, Gules se quitó las gafas y le pidió perdón a la persona que él pensaba que era Eglin. Gretchen, le escuchó con atención. Necesitaba saber quién era ese muchacho y qué importancia tenía o tendría en su nueva vida. Luego de escucharlo, sintió pena por él. Era evidente que estaba enamorado de esta muchacha Eglin sin ser correspondido. Mira que todos se habían ido y él se había quedado, durmiendo, con toda la incomodidad que ello conlleva, en una silla, en el pasillo de la clínica. A eso se le puede llamar amor, o quizá devoción.

Y a pesar de eso más tristeza le causaría. Ella tampoco le iba a corresponder. Era un chico guapo, pero era eso, sólo un chico, un niño a sus ojos. Tenían la misma edad a nivel físico, a nivel mental ella tenía 23 años, había pasado por experiencias muy fuertes. La guerra la había endurecido. Se había casado y enviudado casi al mismo tiempo. Había visto muchos hombres y mujeres morir, niños inclusive. Participó, de manera involuntaria, en el Aktion 4, mató pacientes, mató en combate. Estuvo en batallas, bombardeos, en tantas cosas. Y luego, de alguna manera, terminó sirviendo en esa mazmorra subterránea que llamaban laboratorio. En comparación con Frederick, él era solo un niño mimado, no era un hombre. ¿Cómo podría tomarlo en serio? Aparte era bajo de estatura. Este chico no hubiera entrado en las Waffen-SS. Pelirrojo, peco-so y de aspecto débil. Sin embargo, siendo un amigo de la muchacha, cuyo cuerpo ocupaba, le sonrió y le dijo muy enfática: “No te recuerdo”.

El pobre chico se colocó las gafas de nuevo y en seguida se retiró de la mesa, sin decir palabra alguna. Quizá fue algo cruel, pero mejor era así, no quería dar-

le falsas esperanzas. Tampoco deseaba tener a ese mocoso tras ella todo el tiempo, pisándole la falda y suspirando en las ventanas. No, no, no tenía tiempo para eso. Ya habría tiempo para hacer amistades y quién sabe si para el amor, pero por ahora necesitaba estar centrada, calmada para aprovechar de mejor manera la segunda oportunidad que le daba la vida. Su único amor en este tiempo debía ser su prima Marie Louise. La única a quien debería verdadera dedicación.

Marie Louise por su parte, se hallaba confundida. No tenía las ideas tan claras como Gretchen, se sentía mal, incómoda. Fingiendo ser alguien quién no era. Y el hecho era que no tenía otra opción sino fingir ser la chica morena porque técnicamente era ella. Decir la verdad era un absurdo, mentir también. Era Marie Louise, también era esa muchacha Esmeralda. ¿Cómo vivir siendo una, viviendo la vida de otra? Porque era así, su vida ahora era más de ella que suya. Pensaba como Marie Louise, debía actuar como Esmeralda, en un entorno familiar, ambiental, cultural e idiomático que no le pertenecían. Se sentía esclava de una situación, esclava de un nombre, esclava del miedo y de los traumas de la guerra. Todo quedaba atrás, la verdadera familia se había perdido. Durante la guerra guardaba alguna esperanza de volverlos a ver, a su mamá, que aún vivía, a sus hermanitos. Ahora, de un solo impulso, habían muerto todos. Envejecieron 70 años y ni siquiera pudo llorar sus muertes. Esta realidad le aterraba, le faltaba motivación para vivir y sin embargo seguía viviendo. Tenía que aceptar que sin la poderosa presencia de Gretchen hubiera perdido la razón. Ella si estaba optimista, parecía tener un plan, aunque era evidente que no lo tenía. Pero así

era ella, una amante de la improvisación, la chica que se reinventaba, que superaba su orfandad, su viudez, el comprometimiento de su ética; su motivación era ella misma y su amada prima Marie Louise. Y eso le reconfortó un poco: pensar que si ella era la motivación de Gretchen, Gretchen debía ser su motivación. Sonrió, pero tenía ganas de llorar.

El profesor Abraham, en Callhoun, también se encontraba de regreso a casa. El chequeo médico no había sido muy esperanzador. La sospecha era ahora una certeza, los resultados dictaron la sentencia: cáncer. Cinco letras, un significado, terror, confusión y tristeza. No podía venir sin la frase de rigor: “si lo hubiéramos detectado a tiempo...” ¿Cómo rayos se asimila eso? Se sentía abrumado, no sabía qué hacer, ni a quién acudir. Su amigo, su mejor amigo, estaba internado en una clínica luchando por su vida, en otro estado, muy lejos. Así que no podía acudir a él, a su consuelo. Era solo otra noticia que añadía negatividad al día. Necesitaba el apoyo de su amigo, pero Martin y su familia también necesitaba del apoyo del solitario Consejero de Escuela. ¿Qué hacer? Ya estaba entrada la tarde, pronto oscurecería y él se encontraba tan cansado y conmocionado, no tenía ánimos de manejar hasta Florida. Le daba vergüenza no asistir de inmediato, pero no aportaría nada bueno a la situación en su estado depresivo e irritado. Ya sea por impotencia o por desesperación, decidió ir a casa, descansar, reflexionar, si era ello posible. Les llamaría; si, una llamada cuando se hubiese calmado, sería más beneficiosa, que su cara larga y demacrada. Y así lo hizo. Linda, por teléfono le comunicó que Martin estaba fuera de peligro, estaba bajo observa-

ción, esperando a que despertara. Eso lo tranquilizó. Él se excusó por no haber podido ir, al estar en un chequeo médico. Ella le indicó que eso lo sabía, Martín le había contado, lo comprendía y le pidió que se hiciera cargo, de manera provisional, con el equipo de voleibol, eso Martín se lo agradecería y no se preocupara por viajar a Florida, atendiera a los estudiantes, eso hubiese querido su esposo. Ya de regreso podría visitarlo y, seguramente, ayudarlo con su recuperación. Abraham tomó un calmante y se recostó a dormir. Era temprano, no había oscurecido aún, necesitaba el reposo y el silencio de los sueños. James llevó primero a Esmeralda hasta su casa. Tuvo que encontrar la dirección en comunicación con sus padres vía telefónica, Esmeralda no recordaba cómo llegar. Hubo mucha emoción en su recibimiento, al menos por parte de sus padres. Ella seguía algo abstraída. Por más que hubiera querido partir de manera inmediata a casa, James aceptó la invitación a entrar. La señora Cabrera fue muy amable y le agradeció por cuidar de su niña y él, todo lo contrario, se sentía culpable. No las había cuidado como se debía, pero nada dijo y solo respondió con una sonrisa de compromiso. Sin querer se estaba comportando igual de abstraído que las chicas. Entre tantas cosas ocurridas, estaba agotado. Solo quería descansar y darle descanso a su hija, dormir, despertar y que al día siguiente todo estuviese como antes. No existía ninguna seguridad de que iba a ser así. Pero de alguna manera debía mejorar y a esa sencilla esperanza se aferraba. Estando en la sala, reconoció un rostro amigable, en una de las fotos que se hallaban en uno de los muebles.

—Disculpe. ¿Es la foto de su padre? ¿El sargento Mike Smith?

—Sí, es mi padre. ¿Cumplieron servicio juntos? —le contestó la madre de Esmeralda, señalando la gorra, con el símbolo de la base Eglin.

—No, no servimos al mismo tiempo o no tuvimos el placer de compartir. Pero lo conocí el día del nacimiento de Eglin y Esmeralda. En Athens.

—Qué casualidad tan agradable.

—¿Dónde está? Me agradecería saludarlo.

—Murió el año pasado. Antes de mudarnos a Callhoun.

—Lo siento. No quise molestar — expresó compungido James.

—No se preocupe. Son cosas de la vida. Hoy estamos y mañana no sabemos.

—No se me ocurrió que esa niña Esmeralda de aquella ocasión era la misma Esmeralda, amiga de mi hija. Como el apellido del Sargento era Smith...

—Cabrera es el apellido de mi esposo. Es entendible que no relacionara una persona con la otra.

—Pareciera que el destino de esas niñas era conocerse y ser las amigas que son ahora.

—Sí, es un pensamiento reconfortante. Mírelas, no se despegan la una de la otra, son más hermanas que amigas —comentó, señalando con la mirada a las mencionadas.

Gretchen y Marie Louise, estaban sentadas en un sofá, disociadas de todo lo que sucedía a su alrededor. Por lo menos en apariencia. Gretchen estaba muy alerta, tomando nota mental de todo lo que pudiera ser importante y a medida que iba detectando detalles se los susurraba al oído a Marie Louise. Quien

parecía estar todavía un poco conmocionada con la situación. Necesitaba que despertara a esta nueva realidad, saliera de ese estado pasivo y se colocara en un ámbito activo. No es que temiese la posibilidad de ser descubiertas, pues quién, en su sano juicio, pensaría que ellas no eran los rostros y nombres del presente, sino personas del pasado en el futuro. Nada más de repensarlo era todo un trabalenguas, un absurdo, un disparate.

Mejor era adaptarse a sus nuevas vidas, aprovecharlas al máximo y vivir, ser felices, libres de las angustias de la guerra. Escuchó decir lo del destino y no podía estar más de acuerdo. Ella y Marie Louise habían nacido el mismo día, el 1 de septiembre de 1921. Crecieron juntas, Gretchen perdió a sus padres de niña. Su padre había caído en los desórdenes políticos acaecidos luego de la guerra. Su mamá y ella se mudaron con la hermana de su padre. Allí su madre moriría enferma de una tisis pocos años después. Gretchen no tenía recuerdos de ninguno de los dos, así que la figura materna siempre la proporcionó la Tía Elizabeth y Marie Louise más que prima, era una hermana, su favorita, muy por encima de Otto y de Hans, los pequeñines gemelos. De la tía Elizabeth, de ascendencia británica, aprendió el inglés y todo cuanto pudo saber del amor materno.

Marie Louise, tal y como lo pensaba su prima, estaba conmocionada, a pesar de ello, sin querer y casi sin notarlo, también estaba absorbiendo información de la conversación del capitán y de la que ahora era su madre adoptiva. Catherine Cabrera, antes Catherine Smith. En la foto familiar de la que hablaban, estaba el señor Mike, el abuelo muerto, otro señor, que su-

ponía era el padre de su alter ego y un niño de cabello ensortijado, tez morena y ojos vivaces. Seguro el hermanito menor de la chica Esmeralda.

No había terminado de memorizar esos rostros cuando la puerta se abrió y entraron los antes mencionados. El chiquillo se abalanzó sobre ella, abrazándola con fuerza. Ella le respondió con el mismo nivel de cariño, en parte por el compromiso de actuar y otra porque en verdad necesitaba un abrazo. Y nada mejor que el abrazo lleno de un amor tan sincero como lo es el de un niño. Su padre adoptivo se acercó, ella se levantó y se unieron en un abrazo triple al que luego se unió la madre. No fue planeado, lágrimas cubrieron su rostro. No hacía falta disimular, tenía demasiada tensión acumulada y echaba de menos el ambiente familiar que alguna vez tuvo en casa, con sus padres y hermanitos. Se echó a llorar.

Gretchen, miró la escena, complacida. Marie Louise, según lo que ella pensaba, había despertado al fin de ese sopor y se estaba comprometiendo con su papel de hija amorosa. Siguiendo su ejemplo, le extendió los brazos al capitán. Este reaccionó de manera rápida y abrazó a su hija con amor. Gretchen lo hizo al principio solo para integrarse al aspecto social, pero el abrazo de aquel hombre, maduro, robusto como un roble y atractivo le estimuló más de lo que hubiera supuesto. Era una pena, le tocaba ser su hija. Era un hombre con letras mayúsculas, no ese niño frágil que se le acercó en el restaurante. Que complejidad tan molesta. Mental y físicamente tenía permitido desear y sentir aquel cuerpo macizo y musculoso; por el papel que le tocaba asumir debía hacer a un lado esos pensamientos incestuosos y ser la niña buena de

Papá. Eso, le hizo preguntarse si está niña, Eglin, era virgen. Averiguar tal cosa parecía trivial, en realidad, no lo era. Tendría que buscar la forma de indagarlo sin llamar mucho la atención y no quedar mal ante las personas de su ámbito social inmediato.

Permanecer en silencio era complicado. Apenas hablaban las dos, interactuaban con los demás asintiendo o negando con la cabeza, diciendo un “sí”, un “no” y “gracias” no mucho más que eso. La situación social se estaba alargando más de lo que hubiese esperado. Gretchen comenzó a sentirse incómoda, pensar que minutos atrás pretendía estar en completo control, creía tener el panorama claro. Marie Louise, todo lo contrario, se encontraba cómoda, cuando antes estaba nerviosa y dubitativa. Qué ironía. Por suerte, para Gretchen, el capitán tenía prisa. No porque le desagradaran los momentos familiares o falta de emotividad, estaba cansado y quería llevar a casa a su hija. Ver como Esmeralda reaccionaba de manera favorable en un entorno familiar le dio esperanzas y expectativas con Eglin. Su actitud seguía siendo un poco huraña, salvo el abrazo, no había tenido muestras de cariño hacia su viejo padre. En cambio, con Esmeralda desplegaba una afectuosidad, que rallaba en lo materno. Sí, necesitaba ir a casa, así lo manifestó y todos estuvieron de acuerdo. Minimizando, en lo posible las despedidas, James tomó rumbo a su hogar, con su adorada niña.

XI

SOLAS CONTRA EL MUNDO

Ya había pasado alrededor de una semana desde el intercambio mental, como lo llamaba Esmeralda. Las dos se habían reintegrado al estudio de enfermería, pues eso eran Gretchen y Marie Louise, estudiantes a punto de graduarse. Se entregaron como posesas al entendimiento del idioma. Su avance era lento y penoso, por más empeño y dedicación que le prodigaban. La pronunciación, la gramática, los caracteres inclusive, resultaron ser poco menos que incomprensibles para su entendimiento. No podían sostener una conversación fluida en alemán. Se comunicaban con pocas palabras, ademanes, muecas y señales.

Y cada vez eran menos condescendientes con ellas y empezaban a exigirles más. Eso les resultaba más familiar y más cómodo que la tolerancia hacia su situación, o lo que ellos pensaban era su situación, desplegada los primeros días. Así, la presión que sentían, si bien les causaba algo de estrés, también era un estímulo poderoso para comprometerse más.

Mantenerse ocupadas era vital. Primero para acortar distancias comunicativas, segundo para olvidar que ya se acercaba diciembre. Pasarían su primera navidad fuera de casa, sin sus padres, parientes y amigos. Solas en un ambiente, si bien no hostil per se, extraño, pesado, de libertad limitada. Con personas adoctrinadas y fanáticas. Por más que todos les trataran con cierta amabilidad y ellas lucharan contra el propio prejuicio, siempre recordaban que estaban entre nazis. A pesar de que no todos los alemanes eran

nazis, ni malas personas, no sabían en quien podían confiar más allá de ellas mismas, eso les causaba una inmensa soledad. No había amigos, apoyo familiar, eran solo Eglin y Esmeralda contra el mundo.

Sucedió un imprevisto.

Cerca de una semana después, como ya ha sido expuesto, estando Eglin y Esmeralda en su cuarto entregadas a los estudios correspondientes. Un domingo. Fue requerida la presencia de Gretchen. Alguien le buscaba, según lo poco que pudo entender era un oficial de la SS. Le comunicaron que su presencia era obligatoria o comprometida. No entendió muy bien. Miró a su amiga, mientras se dirigía a la puerta del cuarto, asustada; la mirada lo decía todo. Esmeralda, se quedó paralizada de miedo. ¿Les habían descubierto? ¿Cómo? ¿Cómo pudieron saber lo que sucedió? Sin embargo, reflexionó, sólo llamaron a Gretchen, no a Marie Louise. Aquello le dejó pensativa, si bien se mantuvo nerviosa; quizá la naturaleza de la visita, inspección o lo que fuera, no era porque las habían descubierto. Si fuese así, lo lógico era pensar que las llamaran a las dos, no solo a Gretchen. ¿Quién va a imaginarse, en su sano juicio, que dos estudiantes de enfermería se desmayan un día y se despiertan siendo dos estudiantes norteamericanas de otra época al día siguiente? No creía que nadie pudiera adivinar o intuir semejante suceso. Más en una época que la ciencia apenas se estaba abriendo a las teorías de la relatividad, física cuántica y todas esas cosas. ¿Viajes en el tiempo? ¡Pamplinas! Eso era de locos. Aliviandola un poco. Casi de inmediato pensó lo contrario: así solían actuar los agentes de seguridad. Interrogaban por separado a los involucrados o sospechosos. Buscando

contradicciones, incongruencias, datos que no coincidieran. Eso le volvió a poner nerviosa.

Mientras, Eglin caminaba por los pasillos, acompañada por la chica que le fue a buscar y de un doctor, que no sabía muy bien que hacía allí. La joven enfermera no paraba de hablar, estaba muy emocionada. Decía muchas cosas, Eglin no entendía del todo. “Por fin, ella (Gretchen) iba a recibir su merecido”. Le exhortó entregarse y aceptar su destino. Dijo algo sobre su deseo de que la esposaran y se la llevaran de allí, a Berlín. Las SS tenía grandes planes para ella, no podía esconderse del compromiso tras la excusa de la pérdida de memoria. Lo decía con una extraña malicia encendida en sus ojos y una felicidad tal, que rayaba en lo macabro. Habló de un ascenso que recibió o recibiría. ¡Rayos! No entendía bien lo que le hablaba.

En los ojos de Eglin se acumulaban las lágrimas. Estaba asustada, tenía ganas de llorar, de gritar, de escapar. ¿Pero dónde? ¿Adónde escapar? La chica percibió su deseo de llorar y eso la excitó más. Sonreía de manera perversa. ¡Dios santo, qué maldad! ¿Cómo podía alegrarse ante su desgracia de esa manera? ¡Qué horrible chica! Y pensar que hasta unos momentos atrás le caía bien. Le parecía simpática. Era la compañera de estudios que más compartía con ellas y siempre hacía de intérprete, las ayudaba con tanta entrega, tanto aparente cariño. No. Era sólo una forma de espiarlas o de estar cerca, descubrirlas. Averiguar que secretos guardaban. De seguro ella las había delatado y estaba excitada, como lo había expresado: recibiría alguna recompensa, un ascenso, un incentivo, algún premio; porque sus acciones eran beneficiosas para el Führer, para el Reich, para Alemania. Fanatismo,

crueldad, odio, perversidad. Todas las historias que había oído de los nazis eran ciertas.

Por fin llegaron al área de recepción. El doctor siguió su camino. Al parecer no andaba con ellas, solo coincidieron en su transcurrir por los pasillos. Y allí, en el salón, estaba un oficial de las SS, cómo no reconocer ese uniforme, escoltado por dos soldados, a los cuales les daba algunas instrucciones. Le pareció curioso que no portaran armas. Ni siquiera el oficial, que en sus manos sostenía un pequeño ramo de flores y una caja de contenido desconocido. Se encontraba parado de espaldas, no del todo, presentaba medio perfil de su rostro. Se veía nervioso, ansioso. Tenía la gorra puesta, pero aun así mostraba el perfil de un hombre atractivo, joven; quizá muy joven para ser un oficial. Rubio, con los ojos más azules que había visto en su vida. Eglin se reprochó un poco: ¿qué ganaba con ver esos detalles? Los pasos de ella y su delatora, le alertaron. Él volteó. Caminó con firmeza hacía ellas, despachó a los soldados, quienes desaparecieron, diligentes, por una de las puertas. Eglin se clavó en el piso, no podía dar un paso más. Estaba demasiado aterrada. La cómplice de su desdicha le empujó en dirección del joven oficial quien, quitándose la gorra, se abalanzó sobre ella, la abrazó con fuerza y sin que ella pudiera oponer resistencia o queja alguna, le estampó un beso en los labios.

Aquello era surrealista, absurdo, incómodo. No tenía sentido. ¿Qué estaba pasando? Esperaba cualquier cosa de ese desconocido oficial de las SS, menos la salva de besos que recibió. Porque aquel hombre no limitó sus besos a los labios, sino a la frente, a las mejillas, a sus manos. Manos a las cuales les entregó

aquel hermoso ramo de flores y la cajita, que al parecer contenía chocolates.

Fue sorpresivo. Pensar que su primer beso, aquel que guardaba para el amor, para el príncipe azul de sus sueños, había sido con un completo desconocido, un oficial nazi. Experimentó una serie de sentimientos encontrados, del terror pasaba a la sorpresa, de la sorpresa al estupor, del estupor a la rabia. Molesta con ella misma, sin darse cuenta y aunque al principio cerró sus labios con fuerza, terminó correspondiendo el beso y se sintió estimulada en todo su ser de mujer. Parecía ser que los sucesos extraños no cesaban, una vez hubo ocurrido el incidente del tiempo todo se había ido cuesta abajo. ¿Acaso tendría fin esa rodada por la colina? Ansiaba llegar a la base de esa montaña de circunstancias para luego evaluar a conciencia el ascenso y si este era viable. Aquello no encontraba piso todavía. La única base que halló fue esa rabia, rabia por encontrarse en esa situación, rabia con él, por besarla de esa forma, rabia con ella misma por corresponderle, rabia con la chica por ser cómplice del asunto, rabia con la vida, con el amor, con el mundo. Con todas las fuerzas que pudo reunir, se desenlazó del abrazo, empujó al joven oficial y le propinó una sonora cachetada. Fuerte, como cuando realizaba remates jugando voleibol. Toda esa fuerza se desvaneció de improviso y a punto estuvo de perder el conocimiento. Sintió desfallecer, el hombre no le dejó caer y con la ayuda de la chica la sentaron en un sofá de la recepción. Allí estalló a llorar. Desahogó toda la tensión a la que se veía sometida y se entregó a los brazos protectores de aquel muchacho. Porque eso era, un muchacho en uniforme. Un uni-

forme que para ella tenía historias y connotaciones muy sombrías, sinónimo de atrocidad, crueldad, brutalidad y la más absoluta deshumanización.

Frederick inquirió a la compañera, la joven estudiante de enfermería. Esta le respondió con las frases que ya le había dicho antes. Gretchen se había desmayado hacía unas semanas atrás, ella y su prima Marie Louise. Por razones desconocidas presentaban lagunas en su memoria, su estado mental era frágil. Pareciese como si no entendieran el idioma y sin embargo desplegaban inteligencia y disciplina de otras maneras. Determinar por qué actuaba así o de qué manera se vieron afectadas sus habilidades de comunicación, era todo un misterio. Los doctores y maestros lo habían desestimado, no era algo de qué preocuparse, poco a poco volverían a ser ellas mismas. En fin, ella se lo había advertido, no era seguro que la respuesta emocional de Gretchen fuese positiva o lógica. Quizá someterla a esa situación no fue una buena idea. Dada su insistencia y aprobación de las autoridades del instituto, ella se prestó a colaborar. Era evidente, Gretchen no estaba preparada para el reencuentro con él, su prometido. Le pidió, apelando al amor que le tenía a Gretchen, se retirara y le diera tiempo a ella para que asimilase lo sucedido. Esperando mejores resultados en otra futura cita. “El amor triunfará, confío en ello” le comentó al final.

Frederick accedió a irse. Prometiendo regresar luego. Tenía sentimientos encontrados con lo sucedido. La chica enfermera le había advertido de la pérdida de memoria de Gretchen, el beso correspondido le hizo olvidar el asunto. El recordatorio le llegó de manera violenta. Mira que, con ese tamaño tan pequeño, su

novia tenía una mano poderosa. Así lo pensó. No se dio cuenta de que le había propinado la cachetada con la derecha y no con la izquierda. Tampoco relacionó el incidente del profesor en Berlín con lo sucedido con su novia. No se le cruzó por la mente. Decidió ser optimista, poco a poco ella recordaría y podrían ya concretar la fecha de matrimonio. Había rumores de guerra ya desde hace rato. En varias oportunidades pudo haberse iniciado la guerra. Pero, siempre el Führer salvaba la paz con su genio diplomático, aunque no siempre sería de esa manera. Así que deseaba casarse antes de que estallara alguna conflagración. El corazón se dividía entre el deber a la patria y el amor a Gretchen. Necesario era concretar el compromiso. Lo antes posible. El amor lo era todo, el amor a la patria, el amor a Gretchen. Cumpliría con ambos, el matrimonio mismo era un deber para con su patria pues la paternidad era no solo un honor, sino una obligación con la raza aria. Traer más hijos de Alemania al mundo.

Eglin fue conducida de regreso a su habitación. Ya se encontraba más tranquila, había logrado calmarse. Contribuía que el ya referido oficial, se había retirado. A regañadientes, según pudo notar. Resultaba que ahora tenía novio, compromiso y boda a las puertas. No era algo que fuese muy de su gusto, debido a las circunstancias. Debía consultarlo con Esmeralda, su primera reacción fue rechazar ese compromiso y no casarse. No conocía al joven, ni siquiera sabía su nombre; no se le ocurrió preguntar, además era un oficial de las SS. No importaba lo atractivo que fuese, ni el hecho que su beso apasionado la había conmovido. No, nada de eso importaba. No se iba a

casar sin amor y mucho menos en esa época. Nada más de pensarlo le daba escalofríos.

La joven enfermera que acompañaba a Eglin, de nombre Eloise, sintió el temblor en el cuerpo de su amiga Gretchen. Demasiadas emociones. Le llevaría junto con su prima y luego le prepararía un té y un calmante. Necesario era que descansara. Suspiró, simpatizaba con su situación, todo le parecía muy romántico, el amor se abriría paso y, con la ayuda y presencia de su prometido, recobraría la memoria y sería muy feliz. Ella que no tenía novio, ni mucho menos tan guapo y con un futuro tan brillante, sentía una sana envidia, según pensaba. Ya quisiera estar en su lugar. Qué bien se veía ese hombre en uniforme. Si señora. Lo habían ascendido y todo auguraba que su carrera militar seguiría en progreso. No es que entendiese mucho eso de la milicia, el ejército o las SS, de política o diplomacia, pero la rama militar estaba teniendo preponderancia en el ámbito de la actualidad. Y lo dicho, que bellos se veían esos hombres de uniforme.

Esmeralda escuchó al fin la puerta. Alguien tocaba. Abrió, allí estaban, la chica Eloise y Eglin, por fin llegaban. La joven enfermera resumió el encuentro en pocas palabras, Esmeralda solo entendió parte del monólogo. Pero de lo poco o mucho que creía entender, asintió varias veces con la cabeza. Luego de un interminable minuto se fue, diciendo que regresaría luego con un calmante. Eglin había entrado y sentada en la cama, esperó con paciencia que la chica terminara su perorata. Estaba más tranquila, sí, pero se sentía sobrepasada por la magnitud del suceso. Necesitaba la proverbial prudencia e inteligencia

de su amiga, su hermana; la única familia que tenía en esa realidad temporal.

—Ahora sí Eglin. Cuéntame qué pasó. Porque está chica habló mucho, yo entendí poco. Imagínate. Pensé que dijo que tienes novio. Que te vas a casar. Una locura —le comentó Esmeralda.

—Ojalá hubieras entendido mal. Palabras más, palabras menos, esa es mi realidad —le respondió compungida su amiga Eglin.

—¿Qué? ¡No puede ser! Entonces, estas comprometida. Bueno, Gretchen es la comprometida pero el compromiso lo tienes tú ahora.

—Sí. No hay otra forma de decirlo. Yo iba asustada, confundí las palabras de compromiso con obligación ya significan algo parecido. En el momento pensé que nos habían descubierto de alguna manera o sospechaban algo de nosotras.

—Yo también pensé lo mismo. Y ahora no se si esto es peor o mejor —le completó la frase Esmeralda.

—Exacto. Todo esto es una pesadilla, una sorpresa tras otra. ¿Cómo podemos cumplir con los lineamientos de eso que llamas determinismo? No tenemos control de nada de lo que pasa —se quejó Eglin.

—Eso nos lleva a la siguiente pregunta.

—¿Cuál?

—Si debes casarte o no...

Eglin no respondió, su expresión lo decía todo. “¿De qué está hablando Esmeralda? No, no, no. No se podía casar con un oficial nazi. ¿En que estaba pensando? Debería estar deliberando en las maneras de romper el compromiso, no en la confección del vestido de novia”.

—Sé que es fuerte pensarlo y siento que no te pue-

do pedir sacrificio semejante. Pero no sabemos si ese matrimonio de Gretchen con ese muchacho es el primer paso que nos llevaría desde el Punto A al punto B de nuestra estada en esta línea temporal.

—¿Qué?! No, no, no... tú estás loca, ¿cómo se te ocurre decir eso? —estalló Eglin.

—Baja la voz —le pidió, haciéndole señas con el dedo en la boca —no es conveniente que nos escuchan hablando en inglés o en tu caso, gritando. Cálmate por favor.

—Pero es que... —intentó replicar, las palabras se le trababan.

Con qué eso era lo que llamaban un nudo en la garganta. Qué cosa tan horrible.

—Calma. Podemos manejarlo. No tienes que llegar al matrimonio, pero si pienso que deberías mantener el compromiso.

—Explícate por favor.

—Sencillo, amparándote en la pérdida de memoria alarga lo más que puedas el noviazgo, la guerra comenzará en unos meses y él será llamado al servicio, quizá hasta muera en combate o no pueda regresar en años. Nada es seguro y tampoco puedo pedirte que te cases sin amor y, de paso, con un oficial nazi, que no tenemos ni la remota idea de qué importancia tenga.

—Entiendo, aunque suena algo cruel eso de la muerte. Es una posibilidad muy real. Sin embargo ¿cómo evitas un compromiso sin siquiera poder hablar el idioma correctamente?

—Tocaré improvisar y prepararnos para lo inesperado.

—No veo cómo podemos hacer lo uno o lo otro. Lo inesperado, ahora, es nuestro pan de cada día.

—Mantente positiva.

—Es fácil decirlo, no es a ti quien te pasa esto —le reprochó Eglin.

Esmeralda nada le respondió. Sólo le abrazó con fuerza.

—Disculpa Esmeralda, no debí decir eso. Tú estás aquí conmigo y pasamos por lo mismo. Y debo agradecer tu compañía, sin ti ya me hubiera vuelto loca con esta situación —se disculpó, no era justo desahogar la rabia que sentía con ella.

Esmeralda suspiró. Le hizo una pregunta que le pareció importante.

—Seamos prácticas. ¿Qué rango tenía el oficial?

—No sé, no conozco nada acerca de los rangos militares.

—Eglin, tu papá es militar, deberías saber algo, al menos eso pensé.

Eglin se quedó pensativa un rato. Era cierto, pero si algo había sabido lo había olvidado por falta de interés o porque nunca prestó atención y si hubiera aprendido algo sobre el tema tampoco importaría mucho, pues no se fijó en ninguno de esos detalles durante el encuentro.

—No lo sé. Estaba muy aturdida en esos momentos. Lo que sí recuerdo es que Eloísa habló algo sobre un ascenso. Claro, en el momento pensé que ella recibiría un ascenso por entregarnos, yo pensaba que ella nos había delatado. El ascenso, ahora que lo pienso mejor, lo había recibido él.

—Eso es algo, aunque no mucho. Habrá que preguntar a Eloise. Ella debe saber. ¿Recuerdas el nombre de tu prometido?

Eglin por toda respuesta frunció el ceño.

—El nombre del prometido de Gretchen... —corrigió Esmeralda.

—No. Y si lo dijo no lo escuché.

—Está bien. De nuevo, le preguntaremos a Eloise. No es importante. Si es tan joven no debe tener un rango tan alto.

Eglin se encogió de hombros.

—Ya relájate, no te voy a torturar más con preguntas sin respuestas. Abre la caja de bombones —le dijo mientras señalaba con la vista la referida caja —. Nada mejor que un chocolate para aliviar las penas.

Eglin estuvo de acuerdo. Abrieron la caja, adentro, además de los chocolates estaba un anillo y una carta. Pasaron el resto de la noche traduciendo el texto, ayudadas por un diccionario alemán-inglés que había tomado prestado de la biblioteca. No cabía duda, el hombre amaba mucho a Gretchen. Le reiteraba su compromiso, su amor, su total resolución a casarse con ella y formar un hogar. Gracias a la ayuda de un mentor, un científico amigo suyo de Berlín había conseguido el anillo. Había partes que no pudieron traducir, las que sí, les daba la sensación de un hombre bueno, decidido y amoroso. ¿Cómo congeniar dos ideas que parecían opuestas? Siempre habían creído que los miembros de las SS eran poco menos que degenerados psicópatas y asesinos de sangre fría, seres sin corazón, llenos de odio y malevolencia. Las letras mostraban el corazón de un romántico idealista, alguien que amaba, que sentía, que tenía esperanza y quería hijos, hogar, casa y prosperidad. Y allí, al final de la carta, estaba su nombre: Frederick Ursh.

—¿El nombre te dice algo Esmeralda?

—No, nada. No me suena de nada. En la historia,

que yo recuerde, se menciona nada acerca de él. Si tuviéramos internet, pudiese que encontráramos algo, pero estoy muy segura que nada hallaríamos.

—¿Eso quiere decir?

—Nada. Sus acciones no fueron relevantes para la historia. En la carta menciona lo del ascenso. Lo ascendieron a Haupscharführer.

—¿Y qué rango es ese?

—No estoy segura. Los rangos en las SS eran distintos a los del ejército regular. Pero creo que es un rango de suboficial. Subteniente, sargento primero o algo equivalente. Es difícil decirlo.

—Ya quiero dormir, es tarde y no quiero seguir lidiando con esto por hoy. Estoy cansada —manifestó Eglin—. Además. Eloise nunca vino con el calmante.

—Te entiendo, ya suficientes emociones por hoy. Y es verdad, no trajo nada.

—Al menos los chocolates estuvieron deliciosos.

—Sí, dios bendiga el chocolate —ratificó Esmeralda mientras comía el último de los bombones—. Me hicieron olvidar, por unos segundos, que estamos solas contra el mundo.

XII

IZQUIERDA VERSUS DERECHA

Gretchen se preparaba para ir a la escuela. Nevaba. Necesitaba ir muy abrigada. Se integraban a clases, ella y Marie Louise, luego de la semana de licencia que se les había otorgado a las chicas cuyos cuerpos ocupaban, en consideración por el incidente durante el viaje escolar y la pérdida de memoria. Durante esa estadía en casa, aprovechando los recursos informativos a la mano (eso del internet era una maravilla, una de tantas de la época), se había dedicado a estudiar, no solo el entorno familiar y las costumbres e idiosincrasias norteamericanas, sino también de historia, sobretodo sobre la segunda guerra mundial. Así la llamaban. Era lógico, la gran guerra pasó a llamarse la primera y la guerra de 1939 como la segunda. Ella la conoció siempre como “la guerra”, tan simple como eso. Una cosa es la perspectiva de los que escriben la historia y otra para quienes la viven. Cambiaban los oponentes, la guerra era la misma o quizá, pensándolo bien, los oponentes eran los mismos, lo que cambió fue la forma.

No sin cierto horror, descubrió los hechos del holocausto judío, al principio rechazó la idea y se sintió ofendida, molesta, engañada. Pero a medida que fue profundizando el tema y comparándolo con lo que podía recordar, no pudo hacer otra cosa que sentir vergüenza, tristeza y dolor. Está bien, no le agradaban los judíos, de allí a todo el horror desplegado en los campos de concentración era un salto gigante. Tan cegada estuvo que hizo la vista hacia otro lado,

la propaganda, la censura, la propia necesidad de subsistir. Para sobrevivir tuvo muchas veces que realizar actos que en esa actualidad que vivían podían calificarse de inmorales y quizá hasta crueles. Sin embargo, fue para perdurar, o al menos esa era la excusa. ¿Quién, envuelto en esa conflagración, alguna vez, no perdió la humanidad para preservar la vida? Siempre pensó de ella misma como una buena persona, luego de leer todo aquello no se sentía así. Cuestionó muchas cosas, acciones y verdades en las que participó de manera activa o pasiva, voluntaria o de manera involuntaria. Situaciones como el Aktion T4, donde al principio no sabía lo que ocurría, en su rol de enfermera, el doctor indicaba tal o cual tratamiento debía suministrar o aplicar a un paciente en específico y ella lo administraba. “Yo solo cumplía órdenes”. Un pretexto muy conveniente que, sin embargo, no alcanzaba. En un momento dado el gremio de las enfermeras, el público, los familiares de los pacientes, cayeron en cuenta de lo que pasaba y protestaron, mostraron disconformidad, por lo menos la mayoría del gremio; pero siempre se terminó de realizar el trabajo, se continuó la acción, aunque en público se declaraba lo contrario.

Y ella siguió participando. Del sentimiento de tensión por la labor exigida pasó a un estado de indiferencia y de la indiferencia llegó a sentir un secreto placer en el cumplimiento de su deber. Pensamiento que en aquellos momentos parecía correcto, pero que en perspectiva era una cosa abominable. Y debía vivir con eso, luchar contra todos esos terribles sucesos que había vivido, que se había sentido obligada a hacer. No podía derrumbarse ante su consciencia,

la vida le había dado una segunda oportunidad y no era hora para dejarse abatir por los viejos fantasmas de una guerra perdida hacía ya tanto tiempo. Ella era Gretchen y siempre lo sería; para el mundo sería Eglin Thompson, la niña buena, la niña de papá. Todos los pecados de Gretchen podría redimirlos siendo Eglin. Sí, esa era una buena meta. Vivir bien, sin daños, no exenta de mentiras, sin sumar más pecados capitales. Tenía que estudiar las virtudes de esta niña y hacerlos suyos. No valía solo apropiarse de su cuerpo y de su nombre sino de su esencia, su aura y si era posible de su, tan comentado, carisma.

Si hablaba de pecados capitales había uno en particular que le atormentaba, más que un tormento era incomodidad. Sentía una fuerte atracción hacía el hombre que era ahora su padre adoptivo. Era una lucha. Por más que se censuraba así misma, siempre sus pensamientos y anhelos le traicionaban. Era algo que debía dominar, porque más allá de la necesidad de fingir ser la niña buena de papá, era un imposible ese anhelo. Un hombre de principios, recto y justo como lo era el capitán, no consentiría ningún acto inmoral o incestuoso con su adorada y única hija. Al principio trató de huirle a la situación, de estar cerca de él, pero era un padre amoroso y estaba siempre pendiente de su niña. Y siendo sincera consigo misma, ella tampoco colaboraba, cada vez que podía lo buscaba, se sentaba en sus piernas y lo abrazaba, le llenaba de besos. Con cualquier excusa le hacía “caricias inocentes”, Recurriendo a la ducha con agua fría para calmar sus ansias. No podía ni debía dejarse llevar por esas pasiones, ya no era una adolescente (físicamente si, mentalmente no) para estar de calen-

turienta. Eso le causaba tensión, a la vez le divertía. Luchar contra ella misma. Eso le mantenía entretenida.

La madre, Kara, era genial también, lo cual era una razón más para portarse bien. Sentía que le traicionaba cada vez que se le presentaban aquellos lujuriosos deseos. Era bella, amigable, comprensiva y una cocinera excelente. Le consintió durante esa semana con cuanta comida deliciosa, galletas y pasteles supiese elaborar. De suerte que la genética de esta muchacha Eglin, era digna de la raza aria, por más que comía no engordaba, se mantenía estable el peso y la figura. Un cuerpo atlético, vigoroso, de buena estatura. Todo en su correcto lugar. Le encantaba tener esos grandes senos. ¡Qué hermosos eran! Se miraba al espejo y se sentía, hermosa, poderosa, gigante. Sí señor. Le gustaba ser Eglin Thompson.

Marie Louise, por su parte, a pesar de todo, también se encontraba a gusto con su nueva familia. El niño, Miguel, travieso como cualquier otro, siempre le sacaba una sonrisa y le llenaba de ternura. Su padre adoptivo era algo reservado, se portaba bien con ella al igual que su nueva madre. La comunicación era buena. Ella, no tenía tanto acento como Gretchen y eso le permitía estar más confiada con su inglés. La cosa se complicaba cuando le hablaban en español. Un idioma que no conocía en absoluto y ellos de alguna manera, esperaban que ella sí, que recuperara esa herencia latina, sus costumbres, expresiones y toda la intimidad que aquello le confería. Notaba la decepción de sus “padres”, cuando le hablaban en dicho idioma y siempre decían “ya recordará”. No era algo que pudiese remediar de manera inmediata,

así que lo dejaría al tiempo y la costumbre. Al igual que su prima, estudió sobre el país, sobre la historia, la guerra, su fatal e inevitable desenlace. Entregándose a veces a la nostalgia. Y añorar a aquella tierra que tanto amó y que seguía amando.

El antiguo orgullo germánico ahora se modernizaba. El país había surgido, cual ave fénix de sus cenizas y estaba más hermoso y próspero que nunca. Potencia deportiva, económica, cultural. Había una competitiva liga femenina de fútbol en Alemania, eso le llamaba la atención. Convertirse en una jugadora profesional se le antojaba como una buena meta, tomando en cuenta que, en Estados Unidos, el fútbol femenino era de muy buen nivel, eso le abriría muchas puertas y, porque no, regresar a Alemania. Era un sueño hermoso y creía mucho en ella misma, en sus cualidades y habilidades deportivas. Ya lo había hablado un poco con Gretchen. De las metas y sueños, pero tenían ideas distintas, mientras ella quería ser jugadora profesional de fútbol, Gretchen quería estudiar medicina. Lo cual, en sí misma, era una meta noble y válida, Marie Louise lo veía como un desperdicio de talento. Gretchen era una mediocampista de primera y era su complemento perfecto en el campo. Por eso no entendía que, a pesar de ser tan buena y eficiente en el deporte, tuviera tan poca pasión por el mismo. Era un tema para seguir desarrollando. Debía convencerla. Ella quería que Gretchen le acompañara en sus fines deportivos y Gretchen quería que se dedicara a la medicina. Siendo que ni siquiera habían culminado el bachillerato, era un tema para sondear con calma y profundidad luego. Quién sabe, quizá hasta se podrían trabajar en ambos objetivos.

Estudiar medicina mientras jugaba al “Soccer” como le llamaban en América al Fútbol.

Ambos padres llevaron a las que ellos creían eran sus respectivas hijas hasta el recinto educativo. Allí les recibieron los amigos de la escuela, en una comitiva, una bienvenida con pancarta y fanfarria incluida. Algunos maestros participaron en la recepción. Lo que a todas vistas era un bonito detalle, para ambas fue algo incómodo. Todos querían abrazarlas, darle besos en la mejilla, apretones. Algunos rostros eran conocidos, de aquellos pocos que habían ido a visitarlas un rato en sus casas. Pero no conocían a la mayoría y era poco menos que insoportable la guerra de preguntas, atenciones. Aparte recibieron tantos regalos que no podían cargarlos. Tuvieron que recibir ayuda. El muchacho pelirrojo estaba allí, trató de ser jovial y mostrar alegría, sus ojos demostraban todo lo contrario. Había abandonado sus gafas, ya no las llevaba puestas. Quiso tener muestras de cariño con su amada. Gretchen le mantuvo a raya y no le permitió mucha cercanía. Solucionando dos cosas con una sola acción. Le hizo cargar los regalos, ramos y globos. Así lo mantenía ocupado y se libraba de cargar los múltiples y fastidiosos paquetes.

Pronto descubrieron que el aspecto social era mucho más complicado y difícil que manejarse en casa. Demasiados nombres, demasiadas caras, demasiado amor y curiosidad. No era algo a lo que estuviesen acostumbradas. Y no bastaban los monosílabos y ademanes. Parecía que todos querían un discurso de ellas. La intervención de los maestros fue proverbial y ver las clases en sí mismas, era algo más sencillo que la vida social. En los pasillos, en los momentos

libres y los recesos no les dejaban en paz.

Gretchen se encontraba de mal humor y se obligaba a sonreír. Ansiaba la hora en que pudiesen ir a casa. La escuela era un infierno adolescente. Marie Louise le gustó al principio las muestras de cariño y la atención, luego de unas horas ya estaba poco menos que atribulada. Si bien no estaba molesta, se sentía aturdida, aquello no bajaba de intensidad, más bien todo lo contrario. Y llegó a su culmen cuando les tocó ir a las prácticas de voleibol. Otra recepción, otra pancarta y otra fanfarria. Allí fue donde, por primera vez, notaron una figura que, si bien presente desde el principio, había permanecido en segundo plano. El entrenador suplente del equipo, su verdadero cargo era el de “consejero”, lo fuese que significara aquello. Aunque pronto tendrían una prueba de primera mano de que se trataba esa labor. Se acercó a ellas, una vez que la recepción bajó de intensidad.

—¡Hola señorita Thompson! ¡Hola señorita Cabrera! —las saludó con una gran sonrisa de compromiso en su rostro.

Era judío. Todo lo delataba. Sus movimientos, ademanes, su voz, su aliento. Ellas lo percibieron. Era inevitable, años de adoctrinamiento no podían pasar por alto esas señales. Como si tuviese la estrella de David pintada en el rostro y la palabra: “Juden”, en su pecho. Sintieron aversión y desprecio de forma inmediata por aquel hombrecito de cabello ensortijado y ralo. No era algo racional, era solo una respuesta mecánica, involuntaria, irreflexiva.

Gretchen, en la figura de Eglin, hizo acopio de toda su fuerza de voluntad y le respondió el saludo, sin devolverle la sonrisa ni estrecharle la mano. Marie

Louise lo manejó peor, no solo no le respondió el saludo y le dejó la mano extendida, sino que dio media vuelta y se alejó en dirección opuesta de donde había venido el consejero. Gretchen se alarmó un poco, aquello no era prudente. Entendía su rechazo y repulsión. Ella también lo sentía, no era algo para demostrarlo de manera tan abierta, con una seña se excusó y fue tras ella, dejando al profesor confundido y con la mano aún extendida.

Gretchen le alcanzó rápido, todo lo que sus piernas se lo permitieron, aunque quiso no pudo hablar con ella. De manera inmediata alguien se acercó, luego otra chica y la otra. Sin apenas darse cuenta terminaron arrastradas a los camerinos por aquella pequeña marea de jóvenes. Sin otra opción: se cambiaron y procedieron a la práctica el deporte.

Abraham observó el desempeño de las chicas. Parecía que nunca habían jugado al voleibol. Se mostraban torpes, descoordinadas, no manejaban sus reacciones de forma adecuada. No había vestigio alguno de la jugadora que todos conocían como Eglin "*LightningBolt*" Thompson y ni qué decir de Esmeralda "*la zurda*" Cabrera. Juraría que ahora Eglin se manejaba con la izquierda y Esmeralda con la derecha, pero fue una leve impresión y con todo lo bizarro de la situación pronto lo olvidó, dejando ese detalle de lado, decidió intervenir. Sentó a las dos chicas. Se acercó a ellas, trató de conversar, de inquirir que sucedía con ellas. Pero no obtuvo respuestas apropiadas o que explicara su actuación. Además, estaba el detalle de ese raro acento que tenían. No sabía interpretarlo. Parecía acento alemán, sin embargo, no estaba seguro. Resolvió que las citaría para hablar

con ellas al día siguiente. Aunque no parecía normal, tomando en cuenta su pérdida de memoria, quizá existía una explicación lógica al asunto y no había porque preocuparse. “deja a las chicas en paz, aún se están recuperando”, se dijo así mismo “dales espacio para que respiren”

Por más que Gretchen y Marie Louise querían estar a solas no lo lograron. Hasta de regreso iban escoltadas por una comitiva y les condujeron hasta una heladería. Pues resulta que ya habían hablado con sus padres, sobre ello. Para que no se preocuparan sin necesidad. Nadie consultó con ellas, así eran las cosas en América. Así era una sorpresa. La idea es que el agasajado no se entere hasta última hora. Los helados eran deliciosos, eso era cierto. Deseando hablar entre ellas, sin testigos, en alemán, para luego descansar y hacían lo contrario. Era increíble lo agotadas que se sentían. Habían enfrentado situaciones de guerra, bombardeo y combate. Ellas pensaban que eso les había preparado para cualquier situación. Sin embargo, no fue así. El estrés de la vida moderna era algo nuevo para ellas. Tomaría algún tiempo para adecuarse a ello. La presión social pesaba un mundo, mucho más en ellas, que debían comportarse como unas personas que no eran.

Gules estaba allí, en el grupo. Era increíble cómo había pasado de ser el alma de la fiesta, el chico espontáneo y gracioso, a estar en ese ostracismo voluntario, en ser el chico que carga las cajas. El mayordomo de Eglin y Esmeralda. Él mismo no lo entendía y si existía alguien en esa heladería que se sintiera menos a gusto con la situación social que Gretchen, en su papel de Eglin y Marie Louise, en su papel de Esmeralda, era él. También

había cedido a la presión social y aceptó asistir cuando en realidad no lo deseaba. Eglin lo trataba con una indiferencia muy extraña, parecía otra persona.

Nadie lo advertía, la convención social tácita y convenida fue que la situación era normal. Era normal que las chicas actuaran raras, habían perdido la memoria. Así que todos se esforzaban en crear un ambiente agradable para ellas. Se relataron anécdotas, historias, situaciones y logros. En orden de estimular la memoria de las chicas. Nada de eso funcionó, pero nadie lo notó. Sólo él.

Solo él se dio cuenta que las chicas asentían complacientes pero su participación era mínima. ¿Por qué hacían caso omiso del acento alemán con que hablaban Eglin y Esmeralda? Era evidente que todos lo percibían, pero no mencionaban nada al respecto. Ni siquiera para hacer alguna broma. ¿Cómo no se dieron cuenta que el sabor favorito de Eglin no era el Chocolate sino el de Mora y Fresa? Eglin tomaba las cosas con la izquierda cuando siempre fue derecha y Esmeralda “La zurda” cabrera se estaba manejando con la derecha. ¿Cómo pudieron cerrarse a esos detalles? Su actuación en la práctica fue poco menos que un desastre, él lo vio. Hicieron movimientos no permitidos y cada rato se tropezaban la una con la otra. Por lo menos una vez Esmeralda despejó el balón con el pie. ¿Por qué nadie mencionaba nada al respecto? Y había algo en los ojos, en la mirada. Él no podía descifrarlo.

Algo si sabía: ellas sonreían y asentían, pero estaban incómodas y, como él, no querían estar allí. Además. ¿A quién se le ocurría comer helados con el frío que estaba haciendo?

XIII

COQUETEANDO CON EL MAL

En Hannover, Alemania de 1938, también hacía frío. Habían caído algunas nevadas esporádicas en la ciudad. Eglin, se encontraba paseando una vez más con Frederick, quien le visitaba de forma regular. Esmeralda, sola en su habitación, no le quedaba otra cosa que entregarse al estudio para entretener la mente. Callar las ideas, mitigar la tristeza. Era solo un noble intento, se había convertido en una obsesión darle vueltas al asunto de su transposición espacio temporal y el cómo revertirlo. Era todo un callejón sin salida. Reflexionaba sobre los factores conocidos y eran pocos. Existía mucho desconocimiento en la naturaleza sobre lo que había ocurrido. Sólo tenían algunos hechos concretos y un montón de suposiciones. ¿Qué sabían? Que estaban allí, en esta época, en otros cuerpos y con otros nombres. ¿Qué no sabían? Cómo habían llegado allí, cuál era el principio del fenómeno, experimento o lo que hubiese sido. Este muchacho, Frederick, uno de los factores recientes, parecía ser pieza clave para el desarrollo de los futuros acontecimientos que les llevaría hasta ese punto “B”, que tanto necesitaban. Podría estar equivocada. Toda su teoría se basaba en pseudo-ciencia y en presentimientos. El proyecto campana pudo muy bien nunca haber existido y solo era fruto de la imaginación de un escritor polaco y el amarillismo de programas de televisión. Volvía a Frederick. Era un sub oficial. Su importancia en la jerarquía nazi era baja. Muy escasa en realidad. Se le ocurría que podría

ser el enlace con alguien más importante, algún jefe suyo, relacionado con el experimento antes mencionado o que en el futuro se relacionaría con ello. O quizás sería ascendido y comisionado a esas tareas y utilizando su influencia se llevaría a su esposa o a su novia a que sirviera cerca de él o que, en vista de los bombardeos aliados le procuraría una asignación a su adorada Gretchen y a su prima en unas instalaciones subterráneas, como lo debían ser, según lo que se sabe, los laboratorios donde desarrollarían armas secretas. Entre ellas la referida Campana. Así, en una instalación subterránea, estarían a salvo de los bombardeos. Conjeturas y más conjeturas. Adosadas a fantasías y oscuridad.

Parecía ser esencial que Eglin se casase con él. Era una cosa difícil de aceptar. Ella no estaba muy animada con esa situación al principio. Sin embargo, el chico era todo un caballero, galante, paciente y amoroso. Ella misma se lo dijo. Al menos había accedido a pasear con él. No era prudente rechazar esas invitaciones. Era parte de lo que se esperaba de ella. Esmeralda pensaba que Frederick le agradaba a su amiga más de lo que ella misma podía admitir. Existía la posibilidad que se estuviese enamorando sin darse cuenta.

La puerta se abrió. Era Eglin, había regresado. Esmeralda se levantó para recibirla, su rostro mostraba aflicción. Eso le alarmó un poco, el autocontrol de las emociones era una virtud olvidada, para ambas, aunque ella sentía que Eglin lo estaba manejando de peor manera. Debido a la presión y su propia situación derivada. Ésta se le echó encima llorando. Temblaba, pero no por el frío.

—¿Qué te pasó mi ángel? —le preguntó con ternura. Eglin no contestó, continuó llorando. Siempre que salía con Frederick llegaba alterada de alguna forma, Esmeralda preparaba té, como contramedida. Eso le ayudaba a calmarse. Sirvió dos tazas, le dio una, mientras ella tomaba la otra. Necesitaba estar calmada. La verdad es que observó que Eglin estaba más perturbada que de costumbre. Lloraba inconsolable. En lo que pareció una eterna espera por fin se calmó lo suficiente para hablar.

—¿Qué sucede Eglin?

—Me besé con Frederick, Esmeralda —respondió compungida.

—¿Te robó un beso o fue algo mutuo?

—Nos besamos. Yo busqué el beso, al menos eso me parece, ya no estoy segura de nada.

—Creo entender tu estado alterado, sin embargo, no tiene que ser algo negativo per se —le dijo en tono suave Esmeralda.

—No sé si es negativo o positivo, siento que es in-moral, no debí haberlo hecho, no debí haber permitido que sucediera.

Esmeralda optó por guardar silencio, no supo que responder a eso.

—Es mi mente, sí; este no es mi cuerpo. ¿Tengo el derecho de obrar así?

—No pienses eso. No has hecho nada malo. Fue solo un beso.

—No es solo el beso Esmeralda. Tenías razón, me siento más que atraída por Frederick, por mucho que lo niegue y me mienta a mí misma. Él despertó algo en mí que no creía posible o que no había sentido nunca. Además, no tengo derecho a utilizar

este cuerpo como mejor me venga en ganas. No es moral, no es lo propio de una buena persona.

—No lo expreses así. El amor no tiene nada de malo y sí mucho de bueno. ¿Estás enamorada de él? —le preguntó con el tono más tranquilizador que se le ocurrió.

—No lo sé. Estoy confundida. Abrumada. Nunca correspondí los sentimientos de ningún chico en casa, ni siquiera me di cuenta que Gules me quería. No tuve citas, ni novios, ni amantes. ¿Por qué ahora? ¿Por qué un Nazi? No lo entiendo, no me entiendo a mí misma.

—No sé, puede que sea algo fisiológico.

—¿Qué? ¿Qué es eso? No entiendo.

—Ocupas el cuerpo de Gretchen, ella estaba enamorada de Frederick. El amor es en parte una reacción química del cerebro. El cerebro secreta una serie de sustancias químicas. Dopamina es una de las que más recuerdo, la oxitócina y otras más —explicó, muy animada, Esmeralda.

—¿Y qué tiene que ver todo eso con mi situación?

—preguntó Eglin, molesta.

—Que ese cerebro no es tuyo, es el cerebro de Gretchen. —le explicó, mientras le señalaba el cráneo con el dedo —Supón que ya estaba irrigado por estas sustancias, eso pudo haber inducido tu enamoramiento o el amor hacia ese muchacho

Eglin abrió los ojos de par en par.

—¡Ay por Dios Marie Louise! ¡Tú y tus teorías locas!

—exclamó sorprendida Eglin —Me vas a matar con tus teorías.

Esmeralda no contestó de manera inmediata. Esperó un poco a que Eglin se calmara.

—Me llamaste Marie Louise y no Esmeralda —le comentó, luego de un rato.

—¿En serio? No me percaté.

—Pues así fue.

—Debe ser porque te llamo de esa manera ante los demás.

—Tiene lógica.

—Sí, la tiene. Lo que no tiene lógica es lo que acabas de decir.

—Claro que la tiene. Nuestro viaje en el tiempo fue una transferencia mental, o al menos así lo veo yo. Estos cuerpos tenían ya un ritmo, una dinámica establecida y no sabemos la naturaleza de lo que pasó o cómo afecta el estado del cuerpo a nuestras mentes o al revés, como nuestras mentes afectan a estos cuerpos. Es terreno desconocido y no tenemos a quien consultar o pedir ayuda.

Eglin pasó de un estado de tristeza y confusión, a rabia y frustración.

—Me fastidia que tus locuras parecen encajar con todo lo que sucede, que tu lógica tenga sentido y yo no pueda hacer otra cosa que asentir y caminar directo al matadero —expresó, disgustada.

¿Sería verdad eso? ¿Estaba sacrificando a Eglin? Había cierta injusticia en el asunto y quizá prepotencia. Todas sus esperanzas se basaban en conjeturas y presentimientos. Con semejantes argumentos era injusto que Eglin se sacrificara.

—Lo siento, de verdad lo siento. Sucede que las buenas ideas escasean —expuso afligida Esmeralda.

—En eso te doy la razón. Después del beso, llena de emoción acepté casarme con Frederick luego de la graduación. En marzo. ¡Mira!

Eglin tenía colocado el anillo de compromiso.

—¡Dios Santo! ¡Entonces lo hiciste!

—Sí. Lo hice.

—¿Ya no hay marcha atrás?

—Creo que no.

—No sé si felicitarte o no —le dijo Esmeralda.

—No me felicites. Dame un abrazo —le contestó Eglin.

Y eso hizo ella.

—Esmeralda, es irónico pensar que estoy coqueteando con el mal —le comentó con tono suave y triste—. Tú sabes, por aquello que dicen que a las chicas les atraen los chicos malos. Creía que yo era la excepción de la regla.

—Según lo que me cuentas, Frederick no es una mala persona —le contradijo Esmeralda.

—No, aparentemente no. Pero forma parte de una institución de chicos malos, muy malos...

—Ojalá la historia los tuviera solo como chicos malos... la realidad es mucho peor que eso... llamarlos así es una amabilidad.

Eglin sonrió al oír eso. Con tristeza, por supuesto.

XIV ENTREVISTA CON EL CONSEJERO

—¿No recuerdan nada de antes del incidente? — preguntó Abraham.

—No —respondió Gretchen, en la figura de Eglin. Abraham miró a la chica que él consideraba como Esmeralda. Está permaneció en silencio. De hecho, parecía ausente. Su incomodidad era indudable. No era tan anormal como pudiera pensarse, muchos alumnos, cuando eran convocados por el consejero, se comportaban distantes, ariscos, indiferentes. Era parte de la adolescencia ser rebeldes. Así que no se alarmó de inmediato. Además, lo extraño de lo ocurrido en la visita al museo de armas, llamaba a estar abierto a diferentes ideas y comportamientos.

—Sé que parece ser una pregunta algo inútil y que ya han respondido varias veces. Como ha pasado algún tiempo uno pensaría que pudieran haber recordado algo.

—No —negó, de nuevo, Gretchen.

—¿Y tú Esmeralda? ¿No has recordado nada?

—No —Gretchen respondió, una vez más.

—¿Hablas por las dos? ¿Cómo puedes asegurar que ella no recuerda nada?

Silencio. Ninguna dijo nada.

—Esmeralda, di algo. ¿Recuerdas alguna cosa relacionada con el incidente?

—No —dijo Marie Louise, sin apenas levantar la mirada.

Abraham suspiró.

—A ver chicas, sabemos que pasó algo en la visita al museo. No entendemos la naturaleza de lo sucedido, ni ustedes, ni nosotros, ni nadie. Y, más allá de la pérdida de memoria, parece que les afecta en su desempeño social, escolar y deportivo. Eso es evidente. Silencio. Incómodo silencio. No estaba llegando a ninguna parte.

Las chicas evitaban hablar tanto como podían. El acento alemán era difícil de disimular. Ellas lo sabían, aún y cuando no supieran identificarlo por sí mismas. Así que los monosílabos o frases cortas era la mejor elección y cuando no, el silencio. Preferían un silencio incómodo que frases elaboradas y mal pronunciadas. Y estar en presencia de ese consejero les perturbaba en extremo. Era judío... Para el mundo habían pasado 70 años y quizá, con el resultado de la guerra y el mal llamado holocausto, los judíos ganaron la simpatía pública, para ellas solo había pasado pocas semanas y en tan poco tiempo no podían borrar tantos años de odio y desprecio. Era una ironía del destino. Sí, todo lo era. No era que odiaran al profesor que tenían en frente, si no lo que para ellas representaba: la raza, la impiedad, la traición, el taimado aroma de unos seres despreciables. Eso no se olvida tan fácil. No podían tener objetividad en la opinión sobre el asunto. Ser imparcial estaba vetado para ellas. Y tampoco es que estuvieran muy conscientes del adoctrinamiento al que fueron sometidas. Era un algo tan natural como respirar y mucho hacían con guardar las apariencias. Aunque no las guardaban de manera adecuada, pues el profesor intuía y sentía, que algo no andaba bien: las chicas mostraban algo más que indiferencia.

—¿Cómo se sienten en la escuela?

—Bien —respondió Gretchen.

Marie Louise asintió con la cabeza e hizo un comprometido intento de sonrisa.

—¿En casa? ¿Todo bien con la familia?

—Sí, todo bien.

Marie Louise no respondió.

Abraham suspiró para sus adentros.

—El voleibol... ¿Qué pasó en la práctica? ¿Olvidaron como jugar?

—Sí.

—Sí, ¿qué?

—Olvidamos como jugar.

Abraham se detuvo. Las chicas presentaban señales de una amnesia retrógrada. Pérdida de recuerdos previos al incidente. Entre ellas cabía la posibilidad antes expuesta. Olvidaron como jugar al deporte. Cosa que le preocupaba de varias maneras, además de la comprensiva inquietud por el bienestar de las alumnas estaba el equipo en sí mismo. Él asumió la dirección del mismo, ante la ausencia forzada de Martín. Y el equipo, sin sus estrellas, había disminuido, no sólo por no contar con las habilidades sobresalientes de Eglín y Esmeralda si no, por la misma circunstancia, la moral había mermado, luego de enfrentar varias derrotas al hilo. Sentía que no estaba a la altura de Martín, en el manejo de la situación y que se lo debía. Para que a su regreso hallara a su grupo, unido, compacto y competitivo. La recuperación de Eglín y Esmeralda era clave en ese aspecto.

—Supongo que es algo entendible. Con el tiempo volverán a ser las mismas. Y eso debería aplicar a todo. Y con respecto a...

—Desde hoy renunciamos al equipo —interrumpió Gretchen.

El consejero enmudeció. Boquiabierto no completó la frase y la idea que estaba hilvanando. Sólo atinó a hacer la pregunta de rigor:

—¿Qué?

—Renunciamos al equipo —reafirmó Gretchen.

El acento alemán Abraham lo sintió más fuerte que nunca.

—¿Pero por qué? Ustedes son consideradas unas jóvenes deportistas muy competitivas. Un pequeño tropiezo no debería hacerles desistir.

—Queremos intentar otra cosa —le respondió Gretchen.

—Otro deporte —agregó Marie Louise.

Abraham se sorprendió, Esmeralda había abandonado su actitud de indiferencia. Su ánimo había cambiado por completo. Él siguió tratando de convencerlas para que no renunciaran, no obtuvo resultados positivos. No conversaban, no participaban. Solo respondían preguntas con afirmativos o negativos. Más de los segundos que de los primeros. Luego de esa aseveración se sumieron en su indiferencia anterior. Él desistió de la idea. La entrevista no tenía sentido. El momento quizá no era el adecuado, fue demasiado pronto. Al menos eso pensó.

Las chicas por su parte se sintieron aliviadas de terminar con aquello. La escuela era un infierno social. No bastaba con el exceso de atención que recibían, ahora se sumaba ese curioso profesor. No tenían de otra, había que terminar el año escolar para poder comenzar otros proyectos y otra rutina. Según lo que habían entendido del sistema escolar norteamerica-

no, el ir a la universidad significaba que iniciarían actividades fuera de ese círculo social que las asfixiaba. Comenzar de nuevo, dónde nadie conociera a Eglin y Esmeralda y poder ser más ellas mismas. No estar encadenadas a esas identidades, tener libertad, reinventarse.

Por lo pronto. Ya lo habían decidido. Renunciaron al equipo de Voleibol y se presentarían en el equipo de fútbol o soccer, como lo llamaban en este país. Gretchen no estaba muy convencida, quería mantener un bajo perfil y pensaba que eso llamaría la atención, Marie Louise insistió tanto, que cedió, eso sí, bajo la condición de que estudiaran medicina juntas. Mantenerse unidas era primordial, tener las mismas actividades, las mismas metas, misma ciudad, mismo instituto; que el destino, los éxitos y los fracasos de una repercutiera en la otra.

XV

TU JURAS, ELLOS JURAN, YO MIENTO

No había duda alguna. En eso de Organizar eventos los nazis eran unos maestros. Parafernalia y majestuosidad en el espectáculo. Todo estaba planeado para que fuese grande, exagerado, sin olvidar lo práctico. ¿Cómo describirlo sin utilizar palabras presuntuosas? Habían viajado a Berlín a la toma de juramento de servicio a la cruz roja. El tiempo había volado y ya era marzo de 1939. Frederick no fue con ellas, había sido requerido al servicio algunos meses antes, pero se las arregló para estar presente, gestionó un permiso y les esperó en la estación del tren.

Se mezcló con el grupo y estuvo siempre pendiente de los detalles. Al entrar al teatro quedaron pasmadas ante la escena. Dos gigantescos pendones rojos resguardaban los flancos, con el característico círculo blanco y la esvástica negra dominando su centro. En las gradas y de forma escalonada, se hallaban un grupo de hombres, soldados uniformados de negro, portando banderas blancas con la simbología nazi. A la derecha un estandarte, ostentoso, con un cáliz que semejaba un águila dorada. A los pies de la escalera una orquesta afinaba sus instrumentos. Un regimiento de hombres se encontraba detrás, formado en tres líneas, cada una de esas líneas en un escalón distinto. Al frente de ellos 5 oficiales, en el medio un pedestal con micrófonos, dispuestos para el orador. Otro grupo de uniformados se encontraba entre la orquesta y las enfermeras, las cuales, a medida que en-

traban eran organizadas cual batallón de guerreros, con germánica eficiencia. Contrastaban sus gorritos blancos contra los quepis, cascos, gorras, yelmos negros y grises. En el fondo, un telón rojo, formado por dos pendones blancos, con sus correspondientes águilas estilizadas a cada lado, cuales franjas de una bandera. Águilas que reposaban en sendas cruces teutonas y una esvástica negra por corazón. Y en el centro de todo aquello la escultura de un águila (no podía ser de otra figura) y la esvástica coronada con una ofrenda floral. A la izquierda otro grupo de soldados, uniformados de blanco, portaban banderas también blancas. Era una túnica que le recordaba a las usadas por el Kukuxklán. Lo cual les daba un aspecto lúgubre y atemorizador. Así, asistieron a una juramentación que no les pertenecía. Iban a pronunciar las palabras, no las iban a sentir. Al menos no como todas las chicas en el recinto. Sí, apreciaban el logro de graduarse de enfermeras, tomando en cuenta todas las dificultades idiomáticas y el hecho de ponerse al día en pocos meses. Fue todo un reto y lo lograron. Tenían algunos vacíos aquí y allá, pero en general se encontraban preparadas para ejercer la profesión sin mayores contratiempos. Pensaron, de manera acertada, que, con el tiempo, la práctica del oficio en sí mismo les terminaría de pulir. La experiencia les otorgaría todo aquello que no pudieron aprender por el corto tiempo de preparación.

Y así, sin quererlo, se emocionaron más de lo que podían permitirse y se unieron a la mascarada. Eufóricas repitieron en un coro, coordinado de una forma cronométrica, las palabras del juramento al Führer. Se entregaron a la celebración, estimuladas

por el ambiente o quizá condicionadas por el mismo. Luego que terminó el acto se encontraron con Frederick, quién no se perdió ni un segundo y aplaudió, emocionado, desde el palco. Las invitó a un establecimiento cercano. Un salón de baile, el cual estaba lleno de jóvenes, enfermeras, soldados y oficiales. La fiesta se había trasladado a ese recinto, ya no había formalidad, sólo alegría. Eglin, bailó toda la noche con Frederick. Esmeralda tampoco permaneció sentada mucho tiempo, jóvenes y apuestos galanes disputaron el honor de bailar con ella. Se negó las primeras veces, no tenía idea de cómo bailar esas canciones, eso sí, una vez que hubo aceptado al primer chico, regresar a la silla fue una lucha perdida. Se mantuvo firme con los tragos. Por nada del mundo aceptaría bebidas alcohólicas de un desconocido, aparte ella era menor de edad; de reojo observó cómo Eglin compartía una copa con su amado. Suspiró, solo podía esperar a que Eglin no se pasara de tragos. Se veía tan feliz. Deseaba lo mejor para ella. Y lo mejor para ella en ese momento parecía ser el amor. El amor de un hombre de otro tiempo, otra cultura, otras creencias, otra idiosincrasia y otra lealtad.

Agotada volvió a la mesa apenas pudo. Ya no era una cuestión de mantener un comportamiento social aceptable, era que no podía más. Rechazó de la manera más gentil que pudo a todos los caballeros que se acercaban, con una voz que apenas era un susurro. Al demonio con esos bailarines incombustibles. Observó a su alrededor y todos estaban brincando, girando, deslizándose como si no hubiera mañana. ¿De dónde obtenían energía? Sus pies la estaban matando, quería irse al hotel que les habían habilitado, no recordaba cómo llegar desde

donde se encontraban. Era de noche, le daba miedo volver sola y Eglin no mostraba signos de querer irse. Le hizo señas varias veces, ella ignoró algunas, otras no las vio y si respondía era con un ademán feliz.

No supo a qué hora, se quedó dormida, en la mesa. Un mesero le despertó, ya era de mañana y la concurrencia había mermado bastante. Quedaban dos o tres personas, ninguna bailando. La música estaba apagada, Eglin y Frederick no se veían por ningún lado. Ya estaba cercana a entrar en pánico, cuando Eloise apareció de la nada a rescatarla.

—¿Qué haces Marie Louise? Vámonos, ya es de mañana. Espero no estés borracha.

—No, no lo estoy. Solo cansada.

—No me mires así. Yo tampoco estoy borracha. Sígueme, vámonos al hotel, necesitamos descansar — le dijo con voz temblorosa.

Era evidente que sí estaba borracha, Esmeralda optó por guardar silencio.

Obedeció y se dejó guiar. Aunque los pasos de Eloise eran vacilantes y descoordinados, la llevó directo al hotel. La habitación tenía 5 camas y todas se hallaban vacías. De las chicas ocupantes sólo ellas dos regresaban, las otras quien sabe. Quiso preocuparse por Eglin, sin embargo, estaba tan cansada que se acostó y se durmió de manera inmediata.

Era entrada la tarde cuando Eglin regresó. No mediaron muchas palabras. Luego de una ducha se recostó en la misma cama que Esmeralda. Le abrazó y sólo alcanzó a decir “En la cena te cuento”, antes de quedarse dormida.

Y así fue, en la cena se aislaron lo más posible del grupo y hablaron.

—Cuéntame ¿Dónde pasaste la noche? No te pregunto con quién porque eso es obvio.

—En otro hotel. No recuerdo su nombre, más bonito que este, eso sí lo puedo decir.

—Me disculpas que haga esta pregunta tan íntima. ¿Te acostaste con Frederick?

Eglin la miró fijamente. Se encogió de hombros y asintió con la cabeza.

—¿Te sientes mal por ello? No logró percibir emoción o no se descifrar esa expresión en tu rostro. Pensé que sería algo muy bonito o algo muy penoso. Tu actitud indiferente me confunde.

—Es que no recuerdo mucho. Casi nada. Me excedí de copas. Prometo no volver a hacerlo, nunca lo había hecho, no sé qué me pasó, me dejé llevar.

—¿O sea que no estás segura si ocurrió o no?

—¡Oh! ¡No! De que ocurrió, ocurrió. Solo que no recuerdo mucho, entramos, nos besamos con pasión. Tengo la imagen de que en el calor de la pasión nos quitamos la ropa y nada más. Cuando desperté estábamos abrazados, desnudos y... bueno, otros detalles que me da vergüenza contarte, evidencias contundentes que el acto sexual fue consumado. Me bañé, bajé al restaurante del hotel y allí le esperé. Él bajó luego de una hora. No se pudo quedar mucho tiempo porque debía reportarse a sus quehaceres militares, apenas dio tiempo de comer, compartir un rato. No conversamos mucho. Todavía no me siento cómoda con mi nivel de alemán.

Eglin hizo una pausa. Alguien pasó cerca. Luego de asegurarse que nadie les escuchaba continuó.

—Frederick me dijo que debo hacer un curso para ser esposa de un SS.

—¿Qué?

—Lo que escuchaste, resulta que debo aprobar un curso para ser buena esposa de un SS.

—¿Y lo harás? ¿Dónde imparten eso?

—Aquí en Berlín, Mañana iré con Frederick, me llevará a inscribirme. No tengo opciones, debo hacerlo, sino las autoridades no dan el permiso para casarme.

—Nunca Había oído de tal cosa.

—Yo menos. Pero es así. Te digo no comprendo. No me comprendo. Ayer estaba eufórica por haberme graduado en una profesión que no elegí, por hacer un juramento vacío con obligaciones y compromisos de los cuales no conozco sus implicaciones al completo. Bailé, canté, bebí, me emborraché, hice el amor con el prometido de una chica que no soy yo, Nazi y miembro de las SS y no recuerdo nada. Me siento aburrida y cansada de todo esto.

—Creo entenderte —le comentó Esmeralda.

—Lo peor de todo es que continuo. Que seré Enfermera, me casaré con Frederick, haré el estúpido curso. De repente, despierto del cuento de hadas: Alicia no fue al país de las maravillas sino al país de los nazis. No hay caminos amarillos, sólo te tengo a ti. Si no estuvieras, ya hubiese perdido la cabeza en esta pesadilla surrealista. Te pido perdón por haberte dejado sola ayer.

—No te preocupes por eso. Te dejaste llevar. Con tanta tensión es lógico que te entregaras al disfrute. La mente necesitaba un escape, el alma. No somos perfectas ni de hierro.

Eglin rio. Una lágrima rodó por la mejilla. Ella la limpió con rapidez.

—Tú teoría de las hormonas resultó no ser tan des-

cabellada. Pero siento que ya se me pasó el efecto.
—¿Ya no te sientes enamorada? —Preguntó Esmeralda.

—Nop.

—¿Pero aun así vas a continuar con el compromiso?

—Sip.

—¡Eglin!

Eglin por toda respuesta la miró con firmeza.

—Si no estás enamorada no continúes con el compromiso. Si quieres déjalo así, no te sacrifiques por otra de mis lunáticas teorías.

—No, no te preocupes. No es un sacrificio, son solo cosas que se tienen que hacer. Lo que tenía que pasar, ya pasó. Hagamos el estúpido curso para ser buenas esposas. Te necesito a mi lado todo el tiempo posible.

— ¿Yo también?

Eglin asintió con la cabeza.

—Quien sabe. Te consigues un buen partido entre las SS.

Esmeralda no respondió. Se quedó boquiabierta. Eglin le cerró la boca con delicadeza.

—Es una broma, no te pongas así.

Esmeralda frunció el ceño.

—No es gracioso, Eglin. No es un chiste porque puedes tener razón. Es mejor tener ese curso y no necesitarlo que necesitarlo y no tenerlo —le respondió.

Comieron y regresaron a descansar.

—Nos hemos convertido en unas mentirosas consumadas —le comentó Eglin antes de ir a la cama.

—¿Por qué dices eso? Yo no soy una persona mentirosa y tu menos.

—Quizá antes no lo éramos. Ahora tú juras, ellas juran, yo miento.

Esmeralda bajó la mirada.

—Es circunstancial.

—Una mentira es una mentira, no importa las circunstancias.

XVI EL DESPERTAR DEL MAL

Abraham conducía despacio. Había apagado la radio, la música le parecía molesta, pero el silencio era peor, así que la encendió de nuevo. Se paseó por el dial hasta sintonizar las noticias. Un locutor desconocido hacía un reporte sobre la economía. Sí, eso era mejor. Oír como el patrimonio del país se iba al demonio era más tranquilizador que cualquier artista lanzando alaridos, con un ritmo electrónico infrahumano de fondo, pretendiendo que “eso” fuese música. Buscaba palabras, adjetivos para calificar lo que sentía, sobre lo sucedido.

Martín había vuelto en sí ya hacía un tiempo, él lo visitó en múltiples ocasiones y desde el primer momento lo rechazó. Su presencia le alteraba. Siempre había habido respeto entre ambos, cariño, afecto. Él estaba sólo, su familia más cercana se hallaba en Oregón, una hermana y un par de sobrinos que no había visto en años. Martín, Linda y sus pequeños eran la familia que él no pudo formar. Los visitaba de forma regular, para los chicos era “el Tío Abe”. Por eso se resentía de la forma en lo estaba tratando su amigo, no era normal. Por más que lo intentasen explicar con el accidente y la fractura de cráneo el hecho era injustificable. No tenía sentido.

Y a pesar de que su amigo no lo recibía, regresó varias veces. Con la íntima esperanza de que Martín reaccionara y volviera a ser el mismo de siempre. Pero no sucedía. Ahora era el momento de demostrar el valor de su amistad. Martín le necesitaba y él necesi-

taba a Martín. Desde haber sido diagnosticado con Cáncer estaba un poco perdido. No era lo usual, sin embargo, con semejante panorama cualquiera se desequilibra. Necesario era hallar el balance, para tener pensamientos claros, tranquilidad mental, aplomo, tomar decisiones sensatas en la lucha que se le avecinaba. No dejarse vencer por la enfermedad, por el miedo, por el dolor, por la incertidumbre. Y Martín tenía su propia lucha y él quería participar, ser útil, ayudar. Estaba imposibilitado por los momentos.

Lo sucedido en la visita de ese día le dejó confundido. Según había conversado con Linda. Martín no hablaba mucho, solo monosílabos. Su doctor expresó que su dificultad para hablar no era algo tan extraño; había sido una fractura de cráneo, no un raspon en la rodilla. El cerebro y la mente humana eran una maravilla, también un misterio. Les recomendó paciencia, que no presionaran al paciente, les indicó que poco a poco recuperaría la facultad del habla, de forma normal.

Martín se mostraba lúcido, con vivacidad en los ojos. Ya caminaba por su propio pie, la debilidad sólo le duró unos días. Pasaba mucho de su tiempo en la computadora y si estaba en cama utilizaba la laptop. Al principio, cuando probaron llevarle hasta su computadora se mostró desorientado, impedido de usarla, pero no pasó mucho tiempo para que le dominara con soltura y avidez. Le habían instalado un programa mediante el cual él, escribía y la computadora leía lo escrito. La voz era robótica y sin emociones, eso le facilitaba mucho las cosas. Aparte del programa que leía lo escrito, él, había instalado, sin que nadie lo notara, otra aplicación, que le permitía traducir el

alemán a inglés. La tecnología estaba a su servicio. Ya que no podía hablar de manera fluida el inglés. Sin embargo, cuando Abraham llegó, ya él tenía visita. Las estudiantes, Eglin y Esmeralda.

A Abraham, le chocaba el asunto que a ellas si las recibió, pero a él no. Es más, solicitó de manera expresa que se retirara, así se lo había dicho Linda. Él se fue, ¿qué otra cosa podía hacer? Y cuando se iba, decidió tomar un atajo por el callejón trasero. Con la excusa de ahorrar tiempo, en realidad quería ver a su amigo, que según sabía, se hallaba con las chicas, en la parte trasera del patio, cerca de la piscina.

Observó, a través de la pequeña barda, al grupo en cuestión. Conversaban de manera fluida. Martín, no utilizaba la laptop para comunicarse como le habían dicho. La computadora portátil descansaba sobre su regazo, cerrada; era un detalle importante y perturbador. Estaba muy animado, explicando algo con ademanes. Tal cual como lo era, un profesor. Las chicas le escuchaban con interés, sea lo que fuere que estuviesen hablando, era importante para las tres partes.

En un inicio quiso tranquilizarse, haciéndose la idea de que Martín estaba tratando de convencerlas que volvieran al equipo de voleibol. Era extraño, hablaba, movía los labios. No era como le habían contado. Alguien estaba mintiendo. O Linda le ocultaba el hecho que no tenía ningún impedimento con el habla o él engañaba a su familia con tal comportamiento. Otra conducta extraña que se sumaba a su actitud esquiva con él, con su mejor amigo. No teniendo posibilidades de descubrir que pasaba, continuó su camino, con la transitoria intención de restarle importancia al asunto. Cosa que no sucedió, perma-

neció como pensamiento recurrente, ese y los días subsiguientes.

Por su parte. Para Gretchen y Marie Louise era importante hablar con el profesor. Era el único de los involucrados en el incidente que sabía de forma exacta qué había sucedido. Fueron a visitarlo en su casa, o, mejor dicho, la casa del cuerpo y la imagen que ocupaba. Luego de una pequeña situación social, los saludos de rigor, la cocoa caliente y las galletitas hechas por la señora Linda, por fin estuvieron a solas con él. Para poder hablar con soltura en alemán, el profesor despachó a los niños, quienes se metieron a la piscina mientras ellos conversaban en el jardín, bajo el amparo de una gigantesca sombrilla blanca. Apenas las escuchó hablar y como le miraban, se dio cuenta de quienes eran en realidad aquellas chicas. Pidió a la señora Linda no ser molestados. En especial por el profesor judío.

—Ahora sí podemos hablar —les dijo —asumo que son las chicas de la enfermería.

Asintieron. Gretchen, en la figura de Eglin, miró hacia todos lados, calculó la distancia que se encontraban los niños.

—Cuéntenos sobre lo sucedido, ¿quién es usted? ¿Qué pasó? ¿Es reversible esta situación?

—Lo que sucedió ya lo deben intuir. Un experimento salió mal y por accidente se abrió una grieta (por llamarlo de alguna manera) en el tiempo y sufrimos esta transferencia mental. Nuestros cuerpos se quedaron en 1944 pero nuestros recuerdos y personalidades viajaron hasta el futuro, que ahora es nuestro presente.

—Sí, eso nos dimos cuenta, la pregunta era más específica. ¿Qué sucedió? ¿Por qué es un traslado?

¿Qué pasó con nuestros cuerpos?

—Aunque se los explicara con detalles no lo entenderían. Son solo unas enfermeras.

Lo dijo con un tono de desprecio muy marcado.

—Gracias, es usted de mucha ayuda —le replicó Gretchen, ofendida.

—Deben entender algo, existía un grupo de científicos realizando el experimento. Las mentes más brillantes de Alemania y aun así no sabían lo que hacían y terminaron hallando una aguja en el pajar que no estaban buscando. Si no lo entendieron ellos, menos lo entenderán ustedes, lo siento si eso les ofende. El objetivo de la máquina y del experimento era la obtención de una propulsión electromagnética. Para levitar y desafiar la gravedad. Aparte se hacían experimentos para el desarrollo de armamento con dicha tecnología. Nada de eso se logró. La explosión que sentimos antes de desmayarnos hubo de haber destruido gran parte de las instalaciones y muchos habrán muerto. Inclusive nosotros, nuestros cuerpos debieron desintegrarse o sufrir daños catastróficos. Y en respuesta a su pregunta inicial, mi nombre es Albert Kubbelmeyer, físico. Experto en diversas materias.

—Nosotras somos Gretchen y Marie Louise, como usted bien lo dijo. Las enfermeras. Aquí somos Eglin y Esmeralda, dos estudiantes del colegio donde su alter ego da clases de gimnasia.

El profesor asintió con la cabeza.

—¿Qué planes tienen?

—Ninguno en especial, vivir la vida, aprovechar esta segunda oportunidad que nos dio la vida en este hermoso país —le respondió Marie Louise.

—Como dice mi prima. Vivir. Queremos estudiar me-

dicina y, si es posible, regresar a Alemania, como profesionales a trabajar y reencontrarnos con la patria.

—Son nobles objetivos. Pero no fue la vida quien les dio eso que llaman “segunda oportunidad” fueron unos estúpidos científicos que no quisieron oírme

—¿Y usted, tiene algún plan? —preguntó Esmeralda.

—Recrear el experimento, regresar en el tiempo a Alemania antes de la guerra y aplicando los conocimientos actuales poder ayudar a la victoria del Reich.

Gretchen y Marie Louise no dijeron nada. No era un objetivo noble ni querido. ¿Volver a la guerra? ¿Al Conflicto? ¿La escasez? ¿Las penurias? ¿Revivir el dolor? No era una cruzada a la que quisieran unirse.

—Nos acaba de decir que existe la muy alta probabilidad que nuestros cuerpos, resultaran destruidos en la explosión. ¿Cómo es que quiere volver? ¿Eso no equivaldría a la muerte? —comentó Marie Louise.

—Mi idea es regresar a un año antes de la guerra.

Gretchen frunció el ceño.

—Según mis cálculos, las personalidades de los cuerpos que ocupamos, fueron trasladados a 1938. Entonces, si revierto el proceso, nosotros regresaríamos a 1938, un año antes de la guerra. Lo cual nos daría tiempo para realizar cambios, aplicar los conocimientos científicos, políticos, militares y otros, adquiridos en nuestra estadía en esta fase del tiempo, para implementar acciones que favorezcan el triunfo de Alemania en la guerra —continuó el profesor.

—¿Nosotros? —le interrumpió Marie Louise.

—Sí, nosotros. No pensarán quedarse en esta época, en este país decadente y puritano. Y sí, es así, las personalidades de estas chicas y la del profesor Martin, ocupan u ocuparon, según se vea el asunto, nuestros cuerpos en 1938.

—¿Eso quiere decir que las personalidades de estas muchachas, Eglin y Esmeralda ocupan nuestros cuerpos en 1938? —inquirió Marie Louise.

—Exacto —respondió el profesor.

—Nosotras no queremos regresar. Este país nos parece hermoso y lleno de oportunidades —le respondió Gretchen —y lo que usted dice me perturba. ¿Lo qué hagan estas chicas en el pasado o hicieron (que complicado esto) no nos afecta o afectará ahora, en esta fase del tiempo, como usted lo llama?

—La vida aquí es buena. ¿Para qué querríamos regresar a una época de guerras, matanzas y penurias?

—opinó Marie Louise.

—¡Mujeres! —declaró con desprecio el profesor.

Gretchen y Marie Louise obviaron el comentario.

—¿No están de acuerdo en regresar? Está bien, puedo entender eso. ¿Entonces, para qué me contactaron? ¿Para hacerme preguntas como esa? Preguntar sobre cosas como lo que hagan o dejen de hacer esas personas en el pasado nos afecten. Es obvio que no, el mito de la paradoja es solo eso: mitología científica.

—Le contactamos para que nos explicara lo sucedido, si es permanente o por alguna causa desconocida se revierte luego de un tiempo. No conocemos las razones que nos trajeron hasta aquí, usted sí.

El profesor suspiró, exasperado.

—No, no es reversible por sí solo. No fue un fenómeno natural, fue causado por el hombre. Así que no deben preocuparse que se nublen sus planes. Y está bien que no tengamos los mismos ideales, pero deben saber que somos cómplices en el engaño. Debemos ayudarnos.

—¿Cuál engaño? Nosotras no somos partícipes de

ninguna patraña que usted esté pensando.

Marie Louise asintió con la cabeza. Mostrando su conformidad con lo expresado por Gretchen.

—¿No? ¿No están engañando a nadie? A los padres de esas muchachas, a las personas que les rodean. Al gobierno de los Estados Unidos, a la escuela, a todos... ¿No es así? ¿Me equivoco? ¿Digo algo que este fuera de contexto?

Las chicas guardaron silencio. Por más odioso que pareciera ser, el profesor tenía razón. Eso les asustaba, esa complicidad conllevaba un condicionamiento. O al menos eso insinuaba el profesor. Ya se sentían esclavas del comportamiento social y ahora se sumaba las turbulentas intenciones de este científico loco.

—No. No lo está. Compartimos nacionalidad, idioma y forma de haber llegado aquí, no por ello debemos compartir su destino, sus ideas y lo que sea que esté pensando. ¿En qué se basa esa ayuda? —esta vez habló Marie Louise.

—No se preocupen, una cosa no debería afectar a la otra. Me ayudan en la recreación del experimento, a recolectar los materiales, a manejarme con el inglés, ustedes hablan y lo entienden mejor que yo. Fue lo primero que noté al verlas llegar, lo hablan muy bien, a pesar de un ligero acento. Cuando yo recree, el experimento, regresaré a 1938, ustedes se quedan, siguen sus planes y no pasa nada.

—Es conveniente solo de manera unilateral —opinó Gretchen.

—Grandes palabras para una enfermera.

—Somos más que unas simples enfermeras, la guerra nos endureció. No somos intelectuales, pero tampoco somos unas tontas.

—¡Ja!ja! Está bien. Me gusta su espíritu combativo y su agudeza. Cualidades muy importantes en la misión que tenemos por delante. Más allá que estén de acuerdo o no. Si por alguna razón insospechada yo soy descubierto o puesto en evidencia ustedes también serían atrapadas y viceversa. Por lo tanto, aunque nuestra meta final es distinta, nuestro destino está atado. Mi triunfo es su triunfo y su caída mi caída.

Las chicas de nuevo guardaron silencio.

—Usted lo dijo, no sabemos nada de experimentos o ciencia. ¿De qué forma podríamos ser útiles?

—En la obtención de los materiales. Llamar, encargarse de las negociaciones, lo que podríamos llamar “relaciones públicas” y de vez en cuando ayudarme en el laboratorio que estableceré en el sótano de esta casa. La idea es ser discretos, ustedes pueden venir con la excusa de ser estudiantes y yo el maestro. Nada que llame la atención. Y no se preocupen, he investigado un poco y los materiales se pueden obtener en sitios tan diversos como tiendas, talleres, en depósitos de basura y chatarrerías. Es increíble lo que los americanos desechan sin saber su valor estratégico.

—¿El sótano de esta casa es tan grande como para contener lo que sea que quiere construir? Nosotras nunca lo vimos, pero escuchamos rumores de que “el cilindro” medía más de 4 metros de altura —acotó Marie Louise.

—Sí. Así era. Pero estamos en la época de la miniaturización. Tengo planeado reducirlo a un tamaño compacto. Que pueda ser trasladado sin que nadie lo note.

—¿Qué tanto? —preguntó Gretchen.

—Del tamaño de una bombona de oxígeno. De he-

cho, mi plan es fabricarlo de esa manera. Así nadie sospechará de lo que será realmente. Lo haré desarmable, algo que pueda ajustar, armar, agregar componentes y recrear el experimento en el lugar que yo elija. No en el sótano de la casa. Debe ser en otro sitio.

—¿En dónde?

—Luego les digo. Aún no termino los cálculos. Con la ayuda de las computadoras, una maravilla de este tiempo, espero tener esos cálculos pronto. Por ahora no es necesario que sepan más. Les haré una lista de los materiales que necesito, cantidad, forma de conseguirlos. Estoy organizando un plan para ello. Y no se preocupen del dinero. Los gastos van de mi cuenta, aquí el único adulto soy yo.

Las chicas no respondieron. Estaban poco menos que estremecidas. Sentía que le estaban vendiendo el alma al diablo, sin pago alguno.

—Además debo pedirles algo más —les señaló el Profesor.

—¿Qué otra cosa? —Exclamó compungida Gretchen.

—Primero, que no volteen y permanezcan tranquilas —hizo una pausa, mientras sus ojos se enfocaban en algo que estaba fuera de la línea visual de las chicas —, lo segundo, cuídense del profesor judío. Su curiosidad es peligrosa. Nos está espiando por encima de la barda trasera.

Las chicas permanecieron inmóviles. No giraron la cabeza, pudieron oír unas pisadas y un auto encenderse. Nada revelaba que no fuese cierto lo indicado por el profesor.

—Fueron dos cosas —observó Gretchen.

El profesor ignoró el comentario.

—Váyanse. Escriban aquí sus números. Yo les contactaré a su debido tiempo.

Gretchen y Marie Louise se retiraron de la casa del profesor King, ocupada ahora por este odioso científico loco, algo tristes. Hallaron la respuesta que buscaban, también hallaron algo que pensaron había quedado en el pasado. La pesada carga de un deber no solicitado. No era su guerra, el patriotismo se había agotado mucho tiempo atrás. Si habían hecho algún esfuerzo extraordinario, más allá del deber o más allá de sus capacidades, había sido para sobrevivir. Ahora de nuevo tenían que servir a un propósito ajeno. Una nueva esclavitud. No bastaba estar atadas a las situaciones sociales y a los nombres y personalidades de los cuerpos que ocupaban, sino que ahora, presionadas por las mismas circunstancias, eran las forzadas secuaces de este señor Kubbelmeyer.

XVII

VALORANDO ESFUERZOS

—Si no es por ti no hubiese logrado aprobar el estúpido curso de buena esposita —Comentó Eglin.

—No exageres. Hiciste un buen trabajo, disciplinada como siempre —le corrigió Esmeralda.

—¡Nah! En la cocina: un desastre... Con aguja e hilo: cosía mis manos a la tela... preparando la cama ni se diga...

—Lo dices como si fuera mecánica cuántica, son cosas normales del hogar.

—Para ti que no eres una niña consentida.

—Eso sí es cierto, no soy la niña de papá.

Ambas rieron.

—¿Y ahora? ¿Qué toca? —preguntó Esmeralda.

—Yo, casarme. Tú a elucubrar teorías disparatadas.

—Sí. Parece mentira, ya el viernes estarás frente a un altar. Serás la señora de Ursh y no lo serás. Conoceremos a la familia de las chicas y comenzaremos una etapa más en esta vida alterna que nos tocó.

—Pues es exactamente eso. Etapas. Vamos cumpliendo etapas. No me había fijado en ello. Primero estudiar el idioma y ponernos al corriente con los estudios de enfermería, luego graduación, juramento, curso, trabajo, matrimonio y lo que ahora toca: la guerra.

—Me aterra enfrentar esta etapa que viene y saber cómo se desarrollaran los hechos no ayuda a calmar los nervios.

—No, no ayuda —agregó Eglin, pensativa.

—Por lo que más quieras, no salgas embarazada. No

queremos para ti el premio de Cruz de Honor de la Madre Alemana.

—No es que tenga mucho control sobre ello. Tú sabes, lo que nos toca a las buenas mujeres alemanas son las tres “K” Kinder, Küche, Kirche. No es que pueda aplicar métodos anticonceptivos siendo la esposa de un miembro de las “SS”. Me toca encomendarme a la buena disposición del destino —afirmó Eglin—. Y no, gracias, no quiero ese premio. Tener cuatro bebés no está en mis planes, al menos no en esta línea de tiempo.

—Si te embarazaras sería extremadamente complicado, las implicaciones éticas, morales y prácticas. La guerra por sí sola es cuesta arriba, con un bebé en brazos sería poco menos que espeluznante

—Además, si tus teorías locas son ciertas y logramos revertir el traslado ¿cómo regresar en el tiempo dejando a un hijo acá en plena guerra?

Esmeralda hizo una mueca que denotaba sobresalto.

—Tienes razón.

—Eso sí regresamos ¿Tú crees que de verdad podremos regresar? —Le preguntó Eglin.

—Es incierto. Una parte de mí se aferra a esa esperanza y la otra se entrega al desespero.

—Si lo logramos y tengo una hija la llamaré Esperanza en honor a tu fe y tu confianza.

—Gracias. Será así, ya lo veras, seré la madrina de esa beba.

—Y yo me convertiré en católica nada más para que puedas bautizarla jajá.

Ambas rieron de nuevo. Se abrazaron, temblaban de miedo.

—Volviendo a mí pregunta ¿Ahora qué hacemos?

—Tengo una tarea para ti —intervino Esmeralda.

—No me asustes. Ya viene otra de tus ideas...

—No, no. No te asustes. Es algo relativamente sencillo.

—¿Qué?

—Cuando puedas, sin apuro, inquiere sobre la unidad de Frederick, su oficial superior, el jefe de su jefe, todos los detalles que puedas recabar.

—¿Y eso para qué?

—Pues para explorar posibilidades. Quizá reconozca algún nombre entre ellos que me dé una pista sobre nuestro objetivo.

—Kutná Horá.

—Sí, Kutná Horá. Las minas de Wenceslao.

—No sé a qué unidad pertenece, pero si le he oído hablar de su oficial superior. Un tal Geitner.

—¿Y qué grado tiene?

—Ni idea. Ni siquiera se la graduación de Frederick.

—¿No lo recuerdas? Es un SS-Hauptscharführer, algo así como líder de escuadrón jefe de las SS.

—Sigo sin entender, pensé que era un oficial.

—No, es un sub-oficial. Algo como un sargento mayor o quizá sub-teniente.

—¡Vaya! Yo pensaba que tenía mayor rango.

—¿Te decepciona?

—Un poco. Pero no importa. Ahora entiendo el porqué de tu pregunta. El rango de Frederick es demasiado bajo como para que signifique algo o tenga peso en la historia.

—Algo así.

—Veré que puedo hacer.

—Confío en ti.

XVIII

HOC OPUS, HIC LABOR EST

Gretchen y Marie Louise pasaron las siguientes semanas alternando su tiempo entre las clases, las actividades deportivas, la familia y la obtención de los dichosos materiales. Dado que no conocían la ciudad tuvieron que recurrir a las amistades. Sobre todo, del muchacho pelirrojo. Gules, por su parte, se alegró mucho de que su amada Eglin le prestara atención de nuevo. Así que, gustoso, cumplía cualquier tarea que le encomendara. Las chicas se presentaron como voluntarias en servicio comunitario, así cumplían con algunos de los cometidos y recolectaban los más diversos artículos, los cuales, al parecer contenían materiales esenciales para el profesor. Y cuando no estaban de compras extrañas, se hallaban hurgando en el basurero. Cuando terminaba el día estaban agotadísimas. ¿Cuándo terminaría aquello? Eran esclavas de aquel sujeto. Y ya los padres de Eglin y Esperanza empezaban a notar la extenuación de sus hijas. Al principio les pareció positivo que las chicas mostraran interés en ayudar a la comunidad y actividades extracurriculares, pero percibían que ocupaban todo su tiempo, casi no se les veía en casa. A pesar de todo eso las chicas no se quejaban y realizaban todas esas actividades en un ajustado horario. Siempre se les veía risueñas y enérgicas. Lo conversaron, ambos grupos de padres, primero con las chicas y luego entre ellos. Y, como las respuestas de Gretchen y Marie Louise, en las figuras de Eglin y Esmeralda, les tranquilizaran, decidieron dejarlas obrar. Mejor activas y

entretenidas que retraídas y enclaustradas.

Sin embargo, había otra persona que estaba muy pendiente de la actuación de las chicas. El profesor Abraham Glassermann, consejero de la escuela. Ellas también lo notaron, él no hacía ningún esfuerzo por ocultarse. Iba a las prácticas de Soccer, ya habían asignado a otro profesor para que se encargara del equipo de Voleibol, tenía tiempo libre para dedicarles. Les había citado un par de veces más, ellas no dieron mayores respuestas que los consabidos monosílabos. Había citado también a Gules, este no reveló ninguna información útil. Era obvio que el chico estaba enamorado de Eglin, no iba a decir nada que pudiese comprometerla, eso equivaldría a una traición. Y mucho menos lo haría ahora que Eglin de nuevo le prestaba atención. Con lo poco o mucho que pudo indagar las chicas no hacían nada malo, nada ilegal, nada exagerado o extraño.

¿Por qué tanto secretismo? ¿Por qué sentía que le excluían? Nadie compartía su inquietud, habló con los otros profesores y todos se hallaban contentos con el comportamiento de las chicas, maravillados de la recuperación del nivel académico de las mismas. El aspecto social no les alarmaba. Tuvieron un periodo en que fueron algo hurañas, de comportamiento esquivo; cosa más que comprensible por el incidente que habían vivido. De nuevo eran las líderes que eran antes. Habían involucrado a casi toda la clase en los servicios comunitarios, como voluntarios. Recolectando basura, ayudando a los vecinos, a las autoridades, recaudando ropa usada, utensilios y comida para los más necesitados y servicios en general. Todos estaban contentos con ellas y las querían igual o más

que antes. Qué importaba su ligero acento alemán, cada día se le notaba menos, eso decían. Siempre que hacía una observación recurrían a la muletilla: “es normal por la pérdida de memoria”. Más que disgusto le causaba cierta frustración.

Y ni hablar de la situación de su antiguo amigo, el profesor Martin. Se había reincorporado a la función de docente, pero no en Educación Física, no, no. No podía haber normalidad en el asunto, cambió la orientación de su docencia, ahora iba a impartir Matemáticas, Química y Física. Renunció a su puesto de entrenador, aduciendo que no podía dirigir al equipo de voleibol dado a una dificultad en el habla. Daría las clases de las referidas materias con la ayuda de una computadora, a través de la cual se comunicaba. A todos eso le parecía normal y aplicaban otra muletilla similar a la anterior: “es normal por la fractura de cráneo”. Él había sido diagnosticado con cáncer y no andaba pregonándolo ni mucho menos excusándose con ello. Nadie podía decir “es normal, está enfermo de cáncer”. De hecho, no lo había reportado al colegio siquiera, lo cual era un comportamiento irresponsable de su parte. Ya habría tiempo para eso. Su cáncer no era tratable, el tratamiento era solo para retrasarlo y que sufriera lo menos posible de dolores y debilidades. ¿Cuánto tiempo le quedaba? No preguntó. El doctor le dio un estimado, él se desentendió de la conversación y no prestó atención. Para él, era como si no le hubieran dicho nada.

Martin ya no lo ignoraba. En las reuniones respondía a sus preguntas con la laptop, en los pasillos le evitaba poco. Ahora Abraham no sabía que era peor, su antigua indiferencia o esa mirada asesina con que le

veía. Había odio, rencor, desprecio y menosprecio en esos ojos. Era intimidante, así que, sin quererlo, él lo esquivaba cada vez que podía, no le causaba ninguna gracia confrontar la vista de Martín, su desaire. Era algo irónico, ahora quien lo evitaba era él.

Con el riesgo de parecer paranoico, se comunicó en múltiples ocasiones con la Fundación del Museo de Armamento de la Fuerza Aérea. Lo hizo vía email primero, luego por teléfono. Hallando una posición parecida. El asunto estaba resuelto, la investigación no había arrojado ninguna anomalía. Lo más que hicieron fue establecer medidas para que los aviones de la exhibición se mantuviesen cerrados, a menos que hubiera una visita programada para entrar en ellos. La idea era evitar accesos no autorizados en los vehículos para evitar incidentes e inconvenientes. Y, como se cansó de sus respuestas evasivas y de la indiferencia, decidió viajar hasta la sede para confrontar el tema.

En el museo, a su vez, ya estaban un poco aburridos y cansados con la insistencia del profesor, le recibieron por cortesía. Quizá, así se calmaría y cesara su inquietud y su obsesiva necesidad de alarmismo. Una manía por lo oculto, por lo enrevesado, por teorías de conspiración, sentían que en cualquier momento iba a decir que el responsable del incidente era el coco, pie grande o los extraterrestres.

—Hay algo extraño en todo esto. Siento que es así, aunque no logro percibir la manera concreta del asunto —comentó durante la conversación.

—Claro amigo, podemos entender su inquietud. Es obvio que algo anormal sucedió y eso es un hecho. Lo que no entendemos es su alarmismo y su insistencia en agravar el incidente.

El profesor se tumbó en la silla, como si un balón se desinflara. Se le notaba cansado, aunque no lo suficiente como para dejar de insistir en su idea. El detalle era que a su idea le faltaba contexto, se basaba más en presunciones y presentimientos, percepciones fuera del ámbito científico o lógico. Percibía un problema, aunque no entendiera su naturaleza.

En contraparte el personal del museo se mostraba relajado, tranquilo, condescendiente. Con paciencia escuchaban una vez más las teorías perturbadoras del pequeño profesor. ¿Obsesión? Quizá. No dudaban de las buenas intenciones, su preocupación parecía genuina. Conocer el porqué, el cuándo, el cómo funcionan las cosas es una necesidad humana, aunque a veces la escogencia de una mentira conveniente sea el resultado más común. La consecución de la verdad es algo noble, ante una situación como la que se enfrentaban, pero con pocos hechos comprobables, era muy difícil llegar a ella. Aun siendo que el catedrático parecía hallarse poseído de esa necesidad.

—Vean ustedes, tenemos tres personas, vienen de paseo, un profesor de educación física, dos jóvenes estudiantes, jugadoras de voleibol, las estrellas del equipo de la escuela. Se desmayan mientras están dentro de un bombardero B-17 habido en el museo. Despiertan sin memoria. No presentan anomalías físicas, no hay explicación de porqué sólo a ellos 3 les pasó ese fenómeno y no a las otras personas presentes en el sitio. Los mencionados presentan un factor en común que es particularmente alarmante: una distorsión idiomática. Hablan el inglés con un fuerte acento, quizá alemán. La comprensión, del que debería ser su idioma natal, es limitada, aunque las chicas se manejan con cierta

fluidez al hablar. El profesor en cuanto se reintegra a clases solicita cambio de ramo educativo, pasa de dar clases de educación física y ser entrenador de diversos equipos deportivos en la escuela a impartir clases de matemáticas, física y química. Las chicas renuncian al equipo de voleibol luego de ver perdidas todas sus habilidades en dicho deporte. Hacen audición en el equipo de soccer y son incorporadas al equipo, cuando comprueban su asombroso desempeño. Otro detalle la chica que era zurda ahora es derecha y la que era derecha ahora es zurda.

—Profesor estamos al tanto de eso. Sus personalidades han cambiado un poco, sus enfoques también, pero siguen siendo esas personas competitivas y exitosas que eran antes del incidente, según tenemos entendido su nivel académico se vio afectado al principio, luego de un periodo de adaptación no sólo lo recuperaron, sino que lo elevaron. Todos sus profesores están contentos con el desempeño, se muestran más maduras, más comprensivas y siguen siendo las líderes que eran. El único que está inquieto es usted y en lo que se refiere a la institución que representamos el asunto está concluido. No vemos la necesidad de ahondar en ello y molestar a esas personas que no están haciendo otra cosa que vivir sus vidas. Además, olvida que el profesor King sufrió un traumatismo cerebral que muy bien pudo alterar sus funciones. Eso incluye: distorsión y pérdida de la memoria, además que según tenemos entendido el profesor se comunica mediante una computadora. O sea, está exento de esa característica que usted menciona de las chicas. Nosotros hemos mantenido intercambio de información con la escuela y para la

dirección de la misma no hay nada fuera de lugar. Hemos obviado nombrar la interacción que hemos tenido con usted para evitarle problemas, sin embargo, su insistencia en el tema está haciendo que la directiva de la fundación esté a punto de perder la paciencia. Se acordó atenderle en esta visita, luego de esta reunión es menester que usted evite contactarnos. A menos que haya un motivo real para ello.

—Aun así, a mí el cambio me parece, brusco, alarmante —agregó el profesor contrariado, encajando lo que parecía una amenaza—. Y claro que estoy al tanto que Martín se golpeó la cabeza, pero sigue siendo inusual su cambio. No es solo pérdida de memoria, es como si dejara de ser el mismo.

—Brusco quizás, alarmante no. Al menos nosotros no lo vemos de esa manera.

—Insisto, hay algo que no me gusta en todo este asunto.

—Sin embargo, no tiene una idea clara de cuál es ese punto en particular que no le gusta —añadió uno de los presentes.

—A todos les es extraño lo sucedido y lo que ahora pasa, nadie dice o hace nada, solo aceptan que ahora el agua es aceite y el aceite ahora es agua, lo que era blanco ahora es negro y lo negro ahora es blanco.

— Ese último comentario puede ser tomado como racista. Tiene que calmarse y medir sus palabras y acciones. Tomando en cuenta que el profesor King es de raza afroamericana.

—¡Ay por Dios! No se trata de racismo. Martín es mi mejor amigo, o al menos lo era; luego de lo que pasó se alejó, ya casi ni me dirige la palabra, siento que me evita como si yo fuera un leproso. Les hablo es de raciocinio, lógica y sentido común.

—Ya, ya, no se moleste; estamos tratando de ayudar.

—Pues a mí no me lo parece. Disimulan muy bien sus ganas de ayudar.

—Tiene que calmarse, vivir la vida, dejar que estas personas vivan la suya. Dejar a un lado esas consideraciones le hará bien.

El profesor suspiró. Relaciones públicas. Valiente ayuda. Fue un iluso el pensar que se harían eco de sus preocupaciones.

Abatido emprendió el regreso a Callhoun. Menudo viaje había andado para no obtener nada más que unas miradas de incompreensión y hasta compasión. Había pensado que una visita en persona sería más convincente que las llamadas por teléfono o la correspondencia por correo electrónico, la realidad resultó en un rechazo más concluyente. Cualquiera en su lugar se hubiera desanimado hasta el punto de abandonar esas ideas, por alguna obstinada razón, estas persistían en su cabeza y su mente. Se lo debía a sí mismo, se lo debía a la verdad, se lo debía a Martín y a Linda.

XIX

CASO BLANCO

Había llegado agosto. Frederick había partido y Eglin no sabía muy bien que sentir. No sabía si sentir alivio o tristeza. Felicidad no, no le hacía feliz la guerra por venir, no le agradaba que él enfrentara la posibilidad de morir en combate, no le satisfacía que le ordenaran cometer atrocidades, le aterraba que él llegase a disfrutar cometerlas. Era cierto que el enamoramiento que sintió al principio había mermado. Sin embargo, había compartido intimidad con él. No lo amaba con esa profunda pasión del inicio, pero si le quería. Se portó bien con ella, sus brazos eran protectores, su presencia le daba una sensación de seguridad. Era una tranquilidad bienvenida. Su femineidad se hallaba comprometida y arraigada a su masculinidad. Y he allí donde los sentimientos se entremezclaban, verlo partir era perder la seguridad, también significaba poder actuar de manera libre y no cómo la esposa perfecta. Podía ser Eglin y no una malhadada imitación de la adorada Gretchen. Se maravillaba en la particularidad de su despiste, como aquel hombre enamorado no se percataba del cambio de personalidad, de las manías, las mañas y los detalles. Le molestaba esa falta de atención en los pormenores. ¡Qué básicos son los hombres! Dos más dos siempre es cuatro. Está bien. Se habían agregado y quitado decimales a la suma. No puede ser que 2,1 más 1,8 siga dando 4. ¿Tan parecidas eran ella y Gretchen? Si la amase por ser ella misma quizá hubiera podido amarlo, él amaba lo que veía: a su pequeña chica

aria. Eso le decepcionaba. ¿Cómo era posible que un hombre inteligente, hábil, emprendedor y disciplinado no advertía qué ella no era Gretchen? Era alguien más.

Era un sentimiento terrible y la evaluación moral de sí misma no mejoraba la situación. No era su cuerpo, no era su decisión, no era su vida ni su destino. Orgasmos prestados, emociones delegadas. Se preguntaba si Gretchen con su cuerpo, en el futuro, se comportaría de forma parecida. Eso le daba miedo, también se sentía mal, ella ya había dispuesto y usado como mejor le pareció aquella menuda estructura orgánica. Pequeña, sí, pero a su manera hermosa, fuerte y atlética. Se tocó los muslos. ¡Dios! Cómo adoraba esas poderosas piernas, la piel tersa y blanca como la leche, el cabello dorado como un sol. Sí, era hermosa. Pero debía apartar un rato esos pensamientos. Ser prudente y práctica era lo requerido. Había averiguado lo que Esmeralda le pidió. El nombre del oficial superior de Frederick y a qué unidad pertenecía. “II. SS-Standarte Germania/VT (SS-Verfügungstruppe)” a las órdenes del general Karl-Maria Demelhuber. Su sede era en Hamburgo. Y eso era todo. No sabía si eso era relevante o no.

—Siendo sincera no sé nada de ese general —le confesó Esmeralda—. ¿No sabes dónde se va a concentrar? ¿Si es reserva o de primera línea?

—En Checoslovaquia. Cerca de Kutná Horá, ¿qué te parece?

—Eso es interesante.

—Frederick no sabía si era de reserva o primera línea. La excusa del despliegue es una práctica de maniobras y reparación de fortificaciones. Pero él sos-

pechaba que las intenciones eran otras.

—Solo sabe de rumores.

—Sí, algo así. ¿Tú qué crees? ¿Significa algo?

—Ni idea.

—¿Entonces toca esperar?

—Sí, una odiosa espera. Sabemos el resultado final pero los detalles operativos a un nivel táctico normalmente no destacan en los libros de historia. Claro, me llama la atención que su despliegue sea cerca de nuestra meta.

—Vuelvo a preguntar: ¿crees que signifique algo?

—Posiblemente sí. O al menos es lo que espero.

—¿Entonces vamos por buen camino?

Esmeralda asintió.

—Hubo otra cosa que dijo que me tiene intrigada

—añadió Eglin.

—Cuéntame.

—Me habló de un profesor de física, un científico. Amigo suyo que perdió la cabeza luego de un incidente con la policía, aquí mismo en Berlín.

—Ok... ¿Y eso qué tiene de interesante?

—Lo interesante es que ocurrió el 23 de noviembre del año pasado. De improviso se desmayó, despertó actuando de manera extraña, fue arrestado por la policía. Durante el arresto fue golpeado fuertemente en la cabeza. Su comportamiento agravó, empezó a hablar en inglés y decir incongruencias. Supuestamente hablaba de ser un profesor de educación física en Estados Unidos.

Esmeralda se sorprendió mucho. Le hizo señas para que continuara.

—Entre las “incongruencias” que dijo, expresó que su nombre era Martín Luther King, a lo cual Frede-

rick se lamentó. Eso corroboraba que había perdido la cordura. Mira que decir que era Martín Lutero y rey.

—¿Y qué fue de él? —preguntó —Pareciera ser que el profesor Martín también sufrió del traslado mental y está en el cuerpo de ese científico —agregó.

—Quizá. Lo que sé es que fue recluido en un manicomio. Frederick no sabe dónde. Estuvo un tiempo en Berlín, luego fue trasladado a una institución clasificada, en otra ciudad.

—¡Qué mala suerte!

—Sí. Y nosotras quejándonos de la nuestra.

—Deberíamos intentar hallarlo —comentó Esmeralda.

—Me gustaría eso... ¿dónde empezar? Frederick no me quiso decir más. Es información clasificada. Lo presioné todo lo que pude, no obtuve más datos y como insistiera demasiado terminó por molestarse. Y nunca lo había visto así, hube de desistir y hasta disculparme.

—No te preocupes. Solo debemos estar alerta y preguntar con sutileza, con suerte nos toparemos con alguien que sepa algo.

—Pobre profesor Martín. Es un buen hombre, no merece terminar sus días en un manicomio extranjero, a merced de los nazis —declaró Eglin.

Lo dijo con una mezcla de tristeza y coraje. Le causaba rabia y frustración que cosas malas le sucedieran a personas buenas. Y la inutilidad. ¿Cómo ayudar al profesor sino tenían información exacta de su ubicación? Porque al menos sabiendo donde estaban podrían barajar opciones y en el mejor de los casos visitarlo, saber de él, confortarlo.

—Ninguno de nosotros merecemos esto realmente
—añadió Esmeralda.

Guardaron silencio, oyendo el ruido de sus pensamientos. Con respecto a la guerra nada podían hacer. Solo observar, ser espectadoras del acontecimiento. Esmeralda estaba asustada, a la vez muy interesada. Por mucha incertidumbre que le causara la guerra, era mayor la emoción de experimentar el hecho histórico. No de oídas, no de un libro, de unos documentos o una película, sino de primera mano. Eglín, por su parte, solo tenía temor e incertidumbre en su mente y corazón. Un presentimiento funesto le embargaba. Alemania obtendría la victoria. Sí. Pero él no iba a regresar victorioso, sino envuelto en sus banderas. Peor era el temor de que regresara con las manos manchadas de sangre inocente. ¿Cómo podría verlo de nuevo sin preguntar? ¿Cómo ignorar la posibilidad que hubiese recibido la orden de matar ancianos, mujeres y niños? ¿Cómo siquiera considerar la imposibilidad que sintiera placer matando judíos? ¿Cómo un hombre tan amoroso podía sentir tanto odio hacía unas personas que ni siquiera sabía su nombre ni le habían hecho daño alguno?

Mientras, en un espacio confinado, en otra ciudad y en condiciones muy distintas, se encontraba Martín. Encerrado en el cuerpo de aquel anciano, recluido en un manicomio, imbuido en sus pensamientos o lo poco que le permitían los medicamentos neurolépticos que le suministraban. Sí, debía haber perdido la razón. Era la única opción lógica a toda la situación y por eso lo tenían encerrado. Se hallaba muy deprimido, si al menos pudiera ver a su familia, aunque también pensaba que quizá lo habían visitado y él,

en su alucinación, los veía como doctores y enfermeros nazis. Qué horrible era no poder confiar en sus sentidos. Lo engañaban, sus ojos veían cosas que no existían, oían voces indistinguibles. ¿Por qué esa grotesca fantasía nacionalsocialista? ¿Por qué su mente le jugaba esa mala pasada? ¿Tendría fin aquello?

Había oído o leído alguna vez que el primer paso para curar la locura es saber que estás loco. Y él estaba convencido de eso. Era un paranoico esquizofrénico. Así que, en sus momentos de lucidez, pensaba en que debía curarse. Por sus hijos, por su esposa, por sí mismo. Debía aplicar la voluntad, su convicción en ello. Luego entraban aquellos hombres desconocidos, hablando alemán, inyectándole quién sabe qué cosas y todo se venía abajo. ¡Maldita mente maniaca! ¡Traidora! ¿Por qué le hacía ver y oír esas cosas? Se sentían reales, muy reales. Además, por muy lúcido que creyera estar, siempre estaba envuelto en aquella piel pálida, arrugada, llena de lunares y manchitas, de vellos canosos. No es que fuese un hombre racista, pero le daba asco ese tejido sarnoso y mal oliente. Porque desprendía un desagradable olor.

Sin otra cosa más que hacer lloró, desconsolado, el sentimiento de soledad e injusticia era opresor.

XX

EN NOMBRE DE LA AMISTAD

—Voy a intentar entender lo que pide. Usted hace una denuncia sobre su ex-amigo porque sospecha que algo raro está pasando, pero no tiene una idea exacta en sí misma de lo que está pasando —expuso el oficial de la policía.

—No lo pondría de esa forma — le corrigió Abraham.

—¿Y entonces cómo lo diría?

—Que estoy preocupado por el cambio brusco de su comportamiento.

—¿Si sabe que esto es una estación de policía? ¿Verdad? Aquí atendemos denuncias, combatimos el crimen, mantenemos el orden. No estamos aquí para atender preocupaciones. Para eso están los psicólogos —le recriminó.

—Yo soy psicólogo.

—Con más razón. Escúchese usted mismo y verá que lo que expone es vago, difuso, sin sentido y... No sé... Parece un trabalenguas. No me fastidie el día, no fastidie a esa familia que según lo que usted mismo explica, acaban de pasar un momento difícil y hasta les doy la razón de darle la espalda. Vaya que usted es un incordio. Lo acabo de conocer y ya no quiero ser su amigo.

Abraham se sintió humillado, menester era controlarse.

—¿Tiene pruebas? No. ¿Por qué no tiene pruebas? Porque no sabe cuál es el motivo de su inquietud. Si el mencionado ciudadano, no ha infringido la ley, no

puedo llegar a su casa: dar una patada en la puerta y buscar, pistola en mano, en el ático, el sótano y debajo de la casa. Eso solo pasa en las películas señor Glassman.

—Es Glassermann.

—¿Qué?

—Glassermann, ese es mi apellido.

El policía lo miró duramente.

—Mire. “Amigo “haga el favor de retirarse de mi vista. Y no vuelva a menos que de verdad tenga pruebas, algún indicio probable, de lo que sea que usted cree que pasa. Para su tranquilidad voy a investigar un poco sobre el profesor King. Lo haré por pura curiosidad. Y estoy seguro que no encontraré nada malo. Le recomiendo tomar unos tranquilizantes y vaya al cine, dele de comer a las palomas en el parque de su preferencia, vuele una cometa, compre un gato, deje esa familia en paz y así quizá obtenga usted algo de tranquilidad.

Abraham quiso replicar, no encontró las palabras adecuadas. Pruebas. Sí, necesitaba pruebas. Se levantó en silencio y se dirigió a la puerta. El policía lo observó. Se veía muy abatido el pobre hombre, por un momento se arrepintió haber sido tan duro.

— Ya, ya, no se angustie amigo. Vaya a casa. Voy a visitar al profesor King y cualquier cosa le llamo. ¿Vale? De seguro no es nada y con el tiempo recuperará a su amigo —le dijo condescendiente mientras lo conducía hasta la puerta.

Se sentó en su escritorio, dispuesto a volver a la rutina.

—Menudo personaje —le comentó su jefe, café en mano.

—Sí, todo un personaje. ¿Escuchó todo lo que dijo?

—Sí, sí escuché. Yo conozco al profesor King, no de manera íntima, claro. Le he visto un par de veces y supe de su accidente en un viaje escolar. Mi nieta está en su clase y me comentó lo ocurrido.

—¿Y qué opina de la preocupación de este señor Glassermann?

—Es genuina. No cabe duda. Pero no parece ser un asunto para la policía —hizo una pausa—. Mantén tu palabra y has una visita de cortesía a este profesor King, uno nunca sabe. Quizá la paranoia de nuestro amigo tiene algún fundamento, quizá no. No desatendemos el llamado de nuestra comunidad. Y así, si regresa por alguna razón tendrás como refutar sus preocupaciones con objetividad.

—Eso haré. Pero antes buscaré una taza de café. Me antojé al sentir el olor que despide el suyo. Nada como un café bien azucarado y bastante crema.

—Para mí sin azúcar, por favor, si no mi mujer me mata —expresó el jefe, levantando la taza.

—Cierto... Aunque si me das a escoger prefiero que el azúcar me mate. ¡Ja! ¡Ja!

—Eso sería una bendición —respondió el jefe, sarcásticamente.

Luego de servir la referida bebida caliente. Le dedicó un poco de tiempo al trabajo, lo que pudo entrever del profesor Martín Rubén King no le pareció extraño. No había nada, ni siquiera una infracción de tránsito. Aburrido del asunto desvió su atención a otros casos más importantes. Fue su jefe quien le recordó lo de visitar al profesor. Lo haría mañana. Ya era tarde. Suficiente trabajo por el día, su familia le esperaba.

Por su parte Abraham sufría otra decepción y empezó a cuestionarse. ¿Estaría actuando bien? El consenso general era que no pasaba nada, nadie veía algo extraño. Era su problema, solo él veía cosas fuera de lugar. Por más que intentaba desentenderse no lo lograba. Ese sexto sentido que tanto negaba su mente académica le decía que había un mal oculto. Algo estaba pasando, no saber qué, lo ponía más ansioso. Y si eso no fuera poco, el tiempo era su enemigo. Estaba enfermo y no sabía decir hasta cuándo podría estar activo, en cualquier momento caía en una cama de hospital y de allí, lo presentía, no saldría jamás. Debía resolver el misterio, ayudar a sus amigos, antes de que el cáncer se lo impidiese. Desesperado, entonó una oración al creador, nunca fue religioso, salvo los primeros años de su vida. De hecho, no era judaísta practicante desde hacía mucho, pero la angustia superaba su pragmatismo. Se entregó a esa fuerza mayor de múltiples nombres y facetas, Yaveh, Jehová, Alah. Como quiera que se llame. Que Dios le diera fuerzas para terminar su cometido.

XXI

LAS PRIMERAS BAJAS

Un mes después de la despedida Eglin recibió la noticia. Frederick había caído en combate. Esmeralda se encontraba en turno nocturno así que estaba sola. Era algo devastador. Era apenas 3 de septiembre y entre las primeras bajas estaba su marido. De nada le valían las palabras de aliento de los oficiales cuando le notificaron el deceso, las descripciones de su arrojo y valentía y que su acción valerosa le había hecho méritos para una medalla Pour Le Merite, post mortem y que sería entregada a la viuda (o sea, ella) en su entierro allí en Berlín. Una cruz de hojalata no sustituía una vida. Cómo echaba de menos la presencia de Esmeralda, si al menos hubiera celulares. Con la ayuda de la telefonía móvil pudiera comunicarse con ella. No existía dicha tecnología aún. Tendría que esperar hasta el siguiente día. Menuda travesía le tocaba vivir, apenas si cumplía los 18 años y ya era viuda y a la vez no lo era. “La viuda es Gretchen... La viuda es Gretchen...” se repetía en un vano intento de convencerse que no era su asunto, era un dolor ajeno. Quizá, si se persuadía de eso, el dolor se iría. Era inútil la frase. No era una afirmación sino una negación. Se sentía desecha, no tenía el menor ánimo de levantarse, comer o hacer cualquier cosa. Sin embargo, hubo de hacerlo, levantarse. Una conocida sensación en su entrepierna le obligó. Fue al baño presurosa. Sí. Como lo sospechaba. Le había bajado el periodo. La menstruación se hacía presente en el momento más inoportuno. Con sensaciones de do-

lor en el vientre y malestares que se sumaban a su tristeza. Otra queja más para el asunto de intercambio mental, de cuerpos. Antes, en el futuro (que enrevesada trama), no había sentido nunca malestares. La menstruación transcurría asintomática, apenas la sangre y nada más. El cuerpo de Gretchen reaccionaba distinto, había dolor, náuseas, irritación. Pero no era tan malo después de todo. Eso significaba que no había quedado embarazada y este simple hecho le hizo sonreír. Un poco, solo un poco. Un pequeño alivio, un algo menos de que preocuparse. Era cruel pensar así. Era necesario pensar así. Ser práctica, endurecer, madurar.

¿Cuánto más faltaba vivir en esa extraña aventura? Saber los hechos generales y tener un repertorio de posibilidades ya previstas no era suficiente preparación para afrontarlos. Ya había considerado la posibilidad que Frederick muriera en combate. ¿tan pronto? ¿Qué otras consideraciones habían advertido? Su mente estaba desordenada, no lograba concretar los hechos. Necesitaba a Esmeralda. Su personalidad sosegada, su mente teórica, su abrazo y su cordura.

Kutná Horá. Sí. Recordó. La ciudad, la mina, un centro secreto de investigación que pudiera muy bien nunca haber existido. ¿Y después de allí qué? Una vez que pudiesen establecerse en esa ciudad, de alguna manera debían acceder a esas instalaciones súper secretas. ¿Después de allí qué? De pronto sintió que todos sus objetivos carecían de sentido y tenían mucho de inútiles. Lloró, amargada, el destino parecía no ser otro que permanecer en esa convulsiva época. Un objetivo más práctico e imperante, era sobrevivir a la guerra y luego emigrar a EEUU, para al menos

tener una ligera sensación de regreso a casa. El objetivo no debía ser una oscura cueva en Checoslovaquia, el Este de Europa era sombrío, quedar en una zona controlada por los soviéticos, después que terminase la guerra, no era una cosa agradable de pensar. El Oeste, si, el Oeste. Allí estarían las tropas norteamericanas, sus compatriotas, ellos eran el camino a América. Se lo diría a Esmeralda. Que olvidara sus teorías de conspiración.

En otra época. Gretchen, en la figura de Eglin, estaba cansada de las idas y venidas, de los pedidos y encomiendas del profesor Kubbelmeyer. De suerte que quedaba poco tiempo para que terminara el periodo escolar. Una vez que culminara dicho tiempo irían a la universidad y se quitarían de encima a ese repulsivo señor. Ya habían elegido estudiar medicina. Marie Louise abandonaba un poco la idea de ser profesional en soccer. A pesar de ser muy buena no le había ido bien en las escogencias. Su rendimiento en el campo se veía afectado por la agotadora agenda del maligno profesor. Verla triste no le gustaba, pero prefería que se cerrara esa posibilidad, para que pudiese concentrarse en los estudios de medicina. Otra cosa por lo que agradecería el final del periodo escolar era poder deshacerse del muchacho escocés, Gules. Irían a universidades distintas o bien él se quedaría en Callhoun. Porque él aún no sabía qué carrera tomar ni a dónde ir. Sí, era útil para que realizara los requerimientos del profesor que ella no quería o no podía efectuar. Siempre que podía le delegaba mandados, tareas y ayuda en el laboratorio. En el fondo le exigía mucho para que se cansara y se alejara por su propia cuenta. Sin embargo, no se alejaba, cum-

plía con todos sus caprichos, siempre sonriendo. Su enamoramiento le tenía aburrida. No le dejaba espacio, enviarlo con el profesor no solucionaba del todo el asunto. Luego que se desocupaba pasaba horas hablando, ya sea por teléfono, en su casa, en la ventana. Ya quería también cortar ese odioso árbol. Un árbol contiguo a su cuarto, él, cada vez que podía trepaba por el tronco y le tocaba la ventana. Cuál Romeo que declamaba a Julieta se empeñaba en mil temas. Horas y horas. Y ella no podía hacer otra cosa que escucharle. Por más que deseaba mandarlo al demonio lo necesitaba para que estuviera con el profesor, eso le liberaba algo de tiempo. Lo detestaba, ese profesor fanático. Detestaba su presencia. Apenas lo toleraba. Sí, pronto no le vería más, a ninguno de los dos.

—Eglin! Eglin! —gritó la señora Kara desde la cocina.

Ella apenas la oyó. Tenía los audífonos puestos.

—¿Qué ocurre mamá? —le contestó, fingiendo sobresalto.

En realidad, estaba muy molesta, no era culpa de Kara.

—Llama la madre de Gules, él está muy enfermo.

“Y que rayos me importa a mí”, pensó.

—Gracias mamá —respondió quitándose los audífonos déjeme hablar con ella.

Se acercó hasta la cocina y habló con la desconsolada madre del chico. Simuló interés, preguntando sobre los síntomas. Le parecieron extraños. Para culminar la conversación dijo algunas palabras tranquilizadoras y prometió ir hasta la clínica.

—¿Que tiene el pobrecito de Gules? Cuando le atendí, Diana no supo explicarme. ¿Te dijo algo específico?

—No, no saben que tiene.

—Escuché que preguntaste los síntomas.

—Sí, si lo hice. Aunque no sé por qué lo hice, no soy doctor. Estoy preocupada por su estado, eso es todo —mintió.

—¿Vas a ir a la clínica? —preguntó la madre al ver que arreglaba para salir.

—Sí, si voy.

—Espérame, yo te llevo —le indicó.

No lo había pensado, no sabía dónde quedaba la fulana clínica. Ni siquiera sabía el nombre, no preguntó. Así que fue proverbial la intervención de Kara.

Una vez llegado al centro médico, saludó a la madre de Gules. Está la abrazó con fuerza, Gretchen apenas sí correspondió. En realidad, le conocía poco o nada. No es que fuese su suegra. Sin embargo, ya sea por su entrenamiento de enfermera o curiosidad, estuvo atenta a lo que ocurría. Los síntomas eran: diarrea, náuseas, decaimiento general. Los médicos no atinaban la causa y estaban realizando exámenes. Ya entrada la noche se estabilizó y pareció recuperarse. Notificaron a la madre: le dejarían esa noche en observación. Todo indicaba que al día siguiente le darían de alta. Con las recomendaciones de rigor, dieta, descanso, etc.

Gretchen regresó a casa con Kara, la madre de Eglin, ya muy entrada la noche. Dejando a la mamá de Gules más tranquila, acompañada de su esposo, que recién llegó cerca de las 11 de la noche. Marie Louise no pudo ir, ya que al estar ausentes Gules y Gretchen para las diversas tareas impuestas por el profesor, ella tuvo que hacerse cargo y llegó exhausta a su casa, pero se mantuvo en contacto vía mensa-

jes de texto. Intercambiaron algunas ideas. Era mejor estar pendiente del estado de Gules. En eso estaban de acuerdo.

Un Mal presentimiento se alojaba en la mente y corazón de Gretchen. Algo no iba bien. Todo le parecía muy repentino. Se arrepintió un poco de los pensamientos anteriores, es verdad le aburría ese chico, no por eso le deseaba mal. Deseaba que le fuera bien, eso sí, lejos de ella.

Marie Louise, no menos cansada que Gretchen de las tareas obligadas con el profesor, luego de ducharse y cenar quiso dormir, la inquietud se lo impidió. Encendió la computadora, decidió investigar en internet. Tenía una corazonada, ya había atendido a pacientes con esos síntomas repentinos. La información estaba allí, con los datos y experiencia propia que tenía como enfermera, una aberrante posibilidad se perfilaba en el horizonte: Envenenamiento por radiación.

Aquello podría parecer imposible, el pueblo estaba limpio de radiaciones. Así que todo apuntaba a Kubbelmeyer. Él estaba haciendo experimentos extraños, más allá de su comprensión. Quién sabe cómo obtendría elementos radioactivos o si era otra la causa. Y si el pobre Gules se había contaminado cabía la posibilidad de que ellas dos también. Debía contárselo a Gretchen. La llamó a su celular. Lo tenía apagado. ¡Rayos! Mal momento para dormir.

Lo conversaron por teléfono en la mañana. Debían abordar al profesor. Él, si no era el responsable, debía saber algo. No pudieron hacerlo en la escuela, era mucho riesgo, lo harían en la tarde, irían a su casa. En el colegio alguien pudiera escuchar la conversación y sería comprometedor.

Una vez allí, le inquirieron de manera directa.

—Usted sabe que el muchacho escocés, Gules, está enfermo, supongo —le comentó Gretchen una vez estuvieron a solas con él.

—Sí, así me enteré en la escuela, pobre muchacho —le respondió el profesor.

—Los síntomas son sospechosamente parecidos a un envenenamiento por radiación, ¿usted sabe algo de eso? —le increpó Marie Louise.

—Hice un experimento con él. Por lo visto no salió bien. Los resultados son adversos.

Las chicas quedaron boquiabiertas. En definitiva, les gustaba casa vez menos la idea de estar relacionadas con ese ser maligno y la asociación obligada. Era tan desfachatado que ni siquiera intentó ocultarlo. Se lo dijo así, sin más ni menos.

—Antes que me lo digan. Sí, parece un acto vil. Pero era necesario —les dijo sin mostrar preocupación o arrepentimiento...

—¿Por qué? ¿Qué mal le hizo ese pobre chico? —preguntó Marie Louise alterada.

—Sí. ¿Por qué hacer eso? Bastante que él nos ayudó en sus cosas, en el laboratorio, recolectando los materiales —inquirió a su vez Gretchen.

—No fue nada personal. Es un chico estúpido pero colaborador. No tuvo nada que ver eso. Necesitaba un ser humano para probar algo. Ver sus efectos.

—¿Qué es eso tan importante como para sacrificar una vida? —preguntó Marie Louise.

—Es una sustancia que sirve como traza, sirve como marcador para la máquina. Cómo recuerdan, cuando se activó la máquina en el pasado hubo una fuerte explosión. Pienso activar la máquina de manera

remota, entonces necesario es el marcador, por llamarlo de una manera simple, así, sin importar mi ubicación, se producirá el traslado sin el riesgo de quedar atrapado en la explosión. Porque la máquina, una vez llegue a su máxima capacidad, explotará, no hay forma de revertir eso. Lo he intentado solucionar. No pude, explota una vez llega a un límite de acumulación de energía. Así de simple. Por lo tanto, el marcador es un seguro. Uno nunca sabe si falla algo. La ciencia es predictiva, no siempre exacta y en un experimento de esta magnitud, que se desarrolla de forma secuencial, puede ocurrir algún detalle que produzca una catástrofe. Estoy tratando de abarcar todas las posibilidades, no soy infalible. Y entonces, antes de inyectarla en mi cuerpo, debía probar sus efectos en otro recipiente y este chico me pareció el más indicado.

—¡Oh mi dios! Usted es perverso al extremo —exclamó horrorizada Gretchen.

Él solo se encogió de hombros, sonriendo con malévolo sarcasmo.

—¿Es radiactiva? ¿verdad? La sustancia —preguntó Marie Louise.

—Sí, un poco. Traté de mantenerla por debajo de los parámetros peligrosos para el ser humano, pero ya ven, me equivoqué. Debo reformularla. ¿Podrían conseguirme una muestra de la sangre del muchacho, para analizarla y lograr encontrar la forma de contrarrestar sus efectos?

Gretchen lo cruzó con la mirada. Ya aquello no era perversión, sino malignidad, descaro.

—¿En que beneficia eso? —preguntó Marie Louise.

—Pues crear un antídoto. Ya tengo trabajo adelan-

tado al respecto. Con una muestra de sangre pudiera desarrollarlo más rápido.

Gretchen y Marie Louise se vieron.

—Está bien lo haremos — contestó Marie Louise.

Si eso podía salvar a Gules. Lo harían. Camino a casa le comentó a Gretchen.

—Tendrás que ser tú Gretchen, yo pudiera hacerlo, pero para ti será más fácil acceder a él. Por la afinidad que siente por ti, por la muchacha Eglin. Esa familia te ve como parte de la suya. Crean que son novios o algo parecido. Yo te apoyaré en lo que pueda.

Gretchen asintió. No iba a permitir que ese muchacho, por muy fastidioso, fuese una baja más en la maligna cruzada del profesor.

XXII SEPELIOS

Eglin fue convocada, como viuda, a la ceremonia de entierro de Frederick. Recibió la medalla Pour Le Merite y fue notificada del ascenso post mortem de Frederick y el derecho al cobro de la pensión, correspondiente con el grado de teniente. Esmeralda estuvo a su lado todo el tiempo. Un oficial se le acercó. Se identificó como el teniente Gaitner. Le dio el pésame y se puso a sus órdenes. Ese mismo oficial dio un pequeño discurso, hablando de la valentía, el sacrificio y el patriotismo de Frederick. Todo muy sentido y muy bonito, pero en realidad no importaba. Estaba muerto, ninguna palabra de aliento le iba a revivir. Era 15 de septiembre y la campaña polaca estaba por terminar. A instancias de Esmeralda, Eglin conversó con el oficial, se ofreció de voluntaria para servir a su país. Ella y su prima, ya fuese como enfermeras u otra tarea que les encomendaran. Además de su profesión, añadió, sabían inglés. Por parte materna, explicó, eran de descendencia británica. Y ahora, que estaban en guerra con Gran Bretaña, el conocimiento del idioma podría ser útil a la patria. El oficial quedó en contactarle luego. Le recomendó que se tomara un tiempo para asimilar el dolor y que no se preocupase, pertenecer a la cruz roja ya era un servicio a la patria. Le había prometido a Frederick ayudar a su esposa, él se lo pidió expresamente antes de morir. ¡Y que el infierno se congele si faltaba a su palabra!

Esmeralda observaba la situación en silencio. Se pre-

guntaba, si ese oficial sería la clave para cumplir con su meta/destino. Tendrían que esperar un par de años más. Porque, como es sabido, los dos primeros años de la guerra fueron favorables a Alemania. Recién en 1942 fue que comenzaron a sentirse los resultados adversos y los bombardeos de la RAF a Berlín comenzarían en 1940. Para experimentos secretos no había fechas concretas, solo conjeturas, investigaciones poco serias, opiniones diversas. Siendo de esa manera el camino oscuro.

Por lo pronto servir a la patria era lo necesario. Total, ya a estas alturas eran miembros del partido. Tuvieron que inscribirse en el NSADP para poder hacer el curso de buena esposa. De esta manera no importaba si la motivación era justa, justificada o fervorosa. Lo importante era destacar y ganarse la confianza de las autoridades nazis. No porque simpatizaran con sus torcidos ideales, sino por conducirse, en lo posible, en el camino del determinismo. Cómo rezaba el viejo dicho latinoamericano: “lo que es del cura acude a misa”. Si el destino de Gretchen y Marie Louise era estar presente o cerca del incidente que acarrearó el desplazamiento mental-temporal, este debía ocurrir de manera indefectible, siempre y cuando ellas no se desviaran mucho de su camino. Al menos esa era la teoría o más bien la esperanza.

—¿Cómo te sientes Eglin? —le preguntó una vez que culminó el sepelio y estuvieron en casa.

— Bien, inesperadamente bien. Sí, no niego que colapsé cuando recibí la noticia. Sentí como si una ola me arrastrará mar adentro, me hundí, me sofocaba, el vacío debajo de mi me parecía inconmensurable, oscuro, poderoso, avasallante. Luché, di pataletas,

hasta que tomaste mi mano y me sacaste de ese mar de infelicidad. Y estoy en la playa, donde me dejaste, empapada, cansada; viva, respirando y queriendo seguir adelante.

—Qué bueno oír eso. Me preocupaba que te deprimas.

—No, Esmeralda. Sí, una parte de mi quiso a Frederick. Y siempre lo querrá. Pero la viuda no soy yo, es Gretchen, a quien él amaba era a Gretchen y quién lo amaba era Gretchen. Yo solo tuve un enamoramiento, una ilusión. Inclusive el cuerpo que él tomó era el de Gretchen. Este cuerpo, como bien sabes, no es mío

—Pero las sensaciones sí. Esas fueron tuyas.

—Sí, pero fue algo prestado. Ya se acabó el préstamo, la vida cobró, el pago ya fue tomado. Listo. Eso es todo.

Esmeralda no le replicó esta vez. Solo la abrazó. Eglín, por mucho que le restara importancia al asunto, necesitaba ese abrazo. Estaba madurando y eso le hacía endurecerse, igual sólo eran dos adolescentes involucradas en una situación inverosímil.

En un contexto análogo, más no igual y en otra línea del tiempo. Gretchen y Marie Louise asistían al funeral de Gules, este había muerto a pesar de que Gretchen había obtenido la muestra de sangre y luego le inyectó el antídoto que preparó el profesor. Más que tristeza, una rabia le embargaba. El doctor Kubbelmeyer las había manipulado y engañado una vez más. Toda la clase estaba allí, los profesores, todos menos él. Así que sin mediar palabras ni consultar con Marie Louise tomó rumbo a la casa del odioso profesor aún y cuando el entierro no había termi-

nado. Todos lo notaron, nadie dijo nada. Cómo el padre de Eglin se moviera con intención de interceptar a su hija, Marie Louise, en la figura de Esmeralda le hizo señas de que ella se encargaría. El Capitán Thompson desistió de la idea. Quizá era mejor así, no sabía muy bien que decirle a su hija ante su pérdida. Entre mujeres y amigas se podían entender mejor. Gretchen caminaba apresurada, Marie Louise corrió y pudo alcanzarla.

—¿A dónde vas Gretchen?

—A encarar al doctor Kubbelmeyer, me debe una explicación.

—Déjalo así. El tipo está loco, además es inteligente y astuto. Una combinación peligrosa.

—No me importa. Estoy hasta la coronilla con sus confabulaciones. Esta mascarada ha costado una vida. Todo por su estúpido experimento, por un régimen muerto hace setenta años, por ideales anacrónicos y monstruosos. Estoy cansada Marie Louise, estoy cansada.

Siguieron caminando con premura. En silencio, Gretchen lloraba, tenía los ojos encendidos de furia. Marie Louise jamás la había visto así. En esos momentos temía más de ella que del profesor. En un arrebato de cólera podría cometer alguna imprudencia. Debía vigilarla de cerca, además, ella también quería saber que había pasado. Se había hecho la idea de que Gules se salvaría con el antídoto. Por eso la desilusión, el desengaño. Ahora faltaba saber la verdad, si es que había alguna en este caso. Quería exponer mejores argumentos para evitar la confrontación, más allá de lo que ya había expuesto no se le ocurrió nada.

En menos de lo que hubiesen creído llegaron a la residencia de los King. Les recibió la señora Linda. No le causó sorpresa ver a “Eglin” llorando y con el rostro descompuesto. Atribuyó el enrojecimiento de sus ojos al llanto y el dolor, no vio rastros de furia en ellos. La abrazó y le dio sus condolencias. Cómo muchos, pensaba que Gules y ella tenían algún tipo de relación más allá de la amistad.

Ella solicitó hablar con Martín. Con lo unidos que siempre fueron su esposo y Eglin le pareció adecuado.

— Es bueno que hayan venido, Martín esta tan afectado que no pudo ir. Yo tampoco insistí mucho, esas emociones no le hacen bien. Es grato saber que podrán confortarlo un poco —expresó la señora King. Gretchen asintió con la cabeza. Este se hallaba en el sótano, en su taller, por no llamarlo laboratorio, sumido en sus experimentos y cálculos. Apenas se percató de su presencia, dejó lo que estaba haciendo y le pidió a Linda que les permitiera un momento a solas. Ella accedió, manifestó que igual debía salir con los niños, le tranquilizaba dejar a su esposo en buena compañía. Subió, alistó a sus chicos, se despidió desde las escaleras y se fue al centro en el auto. Esperaron a que se fuera, una vez que la casa estuvo vacía comenzaron a hablar.

—Muy bien, ya se fue mi querida esposita, hablen —anunció el profesor.

—¡Nos engañó! El antídoto no dio resultado. Gules murió de todas maneras —le reclamó Gretchen.

Marie Louise se quedó a la expectativa.

—Sí, el muchacho murió, pero el antídoto fue efectivo.

—¿Cómo que fue efectivo? ¡Él murió! No sirvió de nada, es usted un inepto o eso que le inyecté era para terminar de matarlo.

—Ni lo uno, ni lo otro. El antídoto era para: primero, desactivar el agente trazador y segundo, eliminar todo rastro de la sustancia en su sangre. De allí en adelante la sobrevivencia era cosa de su cuerpo. Lamento que muriera, me hubiera gustado hacer un monitoreo de su recuperación y hacer otros experimentos con él. Fue una pérdida para la ciencia, quien sabe que secretos pudiera desvelar y hasta, quien sabe, hallar un tratamiento para la contaminación radioactiva.

—¡Es usted un malnacido! ¡Dijo que sí que si obtenía una muestra de su sangre podía elaborar un antídoto para contrarrestar los efectos de la radiación! —estalló Gretchen.

—Y eso hice. La fórmula contrarrestó los efectos. No me acusen de engaños, yo jamás dije que era para salvar al muchacho.

—Era algo implícito, usted dejó que pensáramos eso. Que su salvación era posible. Era más fácil para sus objetivos, sus estúpidos experimentos y su infame cruzada.

—Eso lo pensaron ustedes. No es mi culpa que se les ocurriera eso.

Gretchen no respondió, se abalanzó sobre él, tenía un cuchillo de mesa en la mano. Marie Louise se quedó pasmada. ¿En qué momento lo tomó? No, no pudo haberlo tomado de la cocina. Apenas si habían llegado hasta la sala y de allí pasaron al sótano, eso quería decir que lo trajo desde su casa. Su plan era matar al profesor desde el principio. Aunque más que

un plan era un acto puro de rabia, odio y frustración. El hombre esquivó el ataque, le arrebató el cuchillo, lo lanzó lejos. Y en una demostración de fuerza bruta la alzó por los aires con un solo brazo, tomándola por el cuello. Los dedos se crispaban, la estaba ahorcando. Gretchen pataleó y trató, de manera inútil, deshacer el agarre. Aquellas manos enormes ejercían una presión ciclópea. Marie Louise, antes que pudiera reaccionar se vio a sí misma tomada del cuello y alzada al aire, tal como le ocurría a su prima. También luchó, pataleó, nada logró. Se desvaneció sin poder evitarlo.

Cuando despertaron se hallaban en un sofá viejo hallado en el sótano. Recostadas una de la otra. Les dolía el cuello y les costó un poco respirar al principio, estaban vivas. En una silla colocada al revés, frente a ellas, sobre la cual reposaba sus brazos, estaba la figura del profesor. Esa oscura mole de músculos que albergaba la mente de un científico loco. Sonrió con malevolencia al verlas despertar.

—Qué bueno que despertaron, necesitamos hablar con calma, como seres civilizados —les dijo muy sosegado.

Las chicas estaban muy adoloridas y conmocionadas como para hablar. Así que solo asintieron con la cabeza.

—No se preocupen, aun y cuando intentaron agredirme no es realmente mi intención hacerles daño. Sé qué están pensando que soy un monstruo y todo lo demás, pero no soy un asesino. Soy científico y mi deber es con la ciencia, soy alemán y mi deber es con la patria.

“Que cínico”, pensó Gretchen.

—Entonces niega usted su participación en la muerte de Gules —afirmó Marie Louise.

—No la niego. Es obvio que murió por mis acciones, sin embargo, mi intención no era que muriera.

—No importa la intención, el resultado fue la muerte. Eso, eso es asesinato, no importa como lo adorne —le acusó Gretchen.

—Si es por eso ustedes también son asesinas —contestó el profesor.

—Nosotras no hemos matado a nadie —expresó Marie Louise.

—¿Cómo se atreve a afirmar eso? Usted no nos conoce, además somos enfermeras de formación, nuestra tarea fue siempre ayudar a salvar vidas.

— Podrán engañar a otros, pero no a mí, ni a ustedes mismas. No me van a decir que en medio del Aktion 4 ustedes no mataron a nadie. Sí, sí, no pongan esa cara, yo sé de eso, se lo que ocurrió. ¿Cuántas mujeres, ancianos y niños mataron con la excusa de cumplían órdenes? —dijo él, haciendo muecas de burla y sonriendo de forma macabra.

—Es distinto, nosotras no sabíamos lo que ocurría —se defendió Gretchen.

—Y cuando lo supimos protestamos y no participamos más en esas acciones —completó la idea Marie Louise.

— Claro, claro, siempre es distinto cuando las cosas le ocurren a uno. Es muy cómoda esa afirmación. ¿Cómo fue que dijiste? ¡ah, sí! No importa la intención, el resultado fue la muerte. Eso, eso es asesinato, no importa como lo adornen —le acusó el profesor repitiendo sus palabras.

—Nosotras no sabíamos lo que hacíamos, en cam-

bio usted sí, hizo el experimento a sabiendas que podía morir —replicó Gretchen.

— En efecto, siempre supe que era un riesgo, me confié, lo admito,iqué de confiado. Creí tanto en mis habilidades y conocimientos que despejé toda duda de mi mente y me convencí de que no hacía nada malo. Solo un experimento inocuo.

Las chicas guardaron silencio. No valía la pena discutir con un ser semejante. Lo dijo con tanto convencimiento, como si hubiese matado una mosca sin querer.

—Para ya zanjar el asunto. Las voy a liberar de cualquier tarea o acuerdo que hayamos realizado. No las voy a molestar más, dedíquense a sus cosas, yo a las mías. Olvidaré que intentaron matarme y ustedes se olvidarán de que, en defensa propia, respondí con cierta rudeza.

—¿Cierta Rudeza? Casi nos parte el cuello —le recriminó Marie Louise.

—Y pude haberlo hecho. No era necesario, a pesar de lo que ustedes piensen, no me gustan las muertes innecesarias y ustedes son mis compatriotas. Ya en unos meses termina el año escolar, ustedes irán a la universidad, yo me quedaré aquí y con los materiales que tengo puedo continuar solo, no las necesito.

Gretchen, a pesar de lo asustada que estaba se alegró de escuchar eso. Era lo que más deseaba, no tener nada más que ver con ese científico del demonio.

—¿Entonces quedamos así, sin rencores? realicen sus planes que yo realizaré los míos.

Las chicas aceptaron, no parecían tener otra opción. Si antes le tenían temor ahora más. Ya no solo era locura, ahora era desfachatez, cinismo y una moral

muy flexible. Aparte ese despliegue de fuerza experimentado en el sótano les había intimidado. No las mató solo porque en su locura las veía como camaradas, compatriotas y por una autocomplacencia en la fortaleza recién adquirida, además necesitaba testigos de su grandeza científica, o al menos eso pensaban, ingenuas. Les quedaba al menos la esperanza de no tener más tratos con él y, una vez en otra ciudad, estarían fuera de su alcance. Sí, era lo mejor. Pasar el susto y seguir adelante.

Las acompañó hasta la puerta. Antes de irse les dio el dio el cuchillo les dijo:

— No olviden llevarse su mondadientes, con este cuchillito no hubieran podido hacer mucho.

Y tenía razón era un cuchillo de mesa pequeño, que ni buen filo tenía. Gretchen lo recogió y salieron presurosas. Eran libres ahora de ese sujeto. Eso creían.

XXIII

EL OCTAVO MANDAMIENTO

Linda no fue al centro como había dicho, en realidad se dirigió a la casa de Abraham. Necesitaba confrontarlo. Había cruzado la línea, eso no lo podía consentir. Tocó la puerta, escuchó sus pasos. El consejero abrió la puerta y se alegró mucho. Ya la enfermedad lo estaba doblegando. No quería entregarse a la derrota ni ingresar en un hospital. También estaba claro que en algún momento no iba a poder evitar ser hospitalizado. Se estaba preparando para ello. Por eso ver a su amiga le contentó, sin embargo, no le duró mucho el júbilo. Al saludarla esta no correspondió el saludo. Su mirada denotaba furia. Los niños se habían quedado dentro del automóvil, quiso saludarlos, estos ni siquiera voltearon a verlo. Linda entró sin esperar invitación. Abraham, extrañado, cerró la puerta.

—¿Cómo es posible Abraham que hayas denunciado a Martín?! ¡Traicionaste el cariño y la confianza que te prodigó nuestra familia! —exclamó, una vez dentro.

—¡Linda, espera! Yo no denuncié a Martín, yo...

—¿No lo denunciaste? ¿No lo denunciaste? Eres un descarado, cínico, mala persona, mal amigo. ¿La visita que recibimos de la policía a instancias tuya es una fantasía mía, una alucinación?

—No, pero...

—Pero nada. Fuiste a la policía a expresar tu “preocupación” de que algo raro estaba haciendo mi esposo —le reclamó haciendo exagerados ademanes y

colocando comillas con los dedos a las palabras.

—Bueno, sí, pero...

—Eres un mal nacido, sentí mucha pena cuando Martín luego de la caída y con su pérdida de memoria y cambios que enfrentó no te reconociera como amigo, ve que tenía razón, algo pudo ver que nosotros no.

Abraham guardó silencio.

—¡Rayos! ¡Qué decepción! ¿No podías darle tiempo que se recuperara? No, no pudiste. En un acto vil y rastrero, por envidia, por amargura o que se yo cuáles sean tus motivos fuiste a la policía con intención de dañar su reputación. Insinuaste que podía estar teniendo relaciones con sus estudiantes, con Eglin y Esmeralda, para ser más exacta.

—No, no yo jamás dije eso.

—Claro que sí, no lo niegues. Cosas vergonzosas como esas preguntó el policía. Y hasta donde yo sé quién anda acosando a esas pobres chicas eres tú — continuó recriminando Linda.

—No Linda, yo no ando acosando a las chicas.

—Lo has hecho, nos enteramos de que le escribiste al museo de armamento ese, donde ocurrió el accidente expresando tu “preocupación” y hasta fuiste en persona. Que descaro el tuyo el negarte.

—No lo niego, yo fui, pero es porque de verdad estaba preocupado.

—Sí, eso ya lo sabemos, maldito egoísta, metete tus preocupaciones por el culo y deja a nuestra familia en paz y a esas niñas también. ¡Por Dios Santo! ¿es muy difícil entender eso?

—No lo hice con malas intenciones, créeme...

—No me importan tus intenciones si me afectan las

consecuencias. Olvídate de nuestra familia, si antes no entendía la decisión de Martín de no hablarte, ahora le apoyo de manera incondicional. ¿Sabes lo humillante que fue soportar a la policía husmeando en mi casa, mi hogar, mi fuerte? Tanto fue así que el mismo oficial se sintió apenado y no quiso forzar ninguna situación, un desconocido tuvo más consideración con nosotros que tú. Tú quién eras de nuestro círculo interno. Eras de la familia, eras el tío Abe, no un amigo cualquiera. Pero tu necedad y tus obsesiones te empujaron a olvidar todo eso.

—Linda, tengo cáncer terminal, pronto voy a morir. La adolorida mujer cesó el ataque. Estaba Exhausta. Pero luego de recuperarse de la impresión inicial continuó el asedio.

—Lamento que tengas esa enfermedad, sin embargo, eso no te da permiso para actuar de esa manera. Y si tu intención al decirme eso es que sienta lastima por ti, pues lo has logrado, me das lastima, pero también te desprecio. Lo dicho: apártate de nuestras vidas y muere en paz. Que te disculpen tus ancestros si es que los tienes.

Dicho esto, Linda, sin esperar respuesta dio media vuelta, se montó en su automóvil y se fue.

Abraham se quedó en la puerta sin saber muy bien qué hacer. Odiaba admitirlo, ya no tenía más fuerzas para seguir luchando sólo. Quizá tenían razón, estaba en una cacería de brujas sin fundamento ni requerimiento. Nadie lo apoyaba, nadie veía lo que él. ¿Qué era lo que él veía? Nada, era un maldito sexto sentido, un mal augurio. Cerró la puerta y buscó una de esas píldoras multicolores que le habían recetado. Un par de ellas lo mandarían a dormir y se olvidaría

un poco de esa descolorida cruzada contra el mal invisible.

En la estación de la policía el jefe y subordinado cambiaban impresiones.

—¿Qué averiguaste de lo del profesor? ¿Hay algo porque preocuparse? —preguntó el capitán.

— No, nada. Fui a su casa, conocí a su esposa, una mujer encantadora. Se alarmó un poco al principio, luego se relajó. Y aunque convino que revisara su casa no lo creí necesario. Entre los vecinos, nada sospechoso hallé. Es el profesor Martín un ciudadano muy respetado y apreciado en su comunidad —contestó el oficial un poco aburrido.

— ¿Y de nuestro amigo el consejero?

— Igual. Un buen hombre, algo solitario y callado, no molesta a nadie. Lo único que me llamó la atención es que hace unos meses fue diagnosticado con cáncer.

—¡Uy! ¡Eso si es fuerte! ¿Es terminal?

—Así parece. Eso nos lleva a la idea de que el pobre hombre se siente abrumado y se inventa todas estas cosas como una forma inconsciente de llamar la atención.

—¡Pobre hombre!

—Sí. Caso cerrado.

—Es una lástima, pero las enfermedades terminales no son nuestro campo.

—Así es —opino el oficial.

El jefe se alejó con el café aun humeando. Sintiendo algo de pavor. Él mismo tenía una cita para realizar unos exámenes para despejar dudas acerca de su salud. Sería horrible oír esa noticia. Por un momento se sintió en los zapatos de aquel sujeto y le tuvo compasión.

XXIV PLANES Y CONCURSOS

Otra navidad transcurría. En el frente occidental se desarrollaba “la guerra de broma”. Eglin y Esmeralda permanecerían en Berlín hasta enero al menos. Estaba previsto que fuesen transferidas a Colonia, en preparación de la Campaña de Francia.

—Estoy aburrida y cansada Esmeralda. Esta espera me mantiene en un estado de ansiedad crónica —expresó Eglin.

—Creo entenderte, yo no estoy mejor, pero debemos ser pacientes y actuar con discreción.

—Según tu teoría debemos esperar cuatro años más antes de que veamos una salida a esta situación. Porque todavía no es el tiempo. Mira que en vez de ir al este nos van a transferir al oeste. ¿Eso es bueno?

—No es ni bueno ni malo. Simplemente es lo que toca. La guerra está en el Oeste, no en el este.

—Qué fastidio.

Esmeralda no respondió de inmediato, estaba acostada boca arriba, se volteó, buscó un cuaderno y se lo alargó a Eglin.

—¿Qué es esto? —le preguntó.

—Un esbozo de un plan B. En caso de que llegue 1944 y sigamos en el frente oeste —le contestó Esmeralda señalando puntos en el cuaderno.

—Parecen mapas.

—Lo son, al menos eso intenté.

—El cuaderno está lleno de ellos.

—Sí, hay al menos cuatro rutas alternativas y cada una de ellas presenta variantes.

—¿Para llegar a dónde?

—A ningún sitio en específico. Lo importante sería cruzar el frente, contactar tropas aliadas y entregarnos, de allí en adelante confiar en nuestra buena suerte.

—¿Y porque no los ponemos en práctica ahora mismo?

—Porque necesitamos que el día D ocurra, el 6 de junio de 1944. Toda opción de escape tiene que ser posterior a esa fecha.

—¡Rayos! Qué problema con ese bendito año 1944.

—Claro también pudiéramos intentar colarnos en el ejército americano, para ello debemos robar u obtener los uniformes. Como es obvio: hablamos bien el inglés y nadie va a notar nada raro. Cualquier cosa inesperada que suceda podríamos simular estar amnésicas de nuevo, si nos funcionó con los alemanes con nuestros compatriotas debería ser más fácil.

— Esa idea me gusta más.

—Cruzar el frente no será fácil y la verdad: no tengo idea a lo que nos enfrentaremos. Será un recorrido a pie, en vehículo es poco menos que imposible y a caballo, menos que menos. Tenemos que conseguir abrigo, comida, armas, no va a ser fácil. Es peligroso.

—¿Armas? ¿Pero cuáles?

—Pistolas, cuchillos, un palo, lo que podamos. Somos mujeres debemos proteger nuestra dignidad.

—Cuando lo dices así, asusta un poco.

—Asusta mucho, diga cómo lo diga. No es un paseo al parque, es cruzar la mal llamada tierra de nadie, con un ejército a nuestras espaldas y otro en el frente, ambos con los dedos en el gatillo, prestos a dispa-

rar sobre cualquier cosa que se mueva.

Eglin asintió con la cabeza. Cerró el cuaderno, no tenía mucho sentido que lo observara. No entendía los mapas. Luego, quizá les daría otra ojeada.

La guerra de broma no terminaría hasta mayo y si esos meses, entre diciembre y abril le parecieron aburridos, mayo y junio fueron una vorágine. Los hechos se sucedieron con una velocidad increíble y para cuando se percataron de lo que estaba pasando ya estaban en julio, camino a París. Cada transferencia les acercaba más al Oeste, alejándolas de su meta original y cada vez está tenía menos sentido. Quizá el destino no era Checoslovaquia sino Francia. Siempre habían querido visitar la Ciudad Luz, caminar por los Campos Elíseos, tomarse fotos en la Torre Eiffel. Al llegar quedaron desilusionadas. No había luz ni jolgorio en las calles, era una ciudad triste y oscura. Los alemanes eran vistos con recelo y antipatía, con miedo, que era mucho peor. Y ellas, a todas vistas, no eran turistas invitadas; para los parisinos eran parte del ejército invasor, enemigas de la patria francesa. En sus miradas se notaba: no eran bienvenidas. Eglin y Esmeralda se solidarizaban con el dolor de los ciudadanos de París, pero muy poco podían exteriorizarlo; sus “compatriotas” no lo verían con buenos ojos y los franceses lo podrían tomar como una burla. Eso les entristeció y muy poco pudieron disfrutar de la velada en la ciudad, al menos ese día no. El resto de sus compañeras no fueron afectadas por ello. Alegres y risueñas aprovecharon el permiso que les concedieron para tomar fotografías, comprar chocolates y brindar por el triunfo del Reich. Ellas, disimularon lo mejor que pudieron y cuando no, se

excusaban con la frase: “Gretchen extraña su marido, ahora fallecido. Se siente triste y no quiere salir”. En otra época y otras circunstancias Gretchen y Marie Louise, ya superada la muerte de Gules y el altercado con Kubbelmeyer sólo pensaban en el fin de curso. No por la fiesta y la elección de la reina del baile y esas tonterías, sino por algo más importante. Una luz de tranquilidad se abría ante ellas, sin embargo, Gretchen seguía en alerta, no podían confiarse. Hasta que no estuviesen fuera del alcance del científico loco y sus experimentos, no habría paz posible. Por su parte, el mencionado científico, veía que sus planes estaban desarrollándose más rápido de lo que había previsto. Según sus cálculos iniciales, iba a tardar unos 3 o 4 años en llevar a cabo todas las partes del experimento. Gracias a las computadoras los cálculos logró completarlos antes de ese tiempo. Ya estaban casi listos otros segmentos claves. El cilindro se encontraba avanzadísimo, los líquidos y sustancias necesarias estaban en proceso de sintetizado. Lo que no pudo hacer por sí mismo había contratado empresas químicas para agilizar el proceso. Como los requerimientos que exigía no iban en contra de ninguna ley no se presentó ningún problema legal ni sospechas. Estados Unidos era un extraño país donde las leyes regulaban una sustancia como la vainilla, pero se podía comprar un arma en cualquier tienda especializada y preparar sustancias químicas sin que ello atrajera la atención. El aspecto financiero lo frenó un poco. Ahora que había eximido a las chicas de su colaboración voluntaria ese aspecto le afectaba. El sueldo de maestro le colocaba límites. Desesperado. Echó mano de los ahorros para la universidad de

los chicos. No es que le importaba su educación. No eran hijos suyos, ni tampoco demasiado brillantes. En su opinión.

Dentro de poco estaría listo para realizar la activación. Sin embargo, los cálculos matemáticos le preocupaban un poco. Era clave ese aspecto en el éxito o fracaso de la empresa. No podía fallar en un decimal siquiera. Los había hecho y rehecho varias veces y lo haría de nuevo. No se hallaba 100 por ciento seguro, aún y cuando, los cálculos siempre le daban los mismos resultados. Precisamente por eso le preocupaba, quizá estaba cayendo en una autocomplacencia, no quería cometer el mismo error de sus colegas en 1944. Y esta vez, dependía de sí mismo y en la ayuda de los ordenadores. Solicitar asistencia de algún matemático no era una opción viable. Levantaría sospechas. En dos segundos tendría al FBI derribando su puerta. Pasó varios días pensando en el tema. Hasta que una ingeniosa idea llegó a su mente. Transformó los cálculos en un problema matemático, le presentó la idea de hacer un concurso a nivel regional al director de la escuela, este, un entusiasta de las matemáticas se enamoró de la idea y juntos la llevaron a nivel estatal y de allí, gracias al internet, se convirtió en un concurso nacional. Ni siquiera tuvo que preocuparse por el premio. Las autoridades educativas ofrecieron becas y grupos independientes también ofrecieron premios en metálico o regalos. “El problema de King”, el Rey de los problemas, se hizo muy popular y aunque el concurso era dirigido a los estudiantes, profesores y apasionados de los números se unieron a la resolución del problema. Claro, no podían optar por los premios y becas, igual deseaban participar y

probar sus habilidades. Dado que Kubbelmeyer usó la temática de los viajes en el tiempo, al final era su fin real, causó interés en aficionados de la ciencia ficción. Esto en parte era bueno y en parte no lo era tanto. Obtuvo una atención de los medios que no deseaba. Quería permanecer anónimo, no lo logró. Y como hablara a través de la computadora hubo las innecesarias comparaciones con Stephen Hawkins. Pronto empezó a recibir trabajos y respuestas, al principio no muy prometedoras. Pero poco a poco llegaron mejores escritos e ideas frescas. Con diferentes resultados al suyo. De pronto se encontró abrumado con las cartas y correos electrónicos y cuando no: entrevistas y reuniones con colegas y curiosos.

En contra parte, su antiguo amigo, Abraham Glasermann, se preparaba para una vez finalizado el fin de curso, comenzar el proceso de internarse en una clínica. Ya el cáncer estaba tomando fuerza y a medida que eso pasaba, se debilitaba. Si dejaba pasar mucho tiempo podía ser tarde. No quería que la muerte le sorprendiera en casa. Casa que vendería, igual no esperaba volver, lo que no pudiese vender lo regalaría y si sobraba algo de dinero luego de pagar los servicios fúnebres, se los dejaría a su sobrino en Oregon. No pudo dejar de notar toda la atención que acaparaba su ex amigo, mientras él se hundía en el destierro, quiso no darle importancia, la frustración fue más fuerte que la tranquilidad y la curiosidad más fuerte que la apatía. Revisó la página del concurso, ¡Oh! ¡Sí! Había una página con miles de visitas. Leyó los comentarios, solo cosas positivas, todos alababan al profesor King y su ingenioso problema. Eso le

amargó, decidió echar un vistazo al susodicho problema, no era matemático, no intentaría resolverlo, solo quería saber de qué se trataba.

Aburrido comenzó la lectura, no le pareció gran cosa al principio. A medida que lo fue leyendo su mente se fue iluminando. Allí estaba la clave de todo, empezó a entender el motivo de su perturbación y vio que su inquietud tenía fundamento y podría haber, de tener razón, implicaciones catastróficas para el mundo, para la historia, para la realidad misma. Era terrible el descaro, exponía el problema matemático con el marco, presumiblemente hipotético, de un viaje en el tiempo realizado por una persona desde el 23 de noviembre de 1938 al 23 de noviembre de 2008. Las fechas, el extraño acento alemán de las chicas, la extraña aversión hacia él, no solo de Martín, también la percibió en las chicas. ¡Claro! Era aversión en contra de los judíos. Parecía ciencia ficción, ahora la pregunta se abría ante él: ¿cabía la posibilidad que Martín y las dos muchachas eran o asumían las personalidades de viajeros en el tiempo, Nazis para más señas? Eso explicaría, en parte, su extraña actuación. Algo tramaban. Era claro que, quien quiera que fuese la personalidad alojada en su amigo Martín, estaba tratando de recrear el experimento. Inclusive pudieran ser responsables de la extraña muerte del alumno Gules. Se calmó, no estaba tan loco después de todo. Había que reflexionar los hechos. No podía ir a la policía, se burlarían de nuevo, hablar con Linda, descartado. No tenía a quien recurrir. Necesitaba pruebas.

“Piensa, piensa, piensa”. Se decía a sí mismo, mientras caminaba nervioso por la casa vacía. Y en uno de esos vaivenes, entre las cajas de lo que pensaba

regalar, observó en una vieja grabadora de voz, de cinta, que le había regalado el director del colegio. La examinó, estaba funcional. Las baterías estaban agotadas, pero nada difícil de solucionar. Tenía un casete dentro. Necesitaba confrontar a una de las personas involucradas o todas, si ello era posible, hacerlos confesar y grabar la conversación. Era más sencillo hacerlo con un celular, pero seguro ellos sospecharían de inmediato. Podría entregarles su celular, esperando que con eso bajaran la guardia. Sí, parecía un buen plan. En realidad, no lo era.

XXV EL INCIDENTE - 1944

Tener la razón no siempre trae satisfacción. Les había advertido a esos idiotas, con ínfulas de científicos, que el experimento distaba de ser seguro. Sus cálculos le decían algo distinto. Aquella monstruosidad que crearon y él ayudo a crear, no iba a revelarles los secretos que buscaban. No era el motor anti gravitatorio, no era una súper arma, no era el camino para un súper combustible. Y por sobretodo: no era práctico, consumía mucha energía y tardaba en acumularla. Además, que sus dimensiones eran demasiado grandes. Era ostentoso, aparatoso y voluminoso. Serviría como ciencia experimental y para calmar el clamor del Führer, que exigía una súper cosa que le permitiera ganar la guerra, pero no mucho más. Quizá con más presupuesto, más personal, más materiales, más tiempo se pudiera haber obtenido mejores resultados. Pero no hubo ni lo uno ni lo otro.

Y allí estaban, allí estuvieron, esos militares sin nombre, sin rango; de rostros severos, austeros, desprovistos de toda alegría. Con su odioso poder absoluto sobre nada. Sí, allí estuvieron. En contra parte estaban aquellos hombrecitos, grandes en la ciencia, grandes en cobardía. Un grupo de tecnólogos arrinconados, escondidos tras planos esquemáticos, pizarras rellenas de símbolos y anotaciones. Simulando tener control sobre algún instrumento; una perilla, un botón, una palanca, cualquier cosa que se pudiera asir o accionar era un salvavidas, un bote en la tormenta. Mejor no llamar la atención de esos plenipo-

tenciarios en uniforme negro.

Llamar laboratorio a esa caja de concreto subterránea, ubicada en medio de las montañas del Walpurgis, era algo irónico. Tan secretas eran esas instalaciones que sólo pensar en ellas era un delito. A efectos prácticos, era una cárcel, un taller para tecnócratas, reclusos en su ficción, donde la luz del sol era un recuerdo lejano y el sonido de los cañones no penetraban sus gruesos muros. El escenario: La Cúpula. Un espacio central abovedado, que hacía honor a su nombre, de unos 40 metros de diámetro por otros veinte de altura. Empotrados en sus circulares paredes se hallaban los instrumentos, repisas, cajones, depósitos y herramientas. Allí también se congregaban los científicos, artesanos, ayudantes, los ya mencionados miembros de las SS, camarógrafos y secretarios que asistían al ritual tecnológico, como un lúgubre aquelarre de brujos, gnomos, diablillos, ogros y fuegos fatuos; una corte infernal del inframundo. El inanimado protagonista: Un cilindro de poco más de 4 metros de altura por 2,5 metros de diámetro. Se hallaba rematado por una torrecilla semicircular, presentaba dos faldones, uno en la parte superior y otro en la parte inferior, más grueso el inferior que el superior. Debajo, medio oculta entre al andamiaje, se podía observar una estructura cóncava, semejante a una tobera. No había nada de aerodinámico en el aparato. Y, aun así, esperaban que esa cosa volara o sirviera de propulsión. El cilindro estaba adornado con una gran Esvástica, descolorida y hecha de metal. Una multiplicidad de ranuras cubría los faldones, más grandes y más abundantes en el faldón inferior. Y a alguien se le ocurrió pintar símbo-

los esotéricos, runas e incomprensibles figuras alrededor. No tenían ninguna función práctica, era solo para el entretenimiento, para adornar el espectáculo. Kubbelmeyer, estaba en desacuerdo con el ensayo y se encontraba asqueado con la parafernalia y el excesivo melodrama. Las cámaras se hallaban listas, el experimento sería filmado desde varios ángulos. Se había realizado en varias oportunidades la activación del dichoso artilugio ya mencionado, en condiciones de baja acumulación de energía. El éxito moderado en esas activaciones, la necesidad de resultados y la presión de las altas esferas de poder, habían impulsado y animado el experimento de “activación total” del cilindro.

Para el simple observador el experimento prometía. El cilindro flotaba a un metro y medio del piso, a escasos centímetros del andamiaje. Giraba con lentitud, apenas se notaba, en sentido contrario a las agujas del reloj; en cambio los faldones estaban estáticos, así como la tobera, desde donde unas gruesas cadenas lo mantenían a una altura y un sitio fijo. Algunos cables se valían de las mismas cadenas para conectar el aparato a un centro de control. Donde se encontraban el director científico del proyecto, con los miembros destacados del grupo de investigación y un anónimo SS Oberführer, quien era la autoridad plenipotenciaria del proyecto, acompañado de su séquito administrativo y escolta. Había muy pocos soldados en el multifacético grupo. Esparcidos aquí y allá, no más de 8. Soldados de primera todos, excepto uno, evidentemente el comandante de la escuadra, un SS Rottenführer, muy animado, de ojos expresivos y mirada curiosa.

Accionaron el aparato y este comenzó a zumbar. Sus faldones aceleraron el giro. Las cadenas se tensaron, había cierto impulso vertical. Kubbelmeyer seguía inmerso en sus cálculos, no estaba simulando trabajar como muchos otros. De verdad estaba rehaciendo los cálculos por enésima vez. Más allá de cualquier consideración, en realidad todos habían dejado de simular. Embelesados, miraban al cilindro como si fuese un ídolo al cual adorar. Nadie trabajaba, ni siquiera los que debían estar siguiendo el experimento. Con la única excepción de los camarógrafos, pero ellos no eran parte de los científicos, no contaban. El resultado de los cálculos hechos por Albert era alarmante, la activación no sería exitosa. Luego que la acumulación de energía alcanzara su límite, el aparato estallaría. Quiso explicárselo al director del experimento, este no le prestó atención, le mandó a callar, que se alejara. Entonces, agotados los recursos y viendo que era inevitable el desastre, decidió huir de la zona de la explosión. Se excusó simulando un mareo y se retiró de la cúpula. Cruzando la enfermería podría acceder a un pasillo que conducía a una sección superior. Contaba con que la mayoría de la seguridad estaría abajo, en el recinto donde se realizaba el experimento. Ya les había advertido de la posibilidad que ocurriese una catástrofe, lo ignoraron, lo intentó de nuevo, pero de otra vez le hicieron a un lado. No tomaron en cuenta su opinión, como otras tantas ocasiones. Necesario era salir de allí antes de que la explosión se produjese. Aunque calculó correctamente el momento de la detonación no calculó bien la distancia entre la cúpula y la enfermería, el tiempo a invertir para recorrer los pasillos. Consul-

taba a cada rato el reloj. Era evidente ahora: no iba a llegar a tiempo. No pensó que la enfermería estuviese tan lejos. Sólo podía esperar que las paredes que separaban el cubículo médico del pasillo fuesen fuertes, lo suficiente, para resistir la onda de choque. Tocó la puerta con ansiedad, según le dictaba el minutero quedaban pocos segundos. ¿Por qué tardaban tanto esas mujeres en abrir?

Dentro, ya las chicas habían sido alertadas que un profesor iba por mareos a recibir asistencia. Ellas escucharon el martilleo en la puerta. Por la insistencia y la fuerza aplicada en el llamado pensaron en que esa persona realmente se sentía mal. Presurosas abrieron, un desconocido profesor entró a trompicones, cerró la puerta y las abrazó con fuerza. Temblaba el pobre anciano. Sin embargo, no dio tiempo de preguntar qué le ocurría, el zumbido que llevaban rato escuchando se intensificó y hubo un fuerte estallido. Todo se hizo negro. Se desvanecieron.

XXVI INCIDENTE - 2009

Abraham contactó a varios de los participantes del concurso matemático, algunos contestaron, otros no. Las preguntas iban dirigidas a indagar si el marco teórico del problema podría tener alguna aplicación práctica. O sea, si era posible que alguien viajara en el tiempo usando esos datos. Todos desestimaron el asunto. Era solo teoría, llevarlo a fines prácticos, por más viable que pareciera según los cálculos, era poco menos que imposible.

Aquello no le ayudaba. Pronto cayó en cuenta que por ese lado no iba a conseguir pruebas. Era un callejón sin salida. No le quedó otra que realizar una idea que tenía en mente. Tampoco había garantías de éxito, no se le ocurría otra y el tiempo se agotaba, se acercaba el último día de escuela, luego de eso todos se separarían, él iría a un hospital en búsqueda de la inmortalidad y ellos a sus propias cuestiones y ocupaciones. Y no sabía si esas labores incluían la recreación del experimento que describía el problema o sólo irían a estudiar, vivir, coexistir pacíficamente con la realidad. Cabía la posibilidad que estaba percibiendo una conspiración donde no la había, esa eventualidad le atemorizaba más que la de tener razón. Si eso era así, tendría que aceptar haber perdido la cordura.

Monitoreó a los tres personajes lo mejor que pudo, tratando de no ser detectado y pasar desapercibido. Él creyó haberlo logrado, cosa que no sucedió. Los involucrados notaron la persistente y molesta vigilan-

cia del consejero. Gretchen y Marie Louise desestimaron el asunto, no realizaban nada malo, así que les daba igual si les vigilaba como si no. Kubbelmeyer en la figura del profesor King le perturbaba el asunto. Ya había sido alertado por los participantes del concurso matemático que existía un profesor de nombre Abraham curioseando, preguntando si el evento podía basarse en un hecho real. Y aquel dicho: “La curiosidad mató al gato”, se hacía cada vez más latente. El científico ya se encontraba en el límite de su paciencia, se sentía perseguido y amenazado. No podía, ahora, que ya tenía tanto trabajo adelantado perderlo todo por la curiosidad de ese quisquilloso judío. Decidió actuar.

Cuando pensó haber eludido la celosa mirada del consejero convocó a las chicas al gimnasio. Cómo una ironía del destino, durante el día había detectado al consejero en su vano intento de observación furtiva, la única vez que el intento del mencionado curioso fue exitoso, fue exactamente en ese momento. El gimnasio se hallaba solo, las gradas plegadas a los costados. Los sospechosos entraron a la antigua oficina de Martín, cuando era entrenador del equipo. Abraham los siguió. Nunca había sido bueno para esas cosas, ni siquiera de niño, siempre perdía cuando jugabas a las escondidas. Ya sea por buena suerte, porque los involucrados se confiaron o porque él supo ocultarse bien, pudo llegar hasta la entrada de la oficina sin ser detectado. Encendió la grabadora de mano y la colocó dentro de las ventilas del cubículo. Hizo lo propio con el celular, activó la aplicación de grabación de sonidos. Y entonces les oyó hablar. Sí, esa era la voz de Martín. Primer indicio ¡podía hablar!

Todo este tiempo había estado fingiendo, haciéndose el mudo. Se comunicaba en alemán, segundo indicio, su voz era la directora, las chicas le contestaban en el mismo idioma de vez en cuando, era él quien se extendía en una cuestión que presumía importante. Su tono, lo incisivo del mismo, le revelaba la existencia de un problema que los presentes se planteaban resolver. Y tenía razón, lo que no pudo intuir fue que el problema a resolver era él, su destino y su presencia.

—Hay que matar a ese entrometido, ya me tiene har- to su insidiosa y constante intromisión —expresó Kubbelmeyer en alemán—. Deben matarlo.

—Nosotras no vamos a matar a nadie, si lo quiere muerto, debe hacerlo usted mismo. Ya el año escolar terminó y con él, nuestro trato. Luego de hoy no nos veremos más, Marie Louise y yo nos iremos a la uni- versidad en Baltimore y usted podrá seguir con sus planes, sus experimentos y juegos macabros —acotó Gretchen.

—Sí, por más que nos incomode el consejero, no hay necesidad de matarlo, está enfermo de cáncer, pronto morirá, sin que nosotros tengamos que man- charnos las manos de sangre — opinó Marie Louise.

—No, no y no. Ustedes deben matarlo.

—¿Pero porque nosotras? Hágalo usted si tanto le interesa — le recalcó Gretchen.

Marie Louise asintió con la cabeza. Mostrando estar de acuerdo con su prima.

—Porque ustedes son enfermeras, participaron en el Atkion 4, conocerán alguna forma de matarlo que no resulte sospechosa, que parezca natural.

Gretchen frunció el ceño.

—Ninguna de las muertes en ese programa fueron

producidas por causas naturales. Ninguna lo pareció. Las autoridades y el gobierno mismo encubrían el asunto y aun así se supo. ¿cómo cree que eso se puede aplicar aquí? Está usted loco si piensa que eso es posible. Además, nosotras nos negamos. No queremos vernos inmiscuidas en sus asuntos —continuó Gretchen.

—Mis asuntos son sus asuntos. Mi destino está atado al suyo y viceversa. No pueden darme la espalda porque cualquier cosa que me pase a mí las afectará a ustedes.

—No nos importa, no vamos a permitir que nos manipule más. Haga lo que usted quiera —declaró Gretchen.

—Debe relajarse. ¿Qué puede hacer ese pobre hombre con un pie en la tumba? Se preocupa usted demasiado. Nada de lo que diga, haga o deje de hacer importa. ¿Quién le va creer? En un supuesto caso que él descubra toda la verdad —expuso Marie Louise de forma condescendiente.

Abraham, fuera de la oficina, en cuclillas, escuchaba toda la conversación sin poder interpretar nada de lo que hablaban. El origen de su familia era alemán, pero él no entendía ni jota. Nunca se interesó en el idioma ni nada de la cultura que tanto desprecio había desplegado contra sus parientes. Lo lamentó en aquel momento, con suerte podría encontrar algún experto, darle a escuchar la grabación y así desvelar aquel misterio.

—Alguien pudiera creerle. De tanto insistir le pudieran tomar en cuenta y si por curiosidad o por casualidad dan con alguna de nuestras verdades, podríamos estar en riesgo. Lo último que hizo fue inmiscuirse

en el asunto del concurso matemático, contactó a quien sabe cuántos de los participantes. Algunos de ellos así me lo manifestaron y hubo un par que preguntaron si ello era posible o si yo era un viajero en el tiempo. Ven lo que les digo. En cualquier momento pudiera reventar la burbuja.

—Deje a ese desdichado hombre en paz. Más importante aún, déjenos a nosotras en paz. ¿Hasta cuándo va a usted a inmiscuirnos en sus problemas, preocupaciones y visiones diabólicas? —insistió Gretchen.

—Además, que se inmiscuyera en la cosa esa del concurso es culpa suya, mire que elaborar un problema matemático, hacerlo público y de remate poner a trabajar a media América para resolverlo. Es usted un descarado, lo expuso como lo que era, una paradoja de viajes en el tiempo. Y entonces quiere discreción cuando usted fue el primer indiscreto —le acusó Marie Louise.

La discusión siguió, sin una resolución. Se quejaban, acusaciones iban y venían.

—Usted es un asesino —le dijo Gretchen.

—Yo no he matado a nadie —negó con tranquilidad el profesor.

—¡A Gules! ¡Usted mató a Gules! ¿No lo recuerda? ¿Ya lo olvidó?

—Eso fue un accidente. No hubo intencionalidad. Eso no clasifica como asesinato.

—¡Dios! Es usted un desvergonzado. No tiene nombre su desfachatez. A veces no doy crédito a lo que escuchan mis oídos —se quejó Gretchen—. Lo que falta es que diga que se mató el mismo.

—En cierta forma fue así. Él, o sea su cuerpo, no se defendió. Es culpa de su organismo, no mía.

Las chicas no respondieron más. Si seguían el tema el terminaría afirmando que ellas eran las culpables de dicho fallecimiento.

Afuera, Abraham distinguió el nombre de Gules. ¿Tendrían ellos algo que ver en la muerte de ese muchacho? ¡Dios de Abraham, Isaac y Jacob! ¡Aquello era terrible! Mejor se retiraba del lugar, si habían matado a Gules, lo mismo podrían hacer con él y hacerlo parecer natural. Se irguió de puntillas, paró la grabación del celular, lo colocó dentro de las ventilas, de manera momentánea, para poder manipular la grabadora, más voluminosa y pesada, pero cuando fue a retirarla, esta resbaló de sus dedos y cayó con estrépito en el piso, alertando a los protagonistas de la conversación. La bandeja se abrió, produciendo que el casete saliera disparado de su recinto, desparramando la cinta en el suelo. Sin tiempo que perder y ya nulificada la necesidad de ser furtivo, se incorporó y huyó por el pasillo, sin saber muy bien a donde ir. Dentro, el científico les gritó a las chicas: “se los dije, hay que atraparlo, corran” Dicho esto salieron de la oficina él y Marie Louise, se apresuraron a ir tras el profesor. Gretchen no pudo evitar que su prima se uniera a la cacería. Nada dijo o hizo. Caminó con lentitud, dirigiéndose a la puerta. Lloraba. ¡Malditos profesores! ¡Malditos los dos! Uno con sus estúpidas ínfulas de mesías maligno y el otro con su capciosa curiosidad. Veía todos los planes que había hecho con Marie Louise acabados. Cualquiera fuese el resultado de la persecución sería perjudicial. Si lo alcanzaban y cometían alguna estúpida atrocidad terminarían todos en la cárcel y si él se escapaba la consecuencia de su delación era inconcebible,

inconmensurable. Se sentó en el piso, lamentando todo, desde allí reparó en la grabadora y el casete con la cinta diseminada. Se levantó y recordando su entrenamiento de soccer, la pateó con fuerza y destreza. La grabadora describió una parábola en el aire y terminó su vida útil estrellándose contra una de las paredes del recinto. El casete, por su parte, terminó de desprenderse de la máquina y cayó en otro lugar. Ella lo pisó con fuerza, muchas veces, hasta hacerlo añicos. Tomó la masa informe de plástico y la cinta arrugada, les observó por unos instantes, luego lanzó ambos elementos en uno de los botes de basura. Debió tomar en cuenta que el bote estaba vacío y limpio, pero no lo hizo. Caminó por el pasillo, atenta a cualquier señal del fugitivo y de los perseguidores. Escuchó ruidos de pasos y personas corriendo y hacia allá se dirigió.

Abraham corrió todo lo que pudo en dirección a la salida lateral. Estaba sin aliento, años de inactividad, comida chatarra, televisión y sofá le hacían mella. Amén de que su enfermedad estaba avanzando y entre ella y los medicamentos lo tenían debilitado. Agotado y con la lengua afuera, llegó hasta la escalera que conducía al estacionamiento, paró unos segundos para tomar aire, entonces se le ocurrió que mejor era subir y no bajar. Calculó que bajar sería una acción que la entidad alojada en el cuerpo de Martín tomaría como lógica. Hizo un nuevo esfuerzo y subió lo más rápido que le permitía su cuerpo y esperó, su actuar ilógico podría despistar a su perseguidor. La escalera se dividía en dos tramos, remontaba la mitad de la altura y luego cruzaba hacia la izquierda, de allí, la otra mitad del tramo para poder alcanzar el piso superior.

Aprovechando esa coyuntura se escondió en el recodo, a mitad de la escalera. Vio a Martín o quien fuese en realidad, llegar hasta la escalera, se detuvo, miró a todos lados y luego tomó rumbo escalones abajo. Sí, había acertado con esa decisión. Sin embargo, era la salida más cercana y la única abierta; a esa hora ya el colegio estaba cerrado y solo. No en vano era el último día de curso. Lo había eludido de momento, pero por allí debía salir. Revisó sus bolsillos, era preciso llamar a la policía. El celular no estaba. ¡Rayos! Lo había dejado embutido en las ventilas de la oficina. Un descuido imperdonable. Pensó por un momento si era menester regresar, en la grabadora y el celular estaba las pruebas que necesitaba para resolver el enigma. Debía armarse de valor y llenarse de astucia para acometer tal empresa con esos tres persiguiéndole.

Bajó con cautela, se asomó a la escalera. Al principio no vio ni escuchó nada. Al llegar al nivel del pasillo cruzó hacia la salida, se debatía entre tratar de huir o intentar recuperar los aparatos. Había bajado un par de escalones en dirección al estacionamiento cuando percibió los pesados pasos de Martín dirigiéndose hacia él. Subió de puntillas, intentando no hacer ruido. Toda su atención se dirigía a vigilar el piso inferior. Esperando ver en cualquier momento la amenazante figura del antiguo profesor de educación física. Fue muy tarde cuando escuchó los pasos de alguien corriendo en el pasillo. Se quedó paralizado en el último escalón. Marie Louise venía a toda velocidad y al llegar a la esquina de la escalera cruzó sin pensar y chocó de frente con el cansado y nervioso profesor. El choque fue violento, sin embargo, ella pudo asir-

se a una de las barandas, mientras el profesor cayó de espaldas. Marie Louise trató de atrapar la mano suplicante que él extendió, pero falló el agarre por unos centímetros, cerró los ojos, no quería ver, escuchó el golpe seco del cráneo contra el piso. Abrió los ojos, él yacía en el rellano de la escalera.

Ella oyó pasos detrás de ella. El guarda del colegio estaba haciendo una ronda de rutina, para asegurarse que no hubiera nadie en el recinto antes de proceder a cerrar. Escuchó ruido de personas y se movió en esa dirección. Encontrando la escena antes descrita. Ayudó a reincorporarse a la chica, ella le señaló muy nerviosa hacía abajo y entonces vio al pobre profesor accidentado. Bajó y se encontró al profesor Martín que venía subiendo. “¡Está vivo! ¡Hay que llamar al 911!” Anunció al comprobar los signos vitales. Marie Louise y Kubbelmeyer cruzaron miradas. El científico le hacía señas para que golpeará al vigilante, quien, de espaldas a ellos, en cuclillas atendía al profesor siniestrado. Ella sacudió la cabeza, ya había hecho suficiente. Molesto ante la inacción de la chica decidió tomar las cosas por su cuenta. Pero no llegó a hacer nada, el guarda ya había marcado el 911 y hablaba con el servicio de emergencias. El momento para actuar había pasado.

Marie Louise vigiló la actuación del celador. Algún entrenamiento de primeros auxilios debía poseer pues hizo todo lo indicado para casos de accidentes que involucraran lesiones en la cabeza. Ella lo ayudó, haciéndose un poco la desentendida, cuando en realidad tenía experiencia y conocimientos avanzados de enfermería. Oyó las sirenas. Se acercaba la ayuda. Gretchen había llegado y conmovida observa-

ba el asunto. Tenía lágrimas en su rostro, no por el profesor, si no por su prima. Lo que más temía se había hecho realidad, mataron al profesor y le aterraba pensar en la involucración de Marie Louise en la tragedia.

El vigilante dejó encargado el cuidado del profesor a los presentes, él bajaría a recibir a los paramédicos. Marie Louise, en vista de la ausencia de testigos, revisó los bolsillos de Abraham, mientras Kubbelmeyer vigilaba las escaleras. Encontró unas llaves, el carnet de conducir, una cartera con unos cuantos dólares; no estaba su celular. Examinando la cartera encontró una especie de carnet, era una advertencia para quien pudiera interesar. El profesor era alérgico a la penicilina, ibuprofeno, aspirina y una serie de medicamentos más. Ella le desabotonó la camisa, allí estaba, una chapa de identificación (en inglés dogtag), de esas que utilizan los soldados y justo como pensaba: en la pequeña placa estaban los datos antes expuestos, en los cuales describía no solo sus alergias, sino su tipo de sangre e identificación. Le arrancó aquella cadena del cuello. La guardó en su bolsillo. Le entregó la cartera a Kubbelmeyer.

Entonces los paramédicos llegaron, estabilizaron al accidentado y siguiendo los procedimientos requeridos lo subieron a la ambulancia. Marie Louise se fue con ellos, todo pasó muy rápido. Kubbelmeyer, Gretchen y el guarda se quedaron en el estacionamiento. La policía llegó algo después, no más de un minuto.

Hicieron las pesquisas de rigor. No había en apariencia nada sospechoso o fuera de lugar. Faltaba la versión de la chica Esmeralda Cabrera, quien se había

ido con la ambulancia. Partieron entonces al centro hospitalario donde fue atendido; todos, menos el guarda, que se quedó en su puesto. En la entrevista, Marie Louise, en la figura de Esmeralda, corroboró los datos que ya habían reunido los oficiales. El profesor Abraham Glassermann había caído por las escaleras cuando tropezaron, ella trató de salvarlo, pero no pudo, lo explicó mientras sollozaba desconsolada. Uno de los médicos llamó a los presentes.

—El señor Glassermann falleció. Entró en paro de manera súbita y no pudimos hacer nada — anunció con la solemnidad del caso — su corazón falló, no sabemos por qué, habría que revisar su historia médica, para determinar si tenía afecciones cardíacas.

Los oficiales asintieron. Invitaron a las chicas y al profesor que se retirasen a sus casas, ya era suficiente conmoción por un día. Y así se hizo, dejando el destino del cuerpo del consejero en manos de las autoridades. Una disimulada sonrisa se dibujó en el rostro de Kubbelmeyer, cuando salía por la puerta principal.

—Bien hecho enfermera — e susurró en alemán a la chica que simulaba ser Esmeralda.

Ella no dijo nada. Gretchen, una vez en el taxi, le abrazó y le dijo muy bajito al oído:

—No debiste hacerlo.

—Era necesario prima, era necesario. Lo hice por nosotras —le contestó a muy baja voz.

XXVII CERCANO OESTE

En un abrir y cerrar de ojos se fueron acumulando los años, la experiencia era agotadora. Entre el entrenamiento militar, labores de enfermería y las largas guardias manejando la radio, estaban fatigadas. Dado su buen manejo del idioma inglés, las habían asignado a un puesto de radio escucha. Se pasearon por diversas ciudades y pueblos. Habían hecho de todo un poco, aparte de manejar la radio, aprendieron el uso de la artillería antiaérea y al menos en dos oportunidades habían estado en combate defensivo, durante uno de tantos bombardeos aliados. Aquello había resultado terrorífico. El caos, las bombas, los muertos y heridos, las explosiones, el barro y la sangre. Les otorgaron una medalla de valentía a pesar de que nunca habían estado tan asustadas en su vida. A sugerencia de Esmeralda: trataron de memorizar cuanto pudieron de las rutas y localidades que transitaban, no siempre era efectivo pues muchas veces las movilizaban en tren, pero si el traslado era en automóvil o camión procuraban ver todos los letreros, indicaciones, referencias, etc. Aparte preguntaban a los soldados, oficiales, los lugareños, a todo aquel que pudiera brindarle alguna información útil. Además, aprovechando la tasa de cambio de monedas favorable a Alemania, impuesto a la Francia derrotada, compraban en donde quiera artículos que pudieran ser indispensables, vestidos, bufandas, abrigos, guantes de invierno, de faena, botas, calzados y sandalias. Era preciso pasar desapercibidas, en el feliz caso de

lograr traspasar el frente en 1944. Ya después de eso habría que improvisar. Había también la opción de tratar de permanecer en París para cuando ocurriera su liberación. Eso les ahorraría la angustia de cruzar el frente. Sabían que, a pesar de las órdenes de Hitler, el comandante a cargo abandonaría la plaza. París no ardió, los amargos deseos del dictador no se cumplieron. Esperaban aprovechar el caos, mezclarse entre las parisinas y poder estar del lado correcto de la línea cuando ocurriera todo. De no ser así, manejaban diversas rutas. Eran tantas las variantes que aquello lucía inabarcable. Pero tomando en cuenta la rotación de los últimos dos años existían cuatro ciudades alemanas en las cuales pudiesen estar cuando ocurriera el desembarco en Normandía y posterior liberación de Francia. Colonia, Hannover, Hamburgo, Essen.

Si había un lugar donde no quisieran estar en 1944 era en Essen, dado que la ciudad sería bombardeada de forma devastadora en ese año. Hamburgo estaría muy lejos del frente. Así que Hannover y Colonia proporcionaban las mejores oportunidades, si exceptuamos la posibilidad de París. No se hacían muchas ilusiones al respecto. Mejor era prepararse para la opción más difícil y cuesta arriba. Algo que también intentaron fue: aprender a conducir motocicletas. Ambas resultaron tener nulas habilidades al respecto. Con otros vehículos no pudieron probar suerte, aunque en su época original Eglin sabía conducir, no estaban seguras de que ello sirviera dada la enorme diferencia tecnológica. Otra cosa que echaban de menos era un arma de fuego. No tenían permiso de portar una, las habían entrenado a disparar

rifles y pistolas, pero solo les eran suministradas en caso de emergencia. Lo discutieron: la moral tendría que ser comprometida, anulada. Entre los objetos, si se presentaba la oportunidad, que debían robar estaban: bicicletas, armas, uniformes de enfermeras aliadas, credenciales, materiales de primeros auxilios, comida y una larga lista de imprevistos. Esmeralda manejaba bien el español, no era práctico, tampoco era descartable su utilidad; Eglin, por su parte, tenía un conocimiento regular del francés, no tanto como para hablarlo, pero al menos para hacerse entender. Llegado el año de 1943 abandonaron cualquier idea de ir al este, Checoslovaquia, Kutná Horá, las minas de Wenceslao, eran solo ideas desvanecidas. Muy poco pensaban en ello y cuando lo hacían les causaba un poco de gracia. Mira que poner todas sus esperanzas en mitos de guerra. Elucubraciones fantásticas ideadas más para el entretenimiento, que hechos dignos de ser un aporte a la historia. Aunque eso significaba abandonar también la esperanza de regresar a su línea de tiempo original. En el mejor de los casos estaba la posibilidad de cruzar la línea, mezclarse con las tropas aliadas y regresar a América una vez finalizada la guerra.

Una asignación, que les pareció refrescante fue la atención médica proporcionada a los pilotos aliados derribados en territorio controlado por Alemania. Significaba tener contacto con los compatriotas, charlar con ellos, enterarse de cosas de la América de esa época. Los británicos, por regla general, eran más austeros y parcos pero los norteamericanos eran todo lo contrario: unos indisciplinados, parecían no percatarse que eran prisioneros. Varios trataron de

ligar con ellas. Aquello, aunque molesto, en cierta medida también resultaba ameno. Era una brisa fresca dentro de todo aquel infierno. La guerra era una cosa poco menos que horrible. Ninguna película de Hollywood sustituye la experiencia de primera mano. Es una angustia constante, no se sabe cuándo te caerá una bomba encima o una bala perdida encontrará blanco en tu humanidad.

Así transcurrió el año 43, ya el año siguiente les debía encontrar preparadas para afrontar su huida. Sea como fuera el año 44 era el año importante.

—Esmeralda.

—Dime.

—¿Y si nos escapamos ahora que estamos en Francia y nos mezclamos con la población autóctona? —preguntó Eglin.

—No, eso no es posible.

—¿Por qué no? Igual nos vamos escapar. ¿Por qué no ahora y nos ahorramos el cruzar el frente?

—Porque si nos escapamos ahora, nos van a buscar y la población autóctona, como les has llamado, no nos quieren ni un poquito. Seríamos descubiertas en un tris-tras. Ni por un momento creas que nos van a ayudar ni dar alojamiento. Nos delatarían, eso es seguro.

—De todas maneras, nos van a buscar cuando nos escapemos en el futuro.

—Sí, pero con suerte estaremos del otro lado de la línea y no podrán hallarnos.

—¿Y no te da miedo que de todas formas los franceses nos delaten?

—Los riesgos de que eso pase serán mínimos. Toda el área estará convulsionada y además ya nos tendríamos que ver con nuestros compatriotas o los británi-

cos. Hablamos inglés, obviamente, es nuestro idioma nativo. A pesar de esta cara de Marlene Dietrich que tenemos, nos podemos hacer pasar por lo que realmente somos: norteamericanas.

Eglin, se dejó caer en la cama.

—Siempre, siempre me tengo que rendir ante tu lógica — Se quejó —, me choca un poco eso.

—No lo hago a propósito. Quiero lo mejor para nosotras y trato, en la medida de lo posible estar un paso adelante — respondió Esmeralda —. Aunque en estos tiempos de guerra todos los factores se mezclan, se solapan, se quiebran, cambian de dirección. Es un caos total.

—Y yo quejándome todo el tiempo. Debes soportar a esta viuda quejona. Añade eso al caos.

—No seas injusta contigo misma. En estas circunstancias quejarse es lo normal. No hacerlo es de locos.

—Entonces soy la más cuerda de todas las locas de esta época — afirmó sonriendo.

Esmeralda le acompañó en su sonrisa.

—Lo lograremos Eglin, veras que lo lograremos — le dijo mientras le abrazaba con fuerza.

—Amén.

XXVIII EL VIDRIO ROTO

—¿Sabes lo de tu amigo, el profesor judío? —le preguntó el capitán del recinto

—No es mi amigo. ¿Qué le pasó? —contestó el detective, a la vez haciendo una pregunta.

—Murió anoche.

—Pobre hombre —opinó con cierta condescendencia—. No se veía tan enfermo como para morir tan pronto de cáncer.

—No murió de cáncer. Cayó por unas escaleras —le informó.

—¡Vaya! ¿Qué le ocurrió? ¿Tuvo un desmayo y cayó?

—No, tropezó con una estudiante y rodó escalones abajo. La estudiante logró asirse y no le pasó nada.

—¡Qué mala suerte!

—Lo curioso es que no muere por la caída.

—¿En serio? ¿Cuál fue la causa de su muerte?

—Muerte por anafilaxia.

—¿Qué?

—Era alérgico a la penicilina y parece que alguien le inyectó, por error, ese medicamento, tuvo una reacción que le produjo un infarto.

—¿Eso es posible? —preguntó extrañado el detective.

—Sí, es posible.

—Eso se llama tener mala suerte, cae por unas escaleras, está enfermo de cáncer, pero muere de otra cosa —opinó el detective— es hasta bizarro.

—Está abierta una investigación. Nadie admite haberle suministrado dicha sustancia. Y parece ser así,

se fracturó el cráneo, no está en los procedimientos de primeros auxilios suministrar penicilina. Hay algo raro allí.

—¿Mala praxis?

—No parece. El sujeto no tenía ninguna identificación que indicara que era alérgico a la penicilina. Así que no puedes acusar a nadie, como iban a saber enfermeros o doctores esa característica del paciente.

—¿Hay alguna demanda de los familiares?

—No, no han llegado aún. El hombre vivía solo y su familia es de otro estado. De Oregón.

—¿Quién lleva la investigación?

—Ramírez —le contestó el jefe.

—¿Podría apoyarlo? Me da curiosidad y la verdad estoy algo aburrido. Aquí hasta las moscas mueren de forma natural. No pasa nada.

—Es un pueblo tranquilo, pacífico, lleno de buenos vecinos, lo cual agradezco. Está bien, le comunicaré que le estarás relevando, que te pase toda la información.

—¿Qué? ¿Le va a quitar su caso?

—Él no lo quiere, temprano, en la mañana, me pidió que lo relevara, opina que no hay caso. Entonces me viene como anillo al dedo tu petición. Ya le notifico el cambio. Estará feliz.

Ramírez le puso al corriente. Enumeró quienes, del personal médico, había tenido contacto con el fallecido. Los dos paramédicos de la ambulancia, una enfermera y un doctor. Todos con conducta intachable y expediente laboral sin incidentes. Lo dicho, en esta amigable ciudad nunca pasaba nada malo. Leyó las declaraciones de los involucrados, no sacó nada en claro. Entendía ahora porque Ramírez opinaba que no había caso. Cualquier acusación que se le hiciera a

alguno de ellos sería refutada por el más despistado de los abogados. No había nada, ni siquiera pruebas circunstanciales. Fue al colegio, revisó las cámaras de seguridad. Observó como el profesor Glassermann corría por los pasillos, luego subió las escaleras. El ángulo de esa cámara no permitía una vista de la escalera, solo del pasillo. Luego de un rato apareció la figura del profesor Martín, que bajó por las mismas escaleras. Una vez más, el profesor Glassermann apareció en pantalla, bajó las escaleras y entonces la chica Esmeralda hizo su aparición, corriendo hacia la gradería. Chocaron en el rellano de la misma, ella trató de agarrarlo, pero no logró. Hasta allí todo encajaba. El reporte decía que la chica tropezó con el profesor, ella pudo asirse, él no y cayó en la escalinata. Le pareció inusual la prisa de todos, excepto de la chica Thompson, quien hizo el trayecto hasta la salida caminando. Tendría que interrogar al profesor y la chica Cabrera.

Decidió dar un recorrido por el colegio, no sabía que buscaba, solo se dejó llevar por la intuición. Encendió un cigarrillo, el guarda le hizo señas, estaba prohibido fumar. Con una expresión de compromiso, lo apagó y al lanzarlo a un cesto de basura notó un casete roto con la cinta desparramada. No le prestó mucha atención al inicio, luego en otro cesto de basura halló una grabadora hecha pedazos que usaba el tipo de mini casete que había observado en el otro cesto. Le preguntó al guarda si sabía algo de ese dispositivo.

—Lo encontré tirado en una de mis rondas y lo eché a la basura —le contestó.

—¿Sabe a quién le pertenecía?

—No. Ni idea. ¿Quién utiliza esos aparatos hoy en día?

El oficial se puso guantes y procedió a tomar los restos de la grabadora y la cinta. Quizá no era nada relacionado con el caso. La respuesta a la pregunta del guarda era obvia: un psicólogo. No lo dijo, los loqueros utilizan ese tipo de grabadoras y, que casualidad, el fallecido ejercía esa profesión.

En el laboratorio le dijeron que la grabadora estaba demasiado fragmentada, que llevaría tiempo detectar e identificar huellas, repararla: ni hablar. Un caso parecido ocurría con el casete y la cinta, estaban destrozados, alguien, al parecer, los había pisoteado con mucha fuerza. La cinta estaba rota en varias secciones, reconstruirla sería poco menos que imposible. Cómo no podía avanzar mucho más por esa posible pista decidió entrevistar al profesor Martín y la estudiante Cabrera.

Linda oyó el timbre sonar. Vio al sargento Boulanger. “¿Otra vez? ¿Y ahora qué querrá con mi esposo este policía?” Pensó.

—¡Buenos días señora King!

—¡Buenos días oficial Boulanger!

—¡Recuerda mi nombre! Qué bonito detalle —exclamó sorprendido.

—Imposible no recordarlo.

—¿Está su esposo?

—Sí. ¿Ocurre algo malo? —le preguntó ella preocupada.

—No sé preocupe, son cosas de rutina —le dijo en tono condescendiente —es relacionado con la muerte de Abraham Glassermann. ¿Sabe que murió? ¿Verdad?

—Sí, nos enteramos ayer. Pobre Abe. Estaba un poco desequilibrado con lo de la enfermedad y nos separamos un poco. Pero nunca le deseamos mal — le respondió con tristeza la señora Linda —. Lamentamos su muerte.

Ella le permitió pasar, a pesar de sus palabras se preocupó enseguida. Segunda vez que el policía venía a su casa y otra vez por culpa de Abraham, que hasta muerto seguía siendo un incordio.

El profesor Kubbelmeyer, en la figura de Martín se sentó en la sala, colocando la laptop que le ayudaba a comunicarse en su regazo. Contestó todas las preguntas mediante ese aparato. El sargento tomó nota. Declaró que se había quedado hasta tarde con las chicas Thompson y Cabrera en el colegio para despedirlas, darle unos últimos consejos sobre la universidad y compartir. Explicó que el motivo de correr se debió a que temieron quedar encerrados, existía la posibilidad que el guarda no se percatara que aún estaban allí. Sobre la alergia a la penicilina del profesor Glassermann expuso no saber nada. La señora Linda agregó que debía tomar en cuenta que su esposo aún tenía fallas de memoria por lo del accidente. Discutieron otros por menores, nada que aportara luces al caso. El detective se despidió, agradeció su colaboración y emprendió camino hacia su siguiente destino, la residencia de la familia Cabrera. Le atendieron con cordialidad. Habló con la chica, tampoco agregó nada nuevo, la declaración fue, en líneas básicas, la misma. Se sentía culpable por no haber podido salvar al profesor, por eso fue con él en la ambulancia. Lamentando que hubiese muerto de esa forma. Cuando el oficial le preguntó por la alergia del profesor ella dijo

no saber nada. Tenía sentido, una información tan personal, de un maestro, no tenía por qué saberla un estudiante. Todo concordaba con lo que él había visto en los videos de seguridad y las declaraciones de terceros. Dudó en ir a entrevistar a la chica Thompson, ella no tuvo contacto con el profesor cuando ocurrió el accidente, llegó minutos después a la escalera, sin embargo, fue a su casa. Nada, lo mismo, ella declaró haberse dirigido a la salida, caminando, la única puerta que estaba abierta a esa hora y cuando arribó ya el profesor había sufrido el accidente, fue la última en llegar. Ya había interrogado al guarda en el colegio. No había nada extraño. Fue al hospital, interrogó a los enfermeros y al doctor, le explicaron los procedimientos inmediatos a una posible fractura de cráneo y en ellos no estaba el suministrar antibióticos al paciente. Agradeció de nuevo la atención. Durante los siguientes días se asesoró con fuentes independientes y corroboró que los paramédicos, los enfermeros y el doctor decían la verdad. Aquello no conducía a ningún lado. Con respecto a la grabadora y la cinta, se determinó que había pertenecido al profesor Glassermann, este detalle lo reconoció el director del colegio, él mismo se lo había regalado años antes. Los familiares no entablaron demanda contra el hospital, así que perdió valor como prueba y fue a parar al almacén, en el departamento no oficial de cosas inservibles. Una caja donde iban a parar las cosas sobrantes que no habían conseguido el estatus de prueba, con la olvidada esperanza de que algún día podrían ser de utilidad, cosa que no había sucedido desde su creación. Había perdido valor utilitario, no era otra cosa que escombros y desechos.

—Por más raro que parezca, no hay caso —le comentó a su jefe —no hay demanda, no hay móvil, no hay arma letal, de suerte que hubo un cuerpo.

—A nivel policiaco no hay caso y si pudiera haberlo a nivel judicial ya eso fue resuelto. El hospital llegó a un acuerdo privado con la familia. Lo que resta es redactar el informe y continuar en la labor y nuestro deber diario.

—Lo sé. Y eso me frustra un poco.

—¿Por qué? —le preguntó el jefe a ver su expresión disconforme —Caso cerrado, ya no nos incumbe, nuestra labor está hecha.

—Está bien, eso lo entiendo — hizo una pausa —. Siento que hay algo más, aunque no logro ver que es. — Suenas como la víctima cuando vino a hablar contigo —le dijo en tono condescendiente, rodeándolo con el brazo —. Eso como que es contagioso —le dijo en son de broma.

—¡Ja! ¡Ja! Sí, quizá. Estoy a punto de pedirle un favor referente a ello.

—¿Qué será Boulanger?

—Me permita acceder el casete roto, quiero repararlo o conseguir alguien que pueda hacerlo.

—Está bien. Te voy a conceder ese requerimiento. No quiero que te obsesiones, repáralo, si puedes, para que salgas de dudas y olvides el asunto.

— Gracias, jefe.

Al entierro del profesor concurrieron pocas personas. Los directivos del colegio, la familia recién llegada, una hermana y un sobrino, las chicas Cabrera y Thompson, el cartero que cubría la ruta. El oficial Boulanger asistió y todo aquello le pareció muy triste. El hombre tenía pocos amigos, le llamó la aten-

ción la presencia de las chicas Thompson y Cabrera. Nadie de la familia King fue, pero ellas sí. Se veían bastante afectadas, sobretodo la chica Thompson. Era curioso, no sabía interpretarlo. El caso estaba cerrado. Sin embargo, su intuición de policía le decía que algo no concordaba. Quiso restarle importancia, sacarse esa idea de la cabeza, no lo logró. Sentía que Glassermann le había dejado de herencia su preocupación ficticia. Y como la inquietud no le abandonara fue al almacén, retiró los restos de la grabadora y el casete. Ahora quedaba la tarea de buscar quien pudiera restaurarlo.

XXIX AHORA O NUNCA

Transcurría ya el ansiado año 44, las chicas se hallaban en Colonia, no era la ideal ubicación de París. Dentro de las posibilidades estudiadas era la ruta más corta. Seguir en línea recta desde Colonia hasta Amberes o Bruselas era lo ideal. Tomando en cuenta que iba a ser una zona caliente, de combates, no iba a ser fácil cruzar de un lado a otro y mucho menos en línea recta. En la medida de sus posibilidades y contando con la información obtenida de los prisioneros norteamericanos, robando fragmentos e insignias, confeccionaron dos uniformes falsos de enfermeras aliadas. Preguntaron los colores y tipos de tela. Al principio, los prisioneros, no colaboraban. El buen trato y el atractivo de las chicas, terminaron venciendo su inicial aprehensión. Así, poco a poco, lograron esa pequeña meta. No eran expertas en el arte de coser, como en muchas otras cosas, su voluntad, unida a sus habilidades para adaptarse, les ayudó a realizar la tarea pendiente. Como colofón final le mostraron a un piloto de bombardero, que afirmaba haber tenido amoríos con una enfermera del ejército de Estados Unidos, uno de los vestidos. Eglín vigiló, mientras Esmeralda, en la figura de Marie Louise se cambiaba de uniforme frente a él. El mencionado prisionero, animado por la visión de aquella hermosa enfermera en ropa interior, cambiándose frente a él, se deshizo en elogios por la similitud del disfraz con uno real. Todo ello fue realizado previo coqueteo para ablandar al joven oficial para que tomara

confianza. Aunque para recibir confianza debieron dar algo de sí primero. A una idea de Eglin, Esmeralda estuvo en contra, le revelaron que el motivo de la confección de los vestidos era porque pensaban desertar y huir hacia la zona controlada por los aliados. Ya había ocurrido el desembarco para aquellos días. El piloto, al enterarse que sus compatriotas y aliados se acercaban se ofreció a acompañarlas, “necesitarán un hombre que las defienda” anunció. Ellas accedieron, precisaban de su colaboración.

No habían podido hacerse con un arma y aquello les preocupaba un poco. Salir indefensas a escapar de un ejército para enfrentar a otro, no era algo muy atractivo. Y aunque prometieron ayudar a escapar al joven piloto, en realidad, no pensaban hacerlo. Era muy riesgoso y no sabrían como efectuarlo. Supieron después que Robert Thompson, ese era su nombre, ya tenía su propio plan, junto con algunos compañeros. Tenían planeado intentarlo en el traslado programado a un campo de concentración de la Luftwaffe. Eglin se refería a él como “El Abuelo Thompson” Afirmaba ser de Minnesota y hasta donde sabía la familia paterna provenía de ese estado. “Quien sabe, quizá si es mi tatarabuelo o algo así” decía medio en broma, medio en serio. Y esté se había prendado de Esmeralda, de la chica Marie Louise. Quería que le acompañase, estaba convencido del éxito de su escape, que fuera a América con él, se casarían y tendrían 8 hijos.

—Serás mi abuela Thompson —le dijo Eglin.

—¡Ay! ¡No! Eso sería una extraña paradoja —le respondió Esmeralda.

—Vamos, admite que te gusta mi abuelito.

—Me agrada, tanto como enamorada no.

—¿Por qué lo niegas? Yo veo cómo te brillan los ojitos cuando lo ves. Además, te cambiaste frente a él. Querías seducirlo. ¡Vamos! ¡Admítelo! —le presionó haciendo movimientos de baile —. Te faltó fue el tubo para bailarle.

—¡Por Dios! ¡No Eglin! ¡Además, eso fue idea tuya! —exclamó, avergonzada.

Eglin siguió bailando. Esmeralda se rio, era muy cómico todo aquello. Sin embargo, necesario era poner seriedad al asunto.

—Eglin, el momento ha llegado.

—¿Cómo?

—Debemos fugarnos en el próximo permiso. No podemos esperar más. Ya es septiembre, pronto vendrá el invierno y el de este año será muy fuerte en esta zona de Europa.

Eglin dejó de bailar.

—Esta bien. Ya era hora.

—Que bien que lo tomes así. Pensé que ibas a pedir más tiempo —le dijo Esmeralda.

—No. ¿Qué más tiempo que estos años de espera? Estoy asustada, pero también decidida. Estoy aburrida de esperar, de actuar, de ser quien no soy, que me llamen Gretchen. Estoy aburrida de la vida militar, de la guerra. Tomaremos todos los riesgos, no quiero seguir viviendo esta farsa, soportar que me llamen con otro nombre, seguir órdenes, convivir entre nazis. Y es verdad, no todos los alemanes son malos. ¿Cómo distingues uno del otro? Lo que para nosotras es crueldad para otros bravura, arrojo, defensa y determinación. Las barreras de lo malo y lo bueno son en la guerra tan delgadas que uno no puede evi-

tar pensar si nosotras mismas somos buenas o malas personas.

—Te entiendo, Eglin.

—¿Qué vas a hacer con el abuelo Thompson? —le preguntó.

—¿Qué quieres decir?

—Nuestro permiso es una semana antes del traslado y su proyectado plan de escape. ¿No quisieras despedirte de él?

—¡Ay Eglin! Sí, admito que me gusta, no puedo pensar en él como futuro esposo ni amante ni nada. O sea: ya nos vamos y no le veré jamás.

—Puede que muramos en nuestro intento de fuga y él en el suyo. ¿No te gustaría experimentar el amor? No sabemos lo que nos depara el futuro.

—No, no lo sabemos. Podemos controlar nuestro presente —le contestó con energía Esmeralda.

—El hecho que estemos aquí, en esta época y en esta situación desmiente lo que afirmas. No podemos controlar nuestro presente, al menos no de manera absoluta.

—Por primera vez tu lógica supera a la mía en crudeza y verdad —admitió ella—. Lo voy a pensar, no es algo que de verdad haya ponderado.

—No tienes que ponderar nada. Solo hazlo o no lo hagas.

Esmeralda asintió sin saber que responder a eso...

A pesar de darle la razón a Eglin decidió no hacer nada al respecto. Mejor era concentrarse en el objetivo, ya habría tiempo para el amor en mejores circunstancias. No podía tomar una decisión como esa basándose en el desespero o el miedo a la muerte. Reflexionó mucho, en parte se sentía hipócrita

pues, aunque Eglin no se lo reprochaba, recordaba como la animó a casarse con Frederick. Ella le hizo caso. ¿Por qué se resistía? La respuesta: porque era solo un gusto. Le agradaba y era guapo “el abuelo Thompson” pero no era amor, cosa y caso distinto a lo que ocurrió entre Eglin y Frederick. Sin embargo, todas esas consideraciones fueron aplazadas, su permiso fue cancelado y el traslado de los prisioneros fue adelantado. La fuga de Bob Thompson no fue efectuada y ellas tampoco pudieron realizar la suya. Conforme las fuerzas aliadas se acercaban, arreciaban los bombardeos. Órdenes y contra órdenes iban y venían. No era un caos, era una situación donde las cosas y hechos no se sucedían con un estricto orden. Dos meses después aún seguían en Colonia, noviembre comenzaba, no había tiempo que perder, igual lo habían perdido. Obligadas por las circunstancias decidieron improvisar. Colocaron todas sus cosas, listas, preparadas para detectar cualquier eventualidad o ventana para el escape. Era un poco estresante, debían estar alertas y permanecer, en la medida de lo posible, cerca una de la otra para poder realizar acciones en conjunto. Lo que no pensaron, luego de haber tomado esa decisión, es que la resolución ocurriría tan pronto. La noche del 19 de noviembre de 1944 la alarma de bombardeo interrumpió su sueño. El oficial a cargo de la batería antiaérea las llamó a tomar posiciones de combate.

—Es ahora o nunca —le dijo Eglin a Esmeralda. Ésta asintió. Tomaron los morrales con todas sus cosas, se vistieron y salieron presurosas. No se dirigieron a su batería asignada. Cruzaron el campo, tratando de pasar desapercibidas, sin lograrlo. El oficial a

cargo les gritó a lo lejos, ellas fingieron no escuchar y siguieron adelante, el oficial corrió hacía ellas, con la intención de interceptarlas. Temieron lo peor y algo muy parecido ocurrió. Una bomba cayó en la batería. La onda expansiva creada por la explosión las lanzó a tierra. Aturdida, Eglin levantó a Esmeralda. Estaba consciente pero conmocionada, el oficial yacía tumbado boca abajo, estaba herido. Esmeralda quiso ayudarlo, Eglin no se lo permitió, la jaló con fuerza y la empujó fuera. Corrieron todo lo que pudieron, se internaron en un bosque, una vez fuera de la ciudad. Estaban muy cansadas, llenas de barro y ateridas de frío. Esmeralda presentaba un pequeño sangrado en su brazo derecho. No era nada grave, algunas esquiras, Eglin extrajo las esquiras, curó la herida y realizó el posterior vendaje.

—Sé que estamos cansadas Esmeralda, pero acorde a tu plan debemos movernos en la oscuridad y escondernos durante el día —le dijo Eglin.

—Lo sé —le respondió con la voz quebrada —hay que hacerlo.

—Estas llorando ¿Te duele mucho?

—No es eso. El teniente Schörner, necesitaba nuestra ayuda y lo abandonamos.

—Fue necesario. No podíamos perder tiempo.

—Somos enfermeras. Debimos atender sus heridas. Al menos los primeros auxilios.

—No somos enfermeras Esmeralda, somos dos estudiantes involucradas en una situación inverosímil, tratando de sobrevivir, eso somos —le contestó Eglin llena de coraje.

—Sí, somos todo eso, pero durante 6 años hemos sido enfermeras. Eso no lo puedes borrar, sea que

fuese nuestra decisión o no tomar esa profesión, obligadas por las inverosímiles circunstancias, como muy bien lo describes. En mi ser está el salvar vidas, curar, asistir. Ya es parte de mí y ver un hombre, por muy alemán o nazi que sea, caer herido frente a mí y no hacer nada me hace sentir mal.

—Te entiendo. Sin embargo, no tenemos tiempo ni para llorar. Debemos apegarnos a nuestras metas y hacerlo en silencio. Trata de no llorar. Recomponte, se fuerte.

Esmeralda asintió. Caminaron con cautela hacia el oeste, lo más recto posible. Guiándose con la brújula, teniendo mucho cuidado al consultar dicho instrumento, ocultando la luz de la linterna. Pasar desapercibidas era esencial. Cerca de la madrugada hallaron unas ruinas, se escondieron lo mejor que pudieron y se aprestaron a descansar. No sabía dónde se hallaban, los mapas le servían de muy poco, al salir sin control de la ciudad se perdieron, fue inevitable. Sólo esperaban que la suerte les acompañara y pudieran conseguir el camino más adecuado.

XXX

TODOS LOS CAMINOS CONDUCE A BALTIMORE

Gretchen y Marie Louise, salieron del pueblo, en dirección a Baltimore. La universidad les esperaba, estaban muy felices. Escapaban de la maligna influencia del profesor e iniciaban una aventura significativa. Estarían en un ambiente nuevo y podrían ser ya un poco más ellas mismas. Nadie las conocía, no tenían por qué actuar como Eglin y Esmeralda, sólo utilizar sus nombres e identidades. Gretchen estaba tan contenta que le restó importancia a lo ocurrido con el consejero. Irían lejos, lejos de las garras de Kubbelmeyer y de las culpas. Marie Louise lo había admitido, en un descuido de los paramédicos: inyectó penicilina al profesor, durante el traslado en ambulancia. Lo había considerado necesario. Sí sobrevivía, como todo apuntaba, podría haber puesto en peligro sus planes, su libertad y sus deseos. Y todo salió a la perfección, nadie sospechó de ella, aunque hubo investigación, los familiares no entablaron demanda. No hubo caso. Ya habían pasado algunos meses y todo había quedado en el olvido.

Sin embargo, ignoraban dos detalles que acechaban con pasividad el dulce desarrollo de sus sueños.

Kubbelmeyer les seguía de cerca, en una camioneta. Fingió ir de pesca, se despidió de Linda y de los pequeños. Le había gustado la vida familiar y aunque al principio le pareció repugnante la idea, terminó por tomarles cariño a esos pequeñines y recordaría siempre las noches de pasión con aquel hermoso

ejemplar femenino. A pesar de ser un racista intolerante, no tenía nada en contra de la raza africana, su querella era con los judíos. De buen grado, si hubiese podido, se llevara a Linda con él a su línea del tiempo original, pero aquello era imposible, no existiría un recipiente que contuviera su mente, se perdería en un vórtice cuántico, simplemente dejaría de existir. El proceso que iba a llevar a cabo era una reversión de lo que había sucedido antes. Es decir, se repetiría el intercambio mental. Él volvería a ser Kubbelmeyer en su anciano cuerpo y el profesor King volvería a su musculosa masa, cada uno en su época correspondiente. En ese escenario Linda no tuvo ninguna participación, por lo tanto, en el que estaba por recrear, tampoco. La posibilidad de que ocurriese una paradoja y destruyese la realidad donde vivía y que iba a abandonar le tenía sin cuidado. De todas maneras, tampoco creía que eso fuese a ocurrir. Las paradojas del tiempo para él eran un mito científico, lo demostraba su estancia en el futuro.

Kubbelmeyer no era un hábil conductor ni conocía la ruta, siguió al Mustang con sigilo. El papá de Eglin conducía sin prisas, James estaba disfrutando el paseo con su adorada niña y lo estaba alargando lo más posible, ralentizando la marcha. Eso ayudó a Kubbelmeyer seguirlos a prudente distancia. En el vehículo de carga llevaba todo lo necesario para recrear el experimento. Tenía planeado hacerlo en algún espacio abierto a no menos de 500 metros de donde estuvieran ubicadas las chicas. Aquello era crucial, fuera de ese rango la traza identificadora, que les había inyectado mientras estuvieron desmayadas, la ocasión cuando quisieron matarlo, podría no funcio-

nar. Regresarían con él a la Alemania de 1938, quisieran o no.

El otro detalle lo aportaba el oficial Boulanger. Este había hablado por teléfono con un técnico electrónico, conocido suyo, aficionado de las antigüedades, a quien le dio la cinta. Quien aseguró poder restaurarla. Mientras unos se dirigían a Baltimore él se encaminaba a Charleston, al taller de su amigo.

—¿Qué tienes para mí Rick? —le preguntó al técnico cuando llegó.

—Aquí está la cinta, no es la misma carcasa, la otra esta inservible, no se puede reproducir, se tranca, tiene sectores dañados. —le respondió el mencionado técnico.

—¿Entonces no podemos oírla?

—No, no podemos. Al menos no completa. Pude reproducir fragmentos, tomando en cuenta lo que te dije anteriormente, grabé el contenido que pude, lo convertí a un formato de audio digital conocido como WAV. Es un formato universal por lo que se puede reproducir con cualquier programa de computadora o inclusive un disco compacto. Entonces, te tengo la cinta, el disco compacto con la grabación y los restos del casete original por si te son necesarios en el futuro.

—¡Vaya! Es decepcionante.

—Siéntate por acá. Ya reproduzco los fragmentos; no vas a sacar nada en claro de la grabación —le advirtió Rick, mientras le acercaba una silla y encendía su computador.

—¡Qué más da! —exclamó Boulanger con desánimo.

—Escucha. A pesar de eso hay algo interesante que se puede extraer.

El técnico reprodujo entonces el archivo WAV correspondiente. Era verdad no entendía la grabación.

—¿Es alemán? —preguntó el oficial, extrañado.

—Así parece.

—¿Sabes algo de alemán?

—No, mis conocimientos llegan hasta aquí. Tendrás que solicitar la ayuda de alguien más. Un profesor de idiomas.

—Mmm... no conozco a nadie, pero buscaré. Gracias. ¿Cuánto te debo?

—¿Qué? No, nada, no me debes nada. Fue un placer ayudarte.

El detective Boulanger se retiró, dejando un billete de 5 dólares en la mesa.

—Por las molestias... —agregó.

—No hacía falta, pero si eso te hace sentir mejor, los aceptaré, pediré una pizza con ellos —le agradeció Rick.

Ambos rieron.

—Me vas a dar el número, yo también quiero una pizza que me cueste 5 dólares —bromeó Boulanger antes de irse.

De regreso pasó por el colegio en Callhoun. Ya estaba abierto, estaban por reanudarse las clases. Saludó al guarda, caminó por los pasillos sin rumbo fijo. Sin querer llegó hasta el gimnasio. En la oficina del entrenador, se hallaban unos trabajadores, arreglando algo en las ventilas. Después de un rato observando el trabajo que realizaban, uno de ellos dijo algo que llamó su atención.

—¿Qué es esto? —exclamó uno de los obreros.

—¡Es un teléfono celular! Vaya lugar para dejar uno —le dijo el otro extrayendo el susodicho aparato.

Enseguida el oficial se levantó, como movido por un resorte. Se identificó como policía y les solicitó la entrega del celular. Los trabajadores dudaron un poco. Entregaron el aparato a regañadientes. Esté accionó el botón de encendido, no funcionó. La batería estaba muerta. Corrió hasta el automóvil, buscó un cargador, regresó al colegio, lo conectó a una toma de corriente. Dejó cargando el celular un rato, cuando considero que tenía suficiente energía intentó encenderlo. Y allí estaba, en pantalla, la foto y el nombre de Abraham Glassermann. El celular pertenecía al fallecido.

Le mostró el celular a su jefe. El bloqueo de pantalla no tenía contraseña, lo cual facilitó las cosas. Estaba un audio. Lo escucharon juntos. Se oía una voz masculina y posiblemente dos femeninas. Hablando en alemán.

—Es bastante interesante Boulanger. ¿Tendrá alguna relevancia en cerrado caso del profesor Glassermann?

—La verdad es que no lo sé. El apellido del profesor es de origen alemán. Quizá sea alguna grabación familiar. No podremos decirlo hasta traducir —le contestó el detective.

—No creo, la grabación tiene fecha del día de su fallecimiento, eso quiere decir que efectuó la grabación minutos antes del accidente —le contestó el jefe—. Voy a hacer unas llamadas para ubicar a alguien que nos ayude. Eso de la inquietud sobre algo que no sabemos es contagioso. Ya tenemos el audio en digital, es fácil compartirlo por internet.

El oficial sonrió para sus adentros.

Dos días después obtuvieron la ayuda esperada. En realidad, más de la que esperaban. El detective cuan-

do llegó al precinto esa mañana, notó la presencia de un agente del FBI. Se presentó como el Agente Hope, le explicó que había oído el audio, a petición del jefe, quien se lo había enviado. Eran conocidos, que no amigos, por un caso en que habían compartido labores e información hacía unos años. La naturaleza del contenido era extraña, preocupante. Había una situación donde la seguridad nacional pudiera estar comprometida.

—Una de las voces, la masculina, afirma estar realizando un experimento con implicaciones tecnológicas desconocidas —declaró el agente—. Mientras que las voces femeninas le acusan de haber asesinado a alguien de nombre Gules.

—¿Gules Mc Adams? —preguntó el oficial Boulanger.
—Todo indica que sí —le respondió.

—Pero la muerte de ese estudiante fue declarada como natural.

—En el audio hablan del fallecimiento como provocado. La voz masculina lo admite, que murió como consecuencia de uno de esos experimentos. Quien quiera que sea ese personaje es una persona cínica y sin escrúpulos.

—¡Vaya! Qué giro tan sorpresivo.

—Y eso no es todo. La voz masculina les pide a las dos chicas que asesinen al profesor Abraham. Ellas se niegan y entablan una fuerte discusión donde acusaciones van y vienen. Aquí está todo un reporte, la traducción de la grabación completa. Por si desea leerla.

—¡Dios santo! Y el profesor muere y no de manera natural.

—Exacto. Usted encontró la grabadora destrozada, el celular y la cinta rota en el colegio. ¿Quiénes inte-

ractuaron con el profesor Glassermann en esas instalaciones? —le preguntó el agente al detective.

La pregunta era retórica.

—¡El profesor King y las chicas Thompson y Cabrera! —exclamó el oficial.

—Allí tiene sus dos voces femeninas y la masculina y los sospechosos del posible asesinato del susodicho profesor.

El oficial quedó sorprendido. Esperó un poco antes de dar una respuesta.

—Pero el profesor King perdió el habla en un accidente y las chicas...

No dijo más. Cuando las entrevistó, ambas tenían un acento extraño, ahora que lo pensaba mejor, el acento era alemán.

—¿Qué? ¿Qué pasó con las chicas? —preguntó el agente.

—Las chicas hablan con acento alemán ¿cómo no lo vi desde el principio?

El agente arqueó las cejas.

—La chica Cabrera fue con el profesor en la ambulancia. Es la única persona, fuera del personal del hospital, que tuvo contacto con el paciente —continuó el detective—. ¿Cómo no vi esos detalles antes?

—No se lamente. Tuvo la suficiente visión para ver la grabadora y el casete rotos e intuir que eran importantes. Regresó a la escena del crimen y dio con el celular. Nada es casual, su destino era hacerse con el teléfono. Ese detalle nos podría conducir a la resolución de un problema mayor.

—Está bien, existe la posibilidad de resolver un crimen, eso lo entiendo. ¿Por qué es tan determinante la muerte de un consejero a manos de una estudiante

como para hacer peligrar la seguridad nacional? — preguntó Boulanger.

—Sonará de locos, sin embargo, no lo es. Lo que voy a decir no debe salir de esta sala. La naturaleza del experimento, según se infiere en las afirmaciones de los involucrados, es el desarrollo de un método para viajar en el tiempo. Una tecnología de ese tipo, si fuese real, tendría implicaciones no solo nacionales sino universales. Puede que sea un bulo o la fantasía de un loco. Los servicios de seguridad no estamos dispuestos a correr el riesgo. Hay que combatir el mal en cualquiera de sus facetas y sea cual sea la amplitud de la amenaza.

El oficial no dijo nada. Era increíble adonde estaba conduciendo las preocupaciones de un consejero de escuela. Mejor expresado imposible. Era de locos, de ciencia ficción, de películas, de comics; de cualquiera de esas creaciones de la imaginación desmesurada de un escritor, no de la realidad. Por su parte, el agente no lo expresó, las motivaciones gubernamentales eran obvias: de ser cierta la tecnología para viajar en el tiempo, debían hacerse con ella, estudiarla y dominarla.

—Hay que ubicar a esas personas —declaró el agente.

El oficial asintió, tomó su chaqueta. Era hora de ponerse en marcha.

Mientras, en Baltimore, ignorantes de la situación, Gretchen y Marie Louise hacían vida escolar en la universidad. Era la etapa de adaptación, los primeros días de clase. Todo transcurría de manera fluida, alegre, el ambiente escolar era muy apacible. Nadie esperaba alguna cosa específica de ellas, una actuación,

una forma de ser, nada. Era como renovar la vida, como reiniciar un computador. Atrás quedaban los actores de su vida anterior, los nuevos serían bienvenidos. No podían prescindir de los padres que el cambio de tiempo les otorgó. Sin embargo, estaban fuera de su influencia directa, ya Gretchen no tendría que luchar contra los impulsos incestuosos que le generaba su guapo padre adoptivo y Marie Louise no tendría que enfrentar la confusión que le generaba la forzada herencia latina, de aquella familia de inmigrantes. Sí, les tenía aprecio, eran personas agradables, pero odiaba la comida mexicana, su música y sus costumbres; siempre debía sonreír mientras cantaban y veían las telenovelas. Le huía al baile, era estrepitoso, bárbaro y confuso. Sin embargo, eso ya quedaría en el pasado, una nueva etapa se abría ante ellas. La esperanza y la ilusión. Gretchen quería ser doctora y ella quería ser jugadora profesional de fútbol, no importaba que los norteamericanos le llamaran soccer, el nombre no cambiaba la pasión.

Kubbelmeyer, armaba los componentes de su experimento dentro de la camioneta. Ya había elegido un terreno con campo abierto, cercano al recinto universitario. Esa misma tarde accionaría el dispositivo, ya no había tiempo para repasar cálculos ni abortar la misión. Era ahora o nunca, obtendría la gloria o la muerte. Estaba decidido.

En Callhoun, el oficial ingresó al auto. Le esperaba el agente Hope.

—La esposa dice que el profesor King se fue de pesca al lago Watts Bar —le comentó.

—Una de dos, ella miente o él le mintió a su esposa. Me acaban de informar que usó su tarjeta de crédito

en Baltimore —informó el agente Hope.

—O sea que todos nuestros caminos convergen en Baltimore. Allá están las chicas Thompson y Cabrera.

—Así es compañero. Pero ya no depende de usted. Esta fuera de su jurisdicción.

—Lo sé, lastima no poder acompañarlo. Le deseo buena cacería.

—Así será. Le mantendré informado de los resultados como cortesía profesional. Los tendremos en custodia hoy mismo.

Se despidieron sin saber que algo extraordinario estaba por suceder. Tal como lo expresó el agente Hope.

XXXI

BRISAS DE NOVIEMBRE 1944

Permanecieron ocultas todo el día. Se oían disparos, explosiones, gritos en alemán, gritos en inglés, gritos en francés, gritos en otros idiomas. No se atrevieron a salir de su escondrijo, cabía la posibilidad de quedar en medio de un fuego cruzado. Cuando se hizo la noche salieron de manera subrepticia, casi a rastras. El oeste, siempre hacía el oeste, lo más recto posible. Evitaron los caminos y avanzaron por el descampado. No hallaron señalizaciones en su camino lo cual no les ayudaba mucho.

—¿Dónde estamos Esmeralda? —preguntó Eglin.

—La verdad no estoy segura —sacó uno de los mapas —, creo que aquí o cerca —señaló un punto en el mismo.

Eglin observó con atención, no sabía descifrar de forma adecuada el mapa.

—¿Y eso que significa? La verdad no se interpretarlo —le comentó.

—Estamos más o menos a mitad de camino, al norte de Aquisgrán, cerca de Roermond —le explicó—. Si seguimos derecho deberíamos llegar en dos noches hasta Amberes, si es que no nos captura una patrulla aliada o alemana.

—Qué sea una aliada por favor.

—Eso espero también. Se acerca el amanecer, debemos hallar un refugio. Mañana nos colocamos el uniforme de enfermeras norteamericanas y esperamos lo mejor.

Lo que ellas no sabían era: que se habían desviado,

no estaban al norte de Aquisgrán sino al sur. No encontraron una casa o una ruina donde resguardarse. Amanecía, corrieron de aquí a allá, por último tropezaron con los restos de un vehículo blindado. Al parecer había sido abandonado por sus ocupantes, quienes lo habían hecho explotar. Estaba tirado a un lado del camino, volcado e inservible. Se refugiaron allí. No había tiempo para buscar más. Estaban tan cansadas que durmieron hasta ya pasado mediodía. No se percataron que un contingente británico circuló por la carretera cercana, dejando el vehículo volcado atrás. Había logrado cruzar el frente sin darse cuenta. Esperaron la noche para continuar la caminata, se alejaron de la carretera, oyeron un distante rumor, apenas audible entre los continuos disparos y explosiones. Parecía agua corriendo, se desviaron un poco, en dirección del murmullo. Era un arroyo, el agua estaba helada, pero sin tiempo que perder tomaron un momento para el aseo personal. Se cambiaron el vestido de paisanas, colocándose los uniformes de enfermera que habían confeccionado. Continuaron. Toparon con varias patrullas y hombres marchando. Inmediatamente los evitaban sin ocuparse de corroborar su nacionalidad o bando. Esa noche no hallaron refugio, ni ruinas, ni vehículos abandonados. Durmieron a la intemperie, ateridas de frío, exhaustas, ocultas en un pequeño bosque, tras unos troncos caídos. Estuvieron alertas todo el día, no observaron actividad humana en sus cercanías.

—Esta es nuestra última noche de caminatas, la comida se acabó, mañana, sea lo que sea, estemos donde estemos, tendremos que establecer contacto con alguien, ya no podemos continuar —anunció Esmeralda.

Eglin asintió.

—De todas maneras, ya deberíamos estar en territorio controlado por los aliados y muy cerca de Amberes —continuó explicando Esmeralda.

—¿Qué tanta seguridad tenemos de eso? —le preguntó Eglin.

—Ninguna que sea concluyente. Hasta que no veamos alguna señalización que nos guíe estaremos caminando a ciegas. Según creo, el pueblo que evitamos ayer en la noche es Lommel y ahora mismo deberíamos estar a unos 20 kilómetros de Amberes.

—¿Qué? ¿En serio? Yo no creo poder caminar esa distancia esta noche Esmeralda. Estoy agotada.

— Yo también Eglin, yo también... Pero debemos hacer un último esfuerzo.

—Ok —aceptó Eglin.

Caminaron por unas 5 horas cuando toparon con un claro. Se pusieron a cubierto, la protección que les daba el bosque se terminaba allí. Rodearlo significaría invertir mucho tiempo además de usar una energía que ya no poseían. Esmeralda señaló un bulto en el medio del claro. Era un bombardero B-17. Estaba inclinado sobre una de sus alas, todo indicaba que estaba fuera de servicio, producto de un aterrizaje forzoso. Eglin negó con la cabeza, Esmeralda siguió señalando al avión siniestrado. Como su amiga no quería a avanzar le dijo en baja voz.

—A la cuenta de tres, corremos hasta el avión.

—No, Esmeralda, no quiero entrar a ese avión, tengo malos recuerdos de los bombarderos —le contestó.

—Entiendo lo que dices. Debes verlo como un refugio. Ya no caminaremos más, estoy bastante segura de que estamos en territorio controlado por los alia-

dos. Dentro tendremos protección contra el frío y en la mañana ya veremos. Esto parece un campo de aterrizaje.

Eglin negó otra vez con la cabeza, pero antes de que pudiera volver a protestar, Esmeralda inició un conteo regresivo y corrió hacia el avión. Eglin no tuvo otra alternativa, corrió tras ella y entraron por la compuerta trasera. No estaba sellada. Exploraron el interior. Avanzaron hasta llegar a la cabina.

—¡Mira! ¡Eglin, mira lo que encontré! —exclamó, mostrándole una especie de barra en la oscuridad.

—¿Qué es? No puedo distinguirlo.

—Abre la boca, confía en mí —le dijo mientras abrió el envoltorio y le alargó un pedazo de aquello.

Lo masticó con cierta desconfianza, una vez rompió su cohesión molecular se sintió invadida de una sensación de felicidad y calor, aquella sensación que sólo te puede brindar el chocolate.

Se contuvo para no gritar de felicidad. Abrazó a su amiga y aprovechó para dar otro mordisco a la barra. ¡Qué delicia!

—Tómala toda, aquí hay otra para mí —le dijo Esmeralda —. Ahora si estarás de acuerdo conmigo, fue buena idea ingresar al avión.

—No te lo discuto —le respondió mientras deglutía el chocolate.

—Por acá conseguí unas mantas y estos paracaídas sin abrir nos pueden servir de almohadas.

—¡Vaya! Tantas cosas buenas dan un poco de miedo.

—¿Por qué lo dices?

—Nos han pasado tantas cosas extrañas que algo tan bueno, asusta.

—No pienses en eso. Como dices, nos han pasado

cosas extrañas y malas, ya por pura probabilidad estadística nos tocan cosas buenas. Mira, tenemos un par de barras de chocolate extras, las guardaremos para mañana.

—¿Qué? ¿Para qué me las enseñaste? Ahora quiero comérmelas —exclamó alegre Eglin.

—Yo te la doy, esa es tu parte. Te recomendaría que no te la comieras ahora mismo, pero....

Esmeralda no terminó la frase, ya Eglin tenía media barra en la boca.

—¿Me decías? —contestó con la boca llena.

Esmeralda rio, buscó la suya e hizo lo mismo. Mejor disfrutar la vida, el momento, ya mañana sería un día mejor. Pensó. Y era cierto. El 23 de noviembre se convertiría de nuevo en una fecha clave en sus vidas.

—No sé si pudiéramos llamarlo celebración, pero un día como hoy, un 23 de noviembre de 1938 despertábamos en esta realidad ¿Recuerdas? —le comentó Esmeralda.

—Quisiera no recordarlo. Parecía una broma macabra, pero la broma ha durado seis largos años —le respondió con tristeza Eglin.

—No te preocupes mañana todo cambiará. Tengo la plena seguridad que será para bien. Nuestras vidas mejorarán, quizá no podamos regresar a nuestro tiempo ni ser las mismas de antes —suspiró—. Regresaremos a nuestro país y viviremos en paz.

—Amén.

Chocaron las barras de chocolate a modo de brindis y se aprestaron a dormir.

El Mayor John V. Crisp. Comandante del puesto antiaéreo en Kortenberg, Bélgica, a las afueras de Bruselas. Recibía otro reporte extraño, no bastaba con

el ocurrido temprano: un bombardero B-17 había aterrizado en su campo, sin piloto ni tripulantes. La soldadesca se encontraba agitada y ya apodaban al aparato como el avión fantasma. Uno de los soldados reportaba actividad dentro del bombardero siniestrado. Que ya por sí mismo era extraño. Se acercó hasta el avión, con una patrulla. Lo primero que comprobó fue que la compuerta trasera estaba abierta, lo cual le pareció normal, por superstición nadie la había cerrado. Se asomó por la escotilla, alumbró con la linterna el interior del fuselaje, nada, allí no había nadie ni nada. No llegó a observar a las chicas, que se hallaban en la cabina de pilotos. Procedió a bajar.

—Oigan, sé que están inquietos por el extraño aterrizaje de este avión, les pido que no se dejen llevar por supersticiones. No es un avión fantasma. Alguna explicación habrá, la comisión de investigación se encargará de ello. Así que vamos a calmarnos, continuemos con nuestras labores como soldados profesionales que somos —les comentó a sus subalternos mientras salía.

Estaba un poco malhumorado, cerró la escotilla con cierta violencia. El ruido despertó a las chicas, quienes estaban durmiendo en un compartimiento cercano a la cabina.

—¿Oíste Eglin?

—Sí, alguien está afuera. Son voces en inglés. Me parece.

—Sí lo son. Es inglés. ¡Estamos en la zona aliada!

—comentó feliz Esmeralda, mientras abrazaba a su amiga —¡estamos a salvo!

Eglin asintió. Afuera, el Mayor Crisp, queriendo zan-

jar el asunto y otro poco para descargar su malhumor, le dio un golpe al fuselaje.

—¡No quiero más reportes fantásticos acerca de este avión! —exclamó.

Los soldados iban a responder “¡Señor, sí señor!” cuando el avión comenzó a vibrar con violencia. De forma instintiva todos se alejaron, asustados, menos el Mayor y un sargento, quien detuvo la huida de los soldados con una vigorosa voz de orden. Dentro, las chicas reconocieron la vibración. Era la misma que sintieron cuando estaban en el museo, en un bombardero B-17. Se abrazaron fuerte, asustadas. “¡No, no, no otra vez!” pensó Eglin. “¡Sí, sí, sí, está ocurriendo! ¡Está ocurriendo!” pensó Esmeralda.

Se desvanecieron y todo se hizo negro.

XXXII YO GANO

Gretchen no podía creerlo. Se pellizcó. Era una pesadilla. Era él, era su camioneta. La vio estacionada en la Avenida Ashland, muy cerca de la universidad. Aquello no podía ser casualidad. Corrió a su habitación, donde había dejado a Marie Louise, ignorante de la situación. No pudo evitar que algunas lágrimas escaparan de sus ojos, ese malnacido profesor las había seguido, eso solo significaba una cosa, iba a realizar el experimento en las cercanías y las iba a llevar consigo a 1938. Sin embargo, las cosas se iban a poner peor. Antes de llegar al edificio fue interceptada por unos hombres que se identificaron como agentes del FBI. Ella protestó, pero los hombres fueron inflexibles, en una camioneta le esperaba el agente Hope. Allí estaba también Marie Louise, la tenían en custodia.

—Señorita Eglin, bienvenida —le saludó con malicia —, espero que colabore un poco más que su amiga Esmeralda, quien no ha querido admitir nada —añadió.

A continuación, tocó la ventanilla y le indicó al chofer conducir hasta la sede local.

— ¡No! — le gritó Gretchen — no lo haga, no hay tiempo que perder. He visto al profesor Kubbelmeyer, está por iniciar el experimento. Hay que detenerlo. Tienen que detenerlo, antes de que sea demasiado tarde.

El agente dio dos golpes a la ventanilla. El vehículo se detuvo en seco.

—¿El profesor qué? Habrá querido decir, profesor King.

—No, así se llama, ocupa el cuerpo del profesor Martín, pero su verdadero nombre es Kubbelmeyer. —¡Gretchen! ¡No lo hagas! —exclamó Marie Louise en alemán.

El Agente Hope estaba tan confundido como maravillado. Eran las voces de la grabación, sin duda y su expresión en alemán lo corroboraba.

—Señorita Thompson podría explicarme lo que, según usted, está ocurriendo; la naturaleza del experimento que va a realizar el profesor Kubel-no sé qué en pocas palabras y decirme donde lo vio.

—No lo vi, a él en persona, pero sí a su camioneta, estacionada en una esquina de la avenida Ashland. El experimento que quiere recrear es un traslado en el tiempo. Sucede que cuando la máquina alcance su límite hará explosión. Y es una explosión muy poderosa, destruyó una instalación subterránea en 1944 construida para soportar los más fuertes bombardeos. Imagínese lo que ocurrirá aquí si se lo permitimos.

El agente de nuevo dio dos golpes a la ventanilla.

—¡Avenida Ashland! ¡Rápido! —indicó.

La furgoneta arrancó.

—¿Entonces sí es verdad lo del viaje en el tiempo?

—preguntó el agente, en tono condescendiente.

—Sí, es verdad. No puedo explicarle los detalles técnicos. En mi tiempo era yo solo una enfermera y no sabría cómo. Él único que sabe qué ocurrió, cómo ocurrió y qué ocurrirá es el profesor. Nosotras no vinimos por nuestra voluntad. Al parecer todo fue producto de un experimento fallido. Estamos aquí

por mera casualidad.

El agente frunció el ceño. No sabía si creerle.

—¿Y cuáles son sus objetivos?

—El nuestro. El de mi prima y yo era vivir, aprovechar esta segunda oportunidad que nos dio la vida. Los objetivos del profesor son regresar a 1938 y aplicar los conocimientos de esta era para ayudar a Alemania ganar la guerra.

—¿Qué? ¿Es en serio? ¿Y es eso posible? —preguntó sorprendido el agente.

—No lo sé. Eso solo lo puede responder el profesor.

—Y mataron al consejero porque descubrió la verdad.

Gretchen guardó silencio. No supo que responder.

—Sí, yo lo maté. Asumo toda la responsabilidad, mi prima no tuvo nada que ver —contestó Marie Louise en la figura de Esmeralda.

—Por fin se decidió a hablar señorita Esmeralda —le indicó el agente.

—Marie Louise, le corrigió ella.

—¿Qué?

—Marie Louise Yorck de Angelis, ese es mi nombre.

—¿Y el tuyo? —le preguntó Hope a Gretchen.

—Gretchen Fahrmbacher. Cómo lo expresó Marie Louise somos primas.

—¿Y qué fue de las chicas Cabrera y Thompson?

—Si le hacemos caso al profesor, ellas, o más bien su mente, su personalidad, fueron trasladadas a 1938.

—O sea que el viaje en el tiempo no es físico, es más bien una transferencia mental —le explicó Marie Louise.

El agente por un momento dudó. ¿Sería todo, el producto de unas personas perturbadas y no un caso

real? Aquello era de locos. Cabía la posibilidad que estas tres personas hubieron perdido la razón e inventaran esa historia tan inverosímil. Era difícil de creer. Lo único claro era que había dos muertos; uno, ya admitido como asesinato, el profesor Abraham Glassermann y el otro, Gules Mc Adams, posible víctima de un experimento macabro. Pensó, al principio, que las chicas iban a negar todo, que iban a descalificar la idea. Resultaba que no sucedió así, confesaron sin mayor dificultad y deseaban colaborar para detener al que debería ser su cómplice. Era raro en extremo. Todo aquello era anormal, casi burlesco. ¿Estaría haciendo el ridículo en la operación que dirigía? Se cuestionó.

La furgoneta bajó la velocidad. Eso despertó al agente de sus pensamientos.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué no avanzamos? —preguntó al chofer.

—Una muchedumbre. Algo ocurre y una multitud de curiosos abarrota la calle —le respondió el conductor.

Hope se asomó por la ventanilla. Una gran masa de personas se acumulaba en las calles. Iba a preguntar el motivo. cuando observó un insólito resplandor viniendo de un terreno baldío en la avenida. Se oía también un fuerte zumbido. El brillo parecía tener una fuente giratoria cuya variación de intensidad iba al compás del sonido. Aquello sumaba otra cosa extraña al caso.

—Es el profesor, está realizando el experimento —indicó la chica Thompson que decía llamarse Gretchen.

—Es cierto, tiene que detenerlo, nosotras no pode-

mos —añadió Marie Louise, en la figura de Esmeralda, señalando sus esposas.

El agente miró a una y luego a la otra.

—¡Qué el diablo me lleve! ¡Vamos! —exclamó —¿Van a ayudarme atraparlo? ¿No van intentar escapar? Las atraparíamos luego de todas formas.

—Queremos ayudar, no deseamos volver a nuestro tiempo —afirmó Gretchen.

—No vamos a escapar, tiene nuestra palabra, hay que evitar el experimento —añadió Marie Louise —. Además si él tiene éxito no tendremos lugar adonde escapar, el experimento revertirá los efectos del fenómeno que nos trajo aquí y volveremos en el tiempo.

Hope, las liberó, bajaron de la furgoneta, junto con dos agentes. Se movieron todo lo rápido que pudieron a través de las personas. La policía local estaba sobrepasada. Cruzaron la barda, entraron al terreno. Cerca del centro se encontraba un objeto cilíndrico del tamaño de una bombona de oxígeno, giraba a gran velocidad sobre sí mismo, una especie de faldón giraba en sentido contrario en la parte inferior. Se encontraba flotando por encima del césped, sostenido por unas cadenas que bailoteaban con frenesí. El brillo no lo producían unos focos o bombillos, lo irradiaba una especie de incandescencia producida por el giro del aparato. Pero allí no había nadie.

—¿Es esa la máquina del tiempo? —preguntó a gritos el agente, el ruido era intenso.

Las chicas asintieron, aunque en realidad nunca la habían visto. Ni siquiera en diagramas.

—¿Cómo la desactivamos?

—No lo sabemos —le gritó de vuelta Gretchen.

Marie Louise señaló varios cables, conectados a generadores colocados a cierta distancia.

—¡Buen trabajo! —le dijo el agente.

Se apresuraron a desconectar los cables y apagar los generadores. Pero nada sucedió. Se miraron unos a otros. El agente Hope apuntó, no sabía que sucedería, pero lo intentaría, igual si no hacían nada iba a estallar; disparó. La bala recorrió el espacio entre la pistola y el objetivo, fue frenando su avance y cayó, mansa a los pies de aquel aparato. Intentaron acercarse, el calor aumentaba de manera considerable a medida que lo hacían. El zumbido arreciaba, era ensordecedor.

—Lo activó a distancia —le gritó Gretchen.

—¿Qué? —le preguntó el agente, no pudo oírla,

—¡Qué lo activó a distancia! Dijo que lo haría así por motivos de seguridad. Debe estar huyendo del lugar, si es que ya no lo hizo.

Los tres agentes y las dos chicas estaban paralizados, sin saber qué hacer. Entonces observaron una figura imponente escurrirse entre los árboles. Era el profesor. Corrieron tras él, Hope, le dio la voz de alto, ni él mismo se escuchó. ¡Bah! No importaba. Disparó. La bala, otra vez, se comportó de manera extraña, realizó una curva y erró el tiro. Necesitaba alejarse del endemoniado cilindro. Lo intentó de nuevo, erró el segundo tiro, pero pasó más cerca. En el tercer intento por fin lo derribó, apuntó a las piernas, en vez de ello, le dio en el brazo izquierdo. Llegó hasta él y entre los tres hombres lo inmovilizaron.

—¿Cómo detenemos el aparato? —le gritó el agente, apuntándolo con la pistola.

No era una mera amenaza, estaba dispuesto a jalar

el gatillo.

—No se puede, ahora genera su propia energía —le dijo el profesor con voz entrecortada.

Se oyó otra detonación. Le había disparado en la pierna

—No me salga con estupideces, detenga esa cosa. No crea que no puedo matarlo. Si lo mato ahora no habrá mente que transferir y usted habrá perdido.

Las chicas observaban toda la escena, con lágrimas en los ojos. Todo indicaba que volverían a la guerra, a vivir todo ese horror de nuevo.

—Es demasiado tarde, yo gano —dijo riéndose el profesor al mirar su reloj —Ya no hay tiempo, el tiempo no existe.

Un estruendo inundó todos los sentidos de los presentes. El mundo se llenó del blanco más intenso y luego se vació en la más negra de las oscuridades.

XXXIII DACAPO

Eglin despertó. Se encontró en un cuarto de hospital. Lo primero que hizo fue chequear a su alrededor. ¿Sería posible? El sitio se veía moderno, los aparatos, el ambiente, el aire acondicionado y lo mejor: en la cama a su derecha pudo observar la sonrisa más hermosa que había visto en años. Esmeralda, con su largo cabello negro, despeinado, sentada en la cama le sonreía y lloraba al mismo tiempo. Se levantaron y se unieron en un abrazo.

—¡Eres tú! ¡Eres tú! —exclamó Eglin, mientras le acariciaba el cabello.

—Sí, yo soy yo y tú eres tú —le respondió, visiblemente emocionada, Esmeralda.

—¡Volvimos! ¡Volvimos! ¡Volvimos! ¡Gracias Dios! ¡Gracias Dios!

Eglin saltaba de alegría. Entró una enfermera, con un uniforme blanco. En el gafete de identificación se leía con claridad: *Nurse Wilkinson*. Las devolvió a las camas. Luego entró el padre de Eglin. Más abrazos, más besos, más lágrimas. Esmeralda observó en el pasillo al pequeño Gules. Sentado en una silla, simulando leer una revista, pero se notaba que deseaba entrar. Eglin, le hizo señas, él entró con timidez, ella le indicó que se sentara a su lado y antes de que pudiera reaccionar le dio un largo beso. El Capitán Thompson se sorprendió de la acción.

—¡Gracias mi pequeño duendecillo! Por esperar y estar pendiente, por quererme tanto y yo no saber corresponderte. ¡Te quiero mucho! — le dijo.

Gules, recibió otro beso de recompensa. Luego de un rato la enfermera puso orden y desalojó el cuarto. Eglin, convino con Gules hablar mejor luego. Ya habría tiempo para ello.

Les hicieron una multitud de exámenes, como no hallaran nada malo les dieron de alta esa misma tarde. No ocurrió así con el profesor Martin que había sufrido una fractura de cráneo con la caída. Las chicas querían quedarse, el capitán no lo consintió, además ya había llegado la esposa del profesor, la señora Linda King, ella cuidaría de su esposo, no había porque preocuparse al respecto. De regreso, en el Mustang, Eglin habló con Gules. Le pidió seguir siendo amigos.

—¿Pero y el beso? —preguntó descorazonado el chico.

—Fue un impulso, además te lo habías ganado —le respondió ella —te quiero mucho Gules, pero no de esa forma. No te amo y sería una mala acción de mi parte el darte esperanzas. Se termina el año escolar y nos separaremos, tú iras a una universidad, yo a la otra. Te recordaré siempre como un gran amigo, mi confidente, mi pequeño duende travieso. Yo seré tu Dama Galadriel y tu Gimmly. Te daré esa hebra de cabellos, mis mejores deseos y un último beso.

Le dio otro beso. Un beso muy tierno y casto. Él no tuvo otra opción que aceptar y consolarse con que al menos había recibido no uno, sino, varios besos de su dama.

Los reencuentros se sucedieron, uno tras otro. Esmeralda, se reencontró con su familia luego de seis largos años de fuertes experiencias. Sus padres no podían comprender la felicidad que le embargaba.

Entendían que algo había sucedido, pero no sabían la magnitud, para ellos solo había sido un desmayo en un viaje escolar, para Esmeralda, había sido el enfrentamiento con situaciones inesperadas, con la vida y con la muerte. No paraba de abrazarles y besarles entre llantos y risas. Eglin, intervino y logró calmarla antes de que los padres se alarmaran. Dejando a la familia Cabrera disfrutar de su hija, James se fue con la suya directo a su hogar. Eglin, estaba emocionada, pero se contuvo un poco, no quería preocuparlos sin razón. Hubo abrazos, gaseosas y galletitas, en general le restó importancia al incidente. “Fue sólo un desmayo”, les comentó. Ya a solas si lloró un poco, era demasiada presión reprimida y había que expulsarla de algún modo.

En los subsecuentes días, las piezas fueron cayendo en su posición. El profesor Martín fue intervenido, salvó la vida. Cuando recuperó la conciencia lo hizo entre gritos, hablaba de cosas sin sentido. Nadie lo entendía, solo Eglin y Esmeralda. Al principio estuvo desorientado de donde estaba y que pasaba, taciturno y receloso, desconfiaba de sus propios pensamientos. Pensaba que todo era parte de una manipulación mental, extrañaba a todos con sus comentarios sobre doctores, nazis, mazmorras y choques eléctricos. Creía estar encerrado en un manicomio. Fue su amigo, Abraham, quien logró, poco a poco y con mucha paciencia, calmarlo. Las chicas apoyaron todo lo que pudieron. Ellas sabían lo que había vivido el pobre profesor y le compadecían. Esperaban, algún día poder hablar con él, sobre lo ocurrido, cuando ya estuviese restablecido. Para cuando finalizó el año escolar, el consejero hizo pública su enfermedad y

renunció al puesto para enfrentar al cáncer. Fue el aliciente que Martín requería, ahora era su amigo quien lo necesitaba. Cómo obra milagrosa recuperó la compostura y salvo algunas pesadillas recurrentes pudo retomar su vida normal y ayudar a su amigo quién tanto lo necesitaba. Las chicas al ver aquello dudaron si hablar con el profesor King, decirle que todo había sido real. Relatarle sus experiencias en la Alemania de la guerra, pero le vieron en tan buena condición mental que declinaron hacerlo. Mejor que pensara que todo había sido una pesadilla.

—Es mejor así, será nuestro secreto —le comentó Eglin a Esmeralda.

—Tienes razón. Sabes, estuve investigando y no hallé nada sobre ese profesor Kubbelmeyer, ni Frederick, ni de Gretchen y Marie Louise.

—Yo también investigué, la curiosidad era demasiada, pero no obtuve resultados.

—¿Qué piensas? ¿Todo fue real? ¿No sería alguna especie de alucinación colectiva? —le preguntó Esmeralda.

—Lo llegué a considerar. La experiencia fue muy vívida y lo que pasó con el profesor lo corrobora. Lo que si me intriga es qué pasó en realidad. Digo ¿cómo fue que se revirtió el proceso? ¿Alguna acción nuestra fue determinante?

—Es una buena pregunta. Quisiera tener la respuesta.

—Yo confiaba en que tú habrías llegado a alguna conclusión, la de las teorías locas eres tú.

—Eres cruel, pero sí, tengo una idea — le corroboró Esmeralda.

—¡Ves! ¡Yo sabía que esa linda cabecita tuya alguna cosa había elucubrado! —exclamó Eglin, emocionada de tener razón —a ver, cuéntame de tu teoría de

conspiración.

—No es una teoría de conspiración. Como sabes creemos que el intercambio fue mental, no físico

—Así convenimos, cierto.

—El fenómeno que produjo el intercambio ocurrió en el pasado, nos vimos afectadas de alguna manera y cambiamos de tiempo. En ese contexto nuestras acciones no tenían relevancia para que se realizara el intercambio. Entonces para el caso de revertir el proceso era igual, nuestras acciones no resultaban determinantes. Todo se resumía a las personas que se intercambiaron con nosotras. Es decir, ellos repitieron el experimento en esta época y eso nos trajo hasta acá y a ellos allá, a la Alemania de 1938.

—O de 1944 —añadió con ironía Eglin.

Esmeralda se quedó boquiabierta.

—¡Eres un genio! —Exclamó.

—¿Por qué? ¿Qué hice?

—Nosotras llegamos allá el 23 de noviembre de 1938 y regresamos el 23 de noviembre de 1944. ¿Verdad?

—Correcto —contestó Eglin sin saber a dónde quería llegar Esmeralda.

—Asumo que Gretchen, Marie Louise y el científico llegaron a este tiempo el 23 de noviembre de 2008. Entonces, de alguna manera revirtieron el proceso y ellos deberían estar regresando a Alemania de 1944.

—Oye, yo lo dije como una ironía. Tus teorías de la campana ultra gravitacional y las minas de Wenceslao resultaron fallidas. A eso me refería. Cuando estuvimos allá nada de eso ocurrió.

—¡Claro que eran fallidas! Al nosotras y el profesor Martín ingresar a ese tiempo, toda la línea que nos llevaba del punto A al punto B fue alterada. Al que-

dar él en un manicomio bajo la figura del científico, no se produjeron la serie de eventos que deberían conducir al desarrollo de esa tecnología. No lo sabemos, es casi seguro que este Kubbelmeyer resultaba clave para el proyecto y al estar indispuerto no se produjo. De allí que nuestras acciones eran irrelevantes. Todo ese tiempo quienes tuvieron el control sobre lo que iba a suceder eran los personajes que se hallaban en este tiempo.

—Eso es muy triste de pensar —opinó Eglin.

—Quizá, pero resultó en nuestro beneficio.

—Es triste de pensar que yo me casé un intento por seguir el determinismo.

—Te casaste porque lo amabas, es decir, Gretchen lo amaba y estabas en su cuerpo.

—Sí, ya no me vuelvas a hablar de tu teoría de las endorfinas.

—Era dopamina, pero no importa...

—Luego de vivir tantas cosas uno se cuestiona si valió la pena. Nada de lo que hicimos importó.

—En eso te equivocas, claro que importa. Importó para ti, para mí, no para el regreso, obvio, pero sí para nosotras como mujeres, como personas.

—Hemos madurado, eso es cierto. Cuando estuve en el colegio me sentía como una ancianita. Todos me parecían tan infantiles.

Esmeralda asintió con la cabeza.

—¿Y ahora qué hacemos? —le preguntó Eglin.

—Vivir.

—Se escucha tan sencillo.

—Lo es. Es sencillo. Vivamos, alcancemos nuestras metas y sueños. Yo quiero ser doctora, tú jugadora profesional de voleibol. Avoquémonos a ello. ¿Qué

harás con Gules?

—Nada. Él se quedará. No tiene pensado entrar a ninguna universidad, va a trabajar con su padre y yo me iré contigo a Baltimore —le contestó Eglin.

—¿Iras a Baltimore conmigo? ¿Qué vas a estudiar? ¿Medicina? —le preguntó, sorprendida.

—Si es necesario para estar junto a ti, sí. Tú no eres mi amiga, eres mi hermana, luego de vivir todo lo que vivimos eres entrañable para mí. No quiero separarme de ti. Eres mi pequeña, así seas una pulgada más alta.

Se abrazaron, sonriendo.

—Y así termina nuestra historia —comentó Eglin.

— ¿Cómo qué termina? Ahora es que nos queda por vivir. Nuestra historia apenas da comienzo.

—Me refiero a nuestra aventura espacio-temporal.

—Ya, entiendo. Sí, esa historia terminó. Ahora vivamos felices para siempre. Cómo decimos en México “Colorín colorado... este cuento se ha acabado”

—Tú nunca has estado en México —exclamó riendo Eglin.

Esmeralda no respondió. Hizo una mueca chistosa y le guiñó un ojo.

XXXIV DAL SEGNO AL CODA

Gretchen despertó, todo estaba oscuro, tosió. Había mucho polvo en el ambiente. Se sentía aturdida, le dolían los oídos. Escuchó un quejido, se movió a gatas hacia el sonido. No pudo incorporarse, algo se lo impidió. Se encontraba debajo de una estructura de hierro, una mesa o algo parecido. ¿De qué tamaño fue la explosión? Se preguntó. La oscuridad era total. Siguió el sonido de la voz, parecía un hombre, no sabía decirlo. No muy lejos tropezó con una mano, la cual se aferró a ella.

—¿Quién es? —preguntó, apenas el sobresalto se lo permitió.

—Albert... —le respondió en un susurro — Kubbelmeyer...

—¡Tenía que ser usted! ¿Dónde estamos? ¿Qué es esto? ¿Qué ha pasado? ¡Maldito profesor de mierda! ¡Usted y su estúpido experimento!

—Es la verdad, soy un estúpido. Tienes razón. El experimento resultó fallido. Estamos de vuelta a 1944 y no a 1938 como quería. Asumo que estamos en la enfermería del bunker luego de la explosión.

—¡No! ¡No puede ser! —exclamó Gretchen.

—Sí lo es. Me equivoqué, soy un viejo estúpido que va a morir por culpa de su ego. Cuando comparé los cálculos que había hecho, con los resultados del concurso casi todos me dieron la razón. Sin embargo, hubo uno, un chico de 14 años de algún lugar de Alabama que apreció un error en el cálculo. Yo lo desestimé y los hechos demuestran que el muchacho

tenía razón, el resultado iba a ser una reversión del fenómeno, no un traslado a otra fecha anterior.

—Nada de eso importa ahora, hay que salir de aquí. ¿Puede moverse? —le preguntó Gretchen.

—No, tengo la mitad del cuerpo aprisionado, la verdad no siento las piernas.

Gretchen a tientas examinó el entorno, era cierto, lo que parecía ser una losa de concreto le había aplastado la cadera. De repente recordó a su prima, la llamó a gritos

—¡Marie Louise! ¡Marie Louise!

—¡Calla mujer! ¡Me aturdes con tus gritos! —exclamó Kubbelmeyer.

Gretchen lo ignoró y siguió gritando y palpando la zona. Hasta que obtuvo una respuesta.

—¡Aquí! ¡Gretchen!

—¡Gracias a dios! —exclamó mientras trataba de abrazarla —Estas recostada ¿puedes levantarte?

—No, algo aprisiona mi pierna izquierda.

—Déjame ver —le comentó Gretchen.

Luego de decirlo se dio cuenta que en realidad no podía cumplir lo que había dicho. No veía nada. Marie Louise, lo percibió, alcanzó sus bolsillos, no era fumadora, alguien había dejado unos cerillos y una caja de cigarros olvidados en la enfermería. Desechó los cigarros, pero conservó los fósforos.

—Toma —dándole los cerillos.

Gretchen encendió uno. Primero la cegó un poco el fulgor, se recompuso rápido, no había tiempo que perder.

Un pesado archivador había caído encima de la pierna de Marie Louise. Se ubicó cerca del mueble antes de perder la luz e intentó levantarlo. Pesaba demasia-

do para su fuerza. Encendió otro cerillo, observó la pierna, debía apresurarse, encontrar algo que sirviera de palanca. Consiguió una barra de lo que había sido una balanza. Le dio los cerillos a Marie Louise, necesitaba las dos manos libres. Sincronizaron esfuerzos. —Lo levanto y tú sacas la pierna, a la cuenta de tres —le dijo—. Se fuerte.

Marie Louise, asintió. Realizaron el conteo. Gretchen, gritó por el esfuerzo y Marie Louise, por el dolor. Kubbelmeyer gritó también, el archivador al rodar, le golpeó un brazo.

—¡Malnacidas! —exclamó.

La operación fue un éxito, al menos para ellas, para el profesor fue perjudicial. Marie Louise quedó libre. Tenía la pierna muy golpeada, posiblemente: fractura de tibia. Gretchen revisó el archivador, encontrando unas bengalas. Encendió una, con mejor iluminación ubicó los materiales para realizar el entablillado de la pierna. Quiso buscar un anestésico, la despensa de medicamentos estaba totalmente destrozada. Mientras hacía todo eso también buscaba una salida. Y la encontró: uno de los ductos de ventilación no se hallaba obstruido, el principal problema que contemplaba era lograr que Marie Louise, trepara hasta esa altura con la pierna lesionada. Luego de atenderla comenzó a acumular objetos, para formar una especie de escalera y lograr acceder a la mencionada ventila. Había flujo de aire, lo que indicaba que existía una posibilidad real de escapar de allí. Kubbelmeyer, le hizo señas.

—Enfermera, venga por favor.

—¿Qué desea?

El profesor lloraba y respiraba con dificultad.

—Sé que no voy a salir de aquí con vida —enunció. Gretchen hubiera querido decirle que no era así, pero tenía razón, no había forma de sacarle de debajo de esa losa. Además, existía una gran posibilidad de tener la columna partida, no podría usar las piernas.

—Les pido perdón, me arrepiento de haber recreado el experimento. Teníamos buena vida y yo la desprecié. y la desperdicié. Lo hice por amor a la patria, al menos esa es mi excusa. Sálvense ustedes. Abandonenme. No intenten rescatarme.

—No se preocupe. Vaya en paz. Quizás esto era lo que debía ocurrir. No eran nuestras vidas. Estábamos usurpando identidades, no era justo. Esto es lo que debió pasar desde el principio. Fue una experiencia interesante, pero esta es nuestra realidad y tenemos que aceptarla.

—Caminen siempre hacia el Oeste, la guerra está perdida, procuren entregarse a los occidentales, les irá mejor con ellos que con los rusos.

—Eso haremos —le respondió Marie Louise.

—Una última cosa —pidió el profesor —¿habrá alguna forma de acelerar mi muerte? Sé que no hallaste analgésicos. El dolor es insoportable y la muerte inevitable. La prefiero ahora que después.

Gretchen y Marie Louise se miraron la una a la otra, luego alrededor.

—No, no hay nada. La despensa de los medicamentos está destrozada —le respondió Gretchen —lo siento.

—¿Y si lo asfixiamos? —propuso Marie Louise.

—¡Ay! ¡Por Dios, Marie Louise! ¿Cómo dices eso?

—¡Míralo! Está sufriendo, Quizá lo merezca, pero nosotras no somos como él. Tengamos compasión.

Él asintió. Aprobando la idea.

—Yo lo hago —dijo Marie Louise, al ver a su prima dudar.

—¡No! ¡Yo lo haré! —anunció Gretchen.

Le quitó los tirantes del pantalón al profesor, se encaramó encima de él, ya que se encontraba boca abajo, colocándole la rodilla en la nuca y presionando con la cinta a nivel de la tráquea. Procedió a asfixiarlo. Él se dejó conducir, sumiso, sin embargo, por instinto trató de zafarse, sin conseguirlo. Expiró al cabo de un rato. Sin tiempo que perder treparon el parapeto.

—Resulta irónico que él quiso asfixiarnos y él ahora muere de esa forma a mano de una de nosotras y, además, con su consentimiento —comentó Marie Louise, mientras subía.

—No pienses en eso.

—Debo pensar en algo porque si no voy a sucumbir al dolor.

—Lo siento, no pude hallar nada para aliviarte.

—No te preocupes, aguantaré.

Se arrastraron por el conducto. Casi siempre a oscuras, tanteando. Querían conservar las bengalas lo más posible. Les quedaban dos. Se iluminaban de tanto en tanto con los cerillos. Al fin, luego de algunas horas, alcanzaron a ver la luz solar que se colaba intermitente por lo que parecía ser unas rendijas. No eran más que algunos tímidos rayos, pero, en la vasta oscuridad era un faro que las guiaba hacia el exterior. Se encaminaron hacia allá, notaron que a medida que se acercaban a la luz el conducto se iba ensanchando, pudieron erguirse. Gretchen examinó la pierna de Marie Louise, no parecía tan grave con la luz.

—¿Crees que sea una fractura? —le preguntó a su prima.

—Posiblemente sí —le respondió Marie Louise—. Me duele como el demonio.

—Lo siento, yo te hecho arrastrarte por este sucio túnel y tú no te has quejado ni una sola vez.

—No es tu culpa. Es la única alternativa. Debemos salir de aquí.

—Quédate. Descansa mientras yo investigo la posible salida.

Marie Louise, asintió, agradecida. Aunque no se quejara en realidad se hallaba en el borde de su tolerancia al dolor. Gretchen, llegó hasta la boca del túnel. La intermitencia de la luz era producida por la rotación de un enorme y silencioso ventilador. No giraba rápido, apenas lo suficiente para crear un flujo de aire fresco y para ser un obstáculo. Debía encontrar la forma de apagarlo. Lo examinó con detalle, el motor era eléctrico y parecía estar conectado a una fuente independiente de energía. Al fin halló unos gruesos cables. Ahora necesitaba algo con que desconectarlos o destruirlos. Como única herramienta disponible utilizó una de las bengalas, con la esperanza de que esta generara el suficiente calor para debilitar los cables. Para su decepción no logró destruir los cables, solo se derritió la envoltura. Se detuvo a pensar. Luego de un rato vio la solución, los cables de cobre estaban desnudos, tomó el cuerpo de la bengala que había usado y los unió. Las chispas brotaron y luego de un sonido muy fuerte, el motor se quemó con el subsecuente frenado del movimiento de las aspas.

Marie Louise, le gritó a lo lejos, preguntando qué había pasado, ella le respondió que no se preocupara, todo estaba bien. Pero, no todo estaba bien, la salida estaba cerrada por barrotes de acero. La reja se en-

contraba atornillada a la estructura de hormigón, y no eran unos tornillos cualesquiera. Era de un tamaño voluminoso, con la cabeza en forma hexagonal. Se necesitaba una herramienta especializada para extraerlos. Frustrada se sentó en el frío piso. Al cabo de un rato escuchó un ruido, su prima llegó hasta donde estaba.

—¡Marie Louise! Me hubieses esperado para subir.

—No te preocupes, ya me duele menos. Además, me sentía muy sola y nerviosa allá abajo.

—¡Ven! ¡Dame un abrazo! Está haciendo mucho frío

—le indicó Gretchen

Ella, le abrazó. Observó el obstáculo.

—Así que, a pesar de todo, estamos encerradas, no podemos salir —comentó Marie Louise.

—Por ahora no, mi querida prima. Pero algo se nos ocurrirá.

Permanecieron allí, en el rellano, descansando. Estaban agotadas y heladas. Con hambre, hacía mucho que no ingerían alimento.

—¿Hace cuánto no comemos? —preguntó Gretchen.

—Hace setenta años en el futuro.

—Graciosa. Digo ¿cuándo fue la última comida, aquí, en esta realidad, antes del incidente?

—El desayuno, unas dos horas antes.

Gretchen sacó cuentas mentalmente. Calculó unas 3 horas pasadas desde la explosión. Eso sumaba entre 5 y 6 horas sin comer, no era grave pero pronto oscurecería y no tenían agua, Marie Louise estaba herida. La situación no era apremiante en si misma pero el tiempo se convertía en su peor enemigo. Iba a comentar eso con Marie Louise, pero esta se ha-

bía dormido. Decidió permanecer en guardia, no era prudente que las dos se durmieran al mismo tiempo, sin embargo, no tardó en dormirse también.

Le despertó unos gritos. Al principio el embotamiento no le dejó percibir lo que ocurría a su alrededor, de hecho, su mente aún se vio anclada a la época del futuro. Por un momento pensó que estaba en Baltimore. Los gritos arreciaron, ya era de noche, una luz le cegó, no pudo ver quien se acercaba. No tuvo tiempo de reaccionar o de alarmarse. Las voces eran en alemán. Ella respondió, se identificó como enfermera. Los soldados trajeron herramientas y las liberaron. Marie Louise no reaccionaba. Fueron conducidas con el oficial médico del regimiento y un coronel que le hizo toda clase de preguntas. Ella contestó con la verdad, había ocurrido una explosión en una instalación subterránea y ellas escaparon por poco. Los oficiales les reconvinieron, por esa zona no existía ninguna instalación, no había nada en el mapa. Gretchen, le contestó que su carácter era secreto, ni ellas misma sabían que se hacía allí, solo eran unas enfermeras y como tal nunca les informaron de las actividades, solo lo necesario para cumplir con su función.

—¿Nombre del Oficial a cargo? —preguntó el Coronel.

—No lo sabemos. Había científicos y soldados de las SS.

—¿El nombre del doctor? ¿Había un médico a cargo de la enfermería?

—Eran dos. No tenían nombre. Se identificaban como Doctor A y Doctor B, mi prima y yo éramos las únicas enfermeras. Había unos soldados que co-

laboraban con el personal médico, pero igual, sin nombre ni rango.

—¿Qué nos puede decir de la destrucción de la instalación? ¿Fue producto de un sabotaje?

—Realizaban un experimento desconocido. Hubo una tremenda explosión y nada más supimos. Escapamos con vida porque la enfermería estaba aislada de las instalaciones principales.

Luego de muchas preguntas, por fin el oficial quedó satisfecho con las respuestas. Les dejó descansar y que atendiera a la herida. Allí Marie Louise salvó la pierna, se recompuso y ambas ayudaron, participando en el hospital de campaña y cuidando a los heridos. Luego fueron transferidas a un hospital en Praga, luego a Berlín y finalmente a Hannover. Donde al terminar la guerra fueron capturadas por el ejército norteamericano. Se iniciaron muchos procesos, fueron investigadas, como muchas otras enfermeras. Allí se reencontraron con un joven piloto, a quien habían atendido luego que su bombardero fuese derribado. Este había escapado y fue llamado a ser testigo, clamando a favor de las chicas. Robert Thompson, era su nombre, estaba muy prendado de Gretchen, se dedicó a cortejarla y luego de un año le propuso matrimonio, quería llevársela a América y comenzar una familia juntos. Gretchen, aceptó solo con la condición que Marie Louise fuese con ellos. Aunque Bob Thompson le encantó la idea, Marie Louise se opuso.

—¿Por qué no quieres ir? —preguntó Gretchen — Ya sabes que la vida en América es hermosa.

—Sí, eso lo sé. Pero aquí están mis hermanos y mi madre, perdidos; debo encontrarlos. Además, Alemania también se pondrá muy bonita, quiero que-

darme a ayudar a su reconstrucción, no podré cumplir mi sueño de ser futbolista profesional. Nunca me recuperé por completo de la pierna, tú lo sabes, pero necesito quedarme.

—Entonces no iré. Si tu no vienes conmigo no quiero ir a ningún lado —le replicó Gretchen.

—No seas tonta, ve, tienes el amor de un buen hombre, algo pícaro y juguetón, pero es bueno. Ve cumple tu futuro, hazte doctora, luego nos encontramos. Yo viajaré a visitarte o quizás tú puedas visitarme en un futuro. ¿No te olvidarás de tu querida Alemania?

—¡No! ¡Jamás! ¡Es una promesa!

—Serás la señora Thompson. ¿Te imaginas? Tú puedes ser la tatarabuela de la chica Eglin, el cuerpo que ocupabas en el futuro.

—¡Ja! ¡Ja! Qué cosas dices. No creo. Bob es de Minnesota, muy lejos de Tennessee.

—No hay nada casual —le contestó Marie Louise —eso explicaría en parte porque ocupaste su cuerpo con el incidente.

—Quién puede saberlo. Quizá tengas razón.

Se despidieron luego en un muelle de Hamburgo. Mantuvieron comunicación por cartas, echando de menos las llamadas, el internet y otras maravillas del futuro. Marie Louise halló a su madre y hermanos en Baviera. Gretchen no llegó a estudiar medicina, fue madre de 5 hermosos hijos. Entre ellos Peter Thompson, padre de Alfred Thompson, a su vez padre de James Thompson. No volvió a reencontrarse con su amada patria ni con su prima, pero jamás olvidó el cambio de rostros.

FIN

Contenido

I

ACERO AMERICANO	5
------------------------	----------

II

CAMBIO DE ROSTROS	14
--------------------------	-----------

III

A PRUEBA DE BALONES	25
----------------------------	-----------

IV

BRISAS DE NOVIEMBRE	30
----------------------------	-----------

V

BERLÍN DE NOCHE	39
------------------------	-----------

VI

CAMBIO DE ROSTROS II	
MÓDULO ESPACIO-TEMPORAL	47

VII

CAMBIO DE ROSTROS III	
GRETCHEN Y MARIE LOUISE	60

VIII

INTERLUDIO EN BERLÍN	70
-----------------------------	-----------

IX

DETERMINISMO Y DETERMINACIÓN	73
-------------------------------------	-----------

X	
RETORNO Y OPORTUNIDAD	82
XI	
SOLAS CONTRA EL MUNDO	94
XII	
IZQUIERDA VERSUS DERECHA	107
XIII	
COQUETEANDO CON EL MAL	117
XIV	
ENTREVISTA CON EL CONSEJERO	123
XV	
TU JURAS, ELLOS JURAN, YO MIENTO	128
XVI	
EL DESPERTAR DEL MAL	136
XVII	
VALORANDO ESFUERZOS	147
XVIII	
HOC OPUS, HIC LABOR EST	150
XIX	
CASO BLANCO	158

XX	
EN NOMBRE DE LA AMISTAD	164
XXI	
LAS PRIMERAS BAJAS	168
XXII	
SEPELIOS	177
XXIII	
EL OCTAVO MANDAMIENTO	187
XXIV	
PLANES Y CONCURSOS	191
XXV	
EL INCIDENTE - 1944	199
XXVI	
INCIDENTE - 2009	204
XXVII	
CERCANO OESTE	215
XXVIII	
EL VIDRIO ROTO	220
XXIX	
AHORA O NUNCA	228

XXX	
TODOS LOS CAMINOS CONDUCEN A BALTIMORE	235
XXXI	
BRISAS DE NOVIEMBRE 1944	245
XXXII	
YO GANO	252
XXXIII	
DACAPO	259
XXXIV	
DAL SEGNO AL CODA	266

La primera edición de este libro se diseñó y exportó para su publicación en **Amazon** el día 10 de junio de 2025, en el Taller Editorial del poeta **Luis Perozo Cervantes**, ubicado en la ciudad de Maracaibo, en el estado federal del Zulia, al norte de Suramérica, en continente descubierto por Cristobal Colón, dentro del Planeta Tierra; en el marco de la 7ma Feria Independiente del Libro de Maracaibo.

sultanadellago.com